

Pascual Pérez y Rodríguez

LA URNA SANGRIENTA o El panteón de Scianella

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

Edición de Miriam López Santos

Siruela



Valencia
Librería de Cabrerizo.

PASCUAL PÉREZ
Y RODRÍGUEZ

La urna sangrienta
o El panteón de Scianella



Ediciones Siruela

Table of Contents

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Bibliografía](#)

[La urna sangrienta o El panteón de Scianella](#)

[Tomo primero](#)

[Tomo segundo](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Índice

[Cubierta](#)
[Portadilla](#)
[Prólogo](#)
[Introducción](#)
[Bibliografía](#)
[La urna sangrienta o El panteón de Scianella](#)
[Tomo primero](#)
[Tomo segundo](#)
[Notas](#)
[Créditos](#)



Pascual Pora y Rodríguez

PASCUAL PÉREZ Y RODRÍGUEZ

**LA URNA SANGRIENTA
O EL PANTEÓN DE SCIANELLA**

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

Edición de Miriam López Santos

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Prólogo

Todo empezó con el obispo anglicano Richard Hurd y su libro *Letters on Chivalry and Romance*, de 1762. En esas *Cartas*, Hurd se proponía demostrar «la superioridad de las costumbres y de los relatos góticos» sobre las costumbres y las letras grecolatinas. Los autores góticos, según Hurd, superan a los poetas paganos en maquinaria sobrenatural, «son mucho más sublimes, más terribles, más inquietantes que los autores grecorromanos». Quiénes fueran esos «auto res góticos» nos lo va contando el obispo Hurd a lo largo de sus *Letters*: Ariosto, Tasso, Spenser, Shakespeare y gente así. En el fondo, subyace a la polémica suscitada por Hurd la vieja controversia entre antiguos y modernos, que ocupó los afanes de todo el siglo XVII y no dejó impassible ni neutral a ningún *uomo di lettere* de la época. La opción por los «modernos», es decir, por los «góticos», terminaría entregando la literatura en brazos del romanticismo, que sería un movimiento radicalmente «moderno» en cuanto a su rechazo de la eurytmia clásica y a su ponderación del sentimiento exacerbado y de lo más oscuro y recóndito de las pasiones humanas.

Producto del ambiente europeo en que se inscriben las *Cartas* de Hurd fue la primera novela plenamente *gótica* que conocemos: *The Castle of Otranto*, de Horace Walpole (1717-1797), hijo del primer ministro Robert Walpole y persona dotada de un enorme talento y de una agudísima y multidisciplinar inteligencia. Capaz de escribir sobre jardines y sobre pintores con el mismo desparpajo con que dio cauce a un interesantísimo epistolario con algunas de las celebridades más sugestivas del Siglo de las Luces (como Madame du Deffand), Horace Walpole llevó su goticismo militante a hacerse construir un castillo ojival en Straw berry Hill, cerca de Windsor, a orillas del Támesis, demostrando con ello su devoción por la Edad Media, una etapa denostadísima por los filósofos franceses que forjaron la *Enciclopedia* e idolatrada más adelante por los escritores románticos. Tanto Walpole como su fortaleza en miniatura de Straw berry Hill son los cimientos sobre los que se asienta toda la literatura *gótica* posterior: el viento que silba entre las almenas, la puerta secreta que conduce a la cámara de torturas desde la alcoba del tirano, los lóbregos calabozos (al modo de las *Carceri* de Piranesi), las habitaciones encantadas, los gemidos preternaturales que se oyen en mitad del silencio nocturno, los espectros –o, más bien, pseudoespectros– que habitan en las armaduras vacías, todos esos elementos, en suma, que aparecen en las novelas góticas del período fundacional y que tendrían en Clara Reeve (*The Old English Baron*), Ann Radcliffe (*Romance of the Forest*, *The Mysteries of Udolpho*, *The Italian or The Confessional of the Black Penitents*) y Matthew Gregory Lewis (*The Monk*) sus principales cultivadores.

Los argumentos de las novelas góticas son complicados a la par que absurdos, abundando en ellos esas disparatadas situaciones límite y esos locos y desquiciados episodios que caracterizarán la ficción romántica posterior: escondrijos extraños, asesinatos, duelos, disfraces, secuestros, fugas, intrigas insensatas, documentos falsificados, descubrimientos de antiguos crímenes horrendos, identificaciones tardías de herederos presuntamente fallecidos... El enamorado ha de ser siempre gentil, melancólico y apasionado, mientras que la heroína lo supera en esos extremos,

reforzando el componente sentimental, que bordea lo *larmoyant*. Emily, por ejemplo, en *The Mysteries of Udolpho*, no puede ver la luna, ni escuchar el rasgueo de una guitarra, el órgano de una iglesia o el murmullo de los pinos azotados por el viento, sin que se le salten las lágrimas. En cuanto al antagonista, es siempre un ser diabólico por excelencia y malo de solemnidad. Buena prueba de ello es la criatura infernal forjada por la pluma del inefable M. G. Lewis, ni más ni menos que el *monk* Ambrosio, prior del convento capuchino de San Francisco, paseando su perversidad por un Madrid pesadillesco e inquisitorial que nunca existió, pero que, por el encanto que destila la magia de su estrambótico urbanismo, merecería haber existido.

Ann Radcliffe fue, con mucho, la maestra incontestable de la novela gótica española. Hasta hace poco, ese concepto literario, «novela gótica», y ese adjetivo, «española», no tuvieron nada que hacer juntos. Allá por 1977, el que suscribe reeditó parcialmente en Editora Nacional la *Galería fúnebre de sombras ensangrentadas* (1831) de Agustín Pérez Zaragoza, contribución delirante donde las haya al universo gótico, pero trufada de plagios de colecciones renacentistas como las *Histoires prodigieuses* de Pierre Boaistuau y, ante todo, refrito de una compilación francesa de J. P. R. Cuisin titulada *Les ombres sanglantes* y aparecida en 1820. Decía Pérez Zaragoza –o sea, su fuente francesa– en el prólogo de la *Galería* que se inspiraba en «la sepulcral Rosdeliff», nombre propio que debe identificarse, pese a su demencial ortografía, con la buena de Ann Ward, la esposa del honrado editor William Radcliffe, con quien contrajo matrimonio en 1788 en la fantasmagórica ciudad inglesa de Bath.

Pero la prueba del algodón de la existencia de una novela gótica española la ha realizado con éxito la leonesa Miriam López Santos, editora e introductora de *La urna sangrienta o El panteón de Scianella*, la novela que tienes en las manos, lector, y en la que vas a sumergirte, embadurnándote de frenética fantasía, dentro de poco. Ha sido Miriam, en efecto, quien acaba de defender una modélica tesis doctoral sobre *La novela gótica en España (1788-1833)* que aún permanece inédita y en cuyas páginas penetré alborozado hace unos meses, cuando presidí el tribunal que la juzgó, concediéndole la máxima calificación. No hay testimonio literario en la España de finales del siglo XVIII y primer tercio del siglo XIX que haya dejado de escudriñar la flamante doctora López Santos, llevando el agua de lo escudriñado al tenebroso y siempre entrañable molino de lo gótico. Y no faltan testimonios de narrativa gótica en nuestro país, como atestigua la lista que figura al final de la tesis y, desde luego, esta *Urna sangrienta* del valenciano Pascual Pérez y Rodríguez, en la que cabe entera Ann Radcliffe y todo su universo gótico, desde los claustrofóbicos interiores hasta los paisajes, tan dramáticamente manipulados *à la* Salvator Rosa, como en Byron o en Chateaubriand. España ha dejado de ser diferente: gracias a Miriam López Santos y a Siruela la novela gótica española es una feliz realidad.

Luis Alberto de Cuenca
Instituto de Lenguas y Culturas del
Mediterráneo y Oriente Próximo (CSIC)

Introducción

Cuando Pascual Pérez y Rodríguez (Valencia, 1804-1868) escondió su nombre tras las iniciales PJ, con las que rubrica la introducción a *La urna sangrienta*, sabía bien lo que estaba haciendo. Su inquietud intelectual y la incesante persecución del éxito, que habían determinado toda su carrera profesional, podían más que el miedo a la censura y al descrédito de sus contemporáneos. Una breve mirada a su biografía lo demuestra. Pascual Pérez y Rodríguez fue, en realidad, y aunque la historia literaria, caprichosa, siempre lo haya pasado por alto, uno de aquellos grandes personajes de la primera mitad del siglo XIX, junto a Alberto Lista o Mariano de Cabrerizo entre otros, que contribuyó a mejorar el estado de nuestras letras. Su condición de sacerdote escolapio no le impidió desarrollar una fructífera labor como impulsor de las nuevas ideas literarias, comenzando por los lugares donde profesó en Peralta de la Sal, en Zaragoza (1823) y en la propia Valencia (1827), en los que formó numerosos discípulos escritores como profesor de Humanidades. Sin embargo, aquel entusiasmo en esta última faceta perjudicó a su profesión y le obligó a abandonar la orden. A partir de este momento su contacto con este mundo se intensifica y la búsqueda de nuevas tendencias también. Junto a la publicación de obras de temática diversa como *Los valencianos, pintados por sí mismos. Obra de interés y lujo, escrita por varios distinguidos escritores* (1859), donde ejerció una participación activa, y *La amnistía cristiana o el solitario de los Pirineos* (1833), funda *El Diario Mercantil* (1833-1844) con el padre Juan Arolas y Pedro Sabater, siendo incluso su primer director, entre 1834 y 1844. Fue también uno de los fundadores, junto al mismo padre Juan Arolas, de *Psiquis*, «periódico del bello sexo», que tuvo una corta aunque intensa vida entre las fechas del 2 de marzo de 1840 y el 25 de noviembre de 1840. Esta labor editorial la compaginó además con la afición por la fotografía, quizás su faceta más conocida, de ahí que sea considerado por muchos como el primer fotógrafo valenciano.

Con un conocimiento y un contacto tan fuerte con estos nuevos movimientos culturales, además de un pensamiento liberal y reformista y un deseo de éxito amparado por la diversidad y el número de materiales publicados, no resulta en nada extraño que este autor se decidiera por el cultivo de la novela gótica*. Y en efecto, en fechas inmediatamente anteriores a la publicación de *La urna sangrienta o El panteón de Scianella* (Cabrerizo, 1834), salen de la imprenta *La torre gótica o El espectro de Limberg* (López, 1831) y *El hombre invisible o Las ruinas de Munsterhall* (Cabrerizo, 1833).

Pascual Pérez sabía, amparado en su nutrida experiencia, que la mejor manera de lograr el éxito entre el público era escuchar sus preferencias. España, dentro de sus limitaciones, se había rendido, como antes lo hicieran sus vecinos franceses, a las delicias de aquella laureada, aunque problemática y subversiva, novela gótica inglesa. En su idea peregrina y quizás suicida, recurrió a don Mariano de Cabrerizo, otro de aquellos visionarios y entusiastas, a quien le debió de apasionar la idea, pues no dudó, eludiendo recomendaciones y posibles represalias, en insertar dos de estas obras en su famosa *Colección de novelas*.

Sin embargo, la consideración de *La urna sangrienta* como novela propiamente gótica exige algunas precisiones y observaciones. Cuando estas obras ven la luz en nuestro país, a finales del Antiguo Régimen, la ficción gótica agonizaba (1764-1820), dejando en el camino una estela de polémicas, descalificaciones, acusaciones de inmoralidad y de desprestigio a una fórmula de escritura demasiado predecible, sobrecargada de elementos tópicos y fielmente ligada a las circunstancias espacio-temporales de su Inglaterra natal. Esta férrea estructura formulaica y aquella dependencia casi obligada fueron, en gran parte, las causantes de su temprana muerte aunque, al propio tiempo, las responsables primeras de su posterior resurrección. El éxito abrumador había provocado que, desde su lugar de origen, este género traspasara fronteras para asentarse en otros países que dependían estrechamente de unas circunstancias históricas, sociales y literarias diferentes y hasta opuestas a aquellas que lo originaron. El género, por tanto, necesitaba de una transferencia que sería más o menos intensa dependiendo del país al que pretendiera adaptarse. Lejos de morir, comenzó una existencia revitalizada en otras literaturas que lo llevarían, en un ir y venir de trasvases, hasta la más cercana actualidad.

En nuestro caso concreto, la historia de las letras españolas ha negado de manera reiterada la existencia de esta corriente dentro de nuestras fronteras. Un género extranjero, dicen, que apenas pasó de puntillas por aquellos años convulsos e intransigentes de finales del reinado de Fernando VII. Nada más lejos de la realidad, sin embargo. El estudio y análisis, libres de prejuicios canónicos, demuestran que en la España del período de entresiglos el público lector se encontraba familiarizado con un género que ya desde finales del siglo XVIII comenzaba a ser motivo de interés, no sólo por parte de los escritores, sino también de los editores, en un momento en que la edición comienza a percibirse como un negocio ventajoso.

Las difíciles y complejas circunstancias que existían en España (censura inquisitorial y gubernamental, exigencias moralistas o intransigentes preceptos neoclásicos) no impidieron su adaptación, como ha defendido parte de la crítica especializada, sino que, por el contrario, contribuyeron, en el proceso de transferencia, a enriquecer la fórmula de la novela gótica. Es decir, la conciencia de atraso en la adaptación de las ideas europeas condicionó la adaptación de la novela gótica en nuestro país, pero no en el sentido que se juzga, negándole toda capacidad de subsistencia, sino más bien en la asimilación de su fórmula básica y en la inclusión de nuevos elementos que le son propios. Esto permite hablar de la particularidad hispánica frente a la forma original, sin arriesgar el juicio de que tanto España como Europa constituyen dos entidades homogéneas y enfrentadas. La lección edificante, el peso de la moral, la exaltación de la religión, pero también la búsqueda incesante de la verosimilitud literaria y del realismo más palmario, así como la presencia constante del elemento macabro, se configurarán como nuevas características o elementos estructurales exigidos por la renovada fórmula y que se añadirán a los archiconocidos *castillo*, *fantasma*, *villano*, *dama asustadiza* o *torturas inquisitoriales*, bañados todos ellos por unas buenas dosis de horror y terror sublimes, base primera y última del género.

De este modo, *La urna sangrienta* encontró el camino allanado, pues a la explosión definitiva del género le habían precedido otras dos etapas de asimilación y consolidación del mismo. Hablo en concreto de tres momentos que tienen que ver con los diferentes pasos hacia su configuración genérica y de acuerdo con el proceso de transferencia que sufre la novela gótica en España: una línea continua y en evolución que abarca desde los primeros ecos, en las dos últimas décadas del siglo XVIII, hasta su desarrollo pleno en

los años finales del régimen absolutista de Fernando VII, pasando por el asentamiento del género a través de los textos importados. Tres formas de adaptación del género gótico en las que el miedo, como elemento constitutivo del engranaje narrativo, sigue siendo la pauta que rige estas novelas y en las que se encuentran además los dos impulsos que escindieron el género en dos vertientes opuestas pero complementarias en su origen: la *racional terrorífica* que busca el miedo, escondido tras los pliegues de la veracidad histórica, y la *irracionalista* que abandona el componente sobrenatural, que se recrea en el placer del horror, que da rienda suelta a la monstruosidad y que juega con la angustia y el sufrimiento a través de una lección moral bastante debilitada. De un gótico como producto estético, pasamos a un gótico como ejemplificación contra los vicios; se conservan los tópicos, se sigue la estructura formulaica, pero se justifica como enseñanza moral. El gótico se tiñe entonces de anticlericalismo y de denuncia de los procedimientos inquisitoriales, en todo su repertorio de motivos recurrentes del terror extremo, las torturas y lo macabro. Estas novelas góticas españolas, escindidas en aquellas dos vertientes mencionadas, serían las siguientes: las que continúan la tradición irracional y maldita de M. G. Lewis* y su novela *El monje* (*Viaje al mundo subterráneo*, de José Joaquín Clararrosa; *Vargas. Novela española*, de Blanco White; *Cornelia Bororquia*, de Luis Gutiérrez; *La bruja*, de Vicente Salvá; *Virtud, constancia, amor y desinterés aparecen en el bello sexo*, de Narciso Torre; *El subterráneo habitado*, de Aguirre; o la anónima *Las calaveras o La cueva de Benidoleig*), y las que recuperan el mundo medieval de castillos y fantasmas efímeros, fruto de ilusiones y mentes supersticiosas a la manera de la célebre Ann Radcliffe con *Los misterios de Udolfo*, como las mencionadas *La torre gótica o El espectro de Limberg*, *El hombre invisible o Las ruinas de Munsterhall* y la que aquí se presenta: *La urna sangrienta o El panteón de Scianella*.

Aunque algunas sean producciones menores, y que rozan incluso los límites de aquella «subliteratura», otras, aún denostadas, poseen recursos destacables y varias hasta adornan el pódium de los denominados clásicos; lo fundamental, más allá de su calidad literaria, es que responden a un mismo sentimiento y llevan consigo nuevos aires de novedosas tendencias y gustos: el predominio de las sombras, el triunfo de la noche, el asentamiento definitivo de las tinieblas.

De este corpus de novelas góticas, *La urna sangrienta o El panteón de Scianella* es, desde mi punto de vista, la más completa, pues, aunque pertenece al que denomino «gótico racional», representa un estadio intermedio entre el conservadurismo radcliffiano y el sadismo más perturbador e irracional de M. G. Lewis, sin dejar de lado los nuevos preceptos de la fórmula adquiridos en nuestro país.

Como toda novela gótica clásica, el hilo conductor que hace avanzar los acontecimientos es el enigma, el misterio con el que se abre el relato vinculado a la existencia de un ser extraño, pintado con los colores más vivos del terror, y que da lugar al conflicto tópico entre la fe en la razón y el triunfo del irracionalismo. A este misterio le acompañan otros pequeños enigmas, desvinculados en un principio del esencial, pero dependientes en realidad de éste, que contribuyen a complicar la estructura y a mantener el suspense, que irá desvelándose progresivamente hasta el impacto final. Un terrible secreto esconde el castillo de Scianella, en el que las muertes, desapariciones y crímenes espantosos, pero también una buena serie de acontecimientos sobrenaturales, se suceden sin aparente fin, siempre vinculados al panteón y a una extraña urna que mana sangre y que se esconde en él. Sin embargo, el motivo central de la trama, responsable de las situaciones más aterradoras y de los momentos de mayor tensión dramática es, sin duda,

el elemento sobrenatural: la Sílvida.

Aparece bajo la forma de un ser espectral de color blanco que se comporta como un verdadero fantasma ante la incredulidad del protagonista, cuya sola pretensión es desenmascararla. Desde la racionalidad, el personaje acusa a su imaginación o al peso de la superstición su encuentro con el ser misterioso; sin embargo, su proceder y su vaticinio le convencen, como al lector, de que acaba de presenciar un hecho que ha transgredido las leyes de su mundo que, al fin y al cabo, no deja de ser el nuestro. Siguiendo la fórmula hispánica, aunque se trate de elementos dispuestos en el texto para provocar la transgresión e infundir terror, sus apariciones van acompañadas de buenos propósitos. Se muestra a diferentes personajes, a algunos para advertirles de lo que puede ocurrirles y a otros para disuadirles de determinados actos malvados que pretenden cometer.

Como en toda novela racional, los misterios, relacionados todos con la existencia de un ser en apariencia sobrenatural, enfrentan a cada uno de los personajes de la novela. Cada una de sus apariciones en escena, manifiesta o intuita, va acompañada por la correspondiente reticencia o credulidad de los personajes que la sufren. Aquello que en la novela gótica inglesa era una necesidad estructural, en la que se sustentaba el conflicto racionalismo/irracionalidad, en esta novela se convierte además en un alegato directo, en una propaganda del régimen contra las creencias supersticiosas, de acuerdo con la tarea emprendida desde las altas esferas del movimiento ilustrado. Unas creencias que estaban aún latentes entre la población en este período final del reinado de Fernando VII, e incluso en los prolegómenos del Nuevo Régimen. Las palabras del narrador parecen destinadas entonces no sólo a los personajes sino, desde un punto de vista pedagógico y como llamada de atención, al lector. Como si aquél le reprochara a este último su pretensión inicial, el entusiasmo que le llevó a abrir las páginas de la novela: tú que leíste esta obra, parece decirle, buscando fantasmas y urnas sangrantes te has percatado estupefacto de que no eran sino meras ilusiones fomentadas por la superstición.

Sin embargo, aunque las opiniones en contra de la creencia en estos espectros parezcan más factibles y la condena a la superstición sea tajante y rotunda, el texto parece querer demostrar, por momentos, todo lo contrario y el lector se dejará dominar por el temor, a la espera del final del misterio. Además, la verosimilitud con la que son descritas las apariciones parece querer convencernos de que no existe una justificación racional a estos sucesos extraños y espeluznantes. En realidad, el narrador, siguiendo el modelo de Radcliffe, trata de crear a lo largo de la trama una serie de dudas, entre la pertinencia de una explicación sobrenatural de los acontecimientos que narra y la de otra psicológica y meditada que los rechaza, hasta resultar todos ellos finalmente susceptibles de recibir una justificación racional, siendo admisibles, por otra parte, el enrevesamiento de la trama y sus especiales circunstancias; lo único sobre cuya verosimilitud se deja al lector el trabajo de decidir. Sólo el final resolverá entonces definitivamente el misterio del ser espectral. Y lo aparentemente sobrenatural se justificará como algo natural, mal interpretado por obra de un error, una falta de información o un malentendido.

No obstante, fingido o no, el efecto que se ha producido a lo largo del texto en los personajes que han sufrido estas experiencias y en el lector, por extensión, no desaparece, no pierde su carácter una vez explicado satisfactoriamente, porque tan misteriosa es una concatenación singular y peregrina de acontecimientos verosímiles como el misterio mismo de lo inexplicable; la sensación de terror se mantiene, se cultiva y se fomenta también por lo terrorífico que resulta conocer que lo extraño y espeluznante puede formar parte de nuestro mundo y puede surgir a cada paso, de cada situación,

aunque más tarde sea justificado.

Lo terrorífico en *La urna sangrienta* resulta también, más allá del misterio, de toda la arquitectura lúgubre y tétrica exigida por estas historias. El narrador insiste desde las primeras páginas en la recreación de un escenario de terror sublime que se mantendrá inalterable a lo largo de toda la novela. El dibujo detallado de los escenarios contribuye a aumentar la sensación de terror y asistimos a un paisaje sublimado con todos los ingredientes del mundo gótico. Las devastadas ruinas de un castillo en medio de ninguna parte, de vetustos torreones a punto de desplomarse, con subterráneos surcados por galerías y pasadizos, emblemas absolutos de lo gótico, no son nunca en esta novela refugio de acogida, sino los edificios depositarios y responsables de este terror: espacios de pesadilla, ámbitos donde reina la desolación y el miedo y donde se lleva a cabo todo el repertorio de torturas y actos maléficos, símbolo de ceremonias diabólicas del señor del castillo, Ambrosio.

Esta descripción del paisaje se utiliza siguiendo las directrices de Radcliffe. Las emociones que éste provoca en los personajes tienen tanta relevancia como el paisaje que el autor describe, con el objetivo de capturar la emoción del lector, para sacarlo de su entorno hacia el pensamiento y los sentimientos de sus personajes; el paisaje como elemento evocador y como creador de una atmósfera determinada. Un escenario terrorífico y dañino pero atrayente por lo desconocido al propio tiempo. El paisaje y la magnificencia de los monumentos a la vista hacen reflexionar a todos estos personajes sobre la naturaleza humana, sobre el lugar del hombre en el conjunto del universo y sobre los terribles peligros que dicha naturaleza pudiera engendrar.

La riqueza de *La urna sangrienta* queda constatada además en el empleo variado del espacio, pues encontramos, aparte de este procedimiento general, un ejercicio descriptivo que lo acerca a las novelas irracionalistas. Lo sublime se manifiesta más allá de lo lúgubre, oscuro y sombrío, en lo tétrico, en lo macabro; el terror de la naturaleza deja paso a un horror más profundo, el generado por el propio ser humano y el que sufre y padece éste, al mismo tiempo. Por eso, aunque en los subterráneos tienen lugar algunas de las apariciones de la Sífida, éstas varían de estancia, y se emplazan especialmente en los pasillos y otros aposentos del palacio de Scianella y en el edificio en ruinas perdido en las profundidades del bosque. Los subterráneos se reservan como lugares destinados a otro tipo de horror, no ya un terror «sobrenatural», sino un horror más efectivo y palpable. Sirven de habitáculo para dramáticas intrusiones al servicio del ejercicio de control absoluto sobre las víctimas; son cámaras de tortura, altares profanados por las abyectas prácticas sacrílegas, al servicio del sadismo más arbitrario, del oscurantismo y de la depravación. La cárcel donde encierran a los dos forasteros y a la dama, así como el panteón familiar de Scianella, se sitúan en una estancia subterránea donde impera la muerte y donde el dolor, la inquietud, el desasosiego se pueden sentir, palpar a cada instante; se introducen por la piel y se aferran al alma. Un paisaje que turba los sentidos.

Porque en *La urna sangrienta* el terror que procede del mundo físico, del escenario, o del elemento transgresor, se intensifica gracias al horror que emana del protagonista de la historia, Ambrosio, que como su homónimo inglés, immortalizado por M. G. Lewis, es un personaje complejo, de siniestra naturaleza, de maldad sin límite. El terror que evoca su presencia y que se desprende de sus actuaciones es abrumador y domina toda la novela. Es un ser enorme, perturbado e inquietante con un destino marcado desde su nacimiento y con un objetivo fijo. Ambrosio es capaz de las atrocidades más inimaginables para conseguir su fin: seducir a la heroína, la bella e inocente Mandina, arquetipo de la dama

gótica. El satanismo, el sadismo y el sexo no son tan evidentes como en *El monje*, pero sí pueden deducirse de una lectura más profunda y, de hecho, las referencias son más que abundantes. Demonología y sexualidad son mundos en perpetua comunicación, dependientes y pertenecientes a un mismo universo, impulsos que se manifiestan continuamente en las descripciones de los brotes de locura, los impulsos satánicos y la necesidad imperiosa de derramar sangre que Ambrosio sufre tras el recuerdo de la mujer que no puede poseer.

No obstante, la maldad sin límites de este personaje precisa, cuando menos, de ciertos matices, lo que le conduce a superar en complejidad a sus antecesores españoles; y nos hallamos, en realidad, ante el verdadero antihéroe, aquel protagonista de las novelas irracionales. Le mueven idénticas intenciones lascivas, pero le asaltan también semejantes pesares y angustias. Un personaje complejo en el que se debaten sus dudas internas entre los deseos irrefrenables hacia Mandina y los remordimientos por sus pecados inconfesos, y en el que se materializa un vínculo directo con el mal y el demonio y, al mismo tiempo, un deseo de volver la mirada a Dios. Los remordimientos atormentan continuamente su alma y el dolor del espíritu se torna, por momentos, insufrible. Una lucha constante que se materializa exteriormente en dos figuras, dos fuerzas opuestas: su criado Cenón, que trata de reconducir su vida, y su contrapunto negativo, el malvado Coscia, el educador de la juventud y el principal causante de su condena.

Se debilita así el esquema maniqueísta sobre el que se estructuraba la novela gótica racional, un mundo de héroes y villanos en el que cada uno tiene su recompensa. Esta novela nos describe un mundo menos compasivo y quizás más real, en el que los héroes o antihéroes se debaten entre el bien y el mal y fluctúan continuamente de un extremo al otro. Entramos en el terreno de la ambigüedad moral: Ambrosio es un hombre de unas extraordinarias virtudes, de una genética predispuesta al bien, a quien las circunstancias vitales y sobre todo el peso de una educación desviada empujan a propósitos malvados. No es un mero monstruo como puede apreciarse en una lectura superficial, se revela como un ser mucho más complejo.

Y ya, por último, la comprensión de la novela como ficción propiamente gótica exige un acercamiento a dos aspectos que el género adquirió en su transferencia a nuestra literatura: el vínculo constante con lo macabro y la lección moralizante que se intensifican en las páginas finales de la novela, dos aspectos que, junto al suspense, centran la atención del lector. Se trata de continuas situaciones que lo conmueven y lo perturban, pues se amontonan una sucesión de horrores frente a los cuales éste no puede evadirse fácilmente. La efectividad se basa en el asesinato, en los horrores de la muerte, la tortura, sobre todo psíquica, y difícilmente la violación, aunque ésta se intuye y se evidencia en diferentes lances. Se complace el autor en la descripción de los detalles macabros, de la sangre y de las muertes violentas, algunas cargadas de erotismo, que unas veces se corresponden con los efectos de ira cegada por la pasión del villano y otras proceden de desgracias naturales, aunque todas ellas obedecen a una lección moral. La crueldad alcanza sus límites más intensos. El componente macabro domina la escena, desde el inicio de la novela, pasando por los sucesos del panteón para finalizar en el incendio del castillo, con el propósito de horrorizar, sobresaltar, disgustar y entretener a la audiencia. Las descripciones llenas de plasticidad pretenden reflejar el efecto portentoso del mal, de lo desagradable, de lo infecto; si sucumbimos al mal, si abandonamos el camino de la virtud, éstas serán las consecuencias. De acuerdo a esto, la moraleja final aparece expuesta en términos de moralidad cristiana, aunque mientras el mal se castiga siempre,

el bien puede no recibir la recompensa esperable. A medida que avanza el final de la narración, cada personaje es sometido al juicio del narrador, que no es sino el juicio de Dios. Ambrosio, Olimpia y Coscia perecerán víctimas de sus crímenes; y Eugenio, Mandina o Eusebio recibirán el premio a su valor, tesón y virtud. Mas, siguiendo el esquema de Lewis, personajes bondadosos, como Lucrecia, el contrapunto a su esposo, son sacrificados poniendo en duda la justicia divina; su muerte debe entenderse en función de la monstruosidad y del efecto terrorífico del relato. Esto es, la virtud no siempre es recompensada y los personajes representantes del bien son sacrificados, en ocasiones, demostrando el enorme poder de las tinieblas y el verdadero propósito de las novelas, esté o no oculto o implícito: el terror.

En definitiva, *La urna sangrienta o El panteón de Scianella* debe ser considerada por derecho propio una novela gótica, digna representante de sus predecesoras inglesas. Su existencia, junto al resto de novelas mencionadas, viene a confirmar que en nuestro país existió una novela gótica unida a una conciencia de género en las últimas décadas del Antiguo Régimen; importada, es cierto, pero asumida como propia. En la literatura española se traspasa el modelo inicial pero se recompone posteriormente, siguiendo unos parámetros vinculados al contexto extraliterario. La aportación de la ficción gótica a la historia de nuestras letras, por tanto, no se reduce únicamente a los escenarios o al carácter de algunos personajes en unas cuantas traducciones menores que pasaron de puntillas por el mercado editorial, que apenas alcanzaron a ser leídas por unos cuantos atrevidos y que tan sólo influyeron tímidamente en la novela romántica posterior. Su riqueza y trascendencia fue mayor y sus repercusiones también.

Miriam López Santos

Nota a la edición

Tras una larga búsqueda por distintas bibliotecas del territorio nacional tratando de demostrar la existencia de una corriente gótica española, tuve la fortuna de hallar la primera y única edición de la casi perdida en el recuerdo *Urna sangrienta* en la Biblioteca de Cataluña. Los apenas cuatro ejemplares y no completos de la misma edición de los que tengo constancia se encuentran dispersos y prácticamente inaccesibles.

El criterio que me ha guiado a la hora de encarar esta nueva edición unos dos siglos más tarde ha sido el de mantener en la mayor fidelidad el espíritu con el que el autor trató en su día de impregnar su novela. Es cierto, sin embargo, que he procurado adaptar a un lenguaje más comprensible determinados giros lingüísticos o expresiones, ya en desuso, que vienen aclarados al final del texto, para no mezclar estas explicaciones con las notas del autor, que se mantienen a pie de página. Asimismo se han revisado los signos de puntuación con idéntico criterio y con la intención siempre de agilizar la lectura y hacerla más comprensible a un lector actual.

M. L. S.

Bibliografía

Alonso Seoane, María José, «Infelices extremos de sensibilidad en las lecturas de Olavide», en *Anales de la literatura Española*, n.º 11 (1995), págs. 45-64.

Carnero, Guillermo, *La cara oscura del Siglo de las Luces*, Fundación Juan March/Cátedra, Madrid 1983.

Cuenca, Luis Alberto de, «Agustín Pérez Zaragoza: la herencia gótica en la literatura fernandina», en *Bazar. Estudios literarios*, Lola Editorial, Zaragoza 1995, págs. 145-156.

–, «Jeroglíficos góticos en la Inglaterra prerromántica», en *Cuentos jeroglíficos de Horace Walpole*, Alianza Editorial, Madrid 2005, págs. 85-115.

–, «La literatura fantástica española del siglo XVIII», en *Anthropos*, n.º 154-155 (1994), págs. 38-44.

Gies, David T., «Larra, la Galería fúnebre y el gusto por lo gótico», en *Atti IV Congresso sul Romanticismo Spagnolo e Ispanoamericano*, Génova 1988, págs. 60-68.

Glendinnig, Nigel, «Lo gótico, lo funeral y lo macabro en la cultura española y europea del siglo XVIII», en *Anales de Literatura Española*, n.º 10 (1994), Alicante, págs. 101-115.

López Santos, Miriam, «Ampliación de los horizontes cronotópicos de la novela gótica», en *SIGNA. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, n.º 19 (2010), págs. 273-292.

–, «Hacia la configuración de un género: lo terrorífico arquitectónico en la novela gótica española», en *Actas del Congreso Internacional Problemas de la Romanística*, Voronezh, Rusia, 2009.

–, «La novela gótica: ¿Génesis de la literatura fantástica?», en *Arena Romanística. Journal of Romance Studies*, n.º 5 (2009), págs. 98-116.

–, «La oscuridad que regresa: la fascinación por la muerte en la novela gótica española», en *Necrofilia y necrofobia: representaciones de la muerte en la literatura hispánica*, Colección «Cultura Iberoamericana», McGill University y Universitat Castellae, Valladolid 2009.

–, «Teoría de la novela gótica», en *Estudios humanísticos. Filología*, n.º 30 (2008), págs. 187-210.

Muñoz Sempere, Daniel, *La Inquisición española como tema literario: política, historia y ficción en la crisis del Antiguo Régimen*, Tamesis Books, Woodbridge 2008.

Pérez Zaragoza, Agustín, *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas* [edición a cargo de Luis Alberto de Cuenca], Editora Nacional, Madrid 1977.

Roas, David, *De la maravilla al horror. Los inicios de lo fantástico en la cultura española (1750-1860)*, Mirabel Editorial, Pontevedra 2006.

–, *La recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX*, tesis doctoral, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona 2001.

Zavala, Iris, «Viaje a la cara oculta del setecientos», en *Nueva revista de filología hispánica*, tomo 33, n.º 1 (1984), págs. 4-33.

LA URNA SANGRIENTA O EL PANTEÓN DE SCIANELLA

Tomo primero

A D. Carlos Melcior¹

Mi querido amigo, no he vacilado un momento en la elección. La justicia y el afecto dirigen mi pluma al colocar en el principio de esta obrita el nombre del que fue el primero en excitar con su ejemplo y palabras aquel agradable entusiasmo, creador del genio sublime de quien Escocia se envanece.

Usted fue el primer depositario de los débiles y nacientes esfuerzos de mi imaginación y se complació en dirigir mis primeros pasos en esta espinosa al par que florida senda.

Aumente usted, pues, los motivos de mi gratitud, constituyéndose protector de los desgraciados jóvenes Eugenio y Abundina², y que recordando el lector con el nombre de usted los célebres de Óscar y Amanda, sea este recuerdo el talismán que defienda de la severa e indigesta crítica estos borrones, hallando en el crédito de su Mecenaz derechos a la indulgencia; y entonces a los beneficios de la amistad unirá el tributo del reconocimiento más puro su sincero y cordial amigo

J. R.³

Introducción

Bien conocida es la afición de los ingleses a los viajes por el continente y con especialidad por Italia. Pocos son los que no consagren algunos años de su vida a esta útil y amena ocupación; en términos que puede decirse ser Italia la segunda patria de los viajeros británicos. Con motivo de la reunión de los soberanos en Verona, llenose esta ciudad populosa de extranjeros atraídos de la curiosidad, cebada poderosamente con el atractivo que infundía su maravilloso espectáculo el año 1822.

La pompa y magnificencia de cinco cortes reunidas, las circunstancias políticas que lo motivaban y las demás que acrecentaban el interés particular de cada uno, formaron el golpe de vista más digno de llamar la atención del observador. No fue escaso el número de ingleses que se aña dieron al concurso general. Entre ellos se distinguían seis caballeros del Northumberland, a quienes felizmente sorprendió la solemne fiesta en Padua de vuelta a su país. Milord Smith, el más anciano de los seis, aunque enemigo del bullicio y estrépito de la corte, consintió no obstante, vencido de las instancias de sus amigos, en pasar a Verona y asistir a la triunfante entrada de los dos emperadores. Así lo verificaron; mas a poco tiempo el tedio e incomodidad que le ocasionaba tan insufrible trabajo le inspiraron la idea de hacer una excursión de algunos días por los alrededores de Verona, hasta que satisfecha la curiosidad de sus amigos pudiese continuar su viaje.

Las bellas descripciones que oía del decantado lago de Garda habían interesado tan vivamente su curiosidad que lo escogió por primer término de la expedición. En consecuencia comenzó a recorrer sus deliciosas riberas por la parte oriental, admirando la no interrumpida serie de jardines, que tales pueden llamarse las amenas llanuras que circundan el lago. Vio detenidamente el inaudito rumbo que trazó el atrevido cretense* a una entera armada desde la pequeña laguna de San Andrés hasta el lago al través de las montañas, contemplando entusiasmado los efectos pasmosos del sublime genio que inmortalizó a los venecianos. Sobre todo arrebató su alma el pintoresco paisaje que reflejan las cristalinas ondas del famoso Benaco, donde se ven confundidos en hermoso desorden modernas fábricas con ruinas magníficas, sobresaliendo sus blanquizcos paredones y fragmentos de arquitectura entre el oscuro verde de los olivos y viñedos. Pisó embelesado la encantadora y amena península, donde a la antigua Sirmio ha reemplazado el pequeño castillo de Sermione, renovando las memorias del inmortal Catulo, a quien vio nacer aquel hermoso país; y siguiendo la ribera hacia Rivoltella le detuvo y suspendió el prodigioso conjunto de ruinas, que dan indicio de haber sido aquel terreno asiento de una populosa ciudad. Pero ya habían desaparecido sus habitantes y sólo quedaba de su grandeza pasada y población uno que otro pastor, cuyo rebaño se había esparcido, apareciendo y ocultándose alternativamente entre los antiguos residuos, paciando las amargas retamas y yerbas silvestres que nacían en los cornisones y capiteles de pilastras caídas.

Pero, en medio de esta grandiosa muestra de la magnificencia antigua, advirtió el viajero observador los restos de un edificio moderno, cuyas proporciones góticas se descubrían entre las bellezas de la arquitectura romana, y su destrucción parecía reciente. Deseoso de saber a quién hubiese pertenecido, buscó en los alrededores quien le

satisficiera su curiosidad.

No lejos de aquel sitio, sobre un promontorio que se interna largo trecho en el lago, se edificó una capilla dedicada a san Firmo, donde es grande el concurso de gentes que atrae la devoción. Sírvenla los franciscanos y allí hospedan con amor a los forasteros que visitan aquellos lugares. El religioso a quien M. Smith se dirigió para saber lo que deseaba, era puntualmente natural de Sermione y unía a instrucción nada común una laudable afición a las antigüedades de su patria. «No sois el único», le dijo, «a quien ha llamado la atención la singularidad de ver confundidas en un sitio reliquias de edificios antiguos y modernos y varios son los que han dedicado con placer algunas horas a la lectura del suceso más extraordinario que en muchos años haya acaecido. Estas ruinas que veis y os parecen modernas lo son en efecto, y pertenecientes a un palacio, propiedad de una de las familias principales de Brescia. Este magnífico edificio quedó desierto aún en vida de sus poseedores y fue morada de espíritus aéreos por largo tiempo, hasta que una lastimosa catástrofe puso fin a las misteriosas apariciones y convirtió el palacio en un monte de escombros».

Fijó el inglés los ojos en el religioso con actitud que manifestaba su extrañeza y admiración de su pueril credulidad; pero advirtiéndolo éste prosiguió: «Concilio cuanto pasa en vuestro pecho al oírme hablar con formalidad de apariciones y espíritus, y calificaréis mi historia de fábula sin fundamento; pero si conocéis al hombre nada os vendrá de nuevo. Y los terribles efectos de las pasiones puestas en movimiento al impulso de la malignidad y ambición os convencerán de que no hay prodigio de que no pueda ser agente el hombre. Me reservo sin embargo proporcionaros más amplias noticias, y si os tomáis la molestia de seguirme a nuestro monasterio, que es el edificio que descubris en aquella isla del lago, no os pesará la condescendencia».

No se hizo de rogar el inglés y, siguiendo al religioso, llegó a la orilla del lago, donde entraron ambos en un pequeño batel que los condujo en breve rato a una amenísima isla llamada de los Menores, por ser toda de los franciscanos que en ella tienen convento, y lo restante lleno de arboledas y viñedos. Fueron en derechura al archivo, de donde el religioso sacó un manuscrito poco abultado que puso en manos de M. Smith. «He aquí», le dijo, «la historia de *La urna sangrienta*, conservada desde tiempo antiguo con el aprecio correspondiente a un monumento tan importante y cuya lectura debe enseñar y estremecer. Podéis deteneros cuanto gustéis para leerla, y aun sacar copia, si os acomoda, y yo quedaré satisfecho si he podido contribuir a hacer más llevaderas las fatigas de vuestras excursiones y viaje».

Agradeció el inglés la cortesía y finezas del religioso, y retirándose leyó el manuscrito, que le interesó sobremedida y sacó de él una copia, que se multiplicó prodigiosamente a su regreso a Inglaterra. Y de ella se ha trasladado la que a continuación se sigue.

Capítulo I

Al pálido resplandor de las exhalaciones y relámpagos caminaba por las orillas del antiguo Benaco un viajero, a quien la noche había sorprendido en aquel sitio para él entonces desconocido. Bramaban las ondas del encrespado lago y, mezclado su espantoso ruido con el ronco y prolongado estrépito de los truenos, parecía amenazar a la tierra con su última catástrofe. La horrible oscuridad que envolvía en su denso velo la naturaleza impedía al viajero fijar el pie con seguridad, pues el momentáneo brillo de los meteoros celestes, alumbrando un instante la atmósfera, sepultábale cada vez en tinieblas más profundas. Vertían las nubes de su seno torrentes de agua que penetraban los vestidos del fatigado caminante sin que la no interrumpida marcha le deparase algún abrigo contra el furor de la tempestad.

Felizmente a poco rato le hizo divisar la luz de un relámpago la fachada de un suntuoso edificio, situado en una eminencia vecina. Aunque extenuado de la fatiga y casi exánime de frío y necesidad, quiso hacer un esfuerzo para lograr cubierto, pero el caballo que montaba, más débil aún, se negaba a obedecer al freno y a la espuela, y quedó por fin como clavado en el suelo sin adelantar un paso. En tan crítica circunstancia se puso a reflexionar si sería mejor desmontar y abandonar al raso el caballo, porque repugnaba a su corazón exponer a una muerte cierta al compañero fiel e inseparable de sus trabajos. Decídese en fin a atravesar a pie el corto espacio que le separaba del castillo, llevando del diestro la cabalgadura, si era posible moverla del sitio. Mas ¿qué nuevo incidente detiene sus pasos y le llena de espanto y confusión?

—Estamos perdidos —grita una voz a poca distancia del camino.

Oye pasos como de quien se aleja apresuradamente y el eco de las pisadas se confunde en breve con el estruendo de la tempestad. El caminante queda como petrificado y un horror involuntario le eriza los cabellos, cual si hubiese escuchado el sordo rugido de un tigre. Mas no le abandona su valor en tan crítica circunstancia; sigue su camino, trepa por el declive de la colina y al cabo de inauditos esfuerzos gana la cumbre y se halla enfrente de la avenida principal que conduce al palacio.

La proximidad le permitió entonces divisar luces en los aposentos interiores, cuyas ventanas le habían cubierto los árboles que circundaban el edificio. Reanimado su espíritu a la vista del techo hospitalario, donde creía lograr asilo y cubierto contra el furor de la tempestad que continuaba, deja arrendado el caballo en un árbol inmediato y da en la puerta repetidos golpes. Un triste silencio responde a su llamada; el eco sólo los repite en el vasto patio y ni indicio siquiera advierte de habitantes en aquel encantado lugar. Redobla los golpes, grita, llama; ¡inútiles recursos! El palacio se asemejaba a la habitación de los vientos en el oscuro reino de las tempestades y el furioso silbido del cierzo, que chocaba contra las paredes de la fábrica y contra los árboles que se oponían a su violencia, respondía a su afanosa voz y a los sonoros ecos de la puerta golpeada. Las luces que resplandecían eran argumento cierto de no ser edificio inhabitado y, creyendo el caminante que la tormenta sería causa de que no le oyesen, sigue la pared del palacio hacia el ala septentrional que miraba al lago, donde se advertía aún el resplandor de la habitación iluminada.

No se engañó por entonces en su esperanza; al aproximarse notó que quitaban la luz de la ventana, donde había permanecido fija por algún tiempo, pero se iba mostrando sucesivamente en las siguientes, hasta que desapareció del todo. Alentado con esta vista corre a tientas hasta colocarse debajo de la ventana donde lucía el faro de su esperanza. Hierde otra vez su voz los vientos; pero a la confianza sucedió el desconsuelo, viendo frustrada la idea lisonjera de llegar al fin de los trabajos de aquella noche. Ya desde aquel punto cesó el misterioso resplandor del palacio y el caminante rendido se dejó caer al pie de un árbol, lleno de angustia, revolviendo en su mente las palabras que poco antes oyera en el camino. La circunstancia de haberlas pronunciado en medio de una noche oscura y tempestuosa y en paraje por donde era imposible condujese a un hombre otra mano que la del crimen despertaron en su alma mil tristes y congojosos pensamientos. Y, añadiendo a ellos el extraño suceso del palacio desierto, quedó enajenado por más de una hora, y sin duda le hallara el día en el mismo sitio si el movimiento que hizo el caballo, pugnando por desatarse, no le hiciera volver en sí y acudir a asegurarle. Mas ¡oh nueva sorpresa! ve y no acierta a creer a sus ojos; ve aquella puerta no ha mucho cerrada e impenetrable a los golpes abierta ahora y patente, ofreciendo una espaciosa entrada y patio, dilatándose hasta la magnífica escalera de mármol en que terminaba.

Tan inesperado acontecimiento, restituyéndole por un momento la calma, le hizo poner sobre sí y aun temer fuese un lazo armado a su libertad o a su vida; bien que tenía por otra parte razones poderosas para conocer a los habitantes de aquella casa, como irán declarando los sucesos. No se aventuró, pues, a penetrar en este lugar de misterios sin grandes precauciones, de las cuales fue la primera amartillar sus pistolas y registrar de esta suerte todos los ángulos del patio, por si observaba novedad capaz de alarmar su desconfianza.

Hay momentos de la vida en que parece el hombre arrastrado por alguna fuerza sobrenatural e irresistible a peligros inminentes y a obedecer a una ley forzosa que le señala la senda por donde debe caminar sin desviarse, aunque esté interrumpida con profundas simas y espantosos precipicios. Tal era la situación del caminante, cuyo nombre aún nos es desconocido y, maravillándose él mismo de su temerario ardimiento, recorría los senos de aquella vasta extensión. Introdujo el caballo en el patio y, dejándole ya a cubierto, se decide a aclarar el extraordinario suceso de aquella noche.

Vencidos algunos tramos de la regia escalera, ábrese a sus ojos una inmensa perspectiva de piezas soberbiamente alhajadas. El oro, la plata, las telas más exquisitas, las maderas y piedras más preciosas veíanse con asiática profusión transformados en estatuas, vasos, colgaduras, mesas y demás adornos que ennoblecen la morada de los grandes. Los primores del diestro y valiente pincel de Da Vinci, de Paulo Veronés y de Rafael lucían en los bellos originales que hermoseaban las paredes. Todas las artes a porfía habían contribuido a hacer de aquel sitio un santuario de magnificencia y gusto. No embelesaron estos esfuerzos del orgullo del hombre al incógnito, acostumbrado ya a disfrutarlos; pero quedó pasmado al ver en la más espaciosa de las salas una mesa cubierta de exquisitos manjares todavía humeando y sobre la cual ardían en candeleros de oro un sinnúmero de luces.

¡Qué conjunto tan maravilloso de misterios encierra este lugar!, se decía a sí mismo. ¿Quién ha colocado esta mesa, dispuesta al parecer para algún banquete de himeneo? ¿Quién ha franqueado la entrada y se oculta a mi vista y por qué motivo? Absorto en estas reflexiones permaneció algunos instantes en pie con las pistolas amartilladas hasta que resolvió registrarlo todo y salir de la incertidumbre. Repitió inútilmente sus voces,

pues sólo contestaba un eco sepulcral hasta distancias considerables. Internose por aquel vasto laberinto cuyas entradas y salidas no le eran extrañas; nada escapa a su vista indagadora. Con la cautela necesaria registra los aposentos más retirados, violenta las puertas cerradas, capaces de encubrir al misterioso habitante; pero al cabo de un dilatado e infructuoso examen quedó en la terrible incertidumbre del éxito de aquel inaudito suceso. Bastándole por entonces estar al abrigo de la tormenta, bajó al patio donde había pensado descansar sin dormir hasta el amanecer. Con este objeto reclinose sobre la basa de una pilastra que adornaba el vestíbulo, aplicando el oído, por si ulterior novedad aclaraba algún tanto el enigma.

Poco rato hacía que sumergido en sus reflexiones aguardaba con impaciencia la aurora, cuando un rumor que oye cerca de sí le sobresalta de nuevo y le obliga a levantarse y dirigir la vista a la parte de donde venía. Advierte con pasmo cruzar ligeramente delante de sí una figura blanca, trepar con velocidad por la escalera y desaparecer al momento. El estupor le deja inmóvil por algunos instantes y siente flojear su valor. ¿Si es de la especie humana este ser maravilloso, cómo tiene arrojo para atravesar delante de su presencia el patio sin inspirarle temor ni desconfianza las armas, que de intento hacía sonar para imponer a quien tratase de sorprenderle? Si era agente sobrenatural, ¿qué podría hacer contra él y cómo librarse de los efectos prodigiosos y terribles depositados por el cielo en manos de los espíritus?

Estas reflexiones le ocuparon hasta que le distrajo de ellas el eco de pisadas que oyó en las habitaciones superiores situadas sobre el patio. Entonces acabó de resolverse a todo cuanto pudiera sobrevenir, bien convencido que la figura no podía menos de pertenecer a la especie humana. Intérnase por segunda vez en las soberbias salas que poco antes recorriera y queda sorprendido al notar habían desaparecido las luces; y al profundo silencio añadióse la más completa oscuridad. Siente el viajero atrevido helársele la sangre en sus venas y se cree ya víctima de alguna traición, sin ser parte para evitar su ruina las armas, de las que ninguno o sólo un uso aventurado puede hacer en las tinieblas. No obstante, transcurrido largo espacio de tiempo, nada oye ni el menor eco interrumpe aquella horrorosa calma, habiendo ya cesado la borrasca. Siéndole imposible a causa de la falta de luz penetrar más adentro, permanecía inmóvil aumentándose su indecisión cada momento; y ya trataba de abandonar aquel temeroso lugar cesando la causa que le obligara a guarecerse en él, cuando al reflejo de la luna, que a la sazón difundió sus melancólicos rayos por el cielo limpio y sereno e iluminó el interior de las estancias solitarias del prodigioso edificio, descubre en un ángulo de la pieza la misma sombra blanca aparecida poco antes a sus ojos en el vestíbulo, y ahora en su inmovilidad semejante a una estatua de mármol.

—¿Quién eres, desgraciado? —grita el caminante con resolución apuntándole una pistola. La respuesta fue un ¡ay! agudísimo y prolongado que el eco repitió hasta lo más hondo del palacio, y la misteriosa sombra se desvaneció como un leve vapor al violento soplo del huracán. El caballero queda estático. La repentina conmoción comunica a la mano un movimiento convulsivo, obligándole involuntariamente a disparar la pistola, y el tiro retumba, estremeciendo las paredes de la habitación. Turbado, lleno de agitación y pasmo retrocede algunos pasos; ni acierta a retirarse ni a pasar adelante, cuando un débil suspiro despedido como de lo íntimo de un corazón traspasado de dolor le sobresalta de nuevo, sin poder en tan inexplicables acaecimientos concebir la causa de hacerle al parecer objeto de los prodigios de aquella noche.

—No temas —dijo entonces una voz débil y apenas inteligible que sonó cerca de sí—,

pues estás bajo mi protección.

—¿Quién eres tú, poderoso, para dispensar un favor que ignoras si necesito o quiero admitirle?

—Nada ignoro; y debes persuadirte que mi protección te es indispensable; sin mí ya no existirías.

El desconocido se estremeció al oír estas palabras; y creyó por segunda vez que se le armaba algún lazo; pero el aire de ingenuidad del ser invisible que le hablaba disipó algún tanto sus temores y le tranquilizó; no obstante le dijo:

—Quienquiera que seáis, dejaos ver, si es posible, para que mi reconocimiento a vuestras bondades acredite los afectos de mi corazón. ¿Dónde estáis?

—Mi situación —contestó la sombra— no está circunscrita a lugar; estoy aquí, estaré en otro sitio, estaré donde quieras, y donde... —y aquí cesó sin terminar la frase.

—Maravillado me tiene tal respuesta: ¿quién sois pues? ¿Acaso algún ser superior al orden de la naturaleza?

—Soy un ser realmente superior al orden de la naturaleza —contestó la sombra con voz mas débil, y añadió algunos sonidos mal articulados, cuyo sentido le fue imposible comprender. Calló algunos momentos y continuó—: Soy una *Sílfida*⁴.

Al oír estas palabras el desconocido, se precipitó hacia el paraje de donde salía la voz, exclamando con ira:

—Descúbrete, seas quien fueres, y no pretendas hacerme juguete de tus ilusiones, y de mi necia credulidad.

Mas, ¡oh espanto!, la sombra que se lisonjeaba asir desaparece y sus manos tropiezan sólo en el muro de la suntuosa habitación.

—¡Necio! —repite la voz a sus espaldas en tono de amigable reconvención—, creíste hallar falsedad en quien ignora la mentira y tratas de ofender a quien te hace bien. Soy Sílfida, repito, y es mi morada este palacio desierto adonde tu fortuna te ha conducido. Te he franqueado mi hospitalidad informada de tu peligro y aún me preparo a hacerte más señalados favores, movida únicamente del impulso de beneficencia que forma mi carácter.

—¡Mi peligro! ¿Quién eres, pues, a quien no se ocultan mis secretos? Dime, ¿si es verdad que perteneces a esos espíritus aéreos cuya existencia ha sido para mí una fábula y ahora es un enigma, quién soy? ¿Qué riesgos me amenazan?

—Tú —dijo la Sílfida con acento solemne— mañana parecerás lo que no eres y serás lo que no pareces. ¡Ay de ti si el jabalí del bosque llega a columbrarte desde lo hondo de su caverna! Sólo un poder sobrenatural sería poderoso a arrancarte de sus agudos colmillos.

—¡Ser extraordinario! —exclamó el caballero desconocido—, tú me obligas a confesarme crédulo y supersticioso. ¿Quién sino un espíritu podría ser depositario de los secretos del mío? Ora seas el alma que anima a una bella figura, ora estés separada de la materia, eres sabia, eres benéfica. Condúceme, pues, que ya te sigo. Prescribe y manda, pues mi voluntad se rinde a la tuya.

—Antes que la aurora bañe de cristalino rocío las fértiles orillas del lago, auséntate de este sitio y no amanezca el sol sobre ti en esta habitación del crimen. Tiembla sobre todo de saber más. La muerte ha desplegado sus alas y la tierra ha bebido la sangre inocente. Tú estás igualmente destinado al sacrificio, y la medida del crimen se llenaría si no velase sobre tus días el amor y la más tierna y afectuosa previsión acompañada del poder. Que no se borre de tu pecho la palabra que vas a oír. Hay quien anda sediento de tu sangre. La ambición, los celos, esos monstruos que desfiguran en los mortales el corazón más

bello, el alma más hermosa, son el móvil de tu persecución. Tu nobleza no concibe cómo sea posible despojarse de los sentimientos de la naturaleza y sacrificar cuanto tiene de más sagrado ante el ídolo de la pasión. Hay sin embargo quien ocultamente maquina tu destrucción y, madurado el proyecto, sólo faltaba a su cumplimiento la elección del instante fatal. El genio destinado a velar en tu conservación te ha conducido a este lugar de seguridad y vida a fin de sustraerte al execrable atentado y evitar un crimen a tu perseguidor. Conserva en tu memoria cuanto voy a decirte. Aunque es criminal tu enemigo, es no obstante acreedor a miramientos cuya razón el tiempo revelará a tus ojos. Mientras sus amenazas se contengan en los límites de un mal que no atente a tu vida, mantente en defensa, procurando eludir los golpes por los medios que tu nobleza y tu generosidad te sugiera contra tu desgraciado enemigo; mas si es eminente el riesgo, si la prudencia y previsión no son suficientes a librarte de su furor y ves indudablemente vas a ser víctima del delito más horroroso, dile estas misteriosas palabras: *Acuérdate de la Urna sangrienta*; y no dudes, esta terrible ilusión será el más poderoso talismán y ahuyentará a tu enemigo. Mas que el deseo de tu conservación no te haga culpable de algún exceso contra él. Tal conducta sería parte para obligarme a retirar de ti mi protección. Jamás el malvado llega a tan horroroso punto de depravación que no se pueda esperar de él una mudanza. Mi estado de perfecta calma, libre de las pasiones humanas y preocupaciones del espíritu, presenta a mi entendimiento el hombre sin sombras, y conozco cuán fácil es excederse y degenerar en venganza el instinto de la propia conservación. Aunque criminal, su existencia me es amable y aun necesaria, su perversidad no debe hacerte olvidar las leyes de moderación y dulzura. Parte.

—¿Adónde debo partir? Y ¿de quién huir? —dijo el caminante.

—¿Crees que ignoro no ser este castillo el término de tu viaje? Los muros de Mantua te aguardan. Ve, y espera en ellos la mudanza de tu suerte.

—Ya quedan disipadas mis dudas. Creí que las ilusiones de una fantasía acalorada forjaban quimeras, y deben las Sílfidas su origen a una preocupación supersticiosa. La experiencia me hace ver mi engaño. Y tú, ser admirable y misterioso, a cuyo tierno cuidado debo la existencia, recibe la expresión del reconocimiento más vivo e indeleble esculpido en mi corazón eternamente.

Dichas estas palabras, se retiró en silencio, y bajando la soberbia escalera montó por segunda vez a caballo, llena su imaginación de los pasmosos acaecimientos del encantado palacio; y a la dudosa luz de los primeros crepúsculos de la mañana, presto encontró el camino de donde se extraviara y tomó la vuelta de Mantua.

¡Qué manantial de reflexiones no ofrecían los sucesos esta noche! Ausente mucho tiempo de aquel país, de todos desconocido a su parecer, ¿cómo era posible que la casualidad le hubiese conducido a un sitio desierto, donde hubiera quien no sólo le conociese, sino estuviera además al alcance de sus secretos, y sobre todo informado del término y quizá del objeto de su viaje, y sabedor de los peligros inminentes que amenazaban su vida? ¿Quién sería aquel enemigo oculto, tan encarnizado contra él, pues recorriendo la serie de su vida no hallaba acción capaz de haberle ganado un contrario, habiendo tenido por blanco único de sus acciones el bien de la humanidad y el consuelo de sus semejantes?

Recordaba con horror las misteriosas palabras comunicadas por la Sílvida, que debían ser escudo y talismán contra el encono de su perseguidor, y temblaba de aclarar el arcano, que sin duda encubría un crimen horroroso. De aquí proseguía reflexionando qué circunstancia de su vida pudiera tener relación en la sobrenatural aparición de aquel ser

benéfico, dedicado al parecer exclusivamente a su conservación. Aquí se perdía en un mar de confusiones y quedaba como estático, llegando a dudar de si una ilusión le había cegado o sido efecto de un sueño los misterios de aquella noche. Siempre tuvo por fábula y entusiasmo novelesco las apariciones de sílfidas, hadas y encantadoras; hubiérase avergonzado si le ocurriera la posibilidad de tales seres; y con rubor, y a pesar suyo, veíase precisado a creer y confesar que había sílfidas, y a una de estas amables criaturas era deudor de obligaciones inapreciables, y de su propia vida. No obstante estaba muy lejos de triunfar su credulidad; sólo había logrado levantar al nivel su des preocupación, y en este medio vacilaba, no sabiendo cómo dar solución a la repentina desaparición de la sombra blanca, cuando la acometió en la sala, a sus acentos delicados, y que tenían algo de aéreo y encantado, y cómo suponer en un ente impasible e incorpóreo pasiones humanas, pues no dejó de advertir que las palabras de la Sílfida respiraban melancolía. Admirábase sobre todo el aparato magnífico del palacio y el suntuoso banquete dispuesto en él sin haber señal de para quién se hubiera preparado; y necesitó de toda su reflexión para no enajenarse, suponiéndose transportado a un mundo imaginario donde todos los agentes obraban por misterios y encantamientos.

Caminaba entretanto lentamente sin cuidado de aguijar el caballo, que extenuado con la fatiga de la noche anterior no se hallaba en disposición de apresurar el paso. Había ya perdido de vista el palacio desierto, cuando en el oriente comenzaba a difundirse una agradable blancura, precursora del día, cuyos primeros rayos cruzaban sin obstáculo una atmósfera limpia y purificada por la tempestad y llevaban el calor y alegría al hemisferio opuesto. Las aves saludaban con melodiosa armonía la presencia de la aurora, y como si el horror de la noche tempestuosa acrecentase a sus ojos el precio de un día claro y tranquilo, celebraban la vuelta del sol y animaban la naturaleza. Veíanse los campos cubiertos de risueño verdor y las marchitas yerbas, lozanas ya y erguidas formando mil variadas alfombras en la llanura y colinas inmediatas, que en forma de anfiteatro siguen por ambos lados sirviendo de punto de perspectiva al famoso Mincio. Este caudaloso río, abandonando el lago de Garda y cruzando por medio de las fortificaciones de Peschiera, cuya pequeña población aún se descubría a lo lejos, corría en línea recta a rendir tributo a la laguna y besar el pie de la soberbia Mantua. Las elevadas cúpulas de esta hermosa capital se distinguían con dificultad en el fondo del horizonte, pero el camino que a ella conducía por el margen del río comenzaba ya a llenarse de gentes a quienes sus negocios llamaban a la ciudad de las vecinas poblaciones.

Tan bello espectáculo distrajo por algunos momentos la atención del viajero, quien contemplaba con algún placer el hermoso paisaje desplegado a sus ojos; pero su distracción le impidió notar por entonces entre las personas que llevaban el mismo camino una que le seguía con cuidado, y lo daba a conocer fácilmente su lentitud, pues andaba al sosegado paso del caballo y no parecía moverle otro objeto que espiar al caminante. Esta novedad le hizo volver en sí; y aunque exento de temor, para aclarar sus dudas y cerciorarse de la verdad, espoleó el caballo y partió a galope. El desconocido a pie siguió cuanto pudo, apresurando también el paso; mas viendo inútiles sus esfuerzos, dio un grito, diciendo al viajero:

—Detente, detente.

Estas voces suspendieron su carrera y volviéndose al que le seguía, éste a corta distancia con voz terrible, aunque baja, y que le pareció tener alguna semejanza con la que oyó la noche anterior antes de llegar al palacio, le dijo:

—Anda, malvado, que pronto perecerás.

Y ocultándose en unos matorrales que guarnecían el camino, desapareció. El caminante quedó sorprendido y cuidadoso, pues el perseguidor llevaba un sombrero de ala grande que impidió distinguir su fisonomía; y aunque confiaba en las palabras fatídicas de la Sílfida, temió sin embargo encontrarse con otro enemigo distinto en quien no obrase la influencia del talismán, y ser víctima de alguna traición; pero fiado en su inocencia, resolvió tomar todas las precauciones dictadas por la prudencia a fin de inutilizar los esfuerzos de un rencor cuyos motivos ignoraba; y revolviendo en su interior tales pensamientos, atravesó casi sin advertirlo la gran calzada que corta las lagunas por la parte del occidente y se halló en las puertas de Mantua.

Capítulo II

Algunos días antes había el incógnito enviado delante su criado desde Venecia para que le tuviese dispuesto el alojamiento. Era la hora del mediodía cuando entró en la ciudad, admirándose de encontrarla llena de confusión y desorden. Corrían las gentes por las calles y en los semblantes de todos se veía pintado el terror, la ira, la compasión y todas las pasiones juntas. La dirección de la multitud parecía ser hacia la gran plaza, cuyas avenidas estaban inundadas, apresurándose todos a participar del espectáculo que probablemente debía figurar en aquel sitio. El extranjero pudo con dificultad romper por la muchedumbre y con sumo trabajo logró penetrar en la posada donde ya le esperaba su criado. Encerráronse ambos en el aposento destinado y entonces fue cuando supo con horror y lástima la terrible novedad acaecida en Mantua.

La historia que hasta este punto habla del incógnito sin darnos a conocer alguna particularidad para distinguirlo, comienza ahora a describir exactamente las personas de amo y criado. El primero cuyas facciones eran nobles y aún interesantes, pero cuyos modales se resentían algún tanto de rusticidad, manifestaba tener sobre cincuenta años, y las proporciones hercúleas de su figura inspiraban cierto temor, sin tener por eso nada de repugnantes o desagradables. Sus ojos vivos y aún penetrantes no parecían nacidos para infundir pasiones dulces, aunque por otra parte nada de siniestro anunciaban. Eran el espejo de un alma franca y generosa, que animaba a un cuerpo rústico y sin cultura, y el órgano de un carácter deferente y suave, que hacía de su sirviente un amigo y de los demás unos hijos acreedores a su estimación.

La fisonomía del criado se hacía notable por la vivacidad de sus ojos y bellos colores del rostro, lo cual unido a una hermosura nada común fijaba al momento la atención de cuantos le miraban. Su edad al parecer no pasaba de los umbrales de la juventud y esta ventaja tan recomendable en el hombre comunicaba a su figura gallarda un atractivo inconcebible. Sus miradas expresaban sensibilidad y ternura y había hallado el secreto de cautivar el afecto de su amo, en términos que más que como criado le trataba como amigo. Pero aún era más bello su corazón. Todas las generosas inclinaciones y virtudes que adornan al hombre resplandecían en él: era compasivo, amable, afectuoso, benéfico, enemigo del ocio, y únicamente dedicado a servir y complacer a su dueño. Cualquiera supondría en él más de lo que manifestaba y un corazón apasionado a sus prendas y figura, alejando de sí la repugnante idea de servidumbre en joven tan apuesto y amable, y creería ver en él algún vástago de familia noble a quien desgracias no merecidas hubiesen reducido a tan dura y humilde condición.

Uno de los huéspedes informó a Claudio Verville y a Antonio (tales eran los nombres del amo y criado) la horrorosa catástrofe acaecida algún tiempo antes en aquella ciudad.

Angélica, noble doncella (les dijo), establecida en Mantua hacía tiempo, vivía con una parienta suya en sumo retiro sin tratar con persona alguna; no obstante que su nacimiento tal vez le podría proporcionar relaciones distinguidas. Ignorábase el motivo de su abstracción y recogimiento, y el maligno vulgo, siempre dispuesto a interpretar siniestramente las acciones ajenas, afiló su lengua de víbora, cebándose en el honor y estimación de las dos forasteras. Las frecuentes hablillas [5](#) dieron ocasión a que un joven

de esta misma ciudad, aunque noble, famoso por su libertinaje, concibiese el proyecto de introducirse en su casa y explorar la verdad de lo que se decía y aun llegase a persuadirse no le sería difícil seducir a la joven.

Con tan perversa intención comenzó a echar mano de los recursos que le suministraba su malignidad auxiliada del poder, y al fin de varias tentativas, que no es del caso referir, logró ser presentado en casa de estas apreciables señoras. Pudo sospecharse haber sido violenta su introducción y poco del gusto de las forasteras, pues le hicieron un recibimiento, aunque cortés, frío y reservado, y con particularidad la joven se contuvo dentro de los límites de una urbanidad tan pasiva y rigurosa, que al momento conoció el poco terreno que adelantaría en su proyecto. Mas los obstáculos inflamaron con mayor vehemencia sus deseos y se decidió a todo trance a conquistar la inexpugnable fortaleza. Regalos, billetes, lágrimas, suspiros no fueron escaseados; pero todo se estrelló contra el fuerte muro de la virtud y del recato. Advirtió en efecto no ser lo que la voz común publicaba de aquellas señoras y admiró en medio de su depravación una conducta irreprochable y fuera del alcance de la más severa crítica, no pudiendo dejar de rendir en las conversaciones con sus amigos este brillante homenaje a una virtud cuya existencia no creía. El frecuente trato y los desdenes de Angélica no tardaron en convertir su profano ardor en una pasión violentísima y trató a cualquier precio de poseer el objeto de su amor.

Hizo conocer a la parienta de Angélica sus pretensiones dirigidas al honesto fin del matrimonio; pero no fueron bien admitidas. Recelosas las señoras de un hombre cuyas dañadas intenciones eran tan manifiestas, no se fiaban de protestas sugeridas quizá por el libertinaje y que encerraban la idea de más infame burla, y así le respondió la señora Justina (tal era el nombre de la parienta), ser sumo el reconocimiento de Angélica al honor que les dispensaba honrándolas con su parentesco; pero el carácter de forasteras las excusaba de manifestarle las razones por las que se privaban con sentimiento de favor tan señalado, suplicándole, pues en adelante serían infructuosas sus tentativas, se abstuviese de dar pábulo a las hablillas de la gente ociosa con una frecuencia que las circunstancias y la situación en que se hallaban harían sin duda mal vista.

No bien satisfecho el joven con repulsa tan terrible a su ardiente pasión, comenzó a reflexionar cuál sería la causa de ella, y no permitiéndole su altivez y amor propio suponerla en sí y en su depravación, se fijó en la idea de un rival oculto cuya fortuna más que servicios le arrebataban el corazón de Angélica. La furiosa pasión de los celos inflamó su ánimo y a fin de cerciorarse de su desgracia dio en rondar a deshora de la noche la casa de Angélica por algunos días. Vio en efecto entrar en ella y salir a un hombre embozado, y a hora intempestiva, y no necesitó más su furor para pensar en una ruidosa y terrible venganza. Quiso, antes de sacrificar a su odioso competidor, confundir la que él llamaba hipocresía de Angélica, y a este efecto se presentó un día en su casa y su visita inesperada sorprendió a las señoras extraordinariamente; pero fue con exceso mayor el pasmo de Camilo (que así se llamaba el joven) al oír que la parienta de Angélica, antes de permitirle hablar, le manifestó que habiéndolo meditado bien y cesado los inconvenientes que estorbaban complacerle, se prestaba desde luego sin repugnancia a su petición, en cuanto a obtener la mano de Angélica; pero al mismo tiempo le imponía como condición indispensable y preliminar del matrimonio irse a vivir con su nueva esposa fuera de Italia; accediendo a este requisito, podía señalar el día de la celebración. La sorpresa y admiración que causó a Camilo el no esperado éxito de la visita no le dejó ver en las palabras de la señora Justina cierto aire de encogimiento y temor, como si

alguna fuerza invisible le obligase a pronunciarlas: sólo se fijó en la lisonjera idea del logro de sus esperanzas; y prometiendo todo cuanto se exigió de él, despidiéndose de Justina y Angélica, cuyo semblante, si no alegría, aparentaba a lo menos tranquilidad, partió a dar las disposiciones para la celebración del matrimonio y lo fijó para de allí a tres días.

No es el caso referir los preparativos, que con universal admiración de Mantua dispuso Camilo para hacer la boda mas lucida y suntuosa. Tampoco me detendré en contar cuanto se dijo y murmuró en la ciudad con motivo de este raro acontecimiento; digo raro, pues siendo Camilo tan conocido en ella, no hubo quien no extrañase su mudanza repentina y los más creyeron sería algún nuevo rasgo de su maligna travesura, compadeciendo a la infeliz Angélica, condenada a la suerte más deplorable con un libertino de profesión. Finalmente, llegó el día de la solemnidad y acompañado de algunos parientes suyos, pues sus padres habían muerto años antes, marchó Camilo a casa de Angélica. Encontróla ataviada con elegancia; pero advirtió no llevaba alguna de las muchas y ricas joyas que le había regalado. No hizo alto en esta circunstancia y se disponía ya a acompañarla a la iglesia, cuando Angélica le suplicó tuviese la paciencia de oírla un momento en la pieza inmediata a aquella donde se había congregado la comitiva. Condescendió sin demora ni desconfianza, y creyendo tendría algún secreto que revelarle tocante a su familia, pues hasta entonces nada le había preguntado de ella, la siguió al aposento.

Pasado largo espacio de tiempo, los que estaban aguardando comenzaron a notar la tardanza de los novios, e ignorando la causa, entraron todos en cuidado al ver que transcurrida ya una hora, no salían. Por fin la señora Justina resolvió entrar y saber el motivo de la novedad. Apenas abrió la puerta del aposento que no habían cerrado del todo, da un grito y cae desmayada. Acuden todos a socorrerla; pero ¡oh cielos!, ¡qué horroroso espectáculo se ofrece a los ojos de los atónitos circunstantes! El desgraciado Camilo tendido en el suelo, y revolcándose en su propia sangre con las agonías de la muerte; Angélica desmayada sobre un sofá, teniendo un puñal ensangrentado en la mano y los vestidos manchados de sangre.

Fácil es concebir la terrible impresión que produjo en los presentes tan horrenda catástrofe; el terror y espanto les anudó las lenguas e inmóviles contemplaban aquel cuadro de muerte y destrucción. Uno de ellos, sin embargo, manifestó al momento la urgencia de avisar al magistrado a fin de proveer a la expedición de un acaecimiento que presentaba tan mal aspecto. Fueron en efecto a buscarle y mientras llegaba trataron de reanimar con espíritus [6](#) a Justina y Angélica y atajar la sangre que en gran copia brotaba de dos heridas que el infeliz Camilo tenía en el lado y en la garganta. A Angélica y Justina las retiraron a otra pieza distinta y entretanto llegó el magistrado. Las deposiciones fueron contestes. Juraron todos haber entrado solos Camilo y Angélica en la sala; haber ésta llamado al primero y pasada una hora haberse encontrado asesinado y a ella con el puñal sangriento en la mano. En vista de lo expuesto, fueron trasladadas a la cárcel, Justina y Angélica, y comenzó el proceso.

Aterrada Justina con el oprobio y susto de tan horrible desgracia, luego que entró en la prisión fue acometida de espantosos vértigos y a los tres días murió sin haber podido declarar. Respecto a Angélica, en los varios interrogatorios que sufrió, no contestó otra cosa más que era inocente y, aunque le reconviniere con los vehementes indicios y pruebas que deponían contra su persona, siempre respondía que estaba inocente. Esta aparente contradicción suspendió a los jueces haciéndoles vacilar. El herido daba pocas

esperanzas y, habiendo perdido el habla, se hacía más difícil aclarar tan intrincado proceso. Finalmente, no apareciendo camino por donde salvar a Angélica, manteniéndose obstinada en el silencio, procedieron los jueces a fallar según lo que resultaba de los autos y conforme a ellos la sentenciaron a pena capital, que se va a ejecutar hoy a la hora del mediodía.

Tal fue en sustancia la relación del huésped, que arrancó lágrimas de los ojos de entrambos, amo y criado, interesándoles vivamente en favor de la desgraciada Angélica, a quien sola la recomendación de su hermosura bastaba para creerla muchos inocente de la atrocidad cometida, lastimándose de su juventud y no dudando que algún misterio le ataba la lengua para no denunciar al verdadero asesino. Llenos de tristes ideas permanecieron algún tiempo haciendo varias preguntas al huésped sobre el extraño suceso; pero, aunque éste les instaba, no se resolvieron a asistir a la terrible y lúgubre ejecución. Entretanto llegada la hora del mediodía el rumor progresivamente aumentado de la muchedumbre ansiosa de presenciar el espectáculo y el ronco estruendo de las cajas anunciaban el momento fatal de la salida de la víctima.

—¡Gran Dios! —decía el compasivo Antonio en su corazón—: ¿será posible que la juventud, la belleza, la ternura, la modestia, se acompañen con el crimen y se complazca en la sangre una mujer, símbolo de la dulzura y amabilidad? ¿Puede la virtud ceder al crimen lugar en un corazón y habitar en él juntamente? Y si la inocencia oprimida del terror y espanto ha podido enmudecer por un momento, ¿cómo tu diestra no aniquila al delincuente y derriba el ignominioso trono que le prepara una justicia engañada?

Estas reflexiones de Antonio no interrumpidas por el bullicio de la gente cesaron, no obstante, cuando un profundo silencio siguió el sordo rumor que resonaba en todos los ángulos de la ciudad. Sorprendióles la novedad repentina y salieron a la puerta de la posada, donde ya se hallaban muchos de los huéspedes, a fin de informarse. El pasmo y horror los deja estáticos y no pueden retroceder. Una lúgubre comitiva precedía y acompañaba a la interesante y desventurada víctima y por allí se encaminaba al lugar del suplicio. En medio de aquel majestuoso y terrible silencio, donde parecía que el ceño despótico de la muerte difundía espanto y horror, dominaba el triste y afectuoso acento del fervoroso ministro, cuya suave y divina elocuencia vertía el bálsamo de un consuelo que la religión sola puede y sabe dar en los últimos instantes de la afligida y desgraciada joven.

—Ve —le decía—, ve a unirte con tu Dios. La justicia de los hombres te encuentra delincuente. Si no lo eres, no mires a su injusto error ni imputes a un mortal la inescrutable disposición de un Dios de amor y de clemencia. El cadalso se convierte en altar cuando recibe a un inocente: es un escalón para la feliz eternidad. Lamenta, lamenta la ignorancia de los hombres; y el Dios que te precedió en ser juzgado y condenado inocente te comunique valor para no ver en tu temprano fin más que el designio de una benéfica providencia, la cual por este medio te liberta para siempre de la tiranía de la calumnia y del horror de vivir entre criminales.

Las tiernas y enérgicas exhortaciones del piadoso sacerdote resonaban en los corazones de los circunstantes y algunos mal reprimidos sollozos y suspiros acompañaban su afectuosa voz; pero la tierna doncella manifestando en su rostro compungido escuchar con interés su discurso, sólo repetía de tiempo en tiempo:

—Soy inocente.

Entonces fue cuando pudo el extranjero admirar en Angélica la obra más bella de la naturaleza, que dentro de pocos momentos iba la muerte a destruir y convertir en polvo.

Aunque la terrible proximidad de la hora fatal y la dilatada prisión habían robado los colores al rostro más encantador, no fueron poderosos para despojarlo del seductor atractivo que la naturaleza le había comunicado. Las hermosas y largas pestañas caídas e inclinadas sombreaban dos bellos ojos medio cerrados y dejaban escapar alguna lágrima fugitiva, tributo innegable a la debilidad humana. Bajaban a descansar en el hombro y caer por la espalda largos bucles de cabellos negros, contrastando con la blancura de un cuello de alabastro, estremeciéndose la sensibilidad con la terrible representación de la acerada cuchilla hendiendo la hermosa garganta y de la sangre violando con su púrpura la nieve de tan mórbida y delicada tez. Una linda boca medio abierta con la triste sonrisa de la resignación, dejando ver por entre labios de rosas marchitas el terso marfil que la adornaba, comunicaba a su rostro tal expresión de ternura y melancolía, que ninguno de cuantos la vieron dudaba ya de su inocencia.

La pausa con que se aproximaban al lugar de la ejecución dio tiempo al compasivo Claudio para observar detenidamente las gracias de la víctima, pues a Antonio le faltó valor para mirarla. Ésta al llegar frente al sitio donde presenciaban la triste procesión los forasteros alzó los ojos para repetir al sacerdote la acostumbrada protesta de su inocencia, por casualidad los fijó en Claudio y Antonio, mientras éstos reprimían mal sus gemidos a tan doloroso trance. Mirolos Angélica, hizo ademán de querer reconocerlos, seguido de un movimiento de violenta sorpresa.

—¡Oh, Dios! ¡Él es! —gritó, y cayó desmayada en brazos de los conductores. Admirados todos de la repentina exclamación, quedaron inmóviles; mas los magistrados que presidían el acto, que notaron igualmente a quiénes había sido dirigida, mandan aprisionar a los forasteros y conducirlos a la cárcel, mientras confortada con espíritus, proseguía la desventurada Angélica el camino del suplicio.

¡Qué revolución tan súbita y pasmosa experimentó el corazón de los compasivos forasteros al ver el encadenamiento de prodigios que desde algunos días los cercaban por todos lados! Apenas tuvieron acción para resistir a la violencia que les hacían, y sin hablar palabra se dejaron conducir a la cárcel, mientras la turbación nacida de distinto origen confirmaba las vehementes presunciones de no hallarse libres de culpa y suministraba armas a los ojos perspicaces del observador para oprimirlos. El joven Antonio parecía en especial muy afligido, aunque en sus facciones estaba pintado el orgullo de la inocencia sin mezcla de abatimiento o flaqueza y ambos se hacían el objeto de las miradas de la curiosa multitud. La compasión de ésta por la bella delincuente, a quien deseara ver libre y sin culpa, despertó bien pronto el odio y furor contra los que tenía por verdaderos autores de la atrocidad, y la circunstancia crítica del terrible espectáculo, excitando el sentimiento y lástima, dio nuevo giro a la pasión del voluble pueblo, y comenzaron desde el centro de éste a dejarse oír algunas voces:

—¡Mueran los perversos y viva Angélica! ¡Angélica libre!

Vio entonces el magistrado ser fuerza proteger a todo trance la vida de los presos, y a este fin y el de no comprometer su autoría añadió a la escolta que los conducía nuevo refuerzo de tropas, con cuya defensa llegaron, aunque con dificultad, a las puertas de la cárcel entre las maldiciones del populacho desenfrenado, que varias veces llegaba a punto de romper el cuadro que los escoltaba, debiendo su salvación a la serenidad de la tropa y a la diligencia con que atravesaron el espacio entre la cárcel y su alojamiento.

Un suspiro involuntario se escapó de su oprimido corazón, al pisar los umbrales de aquella morada del crimen y verse confundidos con los malvados y asesinos; pero la religión vino a confortarlos en sus angustias y el sentimiento de su inocencia les

comunicó un ánimo superior al infortunio; y con la confianza de la virtud penetraron en el imperio de la maldad, más como jueces que toman residencia a los culpados que como reos a confundirse con ellos.

Ya a lo lejos escuchaban el rumor de la multitud que acompañaba a la tierna víctima y por un momento su generosidad les hizo olvidar la propia desgracia por emplearse en la ajena. Consideraban atónitos qué magia les conducía a los lugares en donde debían figurar sin saberlo, y recorrían todos los sucesos de su vida, por si alguna circunstancia les recordaba en aquella joven la imagen de otra persona con quien hubiesen tenido relación, sin que la memoria les reprodujese aquel semblante y aquella infeliz mujer en quien tan extraña impresión había causado su presencia. El fúnebre sonido de la campana que marca el momento del fin del paciente y el término de sus agonías y existencia se dejó sentir entonces dominando sobre las voces y tumulto del pueblo.

—Ya no existe —exclamó Antonio—: ¡Dios de clemencia, recibidla en vuestro seno!

Y el dolor le ahogó la voz. Algunas lágrimas se desprendieron de los ojos del sensible joven y se confundieron sus suspiros con los del compasivo Claudio, y en aquel punto llegaron al calabozo que les estaba destinado.

Con grande admiración de entrambos no los separaron y este alivio contribuyó a hacerles más llevaderas las penalidades de su estrecha y húmeda prisión. ¿Quién será bastante a expresar los discursos que en aquel tiempo hacían sobre su nueva situación? Abandonados a las más tristes y melancólicas reflexiones, no se les ocultó el riesgo que corrían de ser víctimas del furor popular o del odio particular de alguno; pero no hallaban medio de informarse y tomar luces sobre este raro suceso. Ocurrióles tentar al carcelero, si era posible, pues les había parecido más humano de lo que acostumbra generalmente a ser la gente de su profesión y no desconfiaron inclinarse cuando menos a aclararles algo del misterio que los envolvía.

Capítulo III

Las más espantosas tinieblas y horrible oscuridad reinaban en el estrecho calabozo en donde gemían los dos infortunados amigos, y un agujero pequeño abierto en el muro de la prisión daba entrada al aire y a un débil y penado resplandor, para hacer más sensible el horror de aquella infeliz mansión. Un vapor craso y mefítico, una hedionda humedad y las más asquerosas sabandijas acrecentaban la incomodidad del lugar, y nuestros prisioneros no tenían otro lecho para descansar que el desnudo suelo y dos piedras enormes colocadas en un rincón. Pasaron aquel día en la incertidumbre penosa de la suerte que les aguardaba y en la ignorancia más completa de lo que les acriminaban, y cuando por la noche entró el carcelero a suministrarles el escaso alimento, le instó encarecidamente el extranjero a que le declarase cuanto sabía en lo tocante al motivo de su prisión.

—Nada os podré decir, señor —contestó el carcelero—, que no sepáis ya ni se os puede ocultar la repentina exclamación de la pobre muchacha cuando la llevaban a ajusticiar. Esto ha dado que sospechar a los jueces no os hallaseis implicados⁷ en la muerte de aquel bribón que recibió de buena mano su merecido.

—¿Pero qué relación tenemos nosotros siendo forasteros —dijo Claudio— con una mujer a quien jamás hemos visto, para suponernos cómplices en el delito que le imputan?

—Según creo, la justicia toma al pie de la letra el refrán de «piensa mal y acertarás», y me atrevo a asegurar que, de ciento, las noventa y nueve no escapan. Y convendréis conmigo en que eran indicios más que suficientes para aseguraros las palabras de Angélica. La justicia no es más benigna en Mantua que en Constantinopla, y como a pesar de las averiguaciones nada se ha podido sacar en limpio, pues la tía murió y el otro pisaverde está ya a los últimos; y por otra parte no se conoce de su familia a persona alguna, habéis sido los primeros en dar de ojos con ella y no ha desperdiciado la ocasión. Pero sois afortunados, pues hay quien os mira con interés. Debía haberos separado y os dejo por una hora para que os convengáis en las respuestas, y pasada trasladaré a uno de vosotros a distinto calabozo hasta la determinación de vuestra suerte. Ánimo, discreción y silencio.

Y dicho esto, sin aguardar respuesta, salió dejando a entrambos llenos de admiración y cuidado.

Las últimas palabras con que se despidió fueron materia a los prisioneros de serias reflexiones. Hasta el mismo carcelero parecía iniciado en los misterios que les acompañaban. ¡Qué conjunto de circunstancias tan pasmoso! ¡Qué serie de sucesos cuyo desenlace no era posible prever! Poco les inquietaba el éxito del juicio, pues se hallaban a su parecer con pruebas bastantes para desvanecer cualquier sospecha y alejar toda siniestra interpretación, mas les afligía el pesar de retardarse por aquel accidente fatal la expedición del negocio que los condujera a aquella ciudad. En medio de tan penosa situación, les pareció oír en el calabozo inmediato un débil gemido como de mujer que se quejaba. Persuadidos de ser alguna infeliz o delincuente o desgraciada, sintieron por ella la natural compasión que excita en almas generosas la vista de los males ajenos. Pero ella les reprodujo con mayor vehemencia la idea de la desventurada Angélica, figurándose el

cadalso y el hacha del verdugo al lado de la ternura y gracias de la joven beldad.

—Parece —decía Claudio a Antonio— era mi repugnancia a asistir al espectáculo, presagio de la desgracia que nos ha sobrevenido. Mas todo lo daría por bien empleado si mi prisión salvara la vida de aquella pobre niña.

—Ya murió —dijo tristemente Antonio—, ya murió; no ha sido parte su inocencia para salvarla de la bárbara justicia de los hombres.

—¿Qué pruebas tenéis, pues, de su inocencia?

—¿Y vos me preguntáis eso? ¿No os habla la generosidad en favor de aquella doncella, y os dice que el delito no puede en aquel trance vestir la ropa de la virtud? ¡Qué protestas! ¡Qué enérgicas protestas! ¡Ah!, un ángel no es capaz de mentira; la verdad, la inocencia movían sus labios y articulaban sus palabras... y ¡murió! ¡Dios mío...!

Algunas lágrimas humedecieron los ojos de Antonio y Claudio le acompañó en ellas, pero le dijo:

—Compadezco la suerte desgraciada de esa joven y no dudo que sea inocente; mas el tiempo es precioso y debemos seguir el consejo del carcelero, no sea que se aprovechen de algún descuido para tratarnos como reos.

—¿Qué? ¿Necesita la verdad de confabulaciones para brillar entre las nieblas de la mentira?

—Pero no ignoráis que hay verdades que es prudencia ocultar; y mil veces se castiga con más rigor una verdad confesada que una falsedad sostenida. Y nosotros tenemos interés en...

—Enhorabuena —dijo Antonio sin dejarle concluir la frase—, debéis persuadiros de que eso no tiene relación alguna con el objeto de nuestro viaje, y de callarlo no puede resentirse la moral más severa y escrupulosa. Así, pues, estad seguro en cuanto a eso, y en lo demás no hay por qué buscar tergiversaciones ni rodeos.

Un ruido de cerrojos obligó a los prisioneros a interrumpir su diálogo y a creer entraban a separarlos, mas a pocos momentos oyeron abrir la cárcel vecina donde sonaban los gemidos. El rumor que escuchaban se asemejaba al de muchas personas juntas y se persuadieron a que el infeliz habitante de aquella prisión tocaba el momento de la decisión de su último destino. La semejanza de situación les conmovió extrañamente en favor de aquel ser, víctima quizá de desgracia igual a la que hundió en el sepulcro a la bella Angélica. Aunque aplicaron el oído, no les fue posible percibir sonidos articulados y únicamente de tiempo en tiempo se repetían los dolorosos gemidos del prisionero. Duró el rumor por largo rato, hasta que disminuyéndose gradualmente y cesando por fin del todo les dio a entender quedaba la cárcel sin habitante, estremeciéndoles la idea de que otra sangrienta ejecución iba a continuar los horrores del día anterior.

No se fijaron mucho en tan melancólica reflexión, pues les distrajo de ella el carcelero, volviendo para separarlos conforme les había prevenido. Aunque las atenciones de aquel hombre les pareciesen extrañas y no comunes entre gente de su profesión, y por lo mismo desconfiasen de su dulzura y bondad aparente, fue sin embargo muy doloroso el instante de la separación, como si previesen debía ésta durar largo tiempo. Tentó el extranjero ablandarle con ruegos y promesas, y haciendo brillar a sus ojos el oro, reducirle a que no les dividiese. Una seriedad repentina cubrió el semblante del carcelero poco antes afable y le dijo con resolución:

—Vuestra separación es irrevocable. Pedidme favores que estén en mi mano concederos. No os juntaréis más.

—¿Qué decís? —gritó Antonio—, ¿no volveremos a vernos?

—No.

—¡Cómo! —añadió Claudio—. Explicaos.

—No os juntaréis más —respondió, y volviéndose a Antonio—: vos podéis quedaros —dijo—, y os aseguro que no permaneceréis aquí mucho. La justicia en Mantua no deja pudrir en la cárcel. Vos, señor, venid conmigo, pues mañana debéis presentaros en juicio.

Pronunció estas últimas palabras en tono de sarcasmo, y asiendo del brazo a Claudio llevóselo consigo y dejó envuelto en tinieblas al triste Antonio, abandonado a sí mismo y privado del consuelo y aliento que le comunicaba la compañía del bondadoso Claudio. Sonaron los fuertes cerrojos con áspero chirrido, y el eco de las mazmorras y bóvedas de los corredores se repitió en distancias inmensas hasta que le sucedió un silencio sepulcral no interrumpido por el menor estruendo. La calma de la naturaleza que reinaba en torno al joven Antonio, la agitación del día precedente, la fatiga del espíritu, la profunda soledad en que le dejó la ausencia de Claudio pesaron tanto sobre su corazón, que abatiéndole las fuerzas del cuerpo le precisaron a recostarse sobre una de las dos piedras, único asiento en aquel incómodo lugar. Un letárgico e irresistible sueño le bajó los párpados y en pocos momentos suspendió el curso a sus desgracias, derramando el suave bálsamo de la quietud sobre sus cansados miembros.

Después de atravesados largos corredores y descendido algunos tramos de escalera, llegó el carcelero con Claudio a una pieza decentemente amueblada donde le mandó aguardarse hasta el amanecer, hora en que debían reunirse los jueces y sufrir él un interrogatorio. Retirose el carcelero, dejándole plena libertad de entregarse a sus reflexiones. No le asustaba el incierto porvenir ni el triste aspecto de las circunstancias; tenía sobrada experiencia de la inestabilidad de la fortuna para abatirlo este nuevo revés, al cual, si no prevenido, estaba ya a lo menos acostumbrado. Tampoco ignoraba cuánto debiera temer del odio y de la injusticia de los hombres. No era extraño, pues, que un nuevo rasgo de perfidia hubiese logrado al fin precipitarle, sabiendo cuántos recursos asisten al malvado para cometer el crimen sin darse a conocer ni descubrir la mano que asesina. Su mayor sentimiento le causaba la soledad y separación de su más fiel amigo, cuyo afecto y adhesión excedía los límites de cuanto se puede imaginar y el haber sido causa aunque involuntaria de su prisión y padecimientos, los que redimiera con gusto a costa de su propia sangre. Abismado en estas y otras reflexiones, pasó lo que faltaba de la noche sin que el sueño, a quien invocaba en vano, viniese a aliviar como en Antonio las fatigas y tormentos del día antecedente.

La luz del sol penetrando por la reja de su habitación reanimó su espíritu y le restituyó algún tanto la serenidad. Prontamente se comunicó al cuerpo la calma interior y le dispuso a entregarse al descanso que la noche y oscuridad le habían negado. Recostose en un modesto lecho que la cortesía del carcelero le ofreció en el aposento y en breve concilió un sueño tranquilo; mas no disfrutó de su dulzura por muchas horas. Llegada la del juicio, volvió el alcaide a llamarle y despertándole le precisó a seguirle con el anuncio de que el tribunal aguardaba. Al oír este nombre no pudo menos de conmovirse, acordándose de ser el mismo ante el cual la desventurada Angélica oyera la sentencia de su muerte; pero confortado por el generoso valor de su conciencia pura, rehízose en breve y se encaminó con serenidad al lugar del juicio.

Una anchurosa y magnífica sala se dilató a su vista, en cuyo frente se elevaba un trono al que conducían algunos escalones. Tres asientos colocados sobre él indicaban el lugar destinado al juez y asesores, y a los dos lados veíanse igualmente sillas que ocupaban los jurisconsultos y otros dependientes del tribunal. El salón presentaba en toda su extensión

un conjunto serio, majestuoso e imponente. Las colgaduras del dosel velando el trono de terciopelo carmesí con franjas de oro; el retrato del soberano, dejándose ver sobre el asiento del juez; los símbolos alusivos a la justicia que adornaban las paredes, todo representaba el santuario de las leyes, y parece que el terror caía sobre el delincuente que hollaba aquel recinto y la inocencia recibía al justo para protegerle en la habitación de Temis.

A una señal del presidente se adelanta Claudio con paso firme y denodado y se coloca en el sitio destinado para él. Pasaron algunos instantes de silencio en que registró el juez las páginas de un libro que tenía delante de sí sobre la mesa y comenzó el interrogatorio en esta forma:

Juez: ¿Juráis decir verdad en lo que os sea preguntado?

Claudio: La calidad de extranjero me impide prestar juramento alguno o responder a preguntas hechas por una autoridad incompetente para juzgarme.

Al oír estas palabras, se difundió por la sala un confuso murmullo cuya causa ignoraba. El juez pareció sorprendido y habiendo consultado un momento con los asesores, prosiguió de esta suerte:

—El subterfugio de que os valéis para evitar vuestra convicción os será inútil. Sabéis que el tribunal procede a juzgar contra los convictos como contra los confesos.

—La inocencia jamás es convencida. Repito que sólo el tribunal de mi nación, a quien apelo, puede fallar sobre mi suerte. Protesto que respondo a un particular que me pregunta, no a una autoridad que me interroga. En cuanto al juramento, un hombre honrado tiene suficiente garante de la verdad en su propia conciencia.

—Decid, ¿cuál es vuestro nombre ?

—Claudio Verville.

Esta respuesta excitó general admiración y pasmo en la asamblea. El presidente, en cuyo rostro al paso que la extrañeza se veía pintada la incredulidad, parecía hablar acaloradamente con los asesores y estar lleno de perplejidad e indecisión. Finalmente continuó el interrogatorio habiéndose apaciguado el murmullo y calmado la agitación.

—¿De dónde sois natural?

—De Besanzón.

Esta respuesta acabó de admirar al juez, quien le dijo con severidad:

—Dijisteis que vuestra conciencia salía garante de la verdad de vuestras palabras. ¿Qué calificación, pues, se le dará, si os valéis de su terrible nombre para proferir más a vuestro salvo la mentira?

—De mucho peso deberán ser las pruebas que os precisen a querer haya nacido en otra parte que en la que vi la primera luz y a imponerme segundo nombre.

Nada contestó el juez a esta observación, y continuó:

—¿Cuánto tiempo ha que residís en Mantua?

—Tres días.

—¡Tres días! ¿Pues no llegasteis ayer de viaje?

—Es falsedad notoria y fácil de convencer. El dueño del alojamiento depondrá la verdad de mi negativa.

—¿No os sorprendió una tempestad en el camino que os obligó a guareceros en el palacio de Scianella junto al lago de Garda?

—Señor, permitidme os prevenga. Os equivocáis en confundirme con el sujeto cuya historia me referís: ninguna tempestad me ha sorprendido y puedo aseguraros bajo mi palabra que jamás he visto ni el palacio de Scianella ni el lago de Garda.

–Confesad además que un desconocido os persiguió poco antes de llegar a esta ciudad y os amenazó de muerte.

–Será cuanto queráis; mas os protesto no haber visto ni oído a incógnito alguno, pues he venido en derechura desde Venecia a Mantua.

–Confesad –continuó con mayor energía el juez– que sois el hijo segundo del marqués de Scianella y confesad últimamente que sois cómplice del asesinato de Camilo Salviati.

Creyó el juez que acumulando cuantas pruebas tenía se lograría por fin verificar cuando menos la identidad de la persona, sobre la que había recibido todos estos pormenores; pero ni se inmutó Claudio ni manifestó tener cosa de común con el sujeto que le suponían, y contestó con frialdad:

–Podéis pasar a determinar cuanto gustéis de mi persona, pero insisto en la negativa y declaro solemnemente que no soy hijo del marqués de Scianella y mucho menos he concurrido ni directa ni indirectamente al asesinato de Camilo Salviati. Mi verdadero nombre es Claudio Verville.

–¿Y el supuesto? –contestó con prontitud el juez.

Aquí Verville no pudo menos de quedar sorprendido; pero rehaciéndose al momento, prosiguió:

–No creo sea absolutamente indispensable manifestar circunstancias ajenas de la causa y que ninguna relación tienen con ella. Basta sepáis que no soy el hijo del marqués de Scianella, a quien se acusa de complicidad; lo demás es inútil. Ésta es mi respuesta.

–Acordaos dijisteis no ha mucho que vuestra conciencia equivalía al juramento; y no obstante ahora no confesáis la verdad.

–Bien presente tengo mi protesta; mas permitidme os haga observar que callar la verdad no es negarla y mucho menos proferir falsedades. Mi confesión en esta parte nada interesa al tribunal.

–Vuestra obstinación confirma las presunciones que hay contra vos y os veréis precisado a declarar la verdad.

–Protesto contra cualquier acto en que se proceda judicialmente contra mí. El Directorio de Francia tiene sólo derecho a juzgar a un ciudadano de la República*.

Y en aquel momento centellearon sus ojos con el fuego de la altanería democrática, comunicando a su rostro majestuoso y a su estatura procera cierto aire de superioridad que intimidó al juez. Éste hizo seña a uno de los dependientes, quien se acercó al trono con sumisión y, habiendo recibido las órdenes que le dio en voz baja partió, a ejecutarlas.

Entretanto prosiguió el juez el interrogatorio, por si alguna de las respuestas de Verville le daba margen a observaciones capaces de aclarar algo el negocio.

–¿De dónde conocíais a Angélica Laticí?

–Me parece no haber dado ocasión a tal pregunta. Jamás he confesado que la conociese.

–Pues ella manifestó lo contrario en la exclamación dirigida a vos.

–¿A mí? ¿De dónde consta? La puerta de nuestro alojamiento estaba llena de espectadores. Sus manos aprisionadas a nadie podían indicar.

–Pero hablaron sus ojos y a vos se dirigieron.

–¿Qué testigos lo deponen?

–Pronto los veréis.

En esto volvió el dependiente del tribunal, mas entró con el semblante agitado y casi sin aliento; acercase al juez y habló con él algunos momentos, cuya conferencia produjo grande sensación en él y sus asesores. Diéronle algunas órdenes y desapareció luego,

pero el murmullo se aumentó difundiéndose por la sala al modo de un incendio sordo, sin que Verville pudiese atinar la causa de tan extraña novedad. Finalmente, en medio de la confusión que reinaba en la asamblea, le pareció distinguir estas palabras:

—Angélica ha huido.

—¿Qué? ¡Angélica vive y está libre! —exclamó enajenado de gozo.

Esta voz atrajo hacia él las miradas y atención de los circunstantes; pero el juez, lleno de cólera, le dijo:

—No es maravilla que conozca el delito a quien tanto interesa el delincuente. Vuestra involuntaria alegría destruye las protestas anteriores y confirma las sospechas vehementes que os acusan.

—Si la alegría por la libertad de un inocente es prueba de complicidad, toda Mantua es cómplice en el delito.

—No os libraré del rigor de la ley vuestra honradez disfrazada; aún hay pruebas para convencerlos. Decid, ¿cómo se llama vuestro criado?

—Antonio, y me reuní con él en Niza cuando vine de mi patria para acompañarme en un país donde nunca había viajado.

—¿Y os acompañó hasta esta ciudad?

—Nos separamos en Venecia y le seguí pocos días más tarde.

—¿Cuál fue el motivo de no ir juntos?

—El de cobrar yo una letra cuyo negocio no podía expedir hasta pasado aquel tiempo.

—¿Y él no podía haberos aguardado?

—Le interesaba llegar a Roma la víspera de san Pedro y pensaba haberse detenido sólo un momento en esta ciudad.

Aquí cesó el interrogatorio, y habiendo consultado el juez con los asesores, mandó fuese vuelto a su prisión, hasta que se tomaran ulteriores providencias sobre su persona.

Salido del tribunal, encontrose por segunda vez con el carcelero encargado de su custodia, quien le informó del motivo de la novedad y turbación ocurrida en la cárcel, que excitó la confusión en el tribunal durante su interrogatorio.

—Ya os acordaréis —le dijo— del rumor y estruendo que oísteis cuando desde vuestro alojamiento os condujeron a esta prisión y debisteis observar que creció extraordinariamente cuando entrasteis en ella.

»Conducida Angélica a la plaza de la ejecución, se disponía a subir las gradas del cadalso cuando la multitud, que en toda la carrera se agolpó al paso y llenó toda la extensión de la plaza, comenzó a amotinarse. La fermentación crecía y en diversos puntos del concurso se oían repetir las voces de: ¡Viva Angélica! Pero llegó a lo sumo la exaltación cuando se dejó ver sobre el patíbulo. Entonces ya no conoció límites el furor y una nube de piedras descargó en un instante sobre la escolta y el ejecutor, de suerte que debe atribuirse a especial providencia del cielo no haber perecido Angélica al golpe de alguna piedra. Algunos más temerarios subieron a arrebatlarla de las manos del verdugo y, habiendo cedido la tropa al ímpetu de la multitud, quedó ésta victoriosa y cogiendo a la joven la paseó en triunfo por las calles, mientras otros, pegando fuego al cadalso, en breve tiempo lo redujeron a cenizas.

»Entretanto proseguía el populacho loco de alegría conduciendo a la víctima hacia la casa del juez, amenazando abrasarla; pero como iba disminuyendo el concurso por la estrechura de las calles y por haber quedado la mayor parte en la plaza viendo arder el patíbulo, tuvo tiempo de rehacerse la escolta y, aumentada con alguna gente más, hizo frente a la multitud, recobró a Angélica que desde el principio se había desmayado y no

había vuelto en sí, despejó aunque con trabajo la calle del tribunal y sus avenidas y consiguió volverla a introducir en la cárcel de donde la acababan de sacar. Allí permaneció en un estado lastimoso que hizo temer no volviese del desmayo, pero finalmente los remedios aplicados con oportunidad le restituyeron poco a poco los sentidos, abrió los ojos y rompió a llorar. No presencié más, porque mi obligación me llamaba a otro lugar.

»En vista de vuestra declaración, desesperado el juez de convencerlos, obligándoos a confesar la complicidad en el delito atribuido a esa muchacha, resolvió carearos con ella, no dudando os reconocería y no podríais negar la verdad. En consecuencia envió orden al alcaide principal para que compareciese Angélica ante el tribunal. Éste obedeció sin dilación, abrió el aposento donde la había dejado encerrada poco antes, y quedó estático al advertir no ser su prisionera la que lo ocupaba. Al principio creyó soñar; pero viendo sonreír a la desconocida, advirtió su sorpresa y se convenció de la verdad. La nueva prisionera manifestaba un semblante noble y agraciado y aún no había pasado la edad florida de la juventud: sus ojos rebosaban alegría y satisfacción; su traje igual al que llevaba Angélica para ayudar sin duda a la ficción y contribuir a dilatar el reconocimiento, y probablemente a dar tiempo a la joven de evadirse y ponerse fuera del alcance de la justicia. Preguntóle quién era y dónde estaba Angélica; pero la desconocida respondió no era él a quien debía satisfacer por entonces, y dichas estas palabras enmudeció, sin que el alcaide fuese poderoso para obligarla a hablar.

»En vista de la obstinación de la incógnita, el alcaide atónito y confuso volvió al tribunal y participó la fuga de Angélica, lo cual produjo en la asamblea el murmullo y conmoción que habéis notado, cuya causa ignorabais, y esto ha impedido la continuación del interrogatorio. Pero aún os diré mas, sabed que...

En este instante oyeron pasos como de quien se acercaba y, recelando el carcelero le sorprendiesen hablando con el preso y hacerse sospechoso, le prometió volver aquella misma noche y referirle lo que faltaba de la historia, y encerrándole en el aposento donde pasó la noche anterior, se ausentó dejando a Claudio Verville entregado más que nunca a ideas y reflexiones sobre los acontecimientos que le rodeaban y sobre los misterios cuyo denso velo no veía el modo de rasgar o descorrer.

Capítulo IV

Mas ya es tiempo de comenzar a tomar desde su principio los sucesos, cuya relación debe progresivamente contribuir a dar a conocer estos misterios y los personajes que intervinieron en ellos. Fabio, marqués de Scianella, heredero único del título de este nombre, transmitido por una serie no interrumpida desde muy antiguo, hallándose en edad avanzada, y manteniéndose célibe, sin haber prestado oídos a las repetidas instancias de sus parientes y amigos para que diese un sucesor a su persona y un heredero a su familia y títulos, no pudo finalmente resistir a las gracias y atractivo de cierta vasalla suya, a quien la casualidad le proporcionó ver y admirar con ocasión de visitar una de sus posesiones situada en las montañas de la Valtelina.

Era Gertrudis (así se llamaba la joven) hija del arrendador de la hacienda y que reunía en su persona cuanto de bello y modesto tiene la naturaleza, junto a un entendimiento claro, aunque poco cultivado; pero suplía a esta falta de educación un juicio recto y la viveza y de ar u olvidar aquella. Sintió el marqués en su pecho cierta conmoción al fijar por primera vez sus ojos en la bella Gertrudis y la novedad de este sentimiento le dejó suspenso, avergonzándose del involuntario enternecimiento que experimentaba. «¿Cómo?», decía entre sí. «¿La juventud, las riquezas, el amor de los placeres, las delicadas bellezas de mi patria no pudieron acabar de rendirme y una sencilla aldeana de los Alpes triunfará sobre la indiferencia de cincuenta años?» Mas sin darse por vencido de las razones de una calmada filosofía ni pesar la fuerza de estériles silogismos, proseguía su obra de domar al marqués aquella pasión que en un joven se llamaría amor. Las frecuentes conversaciones le descubrían cada día nuevos atractivos en Gertrudis y un fondo de virtud poco común, ninguna hipocresía, mucha inocencia y encantadora sencillez.

Es también fuerza confesar que, a despecho de los años, la figura del marqués no era desagradable; sus facciones anunciaban un alma franca y amable y la dulzura que formaba su carácter hacía en él amar hasta la misma vejez. La hermosa hija del arrendador, que al principio le trató con el respeto y sumisión debidos a su dueño y señor, no pudo en medio de su inocencia dejar de advertir alguna mutación en el semblante del marqués siempre que sus miradas se encontraban mutuamente; y como el amor aunque candoroso no necesita de palabras para darse a conocer, presto entró en recelos de que su señor la miraba con un afecto muy distinto de la afable benevolencia, que inclina los grandes a sus inferiores. Demasiado humilde y modesta para presumir la verdad, demasiado penetrante para no sospecharla, se hallaba fluctuando en un mar de confusiones e inquietudes, extrañas hasta aquel punto a su tierno corazón.

La costumbre que tenía de hacer a su padre depositario de los más íntimos secretos y manifestarle sus menores pensamientos, la condujo a su presencia para comunicarle los sentimientos que experimentaba. Creyó hallar en sus consejos una defensa contra la seducción, que sin querer ablandaba su pecho, y suponiendo lo trataría de niñería, se persuadió poder inspirarse a sí misma el desprecio de una pasión que tan poco interés mereciese al autor de sus días. Pero quedó admirada cuando habiéndole referido lo que sentía respecto al marqués, su padre, como respirando de un grave peso, le dijo:

—Hija mía, el cielo me restituye la tranquilidad que la venida de nuestro amo me había arrebatado. Él mismo me acaba de confiar que está perdido por ti y que sólo hay un medio para hacerle feliz, y éste es casarte con él. No ignoras mi modo de pensar. Yo temblé al oírle conociendo qué cúmulo de infelicidades se preparaba si no iban de acuerdo vuestros corazones, pero tu franqueza ha disipado mis temores; nada hay ya que hablar en el asunto. Serás marquesa.

Cualquiera pensaría que este aldeano alimentaba un corazón ambicioso y deseaba salir de su esfera, pero nada menos que eso. Su modo de pensar tenía algo de extraño y singular. Creía que en todo el mundo había nacido cada hombre para una mujer sola y la dificultad consistía en encontrarse mutuamente. Verificado esto, era indispensable la felicidad de ambos. Y para ello no reparaba en desigualdad de condiciones, ni aun de edades, sino que hubiese aquella simpatía que atrae sin quererlo una persona a otra. En vista de semejante filosofía no es extraño que, independiente de miras ambiciosas, se prestase con gusto a las intenciones del marqués, viendo estaban conformes con la inclinación de Gertrudis.

En efecto, el marqués de Scianella, enamorado de su joven vasalla, sin atender a las murmuraciones de sus parientes ni a las hablillas del vulgo, sin reparar en la aparente inconsecuencia de resolverse, a los cincuenta años, a lo que no se resolviera en la flor de su juventud, y consultando únicamente a su corazón y voluntad, pidió formalmente a Gerardo, su arrendador, la mano de Gertrudis. Sabedor éste de no haber obstáculo ni repugnancia por parte de su hija, condescendió gustoso y, aunque con humilde reconocimiento del honor que le dispensaba, también en la firme persuasión de que Gertrudis era la única mujer en el mundo destinada para labrar la felicidad del marqués de Scianella. No se equivocó en su concepto. Celebradas las bodas y despedido Gerardo, a quien cedió la propiedad de la hacienda que administraba, partió con su nueva esposa a residir en el palacio de Scianella, junto al lago de Garda.

Divulgada la noticia del casamiento del marqués, fue grande la admiración de toda clase de gentes. En especial la nobleza se resintió de esta afrenta hecha a su elevada jerarquía. Al resentimiento siguieron las murmuraciones y éstas presto se extendieron hasta sonar en la boca del indómito vulgo, quien sin piedad despedazó la estimación del marqués y de su digna compañera. Mas pasó el primer calor y todos se acostumbraron a ver en Gertrudis a la marquesa de Scianella, sin acordarse de la aldeana de la Valtelina. Deponiendo los nobles en algo su altivez y resentimiento, comenzaron a frecuentar su palacio como antes y proseguir sus relaciones interrumpidas al principio por mera urbanidad y etiqueta; y luego que fueron testigos de las gracias, amabilidad, dulzura y bellas prendas de la nueva marquesa, porque ya no podían negar el homenaje a su virtud, concurrieron con el marqués a felicitarle de su elección.

Pero entre tantos como se desengañaron y aplaudieron su gusto y acierto en esta parte, no faltó quien censuró su conducta tanto más agriamente cuanto más directo era el interés que había tenido en que hubiese sido otra. Olimpia Tosi, noble señora bresciana, habiendo quedado viuda en la flor de sus años y resuelto permanecer en tal estado lo restante de su vida, sintió flaquear su propósito habiendo por casualidad visto al marqués en uno de los pocos viajes que desde su palacio hacía éste a la ciudad. Recurrió [10](#) a todos los artificios de una mujer rica, hermosa y libre, a fin de inspirar al marqués el amor que sentía por él; mas viendo inútiles sus esfuerzos y burladas sus esperanzas, el despecho convirtió su pasión en el odio más implacable y juró vengarse a todo trance.

Pero creció hasta el frenesí la rabia celosa de Olimpia cuando supo que una muchacha

rústica y aldeana había por fin sujetado al marqués a la coyunda y, no pudiendo contenerse, se desahogó en amargas invectivas y violentos sarcasmos contra su infamia y degradación. Por fortuna todos estaban impuestos en la verdadera causa de su furor, y persuadidos también de la injusticia de sus dictérios la abandonaron a su despecho, sin quedarle a la infeliz consuelo de encontrar testigos de sus lamentos.

Entretanto el marqués, ignorante de todo cuanto no tenía relación directa con su nueva esposa, parecía insensible a cualquier otra ocupación y, embelesado, se abismaba en la felicidad doméstica, que tan sin pensarlo se había albergado en su palacio al fin de sus días. El cielo colmó sus votos y al año dio Gertrudis a luz a un niño con la mayor felicidad. Ella misma se encargó de alimentarle con su propio seno, ignorando la crueldad y desnaturalización de muchas indignas del sagrado título de madres que entregan a manos mercenarias y viles al más dulce fruto de su amor, condenando a mil enfermedades y a males espantosos a sus tiernos hijos, que maman con la leche la perversidad y malas inclinaciones de aquellos seres a quienes no inspiran otro cariño que el pasajero del interés. Mas cuando Ambrosio (éste era el nombre del niño) no tuvo ya necesidad del continuo e inmediato cuidado de su madre, trató el marqués de dirigir sus tiernos pasos por la senda de la virtud y honradez, proveyéndole de un prudente guía, en cuyo celo pudiese descansar e hiciese digno al niño de heredar junto con el nombre y título las virtudes de su padre. Tenía ya cuatro años Ambrosio y en este tiempo dio a luz Gertrudis a otro segundo, a quien pusieron el nombre de Eugenio.

La tranquilidad de que gozaban estos felices esposos en su retirada habitación de Scianella no fue interrumpida por contratiempo alguno durante algunos años. El marqués y su esposa, adorados de sus vasallos, dividían el tiempo en los ejercicios de beneficencia y en la educación de sus hijos, y los amigos que de tiempo en tiempo iban a visitarlos no se retiraban sin colmarlos de bendiciones, y envidiar la feliz suerte de aquella apreciable familia. Al tratar de fijarse en la elección de preceptor para su hijo mayor, no consultó el marqués a su acostumbrada prudencia y tuvo la debilidad de fiarse de los informes de un amigo. Éste, sabedor de las intenciones del marqués le previno, vendiéndole por fineza y favor singular la diligencia empleada, según él, en proporcionar a su amigo un sujeto digno de desempeñar el difícil y delicado cargo de la enseñanza de Ambrosio. Este sujeto fue el abate Benito Coscia, en quien dijo concurrían las más bellas cualidades para hacer honor al marqués en la persona de su hijo, comunicándole los más vastos y selectos conocimientos y formando su espíritu al modelo de la más sólida y acendrada virtud.

Tan pomposo y exagerado elogio alucinó al bondadoso marqués y, agradeciendo al amigo esta prueba de su afecto, le instó para que cuanto antes le presentase a aquel nuevo mentor, porque ansiaba no diferir a su hijo el bien que de tan acertado magisterio debía resultar. Fue en efecto presentado al abate Coscia, de quien, porque en el discurso de esta obra tendremos ocasión de tratar extensamente, daremos ahora la descripción. Ignorándose sus principios, nacimiento, patria y particularidades de sus primeros años, sólo se pudo saber lo que él quiso decir de sí y fue lo siguiente.

Era natural de Roma, donde cursó las ciencias y recibió las órdenes menores, y de allí a la edad de veinte años pasó a Francia, de donde era originario y en ella se mantuvo hasta que la revolución le obligó a mirar por su vida, emigrando de aquel país y volviendo a Italia. Estableciöse en Brescia algún tiempo antes de que el marqués, accediendo a la petición del amigo, le nombrase por maestro de su hijo. Su estatura alta, su frente y cejas pobladas, sus ojos hundidos y centelleantes, su color cetrino, su fisonomía característica, su rostro flaco y macilento anunciaban un alma feroz y baja, e inspiraban natural

repugnancia y disgusto; de suerte que fue necesario todo el concepto en que el marqués tenía a su amigo y toda la deferencia de Gertrudis a su esposo para que uno y otra se resolviesen a desprenderse de su hijo y confiarle a un sujeto a quien miraban involuntariamente con aversión. Pero se consolaron con la esperanza de tenerle siempre a la vista y resueltos a despedirle si su conducta no correspondía a los informes recibidos.

¡Ah! Ignoraban que mientras descansaban en la quietud de la felicidad y en las dulzuras de la esperanza, velaba también la maldad en su daño y que el cielo guardaba aquella familia para terrible ejemplo de los espantosos efectos de los celos y ambición. No obstante miró a la inocente Gertrudis con ojos de piedad y la quitó del mundo antes que fuese testigo y víctima de los horrores de su casa. En efecto, atacada de un mal violento, en pocos días murió dejando a su esposo sumergido en la más espantosa desolación y amargura, y a sus dos hijos Ambrosio y Eugenio en muy tierna edad. Sus últimos instantes los empleó en recomendarles las máximas de virtud que sus corazones demasiado tiernos no se hallaban aún en disposición de conocer y en penetrar la fuerza, y encargar con las mayores veras a su esposo despidiese sin dilación al preceptor de sus hijos, pues semejante medida sería su salvación y la de toda la familia. Más quiso decirle, pero le sobrevino un desmayo y a pocos minutos espiró.

El dolor y aflicción tuvieron por muchos días al marqués como enajenado y demente: huía la vista de todos y hasta de sus propios hijos, y la pena le impidió tomar medida alguna relativa a la última voluntad de su esposa. Por fin, el dolor fue cediendo algún tanto y entonces pensó seriamente en la educación de sus hijos. Comenzó por despedir al abate Coscia; pero fue suma su admiración cuando Ambrosio, que se hallaba presente, con una viveza y energía superior a su edad, se le puso de rodillas pidiéndole con la mayor instancia no le separase de su querido maestro, protestándole que si insistía en arrojarle de su casa, le seguiría abandonando su familia.

Era Ambrosio por desgracia de genio vivo, travieso y atolondrado, al contrario de su hermano menor, cuyo carácter dulce y complaciente le hacía las delicias de la familia. En el poco tiempo que tuvo el abate la dirección de estas dos criaturas, penetrando con su sagacidad el bello partido que podía sacar de las naturales disposiciones de Ambrosio, resolvió cultivarlas, halagándole y lisonjeando sus caprichos con tan feliz éxito cual se vio en la tenaz adhesión que supo inspirarle hacia su persona. No ignorando asimismo la bondad del marqués, que rayaba casi en debilidad, tomó de aquí atrevimiento para aspirar a cosas mayores. El genio turbulento y altivo de Ambrosio le ofrecía la más bella ocasión de fomentar en su pecho el amor a la independencia y la libertad, pintándole con vivos colores los atractivos de una y otra, exagerándole las dulzuras de una vida regalada, de una juventud llena de delicias y placeres; y cuando excitó el apetito e inflamó la imaginación de su discípulo con la pintura de estos bienes, enardeció su corazón con la esperanza de llegar algún día a disfrutar de una suerte a que su nacimiento y rango le llamaban dejando caer alguna leve insinuación sobre la lentitud del tiempo y la paciencia que le sería necesario tener, hasta que el cielo dispusiese de los días de su padre.

Oía con atención y gusto estas palabras del pérfido preceptor el joven Ambrosio, y no fue necesario más para que se despertase en su alma el germen de la ambición no contenido con el freno de la rectitud, cuyos principios ignoraba y cuya semilla cuidaba de sofocar a toda costa el indigno Coscia.

El marqués, idólatra de sus hijos, aunque le era muy respetable la memoria de su malograda esposa y sagrada su voluntad, no se atrevió a desagradar a su hijo, y esta muestra de flaqueza derribó el ascendiente que tenía sobre Ambrosio, haciéndole cada

día más voluntarioso, siendo también causa y origen de los desastres de la familia.

Por fortuna Eugenio, su hijo segundo, no habiendo parecido al abate digno de emplear en él su perversa destreza en seducir, en poco tiempo quedó abandonado; de suerte que si le comunicó alguna chispa del fuego infernal que comunicaba a Ambrosio, o no prendió en su bello corazón o se extinguió prontamente con el trato de su padre. Con el pretexto de ser acreedor a cuidado más especial, el primogénito de la casa y heredero de la familia insinuó al marqués cuán perjudicial sería a Ambrosio dividir con otro las atenciones y desvelos debidos a él, ponderándole la importancia del cultivo de un corazón dispuesto y que era forzoso dedicarse exclusivamente a su enseñanza. El marqués no opuso obstáculo a este nuevo deseo del abate y condescendió también en destinar habitación separada para él y Ambrosio, quedando en este modo árbitro de la suerte de aquel infeliz muchacho, y entrambos como extranjeros en la casa del marqués.

Éste no descuidó por su parte de indemnizar al amable Eugenio de los perniciosos cuidados que le negaba el malvado Coscia y dedicó el tiempo libre a instruirle en las ciencias útiles y de adorno, que poseía con perfección; de suerte que tuvo el placer de ver en su hijo segundo un modelo completo de dulzura, cortesanía y afabilidad; un joven ilustrado y virtuoso y un hijo sumiso y reconocido, mientras Coscia formaba de Ambrosio un atolondrado, imprudente, presuntuoso, necio y únicamente instruido en el arte de hacer mal. Veía los progresos de Eugenio, y, envidiándole la posesión de un bien que no se hallaba en estado de dar a su discípulo, inspiraba a éste la más fuerte aversión contra su hermano, calificando su ciencia de pedantería, su afabilidad de hipocresía y su deferencia de vil adulación, presagiándole que jamás saldría de la degradante oscuridad de una vida privada. Con la continuación de las lecciones y práctica de tan perversa moral, el corazón de Ambrosio acabó de corromperse, y para dar el infernal preceptor la última mano a su infame obra, comenzó en las frecuentes salidas que hacía del palacio de Scianella en su compañía a ofrecer a su discípulo la envenenada copa del placer, desconocido aún al desgraciado Ambrosio, y este último paso al colmo de la depravación fue el último que le hizo dar, bien persuadido a que estaba demasiado hundido en el abismo del crimen para poder salir de él. Entonces fue cuando, pretextando hallarse ya completa la educación del joven heredero de Scianella, se despidió del marqués y fue a emplear en otra parte sus horribles talentos.

Apenas partió el preceptor cuando empezó a ser aquel sitio el teatro del más espantoso desorden. Tenía Ambrosio dieciséis años y de ellos había pasado trece bajo la dirección, o más bien tiranía, de Coscia, y se había familiarizado con las máximas de una moral corrompida, en términos que el respeto a su padre, el amor fraternal, la beneficencia eran para él nombres insignificantes. Su máxima favorita y fundamento y móvil de su conducta era no reparar en los medios para lograr el fin que se proponía. A la refinada mal dad de Coscia no bastó hacer de su alumno un perverso; quiso fuese perverso sin remordimientos y a este efecto le inspiró la más ciega y necia superstición, haciéndole creer que la fe y sujeción del entendimiento era la virtud única y que algunas oraciones vocales eran el remedio eficaz para borrar los delitos. Con esto el miserable joven quedó presa de las más violentas pasiones, sin que en su inexperiencia le quedase otro recurso que dejarse llevar a su arbitrio del furor de estos indómitos monstruos.

Comenzó el marqués a coger los amargos frutos del celo de Coscia. La altanería y orgullo de Ambrosio no podían sufrir la más mínima reconvención en su desarreglada conducta, despreciaba con risa insultante los avisos de su padre, mortificaba en lo posible a su pacífico hermano y era el martirio de todos los de la casa. Disponía a su arbitrio de

cuanto había en ella y se hacía obedecer como dueño, sin que el marqués tratase de oponérsele por no exasperarle, conocido, aunque tarde, el daño y estrago de aquel corazón. La blandura le hizo más insufrible y llegó al extremo de insultarle con amargas alusiones a su vejez y condescendencia. El buen viejo lloraba en secreto y se desahogaba con su Eugenio, quien no podía ofrecerle otro consuelo que el de llorar con él. Finalmente llegó la época en que debía la Divina justicia vengar en el padre las maldades del hijo y en éste las culpas y debilidad de su padre.

Había transcurrido mucho tiempo desde la despedida de Coscia, cuando hallándose el marqués con Eugenio, porque Ambrosio rara vez se le presentaba sino para insultarle, entró un sirviente anunciando una visita desconocida. Estrañolo el marqués, y no atinando quién fuese ni el objeto, dio orden para introducir a los recién llegados. Preséntanse un caballero de edad madura, una señora de edad aún más avanzada y una señorita joven. El marqués fijaba alternativamente la vista en los tres forasteros, sin que sus facciones le recordasen cosa vista en otro tiempo. Sólo en la señora le pareció advertir rasgos de una fisonomía no enteramente desconocida, mas no podía fijarse en la verdad.

El caballero tenía un aire de fatuidad y presunción difundido en toda su ridícula persona. Vestía de rigurosa moda, aunque sus años más próximos a la vejez que a la edad madura parece le dispensaban en justicia de las fatigas del tocador. Su primer diligencia al entrar fue ponerse delante de un espejo y, cuando se hubo contemplado, pasar al saludo con frases tan exóticas como impertinentes.

La señora, a pesar de los años, manifestaba haber sido hermosa en su juventud, y no lo desmentían los trazos de belleza que conservaba su rostro. Pero descubría cierta falsedad maliciosa que precisaba a mirarla con recelo y repugnancia, y a creerla más propia para desempeñar una plaza en casas de corrección que para autorizar un estrado.

Los ojos fatigados con la presencia de estos dos objetos tan contrarios y fastidiosos descansaban en la joven que los acompañaba. Al atractivo de la juventud añadía una figura angelical, unos ojos negros llenos de dulce fuego, un talle cortado por las gracias, un seno formado por el amor; bellezas todas realzadas por una modestia celestial, que a la palabra más indiferente, a la mirada más fugitiva se cubría de rubor. La elegancia del traje contrastaba notablemente con la ridiculez de sus compañeros, y con la oposición se aumentaba la fealdad de éstos y el encanto de la joven.

La primera en romper el silencio, pasados los saludos de costumbre y urbanidad, fue la señora anciana, quien preguntó al marqués si la conocía.

—No me son absolutamente extrañas estas facciones, aunque no acierto cuándo las he visto, y así os pido ayudéis a mi memoria para saber a quién debo agradecer el honor de esta visita.

—¡Oh! El señor marqués aún conserva la cortesanía que le hacía distinguir entre todos en tiempos más felices. Mas yo le dispense de estas fórmulas de etiqueta y urbanidad, siempre que hable con Olimpia Tosi.

—¡Señora! ¡Es posible! ¿Vos Olimpia Tosi? Permitidme os manifieste la agradable sorpresa que me ocasiona la vista de una persona capaz de inspirarme en otro tiempo un sincero y tierno afecto.

—¡Oh! Sí, sí, debéis hacerlo, marqués —dijo el caballero—, pues yo soy de aquéllos, ¡eh! ¿Me entendéis?

—No os entiendo, caballero.

—Quiero decir que gasto malas pulgas.

—Estáis comprendido perfectamente.

Dichas estas palabras, se levantó de la silla el discreto señor y, haciendo una pirueta, se puso a mirar las pinturas y países que adornaban la sala.

—Vengo —continuó Olimpia— a renovar nuestras antiguas relaciones y quiero de hoy más seros buena amiga, así como en otro tiempo aspiré a título mayor; pero las circunstancias han mudado y es prudencia conformarnos con la suerte. La mía fue infeliz en haberme unido a un hombre incapaz de agradarme.

—¿Veis, marqués, lo que es mi esposa? Siempre la estoy moliendo con que no tiene razón, y no hay arbitrio para desengañarla. El conde de Fachini, barón de la Távola, señor de Lusa, Lago di Sorna, Monte Cúcolo, Valsopetto y Catinara... ¿Qué tal? ¿Incapaz de agradar? ¿Qué decís?

Pronunció estas palabras dando tres palmaditas con grosera familiaridad en el hombro del marqués, quien sonriéndose le contestó:

—Os aseguro, señor conde, que cuando no a vuestros atractivos y discreción, a lo menos a tan dilatado catálogo era imposible resistiese cualquier mujer.

Dio el esposo una mirada de triunfo a Olimpia, agradeciendo al marqués su lisonja con una inclinación expresiva.

—Decidme, marqués, ¿es vuestro primogénito este bello joven? Porque no ignoro que el cielo os ha hecho padre feliz de dos hijos.

—No es el primogénito, señora —respondió suspirando el marqués—; pero es muy buen hijo, y tenéis razón en llamarme padre feliz.

—Os doy el parabién, caballerito, por el afecto que merecéis a un padre tan digno.

—Y tan indulgente —respondió Eugenio, como si despertase de un profundo sueño.

—Parece estáis algo incomodado, amable joven —dijo Olimpia.

—Sólo me incomoda el temor de seros molesto en los negocios que tendréis que departir con mi padre, y así con vuestro permiso voy a retirarme.

—No os lo concedo —replicó Olimpia—, pues no hay secreto alguno entre nosotros, antes mucha satisfacción en mí al disfrutar de vuestra compañía.

El retiro en que Eugenio había vivido hasta entonces y el poco trato con el mundo le hacían vergonzoso y encogido; así la cortesana desenvoltura de Olimpia le llenó de mayor rubor, pero su turbación tenía en parte origen muy diferente, como habrá presumido el lector. Su inocencia, la ignorancia de cuanto puede mancharla, el velo que en su juvenil edad la cubría aún, no habían impedido que el irresistible instinto de la naturaleza causase en él una extraordinaria revolución a la vista de la joven Mandina (éste era su nombre). Cuando fijó su vista en aquella beldad tan tierna y encantadora, cuya timidez apenas le permitía levantar sus rasgados ojos negros del suelo, quedó entregado a un embeleso y enajenamiento que cuidó tanto menos de ocultar cuanto el impulso que le movía era más desconocido. Un fuego dulce circulaba por sus venas y parece se hallaba transportado a una nueva región, mudando totalmente su ser y pensamientos.

Su distracción no se ocultó a la perspicacia de Olimpia ni del marqués y mientras éste hacía un lisonjero cumplido a la graciosa hija de Olimpia, quien le informó ser de su primer esposo, permaneció Eugenio como estúpido sin apartar su vista del objeto hermoso que tenía delante. Mandina a la descuidada no se defendió de dirigir alguna mirada furtiva al silencioso hijo del marqués; pero viendo que la miraba sin cesar, se veía precisada a bajar sus ojos, cubriéndose de carmín sus frescas mejillas.

¡Qué interesante y bello es el mudo lenguaje del amor inocente y primero! ¡Qué dulce

aquel impulso sublime que comienza a labrar con lentitud los eslabones de la dorada cadena que debe unir dos corazones! Una mirada, un suspiro fugitivo, un rubor modesto, he aquí las primeras lecciones que da la naturaleza a la inocencia; y el indecible embeleso de esta inteligencia entre dos amantes crece hasta el punto dichoso de pronunciar el dulce «te amo» en que cesa la timidez y le sucede la candorosa y honesta franqueza de una pasión correspondida. ¡Qué diferentes estos primeros pasos del amor, de la disoluta libertad del vicio! Pródiga de placeres y avara de sentimientos, no conoce sino el goce de los sentidos; y perdido el atractivo de la vergüenza, que es quien da el precio y valor a la posesión, anda sedienta de más, en la abundancia de lo mismo que era el término de sus deseos, y en medio de su depravación no concibe cómo sea posible conocer sino el sentimiento común a todo animal. ¡Ah! No vuelve ya éste bien una vez perdido y es fuerza que el hombre vicioso deje al inocente la experiencia de una dulzura que sólo se disfruta una vez.

Capítulo V

Dilatose la conversación de los recién venidos hasta que el marqués suplicó a Olimpia y al conde, su marido, tuviesen a bien honrarle con su compañía por algún tiempo, convite aceptado con alegría de Olimpia y con imponderable satisfacción de Eugenio. Diéronse al efecto las disposiciones convenientes para obsequiar a los huéspedes y entretanto se presentó Ambrosio noticioso de su llegada. Sin cuidarse de saludar a su padre dirigió un cumplido insignificante y estudiado al conde y su esposa y un elogio exagerado y adulator a la joven Mandina, cuya belleza pareció haberle hecho impresión. Mantuvo con Olimpia y el conde una larga conversación, manifestando en el diálogo su atolondramiento y travesura. Retirose después, ofreciendo volver a la hora de mediodía para acompañarlos en la mesa, aunque acostumbraba hacerlo raras veces. Pero mientras se separaron los huéspedes a disfrutar del descanso necesario, no la tenía el joven Eugenio en su corazón. La imagen de Mandina se le ofrecía con todos los atractivos de la belleza, y contra su voluntad conoció no podría dejar de inclinarse a un objeto tan digno, aunque ignorase la teoría del amor; pero amaba ya y no cuidaba de oponerse a su naciente pasión.

Por fortuna estaba acostumbrado a consultar sus pensamientos e ideas y desahogar su corazón en el seno de su padre como en el de un amigo, y en consecuencia tampoco le hizo misterio de aquella novedad que sentía y cuyos efectos era incapaz de prever. No extrañó el padre la confianza de su dócil hijo pues la había adivinado, y habiéndole pedido atención, le habló así:

—Ha llegado el tiempo, querido Eugenio, de darme la prueba menos equívoca de tu afecto, en seguir ciegamente los consejos de un padre tierno y solícito de tu paz y felicidad. Has llegado a la peligrosa edad en que las pasiones rompen el freno que la infancia e inocencia les ponían y comienzan a estar en acción. Son en efecto el carácter distintivo de un ser mortal: un hombre sin pasiones no sería hombre; pero si moderadas y dirigidas sirven a la felicidad de éste y son como las fieras encadenadas, obedientes a la voz y ademán del director, hallándose sin freno le hacen víctima de su furor, como el tigre rompe las verjas y comienza por despedazar a su amo. El retiro de este palacio te ha preservado hasta ahora de sus incentivos y del más poderoso de todos los cebos, origen del heroísmo y de la depravación. Sí, el instinto mutuo que atrae los sexos es fecundo manantial de felicidad y virtudes cuando la razón, la religión y la prudencia le guían, pero degenera en instinto meramente brutal si carece de estos poderosos defensores. El hombre ha nacido para la mujer, la mujer para el hombre, y para unirse es preciso amarse; para amarse es indispensable verse y conocerse. No basta que el hombre ame a la que elige por compañera; es además necesario que la estime, y la estimación no se adquiere en un momento. Puede uno apasionarse a primera vista, puede cegarse, quedar perdido, abrasado de amor, pero este incendio voraz se apaga en el instante mismo de la posesión si al mismo tiempo no ceban y mantienen la llama el afecto, el cariño y la amistad, que es la parte más noble del amor por ser la menos interesada, por ser su objeto único las prendas del alma. Es imposible conocer éstas sin un trato de largo tiempo; y tú, hijo mío, que te has enamorado de Mandina, ¿qué amas en ella? ¿Acaso la

hermosura, esa prerrogativa que es común a las disolutas y honestas, a las virtuosas y delincuentes? ¿Acaso te ha prendado su modestia exterior? Sabes que el cielo toma frecuentemente este disfraz y generalmente pocos hay que posean en más alto grado la ciencia de aparentar que las mujeres. Estoy muy distante de suponer tal cosa en la hermosa e interesante Mandina, solamente te hago ver que ni su belleza ni su modestia deben ser títulos únicos para hacerla acreedora a tu cariño. Las virtudes del alma son la parte principal en la elección de esposa, y una mujer de carácter dulce, de amabilidad, de celo, de expedición, en una palabra, una mujer virtuosa, aunque poco favorecida de la naturaleza con dotes exteriores, puede aspirar a ser feliz y lisonjearse de inspirar a un esposo prudente y racional no sólo amistad, no sólo cariño, sino también amor.

»No repruebo el tuyo, no me opongo a que mires a Mandina como la destinada a acompañarte en tu vida; sólo te pido no te abandones al entusiasmo de tu nueva pasión, antes que el trato de algunos días te dé a conocer si es digna de poseer tu corazón; y sobre todo, antes que sepa yo si su madre tiene miras sobre su persona o ella misma ocupado su pecho de otro objeto; en tal caso estarás aún a tiempo de sofocar y apagar las primeras chispas de un incendio, el cual, si se le deja prender y tomar cuerpo, es ya imposible extinguir y causa estragos irreparables.

Oyó Eugenio con atención las palabras y resolvió con docilidad seguir los consejos de su padre, pero la pasión de un día había adquirido demasiada fuerza para ceder a las reflexiones de un corazón juvenil. Propuso no alzar los ojos para mirar a la bella Mandina, mas conoció la poca eficacia de este propósito y el ningún dominio que tenía sobre sí mismo cuando volvió otra vez a su presencia. Una fuerza irresistible y parecida a la del imán le arrastraba a su lado y le obligaba a devorar con los ojos las delicadas gracias de la joven. Finalmente el trato de algunos días le dio a conocer las prendas y virtudes de su deidad y, creyendo este examen suficiente para no parecer indócil a los consejos de su padre, dejase llevar de su pasión y dedicó su vida a pensar en Mandina y a reflexionar el modo de declararle su amor.

Entretanto seguían los huéspedes obsequiados con magnificencia en el palacio de Scianella y el marqués no dejaba pasar ocasión de proporcionarles las más agradables distracciones. Al cabo de algunos días se habían ya familiarizado tanto que parecían formar una sola familia. El conde estaba bien hallado en el ocio y regalo del cordial hospedaje y no tenía ya que desear, Olimpia manifestaba alegría y desenvoltura, y la inocente Mandina seguía los movimientos de sus padre, acompañándoles o en su alegría o en su seriedad, aunque algunos ratos se esparcía por su bello rostro una ligera tinta de melancolía. Gustaba mucho de pasear los bosques del jardín e internarse por las arboledas y, aunque casi siempre acompañada de Olimpia, ésta le permitía no obstante separarse mientras seguía su paseo en compañía del marqués, pues no hacía al conde su esposo el honor de admitirle a disfrutar de él.

Una hermosa tarde de junio bajaron según costumbre a gozar del fresco del jardín, en ocasión de hallarse Ambrosio ausente en compañía del conde, y Eugenio ocupado en su gabinete. Engolfados en la conversación el marqués y Olimpia, no advirtieron o no extrañaron la falta de Mandina, quien, según su costumbre, se alejó sola a recorrer los bosques y a renovar la memoria del gentil Eugenio, cuya imagen había hecho en su tierno corazón la impresión misma que la suya en el del hijo del marqués. Sin objeto alguno vagaba lentamente paseando las amenas alamedas y deliciosas espesuras hasta que la casualidad la condujo a la puerta del laberinto. Sorprendióle aquella obra, cuyo destino ignoraba y, estimulada de la curiosidad, se internó incauta por las sinuosidades y calles de

aquella maravilla del ingenio humano. Cuando pensó en retroceder y buscar la salida se hallaba en una plaza circular, en cuyo centro se alzaba sobre magnífico pedestal de mármol una estatua de la misma piedra. El círculo que formaba la plaza tenía seis puertas donde terminaban las avenidas; mas cortadas éstas con otras aberturas colaterales daban entrada a otras calles circulares y concéntricas a la plaza, y cuyas salidas por su número y uniformidad confundían la vista, no pudiendo distinguir la verdadera dirección a la puerta principal.

Contribuía a acrecentar la confusión gran número de pequeñas estatuas de Términos, en un todo iguales, repartidas en diferentes ángulos de las extremidades del laberinto. Yendo Mandina a la ventura, hallose en otra plaza hexágona, donde se veía de mano sublime expresada en mármol blanco la fábula del Minotauro. Las formas juveniles de Teseo contrastaban con el aire de intrepidez que le animaba. Representaba el punto en que, vencido el monstruo, yacía éste en el suelo con los ojos entreabiertos como para espirar mientras el victorioso amante de Ariadna le contemplaba con satisfacción mezclada de horror.

Suspendió por un momento el desasosiego de Mandina la vista de este bello monumento; mas cuando, después de haber girado algún tiempo por el laberinto, conoció su imprudencia en haberse internado sin guía comenzó a afligirse. Las paredes de murta¹¹ eran tan elevadas que parecía imposible llegar a saltarlas. Corría de un lado a otro, sin saber qué partido tomar, hasta que se le ocurrió trepar por una de las estatuas de Término, cuya elevación le proporcionaría registrar el terreno, pues descollaban sobre las paredes; pero cuando se disponía a ello le suspendió y dejó estática el sonido de un arpa que oyó cerca de sí. Las armónicas modulaciones del instrumento indicaban la destreza del músico, y la sensible Mandina sintió enternecerse su corazón al oír, después de algunos aires ligeros y sentimentales, preludiar en tono melancólico y al escuchar una voz afectuosa cantar con expresión la siguiente canción:

Salga de mi amante labio
la llama, que comprimida
pone término a mi vida
y abrasa mi corazón.
¡Ay, bella Mandina!, escucha,
pues tú causas tantos males,
y den tus ojos señales
de que hay en ti compasión.

Sus arpones abrasados,
en tus ojos escondido,
contra mi pecho Cupido
vibró desde que te vi.
Y entre tus hebras doradas,
enlazado mi albedrío,
a tu encanto el pecho mío
avasallado sentí.

Templa, pues, con tu ternura
la acerba pena que siento,

y vuélveme aquel contento
que me robaste cruel.
O si mi labio te ofende,
deme tu rigor la muerte,
pues ya no quiero otra suerte
que gozar o perecer.

Dio fin a su canción el Orfeo de aquellas selvas dejando a Mandina enajenada. La voz tierna y expresiva había penetrado hasta lo íntimo de su corazón, pues aquel amable acento no le era desconocido: era Eugenio quien cantaba. El rubor impedía a aquélla llamarle e implorar su socorro, mas la conmoción de su pecho y la agitación del cansancio, la precisaron a exclamar involuntariamente:

—Venid, venid a socorrerme.

Esta voz hizo enmudecer al cantor, y a los suspiros del instrumento sucedió el susurro de las arboledas mecidas por la brisa de la tarde, dejando a Mandina en la incertidumbre más cruel. Aunque esperaba vendrían a buscarla cuando la hubiesen echado de menos, la afligió no obstante la repentina desaparición y silencio del joven Eugenio.

—Señorita, ¿vos aquí? —exclamó Eugenio apareciendo por una de las avenidas y echándose a los pies de Mandina.

—¡Dios mío! ¿Qué hacéis, caballero? Levantaos y sacadme de este sitio adonde mi imprudencia me ha conducido.

—No temáis, señorita; estáis en seguridad y yo pronto a llevaros donde gustéis, mas concededme un momento de atención.

—No puedo, caballero —respondió Mandina—, mamá se enojaría si llegase a saber mi extravío y esta conversación; si algo queréis, decídselo a ella¹².

—No, no, señorita, no es a ella a quien debo dirigirme; vos sola sois quien tiene derecho a disponer de mi suerte.

—¿Yo de vuestra suerte? No os entiendo.

—Sí, hermosa Mandina, yo os amo porque sois amable y puedo amaros porque os estimo; mi padre consiente de ello, sólo debo saber si vuestro corazón está ocupado para inferir de vuestra respuesta mi felicidad o mi desventura.

—¿Y quién os ha dicho estar ocupado mi corazón? —respondió Mandina turbada y sin saber lo que decía.

—¡Ah, señorita! Esta respuesta colma mis deseos.

—Si yo nada os he dicho.

—¿Y queréis envidiarme la ventura que acabáis de darme?

—Caballero, yo os estimo porque soy agradecida, y si me amáis como decís —aquí suspiró— acreditadlo llevándome adonde está mamá.

—Voy a conducirlos sin detención, mas decidme a lo menos si os ofende mi afecto.

—Está muy lejos de ofenderme —respondió la inocente Mandina con el rostro encendido de rubor, y éste se aumentó cuando hubo penetrado toda la fuerza de su candorosa respuesta.

Oyó Eugenio sus palabras enajenado de gozo y, doblando una rodilla, tomó una de sus manos e imprimió en ella un beso de fuego sin oponer Mandina más que una débil resistencia. Era la caída de una hermosa tarde de verano; el sol pronto a ocultarse en el horizonte entre nubes de oro y carmín despedía sus rayos oblicuos, iluminando con una ligera tinta rojiza la parte de las estatuas que descollaba sobre las paredes del laberinto;

las avecillas entonando la despedida corrían a encerrarse en la espesura, mientras el leve soplo del céfiro mecía blandamente las copas de los gigantes álamos; y en medio de esta encantada escena se asemejaba Eugenio al vencedor Ateniese besando reconocido la benéfica mano de la desgraciada princesa de Creta.

Lleno el corazón de amor y embeleso, con la dulce seguridad de una correspondencia mutua, conducía el hijo del marqués a su amante por las calles del laberinto. Contole por el camino que, hallándose en una gruta del jardín donde se retiraba con preferencia por ser el sitio delicioso y donde tenía la biblioteca, los pinceles y arpa, oyó voz muy cerca y, presumiendo lo que podía ser, tomó el plan del laberinto y corrió sin detención a buscarla; porque (añadió enseñándole el plan) sin esta guía o sin mucha práctica, os fuera imposible la salida.

Aunque le escuchaba Mandina con indecible placer, la inquietaba no obstante la memoria de su madre y así apresuraba el paso para ir cuanto antes a reunirse con ella. La relación de la gruta de Eugenio interesó su curiosidad, pero su encogimiento y rubor le cerraron los labios para manifestar su deseo de verla. En esto llegaron a la puerta del laberinto y en poco rato adonde aún se paseaban el marqués y Olimpia, quienes no habiendo hecho alto en la ausencia de Mandina quedaron admirados al verla en compañía de Eugenio. Refirioles éste el extravío en el laberinto y su relación fue materia de risa y diversión a los dos ancianos compañeros, en especial a Olimpia, quien empezó a zumbar al hijo del marqués sobre el encuentro casual de su hija, con expresiones que le hicieron sospechar no pesaría a Olimpia se repitiesen semejantes casualidades.

Ahora es fuerza retroceder algún tanto y seguir los pasos del perverso Ambrosio, pues el hilo de la historia no ha permitido hasta aquí desentendernos de las primeras relaciones de Eugenio y la bella Mandina. Desde la venida de Olimpia y su esposo, advirtió la poca conformidad en el carácter y genio del conde con el suyo aunque no le fue difícil ganarle la voluntad, pues éste no adolecía de escrúpulos en la elección de amigos. Tampoco congeniaba con Olimpia en la travesura y aturdimiento, y de aquí provino que no le tuvo Ambrosio por digno de entrar en la conjuración tan aciaga al marqués, a su hijo y a la bella Mandina. El corrompido corazón de Ambrosio ardió á la vista de esta joven; pero sin experimentar la delicadeza de un sentimiento honesto, se abrasaba en la llama profana de un fuego impuro, y la idea de una seducción fue la primera que se ofreció a su dañado pecho.

Arriesgó una declaración algo libre, pero fue mal admitida: la frialdad y reserva se vieron pintados en el rostro de Mandina y a poco tiempo conoció era incontestable la fortaleza y su más fuerte muro, la inocencia. Aestó sus tiros por otro lado ofreciéndole su mano, y la única respuesta fue que sólo sus padres tenían derecho a disponer de ella. Irritóle la contradicción, enardeció sus deseos y juró a todo trance ablandar la dureza de Mandina. Observó, espío, indagó y vino al cabo en conocimiento de la verdadera y principal causa de sus desdenes, en la mutua inteligencia que reinaba entre su hermano y la joven huéspeda. Calló y comenzó a disponer las cosas para desviar cuantos estorbos se opusiesen al logro de su pasión.

Pasaron algunos días, y preguntando el marqués por Eugenio una mañana y enviando un sirviente a llamarle, no fue posible hallarle en toda la casa. Afligido el buen marqués de tan repentina ausencia, recorrió por segunda vez su habitación y la gruta del jardín; pero sus pesquisas fueron infructuosas y sólo halló sobre el bufete de su aposento dos cartas cerradas, la primera dirigida a él mismo y la segunda a Mandina Tosi. Abrió la primera y decía así:

Cuando recibáis ésta, se hallará vuestro hijo muy lejos de aquí. No puedo vencer la aversión que me inspira Mandina y sería el colmo de la infelicidad verme en la dura necesidad de unirme para siempre con ella. A fin de evitar mi sacrificio y mi muerte me ausento por ahora y, cuando os halléis libre para recibir los testimonios de mi cariño, volverá a vuestros brazos el más sumiso y obediente de los hijos.

Eugenio

Dejó al marqués tanto más extático la lectura de esta carta, cuanto menos sospechaba el motivo de la repentina ausencia de su hijo. Habíale confiado su pasión, habíale hecho depositario de sus secretos, manifestábase perdido por Mandina y le protestaba que su amor sería eterno. ¿Cómo, pues, o por qué se había cambiado hasta el término de huir por evitar su presencia? ¿Qué significaban las expresiones de verse en la dura necesidad de unirse para siempre con ella? ¿Qué compromiso era éste? Aquí se perdía su entendimiento en un piélago de confusiones. Abrió la carta dirigida a Mandina por si en ella se aclaraba más el misterio; pero quedó frustrada su esperanza. Decía así:

Señorita: si habéis creído inspirar amor al hijo del marqués de Scianella, os habéis equivocado. La pasión que os queda derecho de inspirar es sólo el desprecio. Sabed que éste es tan íntimo, cuanto es el odio que profesaría a mi mayor enemigo en igual caso. Consolaos de mi pérdida si sois capaz de sentir, pues a mí sólo me queda el remordimiento de haber pensado una vez en criatura tan indigna.

Eugenio

El horroroso tenor de esta venenosa carta irritó al marqués, de suerte que olvidando su natural moderación dio orden a algunos criados para salir en busca suya, resuelto a castigarle con la mayor severidad; pero se guardó bien de comunicar a la amable Mandina el terrible desengaño de la carta de Eugenio, y sólo le dijo suspirando cuando esta hermosa joven le preguntaba por su hijo:

—¡Ah! No me preguntéis más, hija mía. Eugenio era indigno de vos —y proseguía—. ¡Eugenio! ¡Eugenio! ¡Quién lo creyera!

Semejantes exclamaciones despedazaban el corazón de Mandina.

Ambrosio suplicó por la primera vez en su vida al marqués pidiese para él al conde y a su esposa la mano de su hija. Este padre condescendiente y débil, enojado contra Eugenio, hizo la instancia, pero Olimpia contestó que tenían miras ulteriores sobre ella, siéndole por lo mismo imposible complacerle. A pocos días partieron los tres huéspedes. Ambrosio lleno de furor acriminó a su padre la repulsa, y su odio se fue concentrando, porque de un lado soplaba el amor de la independencia imposible de lograr completamente en vida de aquél, y de otro la ambición de sucederle en sus títulos, posesiones y riquezas.

Capítulo VI

No sintió Ambrosio la pérdida de Mandina porque realmente estuviese apasionado, sino porque el desaire mortificaba su amor propio, y conservó en su corazón viva la memoria de este golpe para animarse a la venganza. Por mero cumplimiento pidió a su padre licencia para tomar esposa, alegando el pretexto de su edad, que lo exigía, y la razón de estado, que no permitía al heredero de una familia noble permanecer sin dar sucesor a su casa y títulos. Accedió su padre a la demanda, y buscando Ambrosio quien más le conviniese, sin reparar en virtudes y prendas morales, como su hermosura, sangre y riquezas la hiciesen merecedora de fijar en ella su elección, halló por fortuna la belleza, sabiduría y virtud en la persona de Lucrecia Pompei, de una familia distinguida de Verona, cuyos parientes, alucinados con el esplendor de la casa de Scianella y del deseo de unir los grandes intereses de ambos títulos, no vacilaron en entregar a esta desgraciada joven a un hombre cuyas costumbres y carácter les era poco conocido, y sólo el buen nombre del marqués de Scianella fue suficiente para hacerles mirar como fortuna el enlace con un heredero.

Lucrecia Pompei quedó en sus tiernos años huérfana de padre y madre y bajo la tutela de dos tíos, hermano y hermana de su padre, quienes la miraban como hija y le proporcionaron todos los conocimientos que forman la educación de una señorita de su esfera. Unió al estudio de los idiomas el de la música, dibujo y baile, mas sobre todo cuidaron sus virtuosos tutores de inspirarle una virtud sólida y hallaron felizmente en su pupila las más bellas disposiciones. Su espíritu vivo y penetrante concebía sin trabajo las cuestiones más difíciles de las ciencias abstractas y, haciendo recto uso de sus talentos, se halló en disposición de ser el embeleso y admiración de Verona, llamándola todos comúnmente segunda Helena Cornaro*. Tampoco le eran extrañas las labores propias de su sexo; en una palabra, era uno de los partidos más brillantes del estado veneciano. Ésta, pues, fue la esposa de Ambrosio Scianella. Arreglados los contratos, se celebraron las bodas y el heredero partió a habitar con su nueva esposa el palacio del marqués.

Apenas llegó, se hizo adorar de éste y de la familia; pero conoció bien pronto la desgracia horrorosa e inevitable en que había caído, unida al perverso Ambrosio. No obstante, como discreta disimuló y tomó su partido, resolviendo ganar con la dulzura y moderación, y si posible fuese ablandar y mudar el corazón de su marido; mas se fatigó en vano. El cruel se complacía en mortificarla, en especial cuando vio el afecto mutuo que se profesaban ella y el infeliz marqués. Hubiera deseado que se uniese con él para atormentar al desgraciado viejo; pero viendo el contrario proceder de su virtuosa consorte, se irritó en tanto extremo contra ella que separó mesa, lecho y habitación, y comenzó a tratarla como extraña.

Entretanto la salud del marqués iba debilitándose visiblemente y finalmente conoció que se acercaba el término de su carrera. Lucrecia le asistía incansable con el celo más ardiente, y en los cuidados de su amable nuera descansaba de los sinsabores que le ocasionaba la mala conducta de su hijo. Llamaba sin cesar a Eugenio, culpando su poco afecto a un padre tan cariñoso, pero éste no podía oírle y desde su desaparición careciose de noticias suyas. Finalmente llegó el trance forzoso y terrible: murió el marqués de

Scianella en los brazos de la desolada Lucrecia, pues el desnaturalizado Ambrosio se dejó ver pocas veces en su aposento, y sus visitas fueron breves y de pura ceremonia. Dejole su padre heredero universal de todas sus posesiones y títulos, reservando una moderada legítima a Eugenio, con la cláusula de devolución al primogénito en caso de morir aquél sin hijos.

Los funerales del marqués se celebraron con la mayor pompa y magnificencia en Verona, aunque el cadáver fue depositado en una urna o sarcófago de mármol y sepultado inmediatamente en el panteón de la casa.

El día inmediato al entierro del marqués se notó en Lucrecia una mudanza repentina que pasmó a todos. Durante la enfermedad de su buen suegro aparentó jovialidad para alentar el abatido espíritu del infeliz anciano; el día de su muerte y exequias se manifestó afligidísima, pero desde entonces se dejó ver pálida, macilenta, asombrada y como si padeciera su alma una horrorosa tortura. Nadie supo a qué atribuirlo, tanto más cuanto que el nuevo marqués de Scianella apareció también desde aquella época sombrío y taciturno. De aturdido e imprudente, se convirtió en silencioso y reservado; hablaba poco y con desdén, ya no se veían en él reliquias de la alegría necia y estrepitosa que le caracterizaba y notose con especialidad que se entregaba más que antes a prácticas de exterior devoción, asistiendo a misas y demás ejercicios de piedad y empleando largos ratos en oración postrado ante el altar de la capilla.

Pero admiró sobre todo la reforma que hizo en su familia. Todos creían, atendida su pasión por el lujo y ostentación, que a la antigua añadiría nueva servidumbre, mas sucedió todo al contrario. El día mismo del entierro despidió tres criados y, en los siguientes, continuó desprendiéndose de los menos necesarios y cercenando gastos inútiles, conducta cuyo misterio no alcanzó a penetrar la perspicacia más indagadora.

Dispuesta de tal modo su casa, emprendió un género de vida retirada y misántropa, sin que la dulzura de su esposa, quien al presentarse a él se esforzaba en serenarse y encubrir la interna agitación, fuese parte para distraerle. Así se pasó mucho tiempo en una vida triste y monótona, hasta que la más singular novedad vino a cambiar la suerte uniforme de los habitantes de Scianella.

Avisó cierto día un criado al marqués que la noche anterior se habían oído estruendos en el ala oriental del palacio, antigua habitación del difunto y entonces desierta; que admirado de aquel ruido y a tales horas se acercó por la parte del jardín a reconocer de dónde salía, y entonces vio con pasmo cruzar una luz al través de los hierros de las ventanas. No quiso empeñarse en apurar aquel misterio prodigioso porque, sobrecogido de miedo, apenas tuvo fuerza y valor para volver a reunirse con sus compañeros y referirles el suceso y, por consejo suyo, había venido a ponerlo en su noticia para que determinase lo más conveniente.

Oyó el marqués esta relación con semblante taciturno y distraído, perdiendo a veces el color y quedando pálido como la cera, y sin dar orden alguna despidió al criado y se retiró a su aposento. La necia superstición inspirada por el malvado Coscia comenzó a atormentar su pecho con siniestros presentimientos; el sueño huyó de sus ojos y revolvía en su imaginación cuál pudiera ser la causa del extraño acontecimiento, sin tener ánimo para profundizar hasta el origen de la aventura, temiendo saber demasiado.

Su esposa, la amable Lucrecia, única capaz de calmar su agitación y dulcificar sus penas, vivía desterrada de su presencia; y abandonado a sí mismo sin el freno de la razón ni los consuelos de una religión desconocida para él, presentaba el espectáculo del hombre réprobo despedazado por las pasiones y privado hasta de la esperanza, siéndole

inútiles los acostumbrados recursos de una estéril devoción para embalsamar y cicatrizar las llagas de su alma. Prohibió absolutamente a sus criados hablarle jamás si volvía a ocurrir cualquier novedad semejante, como si la ignorancia de un mal, ya aprendido una vez, fuera parte para arrancar de su corazón la aguda espina del temor supersticioso infundido por la novedad del estruendo y luces desconocidas. Así pues, aquéllos, aunque vieron continuarse los estruendos y aparecer las luces en la desierta habitación del difunto marqués, no osaban participarlo a su señor ni menos subir hasta el origen, suponiendo con Ambrosio ser obra de agentes sobrenaturales o quizá el alma del marqués necesitada de sufragios, y así en cumplimiento de su voluntad se mandaron celebrar por muchos días en la capilla del palacio innumerables misas.

Tenía Lucrecia entre otras una camarera llamada Asela, y le profesaba un cariño especial con envidia de sus compañeras. Atravesando una noche el marqués por la antesala inmediata a la escalera principal, advirtió un bulto caminar con recato y ocultarse en un rincón. Admirado se acercó para reconocerle y, al querer preguntar quién era, Asela (pues era la misma) da un grito y cae como desmayada en el suelo. Fue el marqués a levantarla; cuando vuelta ya en sí se arrojó a sus pies, suplicándole con lágrimas le perdonase.

—¿De qué te he de perdonar? Habla, pues tu confesión es el único medio de obtener mi indulgencia.

—¡Ay, señor! Por la Santísima Virgen de Loreto no me perdáis. Si mi ama lo supiese...

—¡Tu ama! —exclamó el marqués atónito—. Habla pronto o te mato.

—Yo, señor, no he podido desobedecerla, resistiendo a sus promesas y amenazas. Por Dios, no me perdáis.

—Pero, mujer o demonio, habla; de lo contrario vas a morir.

—Tomad, señor, tomad —respondió Asela alargándole un billete cerrado—; mas no digáis nada a mi señora. ¡Virgen santa, qué sería de mí!

—¿Qué significa esto?

—Me lo acaba de dar la señora para que lo entregase...

—¿A quién?

—¡Señor, perdón!

—¿A quién? —repitió con voz de trueno.

—¡Está aguardando a la puerta del palacio! —respondió Asela desfallecida.

—Traidora, prepárate para morir —y diciendo esto rasga la nema, abre el billete y lee estas palabras:

Me es insufrible la tiranía del monstruo que se llama mi esposo; mañana a esta misma hora lo tendré todo dispuesto para la fuga; el amor te inspire, mientras arde en deseos de volar a tus brazos.

Lucrecia

No salta con tal violencia la pólvora al aplicar la mecha como ardió el marqués con la lectura de esta breve carta. Asela tuvo la precaución de desaparecer al momento y esto la libertó del furor de su señor. Corre éste a la puerta del palacio y manda abrirla, pero sin duda el que aguardaba conoció no ser aquella venida estrepitosa la que esperaba, pues al abrir la puerta vio el marqués alejarse al galope de un caballo un hombre desconocido y desaparecer entre las sombras de la noche.

Mas fácil es concebir que expresar con palabras el furor y rabia del marqués con este

nuevo accidente. Dio inmediatamente sus órdenes a un criado de confianza llamado Cenón y aquella misma noche desapareció Lucrecia del palacio de Scianella. Preguntó a la mañana siguiente por Asela, pero le dijeron que no se hallaba en todo él, argumento cierto de haberse fugado a fin de sustraerse a los terribles efectos de la ira del marqués.

Con esto quedó reducida la familia de éste a seis criados, pues despidió a toda la servidumbre de su mujer desde el día en que ésta faltó, de suerte que el vasto castillo de Scianella se asemejaba a un palacio encantado, donde sólo se veía uno que otro espectro fugitivo deslizarse silenciosamente por los inmensos salones de aquella morada del terror y melancolía. Con la ausencia de Lucrecia cesó también el concurso de infelices que diariamente acudían a recibir de su mano benéfica el consuelo y abundantes socorros en sus necesidades; y el palacio de Scianella mirado siempre como el techo hospitalario de la comarca, llegó a quedar aislado sin atreverse ninguno a aproximarse, como si lo habitase un encantador maléfico y fuese la oficina y el laboratorio¹³ infernal de sus filtros y hechicerías. Hasta los vasallos fijaban en él su vista con temor y recelo y, si alguna vez lo contemplaban atentos, era para recordar con lágrimas la memoria del anciano marqués y cotejar aquellos felices tiempos con la época presente.

La masa enorme del edificio situado en una montañuela, con todas las ventanas cerradas y sin alma viviente, inspiraba la triste idea de la soledad más horrorosa y se asemejaba al cadáver de un coloso abandonado en la llanura, añadiéndose el contraste producido por el movimiento, espíritu y actividad que reinaba en torno de él y en la risueña campiña del antiguo Benaco.

La afección melancólica del marqués tomó desde entonces un carácter extravagante. Tan pronto permanecía, encerrado en su aposento días enteros sin hablar con persona alguna, tan pronto abandonaba el palacio y no volvía a él en mucho tiempo. Unas veces corría como insensato por los jardines, otras se postraba en la capilla y se entregaba a sus devociones, hasta que los criados le sacaban de su enajenamiento. No pocas se le vio a media noche tomar una linterna sorda y recorrer las habitaciones de su padre, en las que hacía ya tiempo no sonaban los estruendos nocturnos ni aparecían luces desconocidas. Los criados, conociendo su genio, no osaban seguirle y se limitaban a obedecerle sin replicar.

En tal estado se pasaron muchos días sin ocurrir mudanza digna de consideración. Después de haber hecho su acostumbrada excursión nocturna, se retiró a su aposento y se tendió en el lecho para conciliar el sueño, que de mucho tiempo atrás huía de sus ojos y se negaba a sus deseos. La fatiga y agitación le aletargaron algunos instantes, pero aquel descanso inquieto y zozobroso fue interrumpido por un ligero estruendo que sonó junto a sí. Despierta sobresaltado y aplica el oído para cerciorarse si era ilusión o verdad. ¡Qué pasmo! Percibe junto a sí un débil suspiro como despedido del pecho de quien temiese quejarse o incomodar a otro con sus sollozos.

—¿Quién va allá? —preguntó; mas no recibió respuesta y, habiendo permanecido en expectación por largo espacio, se persuadió finalmente haber sido quimera forzada por la exaltación de la fantasía. Aquella noche la pasó en continua vigilia y al amanecer registró escrupulosamente la alcoba y todo el aposento, sin advertir cosa capaz de aclarar sus dudas y desvanecer sus temores. Por no manifestar su recelo, ni acreditarse de medroso para con sus criados, no quiso trasladar la cama a otra pieza y se contentó con mandar que le acompañase por la noche Cenón, aquel criado de confianza, encargado según dijimos de instrucciones reservadas respecto a la persona de Lucrecia y que, desempeñadas en breve, había ya vuelto al castillo.

Trasladose en efecto Cenón al gabinete de su amo y, a poco rato, quedó sepultado en un tranquilo sueño. La compañía del criado animó al marqués a entregarse con mayor confianza al descanso, pero fue de corta duración. Un suspiro semejante al de la noche anterior hiere su oído y le sobresalta de nuevo. ¡Qué prodigio! Al incorporarse en el lecho para llamar a Cenón le suspende y embarga la voz una suavísima fragancia difundida por el ambiente. Hacíase violencia para persuadirse de que soñaba, pero se convencía cada vez más de la realidad del prodigio. A este tiempo oyó una voz delicada y sumisa llamarle por su nombre.

—¡Cenón! ¡Cenón! —grita azorado—; levántate y enciende luz.

Despierta el criado todo soñoliento y turbado y pregunta a su señor el motivo de aquella repentina llamada.

—¿No has oído?

—No, señor.

—¿Nada?

—Os protesto que nada.

—¿Y nada percibes?

—Nada, señor.

—¿No ha llegado a tu olfato la fragancia que exhala este aposento?

—Señor, tranquilizaos, os suplico. Vuestra imaginación, agitada sin duda por la impresión de algún sueño, no está serena todavía. Este aposento no exhala fragancia alguna.

—¿Será posible que yo me engañe y delire? —exclamó atónito el marqués.

—No te engañas —contestó una voz clara y distinta, sin saber de dónde salía.

—¿Qué es esto, Cenón? —repitió temblando.

—Mas, señor, ¿qué tenéis? Vos no estáis bueno. Os conjuro que os soseguéis, pues nada hay capaz de alteraros.

—¡La voz...!, la voz —contestó el marqués con acento mal seguro.

—¿Qué voz? Si hasta de ahora nadie nos ha interrumpido.

—¿Qué no has oído una voz llamarme por mi nombre?

—Señor, me dejáis pasmado; nada he oído.

—¡Virgen santa! ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

—No temas —repitió la voz desconocida.

—Decid quién sois y qué me queréis —gritó el marqués con desesperada resolución, y fue tal el esfuerzo que le costó, que cayó desmayado sobre el lecho.

—Soy —contestó la voz— tu mejor amiga, y cuando todos te abandonan, yo me constituyo tu protectora y maestra. Soy una Sílvida.

—¡Una Sílvida! —repitió el marqués, vuelto a poco rato de su desmayo—. Señora, yo lo tenía por fábula.

—La experiencia te convence de lo contrario.

—¿Dónde estáis?

—Donde quieras.

—Dadme pruebas de ello, pues yo os siento junto a mi oído.

—Ya estás satisfecho —respondió la voz resonando en el extremo de la sala.

Ya algo más recobrado y animoso continuó el marqués sus preguntas, mientras Cenón atónito escuchaba este incomprensible diálogo, del cual únicamente oía las palabras del primer interlocutor. Éste le persuadió haberse alterado los órganos del cerebro de su infeliz amo, y quisiera socorrerle, pero se lo impidió la curiosidad de ver el éxito de tan prodigiosa escena.

—Dejaos ver si es posible.

—No lo es —respondió la Sílvida—. Los espíritus como yo son invisibles y sólo por un caso extraordinario y motivo poderoso padece excepción esta ley general e inviolable.

—Decidme, pues, cómo os llamáis y cuál es el objeto de vuestras apariciones.

—El rey de los Silfos —contestó la voz— nos destina a cada uno a velar sobre la felicidad de un hombre, y nos inspira tal inclinación a él que, aunque espíritus, participamos de las afecciones de nuestros protegidos, sintiendo como propios sus dolores. Nuestro carácter distintivo es la dulzura y beneficencia, y así nuestras apariciones no son en modo alguno anuncio de calamidades sino de paz y alegría.

—¡De paz! —repitió el marqués con un suspiro—, acabó ya para mí.

—Te equivocas, es un bien que a nadie rehúsa el cielo. Al justo se la infunde la inocencia, al malvado el arrepentimiento.

—¿Sería posible que mi despedazado corazón descansase por fin?

—No sólo es posible sino indudable y tú disfrutarás de este beneficio siguiendo mis consejos. Mas quiero satisfacer a tu primera pregunta: mi nombre es Celeste y tú eres el mortal confiado a mis desvelos.

—Prescribidme, pues, qué debo hacer.

—No se logra el perdón de los males irremediables si no se procura resarcir los daños que está en manos del hombre remediar. Ambrosio, hay males que debes reparar y maldades que debes impedir.

—Señora, vos penetráis mi interior; ¡qué abominable debo aparecer a vuestros ojos!

—Tu conciencia está patente a mi vista, mas no creas que el íntimo conocimiento altere en lo más mínimo la benevolencia que te profeso. Las pasiones humanas no alcanzan a turbar la perfecta calma de mi ser.

—¡Cuán reconocido os estoy!

—El medio de acreditarme tu gratitud es adherir a mis consejos efectos del más puro amor y la más sincera benevolencia. De los males que has hecho ¿hay alguno que no sea irreparable?

—¿Qué males he hecho yo? —dijo el marqués, quien a proporción que se disminuía su temor volvía a desplegar su carácter altivo.

—¿Qué males has hecho? Pregúntalo a tu corazón; él responderá.

—Mi corazón enmudece a la pregunta.

—¡Ingrato! ¿Pretendes engañar a quien te ama? ¿Me precisarás a darte pruebas de mi ciencia y penetración?

—Dádmelas; tal es mi deseo

—Óyelas, pues, y tiembla.

Pronunciadas estas palabras en tono solemne y fatídico, sintió en aquel momento el marqués resonar junto a su oído la delicada voz de la Sílvida, que le habló en acento apenas inteligible; pero fue tal el efecto de sus palabras que él saltó de la cama dando un grito agudísimo, cuyo eco resonó en todo el palacio.

Acudió Cenón despavorido a socorrerle; pero no estaba en disposición de admitir los medicamentos, pues se hallaba en el grado más alto de enajenación mental. El grito despertó a los demás sirvientes y, en breve rato, se reunieron todos en el aposento del marqués atemorizados con la novedad y ansiosos de saber la causa del funesto accidente. Refirioles Cenón lo acaecido poco antes y convinieron todos en que la constitución de su señor estaba físicamente alterada. No escasearon los remedios, a cuyo beneficio volvió en sí a poco tiempo, mas tan debilitado que pasaron algunas horas antes de que se hallase

con fuerzas para hablar.

Lo primero que preguntó a los criados fue si la Sílfiga se había dejado oír otra vez. Fue grande la compasión y lástima que esta pregunta les causó, pues confirmoles en la persuasión de que en realidad estaba demente. Resolvieron, pues, estar a la mira, para evitar cualquier desgracia ulterior, y por entonces le respondieron que la Sílfiga había desaparecido y dicho no volvería más.

Esta respuesta tranquilizó algún tanto el agitado espíritu del infeliz Ambrosio, y durmió algunas horas, siéndole en extremo saludable aquel corto descanso. En efecto, la Sílfiga no se dejó oír en muchos días, en términos que su memoria se iba insensiblemente borrando de la imaginación, hasta que retirándose una noche a su aposento en compañía de Cenón, el ambiente balsámico enajenó sus sentidos, anunciando la presencia invisible de la Sílfiga. Ordenó a su criado no se acostase hasta que le viese dormido, y entretanto en voz alta dijo:

—Venís a complaceros en mis tormentos, cruel Celeste, vos cuyo carácter decís ser la dulzura y beneficencia.

—No culpéis a Celeste, sino a vuestra incredulidad, y era fuerza revelaros el terrible misterio para que dieseis crédito a la misión que me autoriza.

—No pongo en duda vuestra misión, mas dejas ver para acreditaros de un modo sensible mis respetos.

—Ya te advertí que sólo una circunstancia singular quebranta la inviolable ley de la invisibilidad en las Sílfigas. Hay además otro inconveniente. Cuando un ser de nuestra naturaleza toma figura para hacerse visible queda al arbitrio del protegido escoger la persona bajo cuya forma le place ver a su protectora, mas de ningún modo si esta persona es indigna por cualquier título del afecto del hombre.

—No pienso sirva de obstáculo esta condición al logro de mi anhelo, pues la forma bajo la cual deseo os presentéis es capaz de honrar y embellecer vuestra misma naturaleza.

—Di, pues, ¿en qué figura deseas me deje ver?

—No pido más: tomad la de la bella Mandina.

—¡Infeliz!, ¿aún piensas?, ¿aún abriga la maldad ese duro corazón?

—¡Me dejáis admirado! ¿Puede haber objeto más digno de representar una beldad aérea?

—¿Hasta cuándo te cegará tu frenesí?

—Señora, explicaos.

—¡Ingrato! Vuelve a temblar. ¿Ignoras que leo en el fondo de tu empedernido corazón? ¿Puedes, di, consagrar a Mandina un amor inocente? ¿Puedes adorarla sin crimen?

—Comprendo vuestra amarga alusión. Pero decidme; si leéis en mi corazón, ¿tiene derecho a poseerle el monstruo que le despedaza?

—¡Desgraciado! Lloro tu error: fue excusable; pero obstinación más larga se hace criminal. ¡Ay! —prosiguió con voz profética y lamentable—, son inútiles mis cuidados. Un porvenir funesto se rasga ante mis ojos; la mano impía que... —y aquí cesó algunos instantes—. Esa misma mano labrará la destrucción de muchos. La tumba se abre y traga indistintamente culpados e inocentes. ¡Manes respetables de Fabio y Gertrudis, salid del seno de la tierra a estorbar si es posible la catástrofe de vuestra familia!

Y concluyó su profecía con tres ayes lastimosos despedidos en distancias diferentes, resonando el primero junto a la cabecera de Ambrosio, el segundo al extremo de la sala y el tercero apenas se percibió, como si apresuradamente se alejase.

No tanto espantó al infeliz marqués el horroroso vaticinio de la Sílfiga como le

admiraron sus palabras. Mandábale llorar su error: ¿acaso su esposa era inocente? Y quien penetraba sus pensamientos, ¿no penetraría también los de Lucrecia y sería testigo de su conducta? Recordaba entonces las virtudes y prendas de esta desventurada joven y no dudaba absolverla a pesar de las apariencias que la condenaban. Mas cuando volvía los ojos a sí mismo y se acordaba del indigno modo con que la había tratado, conocía cuántos motivos le había dado de olvidar su deber y esto mismo le persuadía como cierta su infidelidad, avivando en consecuencia la furiosa pasión de los celos.

De orden de su amo, condujo Cenón a Lucrecia a un edificio rústico situado en lo interior de un bosque rodeado de montañas, aunque a corta distancia de Scianella. La casa tenía apariencia de pertenecer a un leñador y el miserable ajuar y muebles ordinarios anunciaban la estrechez y pobreza que reinaba en ella. Salioles a recibir un hombre alto, enjuto y de figura siniestra, cuyo aspecto heló de pavor a la infeliz marquesa. Saludó a ésta con cierta urbanidad maligna e insultante y se puso a hablar en secreto con Cenón, quien probablemente le comunicó las órdenes de su amo, cuyo resultado fue pedir el primero perdón a Lucrecia, si en conformidad a las instrucciones recibidas no podía dispensarse, aunque con sentimiento, de encerrarla en un aposento de aquella casa. La generosa señora no se dignó siquiera responderle y, con una mirada desdeñosa en que estaban pintados el noble orgullo y superioridad de la inocencia, le significó la tenía a su disposición para cuanto quisiera practicar.

En efecto, encerraron a la infeliz Lucrecia en un estrecho y oscuro aposentillo cuya única reja defendida con espesos hierros caía al bosque, dando paso a un débil resplandor. Cuatro tablas, un mal jergón y una silla eran los únicos muebles y adornos de aquella triste prisión.

Entretanto los nobles parientes de esta desgraciada joven fueron informados, no sólo del poco aprecio del marqués a su virtuosa consorte, sino del tratamiento indigno que le hacía, y arrepentidos de la ligereza con que la habían sacrificado al falso brillo de un enlace poderoso quisieron remediarlo entablando causa de divorcio; mas la prudente señora se opuso abiertamente a tan ruidoso y violento paso prefiriendo sufrir la suerte que le cabía a abandonar al infeliz y delincuente esposo, más digno de compasión que ella misma. Esto les impidió mezclarse en la presente ocasión en los negocios de su familia y, de esta suerte, Lucrecia quedó abandonada a la discreción y odio de su tirano. Creyó Ambrosio no poder entregarla a verdugo más bárbaro y cruel que al malvado Coscia. Había mantenido relaciones por escrito con este antiguo preceptor o más bien infame corruptor de la inocencia, desde su salida de la casa paterna hasta la muerte del marqués, en cuyo tiempo se renovaron las conexiones con mayor intimidad y Ambrosio halló en Coscia un malvado dispuesto a servirle en cuanto exigiese de él.

Coscia era, pues, el carcelero de Lucrecia y se esforzó cuanto pudo, a fin de hacerle más penosa e insufrible su prisión. Se presentaba en ella cada ocho días, dejándole un alimento escaso para todo este tiempo, y consistía en algunos pedazos de pan negro, y un cántaro de agua. En este penoso martirio pasó un mes la marquesa de Scianella, hasta que notó una mudanza notable en la conducta de Coscia. Hasta entonces no pudo saber si vivía sólo en aquel desierto o si alguno le acompañaba, pues hubo vez en que pasaron cuatro días sin dejarse oír el menor ruido en la casa, de suerte que la infeliz Lucrecia llegó a persuadirse de que la habían abandonado en aquella soledad, para ser víctima del hambre. Mas de allí en adelante fueron más frecuentes sus visitas, más abundante y sabroso el alimento y más finas y expresivas las atenciones de Coscia, y se dejaba traslucir en su adusto semblante cierta afabilidad forzada e ininteligible. Tan extraña

conducta alarmó la perspicacia y penetración de Lucrecia y tembló al adivinar la causa de la mudanza de su verdugo, pues no se le ocultó el fin criminal del buen trato y agasajo que usaba con ella; horrorizábale la idea de ver su honestidad y decoro expuestos a los insultos del brutal ministro de la tiranía de su esposo y, suponiéndole capaz de llegar a los mayores excesos para lograr la satisfacción de su infame liviandad, resolvióse a perecer antes que rendirse a los asaltos de su furor.

No se engañó en su concepto. El malvado comenzó a tentar por medios suaves ablandar el corazón de Lucrecia; pero esta nueva heroína rechazó con tal indignación y energía sus criminales pretensiones que le convenció bien pronto de cuán inútiles serían ulteriores tentativas. Resolvió, pues, alcanzar con la fuerza lo que no pudo conseguir de grado. La soledad, el retiro y separación de todo el mundo le prometían impunidad. Su corazón desconocía los remordimientos; todo al parecer conspiraba al triunfo del crimen y a la opresión de la inocencia. Escogió la hora de media noche para dar el golpe con seguridad. El monstruo había mezclado en el vino que le entró el día anterior crecida dosis de polvos narcóticos, con la malvada precaución de agotar de antemano el cántaro del agua. Ardiendo en llama impura e infernal, aplica el oído a la cerradura del aposentillo: detiene el aliento, nada oye, tiembla de miedo y esperanza, introduce la llave, abre con el menor estruendo posible, entra y a favor de una linterna sorda reconoce el lecho de su víctima; retrocede atónito, registra con los ojos el reducido espacio del aposento. ¡Oh prodigio! Lucrecia había desaparecido.

Capítulo VII

Permanecía entretanto en las tinieblas de la cárcel de Mantua el joven y desgraciado Antonio, y abatido con el peso del infortunio se rindió, como dijimos, al poder de un letargo inquieto, interrumpiéndose el curso a sus padecimientos durante algunas horas. Al fin de ellas despertó algún tanto fortalecido, aunque le costó gran trabajo persuadirse de la realidad de los sucesos del día anterior. Reflexionaba atento si acaso las ilusiones de un sueño no habían afectado su fantasía, pero la memoria de Angélica se renovó con mayor viveza en su mente y ésta le reprodujo con tanto orden y claridad los acaecimientos y sus circunstancias que se convenció a no poder dudarlo haber sido demasiado ciertos, y figurado él mismo de un modo terrible en tan trágica escena.

El recuerdo de Claudio, de cuya compañía estaba privado, acabó de disipar sus dudas y le conmovió hasta verter lágrimas, conociendo finalmente ser su habitación un calabozo de Mantua y su lecho el duro suelo. Al hacer esta reflexión, sus sentidos acabaron de despejarse y la ninguna incomodidad de sus miembros le maravilló en extremo, pues su delicado temperamento era extraño no se resintiese de la impresión del duro suelo donde se había tendido para reposar. Pero su pasmo fue indecible al conocer y sentir que descansaba en un mullido y blando lecho, cubierto de finísimas sábanas, según pudo conjeturar por el tacto, pues la profunda lobreguez del calabozo le impedía distinguir las particularidades de tan rara metamorfosis. Diose a creer por entonces que el carcelero, habiéndose mostrado tan humano y compasivo al principio, trataba de continuar sus bondades de un modo tan fino y delicado a fin de evitarle la humillación de reconocerse deudor a sus favores. Con esta idea aguardaba con impaciencia entrase a llevarle según costumbre la comida, mas pasaron dos horas sin dejarse ver persona alguna. Ignoraba también si la lobreguez era efecto de las tinieblas de la noche o de no tener ventana alguna el aposento o cárcel, pues aunque no lo sabía se inclinaba a creer que no era el mismo lugar donde se había quedado dormido.

Reinaba en torno el silencio más profundo, no le interrumpía el más tenue rumor, y la inmovilidad en que yacía la naturaleza le admiraba en aquel paraje agitado de continuo por los gritos de las víctimas y sus carceleros. Aguardó aún dos horas más, pero fue inútil su paciencia: nadie parecía. Cuidadoso y pensativo, levantose y recorrió a tientas la pieza donde estaba, pero siendo cuadrada como la cárcel donde fue encerrado no advertía diferencia capaz de persuadirle no ser el mismo sitio en que anocheció.

Dio finalmente con la puerta y, empujándola con fuerza, quiso llamar a algún dependiente de la cárcel para informarse de las novedades, mas sólo contestó al movimiento de la puerta un eco sordo y prolongado. Dio un grito y nadie respondió a su voz; llamó a Claudio, pero fue igualmente sin fruto su llamada. ¿Cuál, pues, era la causa de aquel silencio? ¿Lo habrían por ventura abandonado, condenándole a perecer de hambre? Mas si esto era cierto ¿cómo el mismo tirano que le asesinaba, al mismo tiempo trataba de dulcificar su suerte como lo veía en la novedad del lecho donde despertó? Confundíanle tales pensamientos y no sabía resolverse; finalmente el instinto de la propia conservación le inspiró valor para buscar en medio de las tinieblas el camino de recobrar su libertad arrebatada injustamente. Mas ¿cómo violentar la fuerte y sólida cerradura de

la puerta, privado de instrumentos al efecto y falto de un todo en aquel desnudo recinto?

La necesidad, maestra de la industria, le sugirió la idea de valerse de los hierros de la cama, sostenida sobre muelles de acero; introduciendo su extremidad por las chapas de la cerradura y golpeando con una tabla, no desconfiaba de hacer saltar algún clavo y lograr abrirla por este medio. Ya se disponía a ejecutarlo cuando le sobresaltó un movimiento propio sólo de su generosidad y nobleza.

—¿Que será de mí —decía—, si llegan a sorprenderme en esta ocupación? ¿Cómo se agravarán las sospechas y se acrecentarán los motivos de acriminarme? ¿Por qué en ciudad tan populosa como Mantua es de creer permanezca la cárcel sin habitantes o abandonada tanto tiempo? ¿Puede muy bien ser acaso un lazo dispuesto para sorprenderme si alguno está empeñado en hallarme criminal? No, no: la inocencia siempre triunfa y la providencia jamás abandona al justo.

Con esto se tranquilizó y confortó esperando con generoso pecho el término de sus trabajos.

Comenzaba a fatigarle el hambre, mas no hallaba modo de satisfacer su necesidad y este pensamiento le inquietó bastante, pero se resignó en su destino, no pudiendo persuadirse haberle olvidado todo el mundo. Volvió a recostarse en la cama para entregarse con más libertad a sus pensamientos. No le dejó seguir su intención la novedad más extraña. En el momento de recostarse en el lecho comunicó el peso del cuerpo un movimiento de oscilación a sus muelles y la parte de la cabecera hirió en la pared, produciendo un eco sordo como si diese contra alguna puerta o ventana. Cuando a tientas recorrió la habitación, no había tocado el espacio que ocupaba la cama, colocada en un rincón; así fue grande su admiración cuando tentando por aquel lado conoció ser una puerta asegurada con un simple cerrojo, y éste puesto hacia la parte de fuera. Aturdióle circunstancia tan poco ordinaria en las cárceles y lo que no pudo con él el natural deseo de la libertad acabó el instinto de curiosidad, y fue resolverse a abrir la puerta y examinar sus comunicaciones. Apartó la cama con poco trabajo y comenzó a forcejear en el cerrojo, gastando media hora en esta maniobra; mas no produciendo efecto sus fatigas, se valió de los hierros según antes había imaginado, y al cabo de nuevos e inauditos esfuerzos salta con violencia la chapa y queda habilitado el cerrojo. Descórrelo sin detención y una puerta se abre.

En aquel momento, o fuese efecto de su acalorada fantasía o realidad, le pareció distinguir a lo lejos un momentáneo resplandor; mas creyó haberse engañado, pues desapareció del todo sin volver a dejarse ver. Grandes dificultades se oponían a la empresa de Antonio y la prudencia calificara de temeridad su arrojo bien pesadas las circunstancias. Ignoraba desde luego las sendas y camino que debía seguir, viéndose precisado a penetrar en un sitio desconocido y oscuro donde era fácil o extraviarse o quedar expuesto a algún nuevo riesgo. El húmedo y frío vapor que sintió al abrir la puerta no le dejó duda de que sería aquélla la entrada a los calabozos subterráneos de la cárcel y, siendo cierta su presunción, poca esperanza le quedaba de utilidad en su viaje y excursión; mas la curiosidad enardecida por el valor y serenidad hicieron enmudecer los tardíos consejos de la prudencia y miedo, y guiado sólo de su intrepidez verdaderamente heroica, pues le conducía a lidiar con los peligros sin arma alguna, se decide por fin y pasa la temerosa puerta.

Érale indispensable adelantar con cautela, supliendo las manos el oficio de los ojos para reconocer el terreno por donde caminaba; así advirtió a pocos pasos que éste declinaba algún tanto, y por fin faltándole la tierra conoció ser escalera. Extendió el pie con mucho

cuidado y, en efecto, era un escalón poco elevado, principio de otros cuyo número ignoraba, aunque el retumbo producido en el hondo por sus pisadas le daba motivo de creer serían muchos. También llegó a advertir que la escalera estaba abovedada, siendo argumento lo sonoro del eco, y en vista de ello se confirmó en la opinión de ser aquella la bajada a los calabozos de la cárcel de Mantua. Ocurrióle la obvia reflexión de cómo era posible haberle colocado en un aposento, tránsito indispensable a otras cárceles, mas se persuadió a que o tenían escalera de comunicación por otra parte o a la sazón no existía en ellas preso alguno. No impedían estas reflexiones la prosecución de su marcha y, al cabo de un tramo continuado de cuarenta escalones, se halló en terreno firme y pulido semejante a un pavimento de mármol. Sintió producir las pisadas eco menos dilatado, y ayudándose de las manos reconoció estaba al principio de un corredor angosto cuyas paredes de piedras sillares indicaban ser obra magnífica, aunque no concebía cómo los subterráneos de una cárcel contuviesen piedras labradas con primor y pavimentos de mármol.

La curiosidad había extinguido en el valeroso Antonio hasta aquel recelo y temor natural en quien se halla en lugar tenebroso y desconocido. Seguía a tientas la dirección del corredor, sin tropezar con obstáculo alguno, hasta que impidió de repente su marcha una pared sólida, cerrando absolutamente el paso. Mortificole este contratiempo, pues le privaba de satisfacer su viva curiosidad; no obstante, volviendo a reconocer tanto la pared de frente como las dos colaterales del corredor, notó con agradable sorpresa haber en el muro izquierdo una puerta pequeña, particularidad no advertida al principio pues caminaba arrimado a la pared del lado derecho.

No vaciló en penetrar más adentro fuese cual fuese el riesgo: arrímase contra la puerta y la halla sólo entreabierta. Hieren entonces su vista otra vez el misterioso resplandor aparecido en lo alto de la escalera y atribuido por él a acaloramiento de fantasía. Ya no duda: aquel resplandor cuya causa ignora ilumina débilmente una reducida pieza pavimentada de jaspe negro y, según pudo distinguir al reflejo de la moribunda luz, se elevaba en la pared opuesta a la puertecilla un altar y sobre él un crucifijo colosal.

—¡Cielos! —dijo entre sí Antonio—. ¿Qué triste lugar es éste? ¿Dónde estoy? Aquí sin duda son conducidas a recibir los últimos auxilios de la religión las víctimas condenadas a morir ocultamente, aquí han resonado los horribles gemidos de la agonía, aquí yacen sepultados los horribles secretos de la maldad.

Pronunció distintamente las últimas palabras y un estremecimiento responde a su exclamación. Siente moverse una puerta como agitada del viento a poca distancia, síguese un grito espantoso y el resplandor desaparece.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué mansión es ésta! ¿Quiénes sus habitantes? Nadie aparece, nadie se deja oír y sólo me veo rodeado de misterios.

Probó a retroceder; mas no bien anduvo tres pasos cuando suspendió su retirada un resto de rubor y enojo contra sí mismo al ver titubear su valor y flaquear su intrepidez. ¿Para huir al estruendo más pequeño y ceder a la primera dificultad había violentado la puerta de su prisión y caminado al través de las más densas tinieblas por parajes desconocidos? ¿Y cuando por ventura tocaba el término de sus indagaciones, y el punto de satisfacer su curiosidad, le hacía retroceder un miedo pueril e infundado? Porque, en verdad, ¿un grito en un subterráneo era suficiente para dar al traste con el denuedo de un corazón valeroso? Reanimado con tales reflexiones dirige sus pasos hacia donde acababa de brillar la luz y dio con otra puerta, mas por fortuna no estaba cerrada.

Pasada ésta conoció haber entrado en pieza de mayor extensión, pues sus pasos eran

repetidos por el eco durante algún tiempo, cuando en el corredor y capilla carecía totalmente de él. Prosiguió, según antes había practicado, examinando las paredes con el tacto, y este examen le llenó de un horror involuntario al conocer dónde se hallaba. Era un magnífico panteón circular, lleno de sepulcros y sarcófagos colocados en un orden de nichos a poca distancia del suelo. El movimiento de horror fue momentáneo en el valiente Antonio: volvió sobre sí prontamente y quiso empeñarse en averiguar el origen del misterioso resplandor.

Mas entre los motivos de admiración, el mayor de todos le producía aquella circunstancia maravillosa de hallar tal magnificencia en los subterráneos de una cárcel. El testimonio de sus propias manos le convencía de la preciosidad de los materiales que formaban los sepulcros y lo exquisito de sus labores, y se perdía su imaginación en mil conjeturas y discursos a cual más distante de la verdad. Mas ya le faltaba poco para acabar de recorrer a tientas el círculo y se ve precisado a parar de repente. ¿Qué es esto? Oye pisadas fuertes como de quien se acerca sin precaución y luego hiere sus ojos un lejano brillo aumentado gradualmente. No sabe a qué partido aplicarse: si permanece, es perdido sin recurso, pues carece de armas; si retrocede, se deja sentir y de todos modos se verifica su perdición. La desesperación le animó y, resuelto a vender cara su vida, se colocó junto a un sepulcro al lado de la puerta por donde se aproximaba la luz y aguardó con zozobra el resultado.

No le ocurrió podía ser el carcelero reconociendo según costumbre las cárceles a distintas horas de la noche y velando en la seguridad de los presos; mas funestos pensamientos ocupaban su mente, y nada de apacible y tranquilo le prometía aquel nocturno resplandor y el misterioso habitante de aquella mansión sepulcral. Representábasele un asesino corriendo a verter la sangre a favor de la noche, al infame adúltero volando a consumir el crimen al abrigo de la oscuridad; al... mas no pudo proseguir en sus fúnebres pensamientos. ¡Oh, prodigio! ¡Oh, noche de horror!

Con un puñal ensangrentado en la diestra y una moribunda linterna en la izquierda, el rostro pálido y desfigurado, la boca abierta, los ojos errantes y desencajados, el aire feroz, los cabellos erizados, sale un hombre por la puerta colocada frente a la capilla del subterráneo. Tan horroroso espectáculo heló de pavor al desgraciado Antonio, representándole uno de los dañados del Tártaro, condenados a andar errantes por el lugar donde cometieron el crimen. El ser misterioso atraviesa el panteón murmurando voces ininteligibles con acento ronco y entra en la capilla. Allí permanece en silencio algunos instantes y pasados vuelve a salir. Viole Antonio acercar la fúnebre linterna a cada uno de los sepulcros progresivamente y, después de haberlos reconocido, hacer un gesto de alegría insensata y dar estrepitosas carcajadas.

Antonio creía soñar, mas un momento de reflexión le convencía de la terrible realidad de aquella espantosa escena. La sangre hervía en sus venas, hallábase imposibilitado de moverse y la más cruel agonía pesaba sobre su corazón sin dejarle respirar. Un hondo suspiro le desahogó finalmente, pero esto llamó la atención del desconocido quien dejó de examinar los sepulcros para volverse al que le interrumpía en sus misterios nocturnos. Antonio subsistía inmóvil arrimado al sepulcro inmediato a la puerta cuando el desconocido fijó en él sus centelleantes ojos por algunos momentos, mas no manifestó extrañeza y, con la mayor indiferencia, volvió a su ocupación de examinar las tumbas, pronunciando entre dientes algunas palabras de las que sólo pudo comprender algunas aisladas, como *lago*, *tempestad*, *Gaudencio*. De repente, como si despertase de un sueño, el desconocido exhala un suspiro y, volviendo los ojos a mirar a Antonio, se

estremece; un sudor frío cubre su rostro cadavérico y desfigurado, un temblor universal se apodera de sus miembros y con acento trémulo, pero terrible y amenazador:

—¿Quién eres? —le pregunta; y sin dejarle tiempo de contestar le añadió—: El infierno te pone en mis manos, yo le doy gracias. Sólo esto faltaba para mi felicidad, y voy a tocar el anhelado momento. ¿Me conoces? Mírame bien; mira esta mano, conócela, pues ella te dará el premio reservado por mi ternura —paró un momento, y prosiguió—: Uno, dos, tres... ¿aún más? No hay remedio... uno, dos, tres y... soy feliz.

—¿Dónde estoy? —exclamó Antonio, experimentando una súbita revolución al oír estas palabras.

—Estás en el panteón de Scianella. Llegó tu hora. ¿Ves este puñal?, ¿ves estas manchas de sangre? Pues ellas quedarán bien pronto cubiertas con la tuya. Tu hermano te precipita en la tumba. Eugenio, prepárate para morir.

Queden a la reflexión del lector los efectos de este horroroso descubrimiento. ¡Antonio cerrado en la cárcel de Mantua; Antonio criado de un extranjero, este mismo Antonio es el desterrado Eugenio y se halla en el panteón de Scianella! ¿Cómo o por dónde o cuándo ha sido trasladado a aquel lugar? ¿Era acaso algún ser de distinta naturaleza, pues tenía al parecer la virtud de transportarse sin conocerlo de un sitio a otro?

Al pasmo del reconocimiento de su maravillosa y sobrenatural traslación, se acrecentó el horror de la situación presente. ¡Cielos! ¡Su hermano en el panteón, vagando como espectro por el país de las sombras, armado de un puñal ensangrentado en medio de sepulcros, en la morada de la muerte, a punto de sepultar el hierro fraticida en su corazón! ¡Qué espantoso momento! Mas no hay recurso, toda esperanza es vana: el desventurado Eugenio hállase desarmado a merced del asesino, éste levanta el brazo, ya el puñal despide un siniestro brillo en la parte del acero no manchada, Eugenio ve entre las indecibles angustias de la agonía aproximarse la muerte armada de cuanto más terrible tiene y horroroso, ¡íbala a recibir de un hermano...! ¡Infeliz joven! ¿Quién será poderoso a librarte en tan apurado trance? ¿Quién te salvará?

El cielo protector ilumina su mente y la serena por un instante. Acuérdate de las palabras fatídicas de la Sífida y no duda ya ser Ambrosio, ser su hermano el enemigo encarnizado y sediento de su sangre. Va a evitarle un crimen, y con voz alterada, en el momento de alzar Ambrosio la mano sacrílega para asesinarle, grita:

—Acuérdate de la Urna sangrienta.

No es tan rápido el efecto de la exhalación despedida del seno de la nube, como el de estas misteriosas palabras en el asesino. Como detenido por alguna mano invisible y herido de poder sobrenatural, deja caer la fúnebre linterna y el puñal y echa a huir precipitadamente por la puerta donde entró, dando alaridos pavorosos, semejantes a los que despiden los atormentados y que, retumbando por aquellas bóvedas subterráneas, multiplicábanse al infinito y producían un eco prolongado; hasta que en disminución gradual manifestó haberse alejado el matador.

¡Qué situación la de Eugenio! Testigo del horroroso espectáculo y casi a pique de ser víctima y figurar en él, tenía embargado el horror y como petrificado. El inesperado descubrimiento hábale hallado desprevenido y en consecuencia hecho más profunda y dolorosa impresión en su ánimo. ¡Un hermano su asesino! ¡Un hermano su verdugo! ¡Cielos! Apenas tiene tiempo [14](#) a recoger la linterna abandonada en el suelo para salir de aquel lugar de delitos y de muerte. Otro nuevo objeto se ofrece a sus ojos y le deja yerto. A la luz medio apagada mira la tumba contra la cual se había recostado. Era una urna sepulcral de mármol blanco con su inscripción en caracteres de oro, pero esta urna se

veía en varias partes manchada de sangre y aún se percibía haber corrido hasta el suelo. Ofrécese al momento a Eugenio la idea de ser aquélla la temerosa alusión de las palabras de la Sífida, parece que un velo se rasga ante sus ojos y va a descubrir un arcano de iniquidad. Se agolpan a su corazón mil funestos pensamientos, le enajenan, siente flaquear su cuerpo, deja el farol de las manos, obscurécese la luz de sus ojos y cae desmayado.

Cuando volvió en sí se halló tendido en un lecho mullido, y al abrir los ojos le deslumbra un sinnúmero de luces encendidas en una suntuosa pieza adornada con el mayor primor y magnificencia. La metamorfosis tan admirable le sumergió nuevamente en un estado de estupor, pero felizmente no duró mucho y volvió en pocos momentos a la vida y a la admiración. Sus primeras percepciones fueron débiles e inconexas. Preocupada su mente con la horrorosa escena del panteón, apenas daba crédito a sus ojos y la oposición del presente espectáculo le enajenaba, hasta que finalmente se convenció hallarse en su misma habitación del palacio de Scianella. Comenzó a pasear lentamente la vista por todos los objetos presentes como si tratase de asegurarse de la realidad de su existencia y este examen le tranquilizó. Su corazón oprimido hasta entonces se desahogó con un suspiro, pero este suspiro ocasionó otro nuevo prodigio. Ve repentinamente levantarse de un sofá a un hombre, en quien hasta allí no había reparado, y correr a abrazarle llorando de alegría con la voz interrumpida de sollozos:

—¡Cielos! ¡Qué casa de encantos es ésta! Amo mío, mi querido señor, ¡por fin os vuelvo a encontrar! —exclamó Claudio Verville precipitándose sobre el lecho de Eugenio.

—¡Claudio! ¿Será posible? ¿Tú en este lugar? Explicame estos prodigios, yo desfallezco.

La sorpresa, la admiración y alegría los mantuvieron como enajenados algunos instantes; por fin Claudio rompió el silencio para preguntar a su amo (pues habrá ya conocido el lector que Eugenio por razones poderosas hacía el papel de criado y Claudio el de señor), rompió, digo, el silencio, para preguntarle el camino por donde había alcanzado su libertad y cómo estaba en aquel palacio desierto sin tener quien le sirviese.

—¿Luego esta casa está inhabitada? —repitió Eugenio sorprendido acordándose de la escena nocturna.

—Absolutamente inhabitada y yo estoy pasmado de veros con tanta quietud durmiendo a pierna suelta como si estuviéseis rodeado de vuestros fieles servidores.

Este recuerdo hizo estremecer a Eugenio, reflexionando cuán diferente era la suerte de la que le anunciaba su criado.

—¿Mi libertad? —dijo—. ¿Pues acaso estoy libre?

—¿Quién os aprisiona, señor?

—¿Quién? ¿Pues acaso no estamos aún en la cárcel de Mantua?

Era efectivamente tal la incredulidad de Eugenio que, a pesar del lance terrible del panteón, no podía persuadirse de la verdad de su existencia en su palacio de Scianella; no obstante la vista de su propio aposento fuera poderosa a disipar sus dudas, si fuese aquél el único prodigio de su vida, pero se veía por decirlo así metido en una región misteriosa y no sabía distinguir los lances y sucesos naturales de los portentos y maravillas.

Claudio extrañó la pregunta de su amo y creyó al pronto se chanceaba; mas advirtiendo su seriedad, le contestó admirado:

—Me dejáis atónito, señor. ¿Cómo podéis ignorar os halláis en vuestra propia casa y habitación?

—¿Luego no ha sido sueño cuanto he visto? —exclamó Eugenio con el acento del terror.

—¿Qué habéis visto pues?

—Nada, Claudio, nada. Déjame y no me molestes con preguntas. Mas dime, ¿cómo te hallo en este lugar, cuando me creía separado de ti para siempre?

—Aunque no puedo comprender tantas maravillas como han sucedido en estos pocos días y supongo serán admirables vuestros sucesos desde nuestra separación, condescendiendo no obstante con vuestro deseo y obedeciendo vuestras órdenes, voy a referiros cuanto acaeció desde el momento de abandonaros el carcelero en la prisión y conducirme a la destinada para mí. Juzgándoos ya informado de la libertad y desaparición de Angélica, no...

—¡Cómo! —exclamó Eugenio con viveza interrumpiéndole—. ¿Angélica libre?

—¿Luego ignoráis tan feliz suceso?

—¡Gran Dios! ¡Adoro vuestra providencia y bendigo eternamente vuestra bondad! ¡Angélica libre! ¡Qué aguda espina has sacado de mi corazón! Mas dime: ¿cómo fue posible arrancarla de las garras de la muerte estando ya al pie del patíbulo?

Contó entonces Claudio a su señor cuanto llevamos ya referido de las circunstancias y motivos de la libertad de Angélica, según le informó el carcelero; pero al llegar al punto de hacer la descripción de la generosa mujer hallada en la prisión de Angélica, cubierta con vestido semejante al de la infeliz joven, no pudo Eugenio menos de verter algunas lágrimas de ternura y reconocimiento a la heroica acción de la desconocida.

—Prosigue —dijo cuando se hubo tranquilizado algún tanto—, ¿cuál fue el paradero de esta generosa mujer? ¿Acaso la justicia vengó en su noble sangre el heroísmo y la libertad de la inocencia?

—Oíd —continuó Claudio— y quedaréis tan pasmado como yo quedé después cuando lo supe. Persuadidos los jueces de ser yo verdaderamente el amo y el único a quien Angélica dirigió la exclamación, me citaron ante el tribunal para obligarme a confesar la complicidad en el asesinato de Camilo Salviati o cuando menos conexión con la delincuente. Ignoro cuáles sean sus noticias en este punto o el fundamento de sus sospechas. Lo cierto es que al pronunciar yo mi nombre y el país de mi nacimiento manifestaron sorpresa y admiración, y según vi me confundían con otra persona y ésta erais vos. No extrañé tanto esta circunstancia como el hallarse instruidos de sucesos acaecidos a vos, según parece desde nuestra separación en Venecia. Habláronme del palacio de Scianella, del lago de Garda, de un hombre desconocido que me amenazó en el camino antes de llegar a Mantua; últimamente me intimaron confesase de plano ser el hijo segundo del marqués de Scianella y cómplice en la atrocidad cometida contra Salviati. Podéis figuraros el ningún trabajo que me costó responder satisfactoriamente a estas demandas sin faltar a la verdad. Mi imprudencia estuvo a pique de precipitarme por la malignidad del juez, pues al decir yo que mi nombre verdadero era Claudio Verville preguntó con maravillosa prontitud por el fingido. Halleme cortado un momento porque confesar no lo tenía era faltar a la verdad; declararlo os comprometía, y así tomé el partido de recusar la acción y procedimiento del tribunal, como incompetente para juzgarme. Esta resistencia los confirmó al parecer en sus sospechas, cuyo origen hasta ahora no he podido aclarar y, suponiendo que el careo decidiría de la fuerza o nulidad de las presunciones, llamaron a un dependiente del tribunal, según supe después, para conducir a Angélica y convencerme. Esperaba con tranquilidad el resultado, cuando la respuesta del dependiente y la fermentación producida por ella junto con algunas voces que oí, me impusieron en la verdad de la fuga de Angélica.

Claudio siguió refiriendo lo acaecido hasta el fin del interrogatorio y su vuelta a la cárcel; acabada esta relación, continuó:

—Hallábame aunque sin recelo suspenso y cuidadoso del éxito de mi causa; pero vuestra memoria me afligía sobremanera, pues me ocurría la triste reflexión de lo que tendríais que sufrir si pasaban a renovar con vos el interrogatorio, suponiendo no os dejaría vuestra franqueza y veracidad buscar efugios para disimular quién erais, y realizada la identidad de vuestra persona, quedabais expuesto a las funestas consecuencias del celo del tribunal, en quien tengo por cierto no fueron solas las palabras de Angélica las que movieron la sospecha, pues las preguntas indicaban estar muy impuestos en vuestros sucesos. Mas decidme: ¿es cierto cuanto me preguntaron relativo a vos y sobre la tempestad que os obligó a acogeros a este palacio?

—En nada se equivocaron y esto me pasma, pues haber quien me siguiese los pasos en una noche tempestuosa y en paraje donde creí no ser conocido tiene mucho de misterioso y algo de terrible. Mas sigue, pues estoy impaciente por saber el fin de tus sucesos y el de la generosa desconocida.

—Pasadas algunas horas después del interrogatorio, oí abrir la puerta de mi encierro y entrar el carcelero con semblante risueño. «Estáis libre», me dijo, «y podéis retiraros cuando gustéis». «¿Y mi amo?», dije al momento sin reflexionar mi indiscreción. «¡Vuestro amo!», exclamó el carcelero lleno de admiración. Entonces conocí mi imprudencia, mas traté de remediarla. Avínome bien el estar sentado con la cabeza apoyada sobre la mano en actitud pensativa cuando entró el ministro y muy semejante a la de un hombre dormido. «Mi amo», repetí con fuerza; mas haciendo al mismo tiempo como quien despierta de un profundo sueño, le miré fijamente y como admirado le pregunté: «¿Qué me queréis?». Él debió persuadirse sin duda estar yo soñando, y me repitió el feliz anuncio de mi libertad. Dile gracias por su buen tratamiento y le pregunté si sabía el autor de esta mudanza de mi suerte. «Lo ignoro», me respondió, «mas supongo ha contribuido mucho a ello la señora desconocida encontrada en la cárcel de Angélica». «¿Pues qué relación tiene conmigo esa señora?», repliqué. «Si vos no lo sabéis», me respondió, «yo aún lo sé menos; sólo os puedo decir que ella ya no está en la cárcel ni aun en la ciudad». «¡Cómo!», exclamé, «¿no está en la ciudad?». «Ya marchó no se sabe adónde, mas ved el modo.»

»En vista de la ausencia de Angélica vino el juez a la cárcel acompañado de algunos asesores para examinar la persona desconocida que la sustituyó. Entraron en ella y comenzaron a preguntarle, mas dijo con entereza que antes de responder pedía tener con el juez una breve conferencia. Se le concedió sin dificultad y, retirados todos, permaneció el juez hablando con ella algunos minutos, de lo cual resultó salir inmediatamente afuera, convocar a cuantos se hallaban allí, introducirlos en la cárcel y declarar públicamente que aquella señora estaba inocente y libre, pedirle perdón de haberla molestado y ofrecerse con el mayor respeto a servirla en cuanto se le ofreciese. Todos a porfía repitieron e hicieron eco a las palabras del juez, y la desconocida, agradeciendo sus atenciones con noble afabilidad, les pidió se dispensasen de la molestia de acompañarla. Nadie se atrevió a contradecirle e inmediatamente salió de la cárcel sin que se haya sabido su paradero.

»Esto me refirió el carcelero a quien pregunté por vos, mas no supo darme razón pues desde la noche anterior dijo habíais quedado encargado a la custodia de otro. Salí, pues, de la cárcel al amanecer, y no sabiendo adónde encaminarme, paseaba sin objeto las calles de Mantua cuando llegándose a mí una persona desconocida me preguntó si era Claudio Verville. Respondile que sí y entonces, poniéndome en las manos un papel, desapareció al momento. Abrile sin detención y su tenor era el siguiente:

Marchad al palacio de Scianella: allí encontraréis a vuestro amo; no os detengáis.

»Considerad, señor, mi admiración con esta novedad. Yo jamás, como sabéis, había estado en esta casa ni visto el lago de Garda; así ignoraba el camino, pero este inconveniente tan fácil de remediar no era el que más me detenía. La falta absoluta de recursos para mantenerme en una ciudad donde carecía de relaciones me afligió sobremanera; pero vencido cualquier inconveniente, resolví obedecer y venir a pie pidiendo limosna si fuese necesario. A este efecto salí de Mantua y a poco rato di con un hombre ordinario a quien pregunté el camino del lago de Garda. «O mein herr...», me contestó, y no pude comprender más. «No digo eso, señor», le contesté, «sino que soy forastero y no sé el camino del lago». Volvió a hablar, pero no le entendí y le dije por segunda vez: «Señor, ¿es que no entendéis el francés?». Nada pude sacarle. Viendo inútiles mis preguntas, me aparté de él haciéndole una inclinación de cabeza, pero según pareció quedó descontento de mi separación, pues me dijo en tono irritado algunas palabras en su lengua.

»En esto encontré un aldeano a quien hice la pregunta, a la cual contestó: «No tenéis sino seguir la margen del río y ella os conducirá en pocas horas al lago». Apresuré el camino en vista de ello y efectivamente descubrí una población llamada Peschiera, según supe. Entré en ella y no quise detenerme sino el tiempo necesario para recoger alguna limosna con que comprar pan e informarme del palacio de Scianella. El primero a quien pregunté por él me dijo admirado: «¡Cómo! ¿Tenéis atrevimiento de meteros en aquella casa habitada de diablos? Os aconsejo no os expongáis a un trabajo, pues de algunos días a esta parte está llena de duendes y vampiros». «No es gente temible», respondí yo, «si se les sabe manejar y yo tengo conjuros eficaces para ello». «Pues si así es, Dios os encamine», prosiguió el hombre, «y no tenéis que hacer sino alquilar una barca para atravesar el lago, hasta la punta de San Firmo y desde la playa descubriréis en un momento aquella casa maldita».

»Con esta noticia busqué en el puerto algún barco de pescador y no me fue difícil hallarlo; concertámonos por medio cequín¹⁵ y se obligó a ponerme en tierra, en frente de la isla de los Menores. De este modo llegué con felicidad a esta casa, ignorando si estaba inhabitada; encontré cerrada la puerta y llamando repetidas veces finalmente se abrió; mas, entrado en el patio, no vi persona alguna; sólo oí una voz decir estas palabras como si resonasen en lo alto de la escalera: «Sube, no temas». Esta novedad me trajo a la memoria la prevención del hombre de Peschiera y me persuadí a que realmente era este palacio habitación de duendes; pero resuelto a no acobardarme, trepé por la escalera y me hallé en la antesala. Allí me detuve recelando pasar adelante hasta que una voz delicada me dijo al oído: «Pasa adelante y en la cuarta pieza de la izquierda hallarás a tu amo, mas no le despiertes». Di un salto hacia atrás asustado, no de la voz, sino de la proximidad con que sonó junto a mi oído, pues no concebí cómo sin dejarse ver podía acercarse tanto; mas recobreme luego y seguí las órdenes del duende.

»En efecto, llegué a esta pieza y quedé admirado al veros tendido en esa cama y durmiendo tranquilamente. Considerad lo que pasaría por mí cuando os suponía en el calabozo de Mantua. Respetando la voluntad del duende, me recosté sobre ese sofá aguardando el término de vuestro sueño, y finalmente tengo el gusto y satisfacción de verme otra vez en compañía de mi querido señor.

Así habló Claudio, agradeciéndole Eugenio su celo y fidelidad con las más sinceras y tiernas expresiones, y ya se disponía a contarle los sucesos maravillosos de aquellos días

y el desconocido modo de su misteriosa traslación cuando un estremecimiento general en la sala se hizo sentir, acompañado de suavísimo olor, indicio de la presencia del ser aéreo, protector de Eugenio.

–¡La Sílfida! ¡La Sílfida! –gritó éste lleno de alegría.

No pudo concluir. Suena un triste «ay» y la voz pronuncia sus oráculos.

–Eugenio, no te detengas; el peligro es inminente; hasta aquí mi protección te ha salvado de hoy, mas... huye.

–¡El duende! –grita Claudio—. ¡El duende...! –y la Sílfida se alejó dando tres ayes repetidos en diversas distancias.

–Claudio, es preciso alejarnos de este sitio y obedecer a la Sílfida –decía Eugenio a su criado vistiéndose a toda prisa. Bajan al patio, hallan dos caballos ensillados, montan sin detención y en poco rato pierden de vista el prodigioso palacio de Scianella.

Capítulo VIII

Seguían los viajeros la margen del lago a encontrar el camino real de Padua, Eugenio abandonado a tristes pensamientos y Claudio aún no vuelto en sí del pasmo ocasionado por los prodigios del palacio desierto. Debían pasar por una garganta formada de dos montañas antes de salir al espacioso y divertido camino que, por entre mil caseríos y villas suntuosas, sigue las amenas riberas del Brenta al pie de las fértiles colinas Eugáneas hasta las lagunas de Venecia. Era peligroso aquel paso y temía Eugenio tropezar con algún desalmado sabiendo cuán infestada es generalmente la Italia de bandidos, y aunque halló dos pistolas en el arzón del caballo, como también en el de Claudio, receló no fuesen bastantes si eran acometidos de número superior. Con tal cuidado se fueron internando en la garganta, mas a poca distancia vieron venir hacia ellos seis hombres a caballo de siniestra figura y en actitud hostil. No sabía Eugenio qué pensar de semejante encuentro, pues siendo ladrones, más natural era aguardarlos emboscados que acometerlos de frente. Por no manifestar temor, continuaron nuestros viajeros en derechura hacia ellos con las pistolas amartilladas, y llegaron a emparejar sin hacer ademán de una u otra parte capaz de aclarar sus intenciones, cuando los seis desconocidos, armados según se vio de carabinas y puñales, fijando los ojos en Eugenio, gritaron a una voz llenos de contento:

—¡Él es, él es!

E inclinándosele respetuosamente el que parecía principal entre ellos, le dijo:

—Señor, ¿y os pasáis sin conocernos? Hace algunas horas os andamos buscando para anunciaros que la rapaza cayó por fin en nuestro poder... ¿Dónde habéis estado todo este tiempo dejando vuestro palacio? Venid pronto y gozad del triunfo debido a vuestros fieles servidores.

Más fácil es concebir que expresar el pasmo, admiración, horror y turbación de Eugenio. Conocía desde luego que le tomaban por otra persona, que eran perdonavidas pagados por un perverso para ayudarle en algún crimen; veía que al parecer había intervenido en raptó, según indicaban las palabras del capataz de aquellos facinerosos, y sin duda le buscaban para recibir la recompensa de su delito.

La compasión se despertó en su generoso pecho al representársele la tierna y hermosa víctima sacrificada a la brutalidad y lascivia de algún malvado; casi se avergonzaba de parecerse a él, y su nobleza le sugirió la idea de que el cielo le buscaba para instrumento de la libertad de la desconocida prisionera. Inflamado su corazón con tan heroico pensamiento, trató de adherir a la engañada persuasión de los infames ministros del delito sin advertir el peligro inminentísimo que corría descubrirse su inocente y laudable superchería, si por desgracia llegaba el verdadero autor de la maldad antes de poder completar su intención de libertar a la infeliz, y no dudando sería él mismo víctima del furor de los malvados. No le arredró este temor y se tuvo por feliz en ser el instrumento de una acción benéfica a costa de su vida. Así decidiose a seguir en cuanto le fuese posible, acompañado de su fiel Claudio, los impulsos de su compasivo corazón. Todas estas reflexiones, referidas aquí con extensión e individualidad, pasaron por su mente con la velocidad del rayo, y un instante le bastó para concebir y trazar su

proyecto, y así respondió al jefe de la tropa:

—No sabiendo el camino que llevabais, temí extraviarme, mas por fortuna os he hallado; así volvámonos, pues deseo cuanto antes daros pruebas de mi agradecimiento por vuestros servicios.

—¡Oh, señor! —contestó el capataz—. Scoroncóncolo sabe muy bien hacer su oficio y hasta ahora nadie ha quedado descontento de mi celo. He sido el terror del Apenino y he venido a serlo también de los Alpes. Confieso que me costó trabajo porque la rapaza se defendía con furor, y os juro por la Virgen santa de Loreto no he visto cara más peregrina; mas al fin cedió como una cordera y ha condescendido en seguirnos.

—Andad, pues, y no perdamos tiempo —dijo Eugenio picando espuelas al caballo y volviendo a deshacer el camino.

Obedecieron todos sin dilación y uno de los forajidos, mirando con atención a Claudio, se le acercó, le gritó en tono amistoso y familiar:

—*Oh mein herr! Wo gehet ihr inn?* [¡Oh, señor mío! ¿Adónde vais?]

Claudio quedó atónito al reconocer al extranjero a quien a la salida de Mantua preguntó por el lago de Garda.

—Si no me habláis más claro, me quedo en ayunas.

—*Grosses thier, bersteht ihr nicht was ich euch sage?* [Gran bestia, ¿no entiendes lo que te digo?]

—Calla, Gotfried —dijo Scoroncóncolo—, y sigue tu camino. ¿De dónde conocéis a este bribón? —añadió vuelto a Claudio.

Éste le contó el lance ocurrido fuera de Mantua cuando buscaba el camino del lago de Garda para reunirse con su amo.

—Bravo —dijo el bandido—, según eso sois de los nuestros aunque parecéis forastero; todo el mundo es país. Decid, ¿sois español?

—No soy español, soy natural de Francia.

—¡Oh! Nuestros amigos los franceses son ahora verdaderos amigos, pues han tomado a pechos oscurecer nuestra honrada profesión. Me avergüenzo de nuestra poltronería. Francés hay que, según cuentan, ha despachado doscientos en un día en la guillotina. ¿No es así? Y nosotros, puedo asegurar a fe de hombre honrado, no hemos hasta ahora echado lance de provecho. Cuatro, seis, lo más doce han caído en un día. ¡Qué ignominia! ¡Un Scoroncóncolo! Siquiera valiera uno por muchos como sucedió con mi noble ascendiente el famoso Scoroncóncolo, que devanó en un minuto a todo un Alejandro de Médicis, gran duque de Toscana; pero yo... mas amigo, recuerdo dijisteis ahora poco ibais en busca de vuestro amo. ¿Dónde le habéis encontrado?

—¡Adelante, adelante! —gritó a la sazón Eugenio en tono de impaciencia y autoridad, temeroso de que las preguntas y respuestas ocasionasen alguna indiscreción.

—Pardiez, señor respetabilísimo, gastáis mal humor y no estáis acostumbrado; si teméis se escape la perdiz, podéis estar seguro, pues ha caído en buenas manos, y puedo deciros tenéis buen gusto porque muchacha más garrida no la hay en todo el estado veneciano. Gotfried, tú que cargaste con ella, ¿eh?

—*Als hein erlieher mann* [A fe de hombre de bien], no he visto cosa más graciosa.

Otro de la tropa, al oír esto, murmuró algunas palabras ininteligibles, pero Scoroncóncolo le dijo:

—¿Qué estás ahí murmurando, Carloto?

—Que Dios nos la depare buena y saquemos más provecho que de la última.

—¿Tan mal te fue?

—A aquella maldita estantigua, encargada de pagarme la fiesta del pisaverde, parece le saltaba un diente al darme cada cuatrín. ¡Vejestorio ruin! No me expusiera tanto si supiera la recompensa.

—No te quejes —dijo Scoroncóncolo—, pues no nos ha de salir todo a pedir de boca: se echa la red y unas veces cuaja y otras no cuaja. Ahora tienes un recompensador generoso y podrás sacar el vientre de mal año. Lo que importa es aguijar ese esqueleto, pues rezagas demasiado y aún está lejos la posada.

—Así lo haré —dijo Carloto—, y Madona delle Grazie sea con nosotros —y dando un espolazo al caballo, se adelantó a toda la comitiva.

Fácilmente se deja discurrir las reflexiones de Eugenio oyendo y presenciando tan infame diálogo. Mas era forzoso disimular y aun fingir aprobaba sus impíos dichos aunque su corazón se hallaba oprimido y casi se arrepentía de haberse empeñado tanto; no obstante, la esperanza de hacer un bien le alentaba a sufrir el indecible tormento de caminar entre gente tan perversa.

Después de dos horas de viaje, descubrieron a lo lejos una cordillera de montañas elevadísima, rama de los Alpes, que se extiende hacia el norte atravesando el territorio bresciano.

—Allá vamos a dormir —dijo Scoroncóncolo, señalando un pico que sobresalía—, y allí la tenéis —añadió volviéndose a Eugenio.

Éste le correspondió con una indicación de cabeza y continuaron su viaje. A poco rato llegaron a la entrada de una selva cuando el sol, oculto ya en el horizonte entre montañas azuladas, manifestaba su proximidad en el cielo inflamado y en los ligeros celajes penetrados todos de sus rayos de púrpura. El ambiente respiraba suave calor, infundiendo pensamientos dulces y melancólicos. El clima encantador de Italia desplegaba su magnífico y voluptuoso velo sobre el fértil y vicioso terreno de la antigua Cisalpina. Pero cesaba todo este bello espectáculo a la entrada del bosque. El aspecto salvaje y erizado, contrastando vivamente con el país que dejaban a las espaldas, representaba el umbral del reino de la tristeza, salir de los hermosos campos del placer.

Una sombra fría y húmeda cercaba a nuestros caminantes, que seguían una senda poco trillada al través de los espesos matorrales de la selva. Parecía imposible haber sido estampada huella humana en aquel sitio y creyó Eugenio sería algún atajo conocido sólo de los malhechores, prácticos en las sinuosidades y escondrijos al propósito para prometerles seguridad y quietud contra las pesquisas y vigilancia de la justicia. En esto vieron Eugenio y Claudio junto a la senda un pedazo de terreno recientemente movido, y aun algunas piedras manchadas de sangre.

—Recemos un Ave María —gritó Scoroncóncolo— por este pobre diablo a quien hemos despachado poco ha, y Madona de Loreto nos dé igual fortuna cada hora.

Todos descubrieron al momento sus cabezas y rezaron la oración, mientras el infeliz Eugenio y su criado horrorizados de impiedad tan inaudita apenas podían en sus corazones implorar la Divina misericordia por el alma del desgraciado, víctima de la atrocidad de los bandidos y cuya historia deseaban y temblaban de saber.

—A vos, señor mío —dijo el malvado Scoroncóncolo encarándose a Eugenio, acabada su oración—, debemos en parte la fortuna de antes; pues si luego os encontráramos, no diéramos con ese valiente ni nos sonarían en el bolsillo cuatro mil cequines. Voy a contaros el suceso y entretendremos de este modo el fastidio del camino.

No supo Eugenio negarse al horroroso convite, porque le estimulaba la curiosidad; pero conservando su aire de autoridad le contestó con laconismo:

–Habla.

–Atravesábamos –prosiguió el bandido– este bosque cansados de buscaros por estos alrededores y temiendo faltaseis a vuestra palabra; pero resueltos a haceros vomitar la propina, como era justo, aunque os metieseis en las catacumbas de Roma, pues habíamos por nuestra parte cumplido la promesa y puesto en vuestro poder la rapaza; atravesábamos, digo, este bosque cuando a poca distancia advertimos un ruido como de quien se escondía. Echamos mano a las armas, temerosos de alguna emboscada, y yo destaqué tres o cuatro a reconocer el terreno e informarnos de la novedad. A poco rato oí dos tiros hacia la izquierda y, creyendo nos habían sorprendido, acudí con prontitud y fui testigo del valor y ánimo más extraordinario. Dos de mis compañeros estaban heridos y fuera de combate y los demás empeñados inútilmente en luchar contra un rapaz de pocos años, quien desesperadamente se batía con espada en mano con mi tropa, defendido por las espaldas con el tronco de un árbol y manejando con suma destreza el arma blanca después de haber hecho uso de sus pistolas con provecho; pues hirió, como dije, a dos de los míos. Al pronto no advertí más que al muchacho, mas al acercarme reparé tendida junto al tronco una mujer desmayada, pero muy hermosa y joven. Vos la veréis pronto y os convenceréis de la verdad. Como yo tengo prevenido a mi gente no hacer uso de las armas de fuego sin inmediata orden mía, esta prohibición le salvó la vida por entonces, pues ninguno osó tirarle; pero cuando llegué y lo vi dispuesto a dejarse hacer pedazos antes que rendirse, mandé hacer fuego y cayó al instante sobre la muchacha pronunciando estas palabras: «Adiós, adorada Antonia, yo...», y sin poder más, espiró. Al instante nos echamos a registrarle la bolsa. ¡Qué lance! Cuatro mil cequines en oro, amén de algunas monedas de poco valor. ¿Qué os parece? En cuatro años no había salido fortuna tan grande. Encontrámosle algunos papeles de poca importancia y, sin cuidarnos de leerlos, abrimos una hoya en tierra y le enterramos en el mismo sitio al pie del tronco que es este mismo que estáis viendo.

»Acudimos después a requerir a la muchacha que permanecía aún desmayada. Echámosle agua en la cara, volvió en sí y abrió los ojos. «No será nada, no hay cuidado», le dije entonces, «levantaos y salgamos de aquí». Acabó de serenarse; mas al mirar alrededor de sí y, no viendo al pobre de su novio, dio un grito y volvió a desmayarse. Di al diablo el desmayo y la rapaza que nos detenía más de lo necesario, y mandé cargar con ella a Gotfried y conducirla a la casa, pensando dar compañía a la otra damisela vuestra, señor mío, y esperando se consolarían pronto cuando se hallasen juntas. No me engañé. Llegamos a casa y el traqueteo¹⁶ del camino la despertó, de modo que al entrar en la cámara donde estaba la otra se echó a llorar y se abrazó con ella. Allí las dejé charlando más que garzas; bien es verdad que le dije a la linda Antonia al salir: te juro por el Santo* si vuelves a dormirte, que no volverás a despertar. Con esto parece se sosegó y allí permanecen esperando su libertad; pero si vos seguís mi consejo, debéis confiarla a este vuestro buen criado francés; bien la merece aunque no más sea por pertenecer a tan bello país. ¿No es así, amigo?

–No es así –replicó Claudio con sequedad, e iba a continuar cuando una mirada de su amo le impuso silencio y ató la lengua.

–No necesitamos de consejos –dijo Eugenio manifestando impaciencia– y ya te he dicho sigas tu camino sin meterte en negocios ajenos.

–Parece, mi caro patrón, os incomoda –dijo Scoroncóncolo– y así no hablaré más de lo necesario. Carloto –prosiguió–, adelántate a dar la contraseña no sea que aquellos holgazanes nos tomen por otros.

Partió el bandido a galope y todo lo restante del viaje se pasó en silencio, no interrumpido sino por las pisadas de los caballos y el estruendo de las armas. Finalmente, al cabo de cinco horas de marcha penosa, dieron vista a un caserío algo distante y, cuando llegaron a divisarle, gritó Scoroncóncolo:

—Ánimo, mi amo, ya hemos llegado al fin de nuestra romería y podemos tendernos a dormir a pierna suelta.

Nada contestó Eugenio y fijó la vista en aquel miserable recinto donde sin duda gemía la inocencia y hermosura, expuesta al tiránico despotismo de la crueldad y lascivia. Estaba la casa situada en una plaza de poca extensión en lo interior del bosque, rodeada por todos lados de robustas hayas y añejas encinas, pero el terreno comenzaba a elevarse por la parte de oriente y formaba la falda de la altísima montaña que descubrieron antes desde lejos. No había rastro de otra habitación en aquel solitario distrito y la multitud de ciervos, jabalíes y otros animales salvajes que encontraron al paso y veían huir delante de sí manifestaba claramente no haber el hombre entrado aún a turbar la paz de los moradores de aquellas selvas.

Dio Scoroncóncolo tres silbidos y desde la casa correspondieron con igual número, y a este tiempo se dejaron ver otros dos bandidos saliendo del caserío junto con Carloto y saludaron con áspera y grosera urbanidad a los recién llegados. Eugenio, afectando indiferencia y serenidad, desmontó del caballo, imitándole su criado y toda la tropa, cuyo jefe le convidó a pasar adelante. Al aproximarse a la puerta sintió el compasivo joven una extraordinaria palpitación en el pecho la idea de presentarse a dos seres infortunados cuya libertad iba a procurar, y de quienes se constituía defensor, y los inminentes riesgos que en aquel momento le amenazaban y quizá le imposibilitarían desempeñar tan bello título, le inspiraron tal turbación que, sobrecogido de temor y de un sentimiento indefinible, casi estuvo por retroceder, lo cual notado por Scoroncóncolo, le dijo:

—¡Oh, mi patrón! Parece que la vista de la rapaza os despierta y anima: yo estoy muy contento de ello y os quiero dejar con ella a vuestras anchuras. Mas no me acordaba que eran dos. Yo creo no os pesará que se doble la partida, y así pasad, mi buen francés, y componeos con vuestro amo, que no reñiréis.

Dicho esto, hizo entrar a Eugenio y Claudio, y él quedó en la parte de fuera con sus compañeros, y dando al mismo tiempo una llave al primero:

—Tomad —le dijo—, bajo esta llave tenéis vuestra rapaza, aprovechad el tiempo. En la pieza de la izquierda está encerrada, nosotros aguardaremos aquí cuanto queráis.

Tomó Eugenio la llave y, como asaltado de un repentino pensamiento, volviöse a Scoroncóncolo y le dijo:

—Es expuesto permanezcamos aquí todos unidos, pues si nos persiguen pueden llegar a sorprendernos antes de ser sentidos; así lo que se debe hacer en este caso es distribuiros en las avenidas del bosque mientras doy providencia para llevar la niña a paraje seguro.

Entregó al decir esto a Scoroncóncolo un bolsillo lleno de oro que llevaba y del que por rara fortuna no le despojaron en la cárcel de Mantua, añadiendo al mismo tiempo:

—Tomad esto por ahora y sabed es no más el principio de la recompensa que os reservo.

—Viva mil años nuestro caro y generoso patrón —gritó el bandido—, y suba más alto su nombre que el Duomo de Milán y la cúpula de San Pedro.

Acompañó la cuadrilla las bendiciones del jefe y éste se puso a distribuir entre todos la cantidad entregada, y más que suficiente para contentar la codicia de aquellos desalmados, mientras Eugenio y Claudio penetraban en el recinto de aquella miserable

habitación. Hecha la partición, no sin altercados y algazara, se dividió la tropa y cada cual se dirigió al punto señalado, quedando convenidos en reunirse al amanecer del día siguiente si alguna novedad no les precisaba a mudar de resolución.

Eugenio y Claudio entraron en la casa y al instante hirieron sus oídos algunos mal reprimidos sollozos que resonaban en el aposento, cuya llave sostenía con mano trémula el generoso y compasivo Eugenio. Su agitación era extrema y casi le faltaba el valor para abrir la puerta; finalmente introdujo la llave y quedó patente a sus ojos lo interior de aquella morada de la inocencia y dolor. ¡Qué espectáculo! Sobre una miserable camilla yacía una mujer abrazada con otra y cuyos rostros juntos no dejaban camino a la vista para reconocer aquellos dos seres infelices. Era tan profundo su enajenamiento y pena que ni el ruido de la puerta fue poderoso a sacarlas de su abatimiento ni llamar su atención. Proseguían sollozando y entregadas al violento acceso de su dolor, mientras el amable hijo del marqués de Scianella y su fiel Claudio contemplaban tan interesante y triste escena con el alma oprimida y los ojos arrasados en llanto.

—El corazón no me sufre esperar más —dijo el primero—. Es forzoso salvarlas a todo trance.

Iba a responder Claudio cuando el acento de Eugenio hizo volver en sí a las desoladas jóvenes y levantaron ambas sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y sus rostros en que a pesar del sobresalto y dolor brillaba la más tierna y delicada hermosura. Pudo entonces Eugenio contemplar a su placer la obra más hermosa de la naturaleza en aquellas dos infelices víctimas de la tiranía y crueldad. La primera, en medio del gracioso desorden esparcido en su persona, manifestaba una rubia y poblada cabellera, cuyos dorados bucles cubrían parte de su rostro y dejaban ver dos hermosos y expresivos ojos azules. Vestía un elegante traje de camino sin que impidiese medir con la vista los ligeros contornos de su esbelto y lindo talle y de su gallarda figura. La segunda...

Iba Eugenio a mirarla: una nube densa le cubre la vista, desvanécese y sin el pronto auxilio de Claudio cayera en el suelo... La segunda joven... fija los ojos en Eugenio, despide un agudo grito y queda desmayada en los brazos de su compañera... Era Mandina: la bella e interesante Mandina se hallaba en las entrañas de un bosque de los Alpes, a merced de bandidos. ¡Cielos! ¿Es ilusión? ¿Es posible? Eugenio la había conocido y este reconocimiento ocasionó su trastorno. Volvió en sí a poco rato y, viendo a su amor desmayado en el seno de su amiga, se adelantó a socorrerla.

—Señor —exclamó la afligida y hermosa Antonia—, ¿no os moverá el corazón el triste y lastimoso estado de esta inocente criatura? ¿Seréis tan cruel que abuséis de su debilidad para precipitarla en un abismo de males? ¿No os habla la generosidad en favor de una joven cuyo delito no es otro que ser virtuosa?

—No soy lo que sin duda os parezco, señora —contestó Eugenio, inclinándose respetuosamente a la linda Antonia—, voy a explicároslo todo; pero antes tratemos de socorrer a esta desgraciada señorita y dar traza de sacaros de esta prisión.

—¿Será posible? ¿Vos nuestro libertador?

—No me lisonjeo todavía lograrlo, pero mi sangre toda está pronta a derramarse antes que dejaros en poder de estos infames y expuestas al peligro inminentísimo de que aparezca el verdadero autor de la prisión de esta señorita.

Decía esto Eugenio vertiendo con mano trémula agua en el descolorido y bello rostro de su Mandina. Su pecho latía con violencia al volver a ver después de tanto tiempo el ídolo de su amor, y una congoja mortal le agobiaba el corazón, osando apenas respirar y colgada su alma de la vida preciosa de su amable Mandina. Ayudábale Claudio en tan

piadosa diligencia, y la tierna Antonia procuraba con el calor de su rostro, estrechándola contra su seno y llenándola de besos, reanimar a la desmayada doncella. Costoles trabajo inmenso volverla en sí y por fin lograron abriese los ojos a la luz del día.

En este tiempo informó Antonia a Eugenio y Claudio de la catástrofe de su amante referida ya por los bandidos y continuó diciéndoles que un caballero poderoso y principal, a quien aguardaban por instantes, había sido el autor del rapto de Mandina, que mientras iba desde Mantua a Verona con un criado le habían salido al encuentro aquellos bandidos, los cuales sin tener cuenta con ninguno más ni maltratar a los conductores, contentándose con maniatarlos a fin de impedirles estorbasen en su rapto y después de haberse llevado todo el dinero y joyas halladas en el coche, la habían llevado al través de bosques y sendas desconocidas a aquel sitio para entregarla en manos del bárbaro e infame raptor.

—El cielo —continuó la bella Antonia— os ha traído para consolarnos y libertarnos. Mas, decidme, ¿qué feliz casualidad o más bien providencia divina os presenta en este sitio y en medio de tantos malvados?

Iba a responder Eugenio cuando la desmayada Mandina abrió sus brillantes y negros ojos y los fijó en el amable rostro del apasionado amante. Cual si la más espantosa visión se ofreciera a su vista, en medio de las convulsiones del horror y espanto, se precipitó en los brazos de Antonia y escondió su cara en el seno de esta interesante joven.

—¡Huye, pérfido; huye, monstruo! —gritaba en el acceso de su furiosa agitación—. ¡Huye y líbrame del horror de verte!

¿Quién será bastante para expresar el pasmo, espanto y trastorno producidos en los circunstantes por tan inesperada escena? Pálido, temblando y sin aliento, no sabía Eugenio qué hacer ni qué decir; aniquilado por el peso de tanto dolor, permanecía mudo e inmóvil sin atreverse a proferir una palabra. Claudio, igual de sorprendido que su señor pero exento de turbación, creyó que, preocupada Mandina con la idea de la aparición del malvado raptor, no le había reconocido y éste era el motivo de su trastorno y violenta conmoción; así, adelantándose, dijo a Mandina:

—Señora, no veis aquí a vuestro indigno perseguidor, sino a un libertador dispuesto a derramar toda su sangre por salvaros. ¿Podéis desconocer a Eugenio Scianella?

—Alejaos, alejaos y dejadme morir. Menos terrible es para mí la presencia de la muerte que la de ese hombre pérfido y cruel. Que no hiera ni atormente mis oídos tan odioso nombre. No quiero la vida si la he de deber a auxilio tan despreciable.

Al pronunciar estas palabras interrumpidas y casi ahogadas por los sollozos, permanecía abrazada con la hermosa Antonia sin apartar su rostro ni volver a mirar a los dos atónitos y petrificados jóvenes, cuyos rostros pintaban, mejor que pudieran expresarlo sus lenguas, la situación de sus almas.

El corazón de Eugenio era un mar borrascoso, donde a fuerza de vientos impetuosos y desencadenados luchaban juntas las pasiones del amor, rabia, despecho, sentimiento y dolor. Juguete de la más varia e inconstante fortuna, blanco de los tiros de la persecución más encarnizada, precisado a andar fugitivo y vagando en países extranjeros, sólo la imagen de su adorada Mandina dulcificó sus penas e hizo llevaderos los trabajos y desastres de su precipitada fuga y dilatada emigración. El amor le cubrió los ojos para no ver los riesgos que le amenazaba la vuelta a su país y, atropellando por todo, como atraído del poderoso e irresistible imán de su pasión, abandonó la Alemania por donde viajaba y volvió a meterse en su patria donde aunque ignoraba el perseguidor, sabía era perseguido. Mandina era el objeto de su afán y amorosa diligencia, Mandina era el

término de sus indagaciones y libertarla de la tiranía de sus enemigos el fin de su viaje. La suerte había dispuesto las cosas muy contrarias a lo que esperaba, y el infeliz Eugenio había experimentado desde los primeros días de su regreso a Italia las molestias de la prisión, el temor de una justicia engañada y los horrores de la muerte, viendo brillar a la pálida luz de los sepulcros el puñal fratricida.

Envuelto en misterios y riesgos desconocidos vivía en continuo sobresalto: ni el sueño dulcificaba sus penas sin zozobra, creyéndose a cada momento expuesto a los furores de su antes oculto y entonces ya declarado enemigo. Todo lo sufría con la dulce esperanza de ver a su idolatrada Mandina y constituirse su libertador. La Providencia parece cooperaba a sus intenciones y le allanaba por donde menos creía el camino de hallarla. Y cuando tocaba el término de sus deseos y se veía en el momento de salvarla de un peligro mucho más terrible del que pensaba corría su querida; cuando podía añadir nuevos motivos para aspirar a la dulce recompensa de su cariño, salvando la vida y el honor al único ser destinado a hacerle feliz; este mismo ser, o engañado, inconstante desdeñaba su auxilio, y había concebido hacia él tan profundo y ultrajante desprecio que prefería quedar expuesta a las consecuencias de su abandono y de vivir entre desalmados. Herido su amor propio con tan humillante reflexión, despertó en su pecho un movimiento de ira y despecho igual al desprecio que se figuraba inspirar a Mandina. Olvidó un momento hasta su amor y en este momento, asiendo a Claudio del brazo:

—Vamos —gritó con voz alterada—, no soy yo el destinado a salvar al inocente —y prosiguió como enajenado y furioso—. Aguarda a tu digno amante, no tardará; sus amigos, de quienes estás rodeada, vendrán a anticipar las albricias con el feliz anuncio de su llegada.

Dicho esto, sin esperar respuesta sale precipitado del aposento y se dispone para montar a caballo y abandonar a su desgracia a la inconstante beldad que atravesó su sensible corazón con tan sangrientos ultrajes. Pero la tierna y desgraciada Antonia, desprendiéndose de los brazos de Mandina, sale del cuarto en busca del fugitivo Eugenio y, hecha un mar de lágrimas, se le arroja a los pies.

—¿Os sufrirá el corazón —exclamó— desampararnos, dejándonos expuestas a los horrores de la ignominia y deshonra? Vos que os manifestáis tan generoso ¿podréis desmentir vuestro carácter en la ocasión más crítica y apurada? La relación que me hizo Mandina de vuestra historia y la pintura de Eugenio me inclinó a creeros culpable, os tuve por un pérfido y engañador, pero os he visto y es imposible que ese corazón abrigue la mentira y falsedad. Son terribles las pruebas contra vos, pero ahora me persuado encierran algún misterio inconcebible y no dudo habéis sido víctima de la más negra traición. Decid, decid, por Dios, ¿estáis inocente? ¿Habéis ofendido a Mandina? Pero no nos abandonéis —y vertía al decir esto de sus hermosos ojos un torrente de lágrimas.

No pudo Eugenio resistir al poder de una beldad llorosa y suplicante; detúvose, y fijando la vista en aquella interesante joven:

—Señora —le dijo—, os juro por cuanto más sagrado tiene el cielo y la tierra que soy inocente; os juro no ha habido un momento en que haya dejado mi corazón de adorar a Mandina; no, ni un instante en que haya cesado de ser digno de su amor.

—¿Y la carta?

—¿De qué carta habláis, señora?

—De la que escribisteis a Mandina la víspera de vuestra salida del palacio de Scianella.

—Me habláis, señora, en idioma ininteligible. ¿Yo escribir a Mandina? Ciertamente, si supieseis las circunstancias y motivos de mi primera ausencia de la casa de mi padre, os

convenceríais de la imposibilidad e inverosimilitud de vuestra sospecha. Mi pasión iba a la par con el respeto y debían preceder mayores servicios, hasta lisonjearme de merecer la recompensa de manifestar a Mandina mi afecto por escrito. Mi desgracia me alejó antes de llegar tan feliz y ansiado momento y vuelvo a protestaros mi inocencia.

No había acabado de hablar cuando Antonia ya había volado al aposentillo y volvía con Mandina en sus brazos.

—Vedle, querida amiga, es inocente. Tomad, caballero —añadió sacando un papel del seno de la bella Mandina, que parecía insensible a cuanto le rodeaba, y alargándoselo a Eugenio—, y leed vuestra sentencia.

Recorre Eugenio con rapidez lo escrito y queda asombrado. Era la misma carta que el difunto marqués de Scianella halló en el gabinete la víspera de su desaparición. Pero aumentó su pasmo la semejanza maravillosa de aquellos caracteres con los suyos y entonces vio con horror la perfidia de que le habían hecho víctima. Dio un suspiro y dijo a Mandina con acento triste y sentido:

—Teníais sobrada razón, señorita, para detestarme: yo me pongo en vuestra situación y veo no ser posible llevar a grado más alto la maldad. Creedme. Eugenio moriría si fuera capaz de imaginar una sola expresión de las que contiene ese infernal escrito. Soy incapaz de mentir: jamás he desmerecido el afecto de Mandina.

El acento de candor e ingenuidad de Eugenio, su hermoso metal de voz, aquel eco de un alma pura y sin doblez, acompañando la animada e indefinible expresión de un semblante donde se veían retratados el amor y el dolor de la inocencia ofendida, penetraron como aguda flecha el más oculto seno del corazón de la ya desengañada amante. Ya no dudó, y la pasión recobró en aquel instante todo su dulce imperio, sustituyendo al despecho el profundo sentimiento de las humillantes palabras pronunciadas contra su constante e inocente Eugenio en el acceso de su furiosa pasión.

—¡Es inocente, querida amiga! —gritó sollozando y volviendo a estrechar a Antonia entre sus brazos—. ¡Es inocente y yo le he despreciado, yo le he ultrajado cruelmente! ¡Dios mío! ¡Esto sólo faltaba a mi desgracia! ¡Cómo merecer indulgencia!

—¡Adorable Mandina! ¡Ídolo de mi tierno corazón! —exclamó Eugenio echándose a sus pies, inundado en llanto—, no lo despedacéis ahora con mayor crueldad que antes. No podíais obrar de otra suerte ni necesitáis de justificación: entrambos hemos sido desgraciados, pero no culpables; oiga yo de vuestra boca la confirmación de mi dicha y acabarán para mí todos los males. Decid que me perdonáis.

Nada contestó Mandina; pero, apartando su rostro de la linda Antonia, fijó con graciosa y celestial sonrisa sus ardientes ojos llenos de lágrimas de ternura y, descifando un brazo del cuello de su amiga, tendió la blanca mano al gallardo Eugenio, que permanecía de rodillas, y la llenó de besos y caricias.

¡Poder mágico del amor! Tú haces desaparecer del orbe toda la creación y dejas solos y aislados en el éxtasis de tu dulzura a dos seres criados para amarse. Tú conviertes la morada del horror en vergel de delicias y trazas en torno de los amantes un misterioso círculo inaccesible a los profanos. Los peligros desaparecen ante ti y la muerte misma no goza del pavor que inspira su semblante en dos corazones cuya capacidad hinchas tú sólo desterrando de ellos hasta el sentimiento de la existencia.

Eugenio y Mandina seguían disfrutando los encantos de su tierna y dulce reconciliación, y la desolada Antonia olvidaba generosamente sus acerbos penas para tomar parte en la felicidad de su amiga.

—No creáis —decía a Eugenio— que vuestra supuesta culpa hubiese desterrado totalmente

del pecho de mi amiga vuestra imagen. Vedla –añadió enseñándole un retrato pendiente de una cinta en el níveo cuello de Mandina–, aún os amaba a pesar de vuestra creída infidelidad y perfidia; me congratulo con vos de poseer un corazón tan digno de ser amado, y yo... –un mar de llanto la interrumpió y ahogó la voz, acordándose de la reciente y terrible catástrofe de su amante; el esfuerzo de su generosidad le había agotado el valor.

Levantose Eugenio a examinar la miniatura, y viendo su propio retrato:

–¿Será posible? –exclamó–. ¡Joven admirable! ¡Criatura celestial! ¡Vos me suponíais culpable y aún me amabais...! ¡Oh dignación! ¡Adorada Mandina! Mas ¿cómo ha llegado a vuestro poder esta pintura, pues jamás me acuerdo haberme retratado?

–La esposa de Ambr... de vuestro hermano me hizo este apreciable regalo –respondió Mandina tranquilizada algún tanto, pero cubierto el bello rostro de rubor–, y supongo fue ella misma quien le sacó, pues no ignoráis su habilidad y destreza en el diseño y miniatura.

Claudio, participando de los diversos afectos de los circunstantes, y en especial de su señor, lloraba y se regocijaba con él acompañándole en la dulce conmoción, efecto del feliz término de aquella funesta escena y cambio de aquellos engañados corazones; pero su amor y enajenamiento no le impidió conocer el inminente riesgo que corrían y cuán aventurada era la detención, tanto más cuanto no habían tratado aún del medio de salvarse ni se les ocultaba la dificultad de cualquier tentativa sobre este punto. Los dichosos amantes, embriagados con su felicidad, habían olvidado el mundo entero; el embeleso de verse, de hablarse, de deshacerse en tiernas protestas de un amor eterno (pareciéndole a Mandina ser sus dulces palabras un desagravio e indemnización debida a la injuria que le había hecho, y deponiendo por este justo respeto algún tanto de la virginal reserva, autorizando su proceder la presencia de Antonia y Claudio; aunque no le pesaba de que la obligación de reparar su culpa la forzase a dejar hablar su corazón con libertad); el embeleso, repito, y magia de tan inexplicables sensaciones los sacaba fuera de sí, y el último pensamiento que en tan dichosos instantes ocupara su imaginación fuera el de hallarse en las entrañas de los Alpes, en la morada del crimen y a merced de forajidos.

Claudio fue el primero que los sacó de su enajenamiento.

–Señor –dijo–, los momentos son cortos y precio tal vez de nuestra salvación; dejad para lugar seguro y tranquilo tratar de vuestros amores y pensemos sólo en dar traza cómo salir de esta cárcel.

–Nada más fácil –contestó Eugenio–: nuestra salud consiste en la errada opinión de los bandidos, pues ellos no dudan ser nosotros los verdaderos autores del rapto cuya ejecución quedó a su cargo. En esta suposición, podemos disponer a nuestro arbitrio de estas señoritas llevándolas adonde mejor nos parezca. Dos son las dificultades que se me ofrecen: la primera, cómo poder dejar satisfecha la codicia de estos malvados, pues según les prometí no se limitaba mi recompensa a la cantidad entregada, precio de su maldad.

–No os detenga ese inconveniente: en mi poder llevo con qué poder contentarlos –dijo la hermosa Mandina, entrando en el aposento y saliendo de allí a poco con un bolsillo lleno de oro.

Eugenio la miró con ternura y prosiguió:

–Aún queda por vencer el mayor obstáculo y peligro. La noche se acerca, y el verdadero autor de esta maldad no es probable descuide en venir cuanto antes a devorar

la presa. Los bandidos, según dijeron, hace dos días nos buscaban; tiempo suficiente para venir a este sitio si por desgracia está informado de él. Si pudiésemos ganar momentos habría esperanza aunque remota de llegar a puerto, pero es locura pretender salir del bosque a estas horas sin guía; con la luz del día creo no me sería difícil retroceder sobre nuestros pasos, mas de noche se hace impracticable semejante medida. No hay, a mi ver, otro recurso sino llamar a Scoroncóncolo y empeñarle a que nos acompañe ahora hasta la salida del bosque, con el pretexto de no querer se trasluzca algo de nuestro raptó y expedición, y de llegar a algún pueblo antes de amanecer, haciendo brillar a su vista el complemento de la recompensa para animarle a servirnos con celo.

Todos aprobaron esta medida y quedó resuelto se pusiese al instante en ejecución. Mientras pasaba esto en lo interior de la casa, oíase grande bulla y algazara a la puerta y sonaban gritos descompasados, efectos todos de la liberalidad de Eugenio a cuya salud menudeaban los brindis y no se escaseaba nada de cuanto contribuyese a hacerlos más frecuentes. A poco rato cesó de repente el estruendo, sucediéndole el más profundo silencio. Eugenio y Claudio se miraron y se entendieron. Tan repentina quietud los sorprendió, mas no quisieron manifestar sus sospechas, por no asustar a las doncellas. Éstas, advirtiendo igualmente el absoluto silencio, preguntaron a Eugenio y Claudio algo sobresaltadas cuál podría ser la causa, y Eugenio con aire tranquilo e indiferente contestó:

—No es de admirar reine tanto la quietud tras la fatiga del viaje y los recursos que esa gente ha hallado en sus zaques para aliviarla. Pero no debemos desperdiciar un instante —añadió vuelto a Claudio—: sal y llama a Scoroncóncolo.

Obedeció Claudio y salió a la puerta; con sorpresa advirtió desierta la plazuela frente de la casa y que los malvados habían desaparecido. No se atrevió a participar a su señor tan extraña novedad, temiendo asustar a las dos infelices jóvenes, ya bastantemente atormentadas en aquellos terribles días.

Llamó en voz alta a Scoroncóncolo y aquel malvado se presentó al momento, saliendo de lo interior del bosque. Había ya cerrado la noche y no pudo advertir Claudio si le seguía alguno o si venía solo.

—¡Oh, señor mío! —dijo el bandido—, yo os contaba en brazos de la rapaza descansando a vuestras anchuras junto con mi patrón, y por eso hice retirar mi tropa por no interrumpiros el sueño y daros molestia.

—No tratamos ahora de eso —dijo Claudio con resolución, y oyéndolo Eugenio, Mandina y la linda Antonia—: sólo os llama mi señor para que ahora mismo nos acompañéis hasta la salida del bosque, donde acabaremos de recompensar vuestros servicios, pues no es justo nos expongamos a caminar de día con dos muchachas a la grupa, que yendo contra su voluntad pueden pedir socorro a cualquier caminante y librarse de nuestras uñas.

—¡Oh! Bien gustoso lo haré, pues me convence la razón; y así voy a dar orden a mi tropa para reunirse y escoltaros hasta la salida del bosque.

—No necesitamos escolta —dijo Eugenio, saliendo a la puerta—, sólo es suficiente y sobra con vos para servir de guía.

—Por Madonna di Loreto, mi respetable señor —respondió Scoroncóncolo—, eso es lo que yo no haré, pues jamás caminamos solos, y menos a estas horas. Lo más que puedo hacer en gracia vuestra es ceñirme a llevar cuatro o cinco no más en mi compañía.

—Enhorabuena —dijo Eugenio— y sea presto.

—Recoged, pues, cuanto tengáis vuestro y de estas señoritas y colocadlo en los caballos mientras voy a dar órdenes.

—Veis que estamos en tinieblas, encended luz.

Hízolo así el bandido y, dejando sobre una infeliz mesa encendida una triste bujía, partió. Eugenio hizo un lío de todos los efectos de Antonia y los acomodó en el caballo de Claudio, pues la hermosa Mandina había sido arrebatada del coche, como se verá en adelante, y sólo llevaba el vestido que la cubría. Dispuso además que Antonia subiese a la grupa en el caballo del criado; pero diciéndole la graciosa joven no ser necesaria esta diligencia, pues sabiendo cabalgar se acomodaría en uno de los caballos ensillados que había a la puerta, pertenecientes a los bandidos muertos en la refriega de su amante, convino Eugenio, y como es de suponer Mandina debía ir a la grupa en su caballo.

Dispuesto todo, aguardaron con zozobra la vuelta de Scoroncóncolo; el corazón de las doncellas palpitaba entre el temor y la esperanza, y cualquier rumor las sobresaltaba robando los colores a su bello rostro. Finalmente, oyeron pisadas de caballos y el sonoro estruendo de las armas.

—Vamos —dijo Eugenio y todos se disponen a la partida. ¡Cielos!... Entran en la casa ocho hombres con pistolas amartilladas y, encarándolas a Eugenio y Claudio, les intiman se mantengan quietos si estiman la vida. A la frente de esta infernal caterva iba... ¿quién lo creyera? No iba Scoroncóncolo, no alguno de los bandidos... era el perverso e infame Coscia. Avanzan los bárbaros y maniatan fuertemente a los desgraciados amo y criado. Mandina reconoce a Coscia, da un agudo grito y cae desmayada.

Tomo segundo

Capítulo IX

Desde la última aparición de la Sílfida, entregado más que nunca Ambrosio a la violencia de sus pasiones y hecho presa de su furor, acabó de perder la tranquilidad si alguna quedaba a su delincuente corazón, y no se vio ya en él sino un monstruo corriendo a rienda suelta a su ruina y cayendo de uno en otro precipicio. Las escenas de aquel ser misterioso y desconocido sólo habían servido para familiarizarle con los prodigios sin ablandar aquel pecho de bronce, quedando por aquella vez sin fruto los desvelos y frecuentes exhortaciones de la Sílfida. La superstición le representaba y hacía creer como realmente sobrenaturales sus apariciones; mas al paso que se veía objeto de los cuidados y benevolencia de un ser superior a los hombres, creía ser efecto de un destino irrevocable aquella singular protección, entibiando esta idea el sentimiento de gratitud hacia él por un beneficio que, según su errada opinión, le dispensaban forzosamente. Efectos de la perversa doctrina de Coscia, arraigada profundamente en el ánimo de Ambrosio, hacían a éste más malvado sin lograr por eso desterrar de él los remordimientos que produjeron efectos diametralmente opuestos a la intención de la Sílfida; pues careciendo ya del prestigio siempre poderoso de un comercio con los espíritus, ni ejerciendo en su alma influencia alguna el único capaz de ejercerla, desapareció el medio de sujetarle y quedó hecho un íntimo perverso casi sin esperanza de salud. Únicamente le agitaban con frecuencia agudos remordimientos, y con particularidad la memoria de las terribles palabras que le recordaban la *urna sangrienta*, no sólo le enajenaba sino llegaba a veces a transportarle al último grado de delirio. Eran bastante frecuentes sus accesos y en ellos, según dijimos, hacía mil extravagancias recorriendo a fuer de demente las habitaciones desiertas y subterráneos de Scianella. Nadie osaba oponérsele ni interrumpirle en sus nocturnas excursiones y hasta el mismo Cenón había perdido parte del ascendiente y autoridad que tenía sobre él.

La fuga de Lucrecia había exasperado su corazón, y en el primer ímpetu de su furor quiso sacrificar a su rabia al malvado Coscia, a cuyo descuido o malicia atribuía el habersele escapado la inocente víctima de su celosa pasión. Ignorando la conducta de su infame preceptor con la honesta señora, no fue duradero su resentimiento con un hombre de quien necesitaba y sin el cual no se sabía pasar; éste por su parte le supo pintar el lance de la fuga con tales colores que cargase la sombra por el lado de la inocencia, dejándose a sí mismo en el mejor lugar, y no le fue difícil desvanecer en el ánimo de Ambrosio todas las sospechas, valiéndose de su antiguo ascendiente como preceptor y sustituyendo en su pecho a las sombrías ideas engendradas por los celos otras más dulces imágenes. La infernal destreza de aquel hombre perverso puso en acción el principal resorte capaz de cambiar en un momento su corazón, nombrándole a Mandina. Al oír este nombre, ardió el infeliz marqués y se manifestó con mayor violencia el incendio casi apagado ya por la ausencia y por lo infructuoso de sus anteriores diligencias para encontrarla. Observaba Coscia con placer los efectos de su malicia en aquel pecho todo obra suya y comenzó a cebar sus deseos, haciéndolos más vehementes con algunas remotas esperanzas del logro de su pasión.

No ignoraba Coscia el paradero de Mandina, pero juzgó conveniente ocultárselo por

entonces, reservando para más adelante una explicación cuyos resultados preveía debían ser muy trascendentales, atendido el atolondramiento del marqués, quien haría lo posible por haberla a las manos sin contar con él, y el malvado Coscia quería dar a Ambrosio la feliz nueva sólo cuando tuviese en su poder a Mandina y pudiera hacerse un mérito de tan señalado servicio. Aunque no vivía con el marqués en el palacio de Scianella, le visitaba con frecuencia, y cuando menos tres veces a la semana atravesaba por el lago de Garda el espacio que media entre Scianella y Peschiera, lugar de su ordinaria residencia.

Ambrosio, siempre despedazado de remordimientos, creyó no poder hallar medio más conveniente para ahogar los gritos de su conciencia que dedicar su atención y cuidados a un objeto poderoso a suspender por algunos instantes los tormentos de su alma y aliviar su infeliz situación. La imagen de Mandina se le representaba con todos los atractivos de la belleza y juventud, y sus desdenes habían inflamado sus lascivos y criminales deseos hasta el término de proponerse a todo trance poseer o de grado o por fuerza las gracias de la inocente doncella. Olimpia había cesado en sus relaciones con la familia de Scianella desde la muerte del anciano marqués, y nada podía Ambrosio saber del objeto de su pasión, llevando clavada en su corazón la aguda espina de las palabras de Olimpia a su padre, cuando la pidió para él, que tenía miras ulteriores sobre su hija. Viendo el delincuente Ambrosio la distracción que le ocasionaba su pasión a Mandina y la terrible tranquilidad que le conciliaba, no reparó en disponer los medios de llegar al logro de sus infames intenciones. Escribió a Olimpia y a su esposo manifestándoles vivísimos deseos de renovar las amistades e intimidad comenzada con su padre, ofreciéndoles de nuevo su palacio y convidándoles a pasar en él algún tiempo, dejando como de paso caer algunas palabras sobre Mandina e insinuando el placer que tendría en verla por segunda vez hermosear con su presencia aquel palacio y las orillas del Benaco.

Aguardó algunos días la contestación, que finalmente llegó en nombre de Olimpia, y estaba concebida en estos términos:

Señor marqués: no dudéis me es tan agradable renovar con vos las relaciones como me fue comenzarlas con vuestro padre. Mi esposo me acompaña en estos sentimientos y disposición, y para acreditarla admitimos con reconocimiento el honroso convite que nos hacéis, aunque ignoramos el tiempo en que podremos disfrutar de vuestras bondades. No son tan lisonjeras las noticias que puedo daros de mi hija. Con sentimiento os digo que, sin saberse el motivo ni haber precedido causa capaz de conducirla a tal extremo, hace algún tiempo desapareció, dejándonos sumergidos en la mayor aflicción. ¿Qué os diré, señor marqués? A vuestra penetración no se ocultó la mutua inclinación que se manifestaron vuestro hermano y la muchacha, y la fuga de ese joven podía muy bien encubrir algún plan cuya ejecución se haya por fin llevado a efecto. No os digo más, pero en medio del dolor que tanto a mí como a mi esposo nos aflige, soy vuestra sincera y buena amiga y servidora.

Olimpia Tosi

Esta carta fue un cuchillo envenenado de dos filos para el turbulento y fiero corazón de Ambrosio. Ardió furiosamente la pasión de los celos, y no obstante la contradicción manifiesta entre su pasión y los motivos que la exaltaban, no fue dueño de sí mismo y juró la pérdida de Eugenio. Contradicción era manifiesta irritarse contra su hermano por las palabras de la venenosa carta de Olimpia, sabiendo él muy bien el verdadero autor de la repentina desaparición del desgraciado joven del palacio de Scianella. Había

descubierto el origen de los desdenes de Mandina y, conociendo muy bien cuán inútiles serían sus tentativas, mientras no procurase desterrar del corazón enamorado de la hija de Olimpia la fuerte impresión que le hicieron las gracias de Eugenio, dispuso un caballo y aprontó una suma de dinero considerable, y halló modo de introducir en el gabinete de su hermano el siguiente anónimo:

Eugenio, una persona que te es muy cercana vela en tu bien con el interés más vivo. Te persiguen, te acechan; huye en el momento. Tu salud consiste en la ignorancia de tu fuga. Ve y viaja por Alemania. Quizá algún día sabrás la mano que te salva la vida. Tiemblo por ti; parte al momento: un caballo te espera en la puerta falsa del jardín. Lleva todo lo necesario para hacerte la ausencia, si no dulce, cuando menos llevadera. ¡Ay!, si no oyes las expresiones del interés más tierno, mañana, ¡oh Dios!, quizá no podrás... no sólo darme las gracias... sino, ni aun quejarte de tu incredulidad. Los muertos no se quejan.

Era para sobresaltar el tenor del anónimo. Eugenio no despreció el aviso. Salió al punto al jardín y, hallando en efecto el caballo atado a un árbol, se confirmó en la persuasión de ser deudor de la vida a un ser benéfico y desconocido a quien deseaba y presumía conocer, y sin detención montó en él a las once de la noche, hora en que halló el anónimo sobre el bufete al retirarse y tomó la ruta del Tirol. El perverso Ambrosio, valiéndose de Coscia, poseedor de la perniciosa habilidad de imitar letras, fingió dos billetes, uno para su padre y el segundo para Mandina, contrahaciendo el carácter y firma de Eugenio, cuyos billetes dejó en el aposento de éste cuando vio realizado su plan y surtir tan bello efecto su diabólico artificio. Ya hemos visto el resultado de su lectura en el marqués, quien después de la huida de Eugenio, temiendo no fuese el amor a éste el impedimento que hacía imposible su inclinación a Ambrosio cuando trató de pedirla para éste, tuvo la culpable debilidad de entregar a Mandina el billete dirigido a ella con el fin de desengañarla y desvanecer su desgraciada pasión. La infeliz Mandina sintió todo el peso del infortunio en la ultrajante inconstancia de Eugenio; mas no fue bastante este golpe para desarraigar su firme y primera pasión, y mucho menos para concebir algún sentimiento de afecto o benevolencia hacia Ambrosio, que sólo le inspiraba horror y menosprecio. Llegó felizmente el desengaño, y la tierna Mandina volvió a hallar a su constante y apasionado Eugenio. Pero no anticipemos sucesos.

No cesaba Ambrosio de molestar con incesantes preguntas a Coscia, pidiéndole continuamente le diese cuenta del éxito de sus indagaciones. Aunque autor de la ausencia de Eugenio, sospechó no sin fundamento, o que vendría por fin su hermano en conocimiento de la falsedad del anónimo o que su amor le llamaría bien pronto de los países extranjeros al objeto de su pasión, y aún creía ver en la desaparición de Mandina de la casa de sus padres las consecuencias de un plan trazado de acuerdo con Eugenio. Estas sospechas tan vehementes le transportaron hasta el frenesí, jurando quitar de por medio el odioso obstáculo que retardaba su felicidad, y Eugenio quedó condenado a perecer al impulso del brazo fraticida. La escena del panteón le ofreció ocasión de desfogar su rabia y cumplir su horrible juramento, pero la malogró y evitó un delito al perverso Ambrosio la fatídica repetición de las palabras alusivas a la misteriosa *urna sangrienta*. Esta memoria lo perseguía como una sombra, acibarándole los momentos de su existencia; mas se esforzaba en alejarla de su corazón, y la de Mandina le adormecía algunos instantes, distrayéndolo de la horrorosa tortura sin que pudiese llamarse paz la

funesta calma de una pasión por el triunfo de otra más poderosa, y semejante al terrible letargo producido por un fuerte narcótico en un doliente a quien niega el sueño la naturaleza.

Coscia no condescendía sino por grados a las vivas instancias de su discípulo y le entretenía con esperanzas y promesas vagas, pero sin declararle completamente el resultado de sus indagaciones. No descuidaba entretanto de paladearle con ideas lisonjeras, manifestándole no ser tan difícil como creía rendir a Mandina y reducirla a escuchar sus suspiros.

—No lo dudéis —decía a Ambrosio en cierta ocasión—, no es tan fiera y desdeñosa como os pareció, y pudiera traeros, en confirmación de ello, algunas pruebas.

—¿Es posible lo que decís? No puedo persuadirmelo de una muchacha tan recatada y por otra parte encaprichada con ese infame seductor.

—Os aseguro tengo pruebas convincentes de mi aserción y os pasmará oír de mi boca la historia más extraordinaria.

—Me dejáis atónito e impaciente: satisfaced pronto mi curiosidad y os estaré agradecido.

—Digo —continuó Coscia— que no puede Mandina picarse de constancia novelesca, pues quien abandona su primer amante por un pisaverde libertino, me permitiréis borrarla del catálogo de las heroínas del amor constante.

—¿Mandina abandonarse a segundos amores? ¿Qué me decís?

—Una verdad pública en toda Italia: oídmelo.

Crecía por instantes la viva curiosidad de Ambrosio y tenía fijos sus ojos en Coscia y la atención pendiente de sus palabras.

—¿Habéis por ventura —continuó Coscia— oído hablar de Angélica Latici?

—No sólo he oído hablar de ella sino que conozco personalmente a Camilo Salviati, y estoy informado del suceso y hasta de las menores circunstancias que lo acompañaron y motivaron.

—¡Motivaron! —dijo Coscia quedando pálido como un cadáver.

—¿De qué os admiráis? ¿No es público en Mantua y en todo el estado veneciano el asesinato de Camilo y haberlo ocasionado la repugnancia de esa muchacha al tal matrimonio?

—Creí —contestó Coscia vuelto ya el color al rostro— aludíais a las hablillas y desearía saberlas. No queráis atestaros la cabeza de necedades y mentiras y vamos al caso. Tampoco se os oculta el ruidoso proceso entablado con semejante ocasión, y que es el asunto de las conversaciones. La tal niña permanece en la cárcel y, según dicen, presenta mal aspecto su causa; pues todo depone contra ella: el lugar, el tiempo, el haberse encerrado sola con Camilo; en una palabra, no le queda recurso. Ahora bien: ¿quién os parece es Angélica Latici? Adivinadlo.

—No me atrevo a presumirlo, pues, aunque vuestras palabras indican algo, creería delirar si la tuviese por Mandina.

—Pues no os equivocáis en vuestro concepto. Angélica Latici y Mandina Tosi son una misma persona.

El pasmo y admiración fue igual al que habrán experimentado los lectores con semejante descubrimiento.

—¡Cómo! —exclamaba el joven marqués de Scianella—: ¡Mandina el asesino de Camilo! ¡Mandina haber condescendido en casarse con él para sacrificarle! ¡Una joven al parecer tan tímida y recatada! ¡Es posible! Pero, Messer Coscia, vuestra relación nada destruye mi opinión del recato y repugnancia de Mandina a segundos amores. Es verdad que

consintió en casarse con él, pero sin duda usó de esta artificiosa condescendencia por librarse de una vez de las solicitudes de Camilo y quitar a cualquier otro el capricho de pretenderla. Ya veis que esta conducta aún fortifica mi persuasión.

—Yo opino muy al contrario. Una mujer capaz de fingimiento tan exquisito y de llegar a tal extremo tiene muchos senos en su pecho y cualquier cosa se puede temer y creer de ella.

—No habléis mal de Mandina, pues sabéis la amo y tomo como propias sus injurias.

—Mas ¿qué haréis ahora estando en la cárcel y próxima a perecer en un cadalso?

—Y ¿no habría recurso para libertarla? ¡Cuánto daría por ser su libertador! ¿Qué negaría entonces a aquel a quien fuese deudora de su existencia?

—No me lisonjeo tener influjo suficiente para sacarla de las ollas de la justicia, mas no dejaré piedra por mover para acreditar mis deseos de complaceros.

—¡Cuán agradecido os estaré!

Después de esta conversación, se retiró Coscia a Peschiera y en muchos días no se dejó ver en el palacio de Scianella.

Continuaba entretanto Ambrosio siendo presa de su pasión criminal y crueles remordimientos y entregado a la más negra y profunda melancolía. Cenón era el único admitido a su trato íntimo mientras Coscia no estaba en Scianella, pero ni la compañía de este criado fiel ni sus consejos, avisos y consuelos le eran de algún alivio. Sólo y aislado, desamparado del mundo entero, ofrecía un cuadro lastimoso y terrible. Hasta el genio protector le había olvidado: enmudecieron los oráculos de la Sífida y entonces fue cuando creyó fallada su eterna reprobación en el absoluto silencio del espíritu misterioso. Arrepentido de haber con su obstinación provocado la indignación celeste y héchose indigno de sus favores, suspiraba por las apariciones sobrenaturales que, aunque ligero, siempre dejaban en su corazón algún rastro de paz y tranquilidad, efecto sin duda de la influencia de la Sífida. Ya no le inspiraba el temor que al principio la habitación suya, teatro ordinario de las escenas maravillosas y, lejos de pensar en abandonarla, permanecía en ella con mayor frecuencia esperando por fin ver interrumpido el largo silencio de su genio protector. Inconsecuencia pasmosa y contradicción del entendimiento humano, despreciar el bien presente y ordinario y echarlo de menos una vez perdido.

Varias veces trataba con Cenón de este suceso y sobre cuál podía ser la causa de haber cesado en sus prodigiosas operaciones, pero no era su criado quien podía aclarar sus dudas y restituirle la serenidad. Aventuraba éste no obstante, de cuando en cuando, algunas insinuaciones sobre el verdadero motivo del abandono de la Sífida, manifestándole ser sin duda el poco fruto que sacaba de sus apariciones el principal origen de su silencio.

—Perdonad —le dijo—, señor, habéis dado pruebas sobradas de no haberos mostrado agradecido ante sus favores¹⁷, si es cierto cuanto decís os comunicó la Sífida y si lo son también vuestras respuestas. Mi celo y adhesión a vuestra persona no os pueden ser dudosos y por lo mismo os considero bastante convencido de mi razón para atribuirlos a vos mismo la pérdida de tan poderosa protección.

—Eres demasiado cándido —le contestó Ambrosio— para conocer lo que llamas verdadero motivo. Perdono a tu celo tanta libertad, mas no sueñes despierto, no creas espantarme con maniqués como a los niños. Te hace falta el magisterio de Coscia para despreocuparte algún tanto y pulir esa tosca figura. Eres algo gazmoño¹⁸ y no sabes en qué consiste la verdadera devoción.

—Buen provecho le haga a Messer Coscia su talento, pues yo para nada le necesito y

me parece haber dado en el punto de la dificultad.

—Sea cual fuere —contestó Ambrosio con voz mal segura, sin duda acordándose de la despedida de la Sílvida—, deseara hallar quien me consolase o me diese consejo, pues ya ves —añadió con sonrisa irónica— cuán devoto soy y penitente, y los santos no se acuerdan de mí. Doy limosnas, oigo misas, permanezco horas enteras de rodillas y de nada me sirve.

—Mas ¿cuál es vuestro objeto, señor?

—Sólo tener con quien desahogarme y consolarme. Si hallases algún varón prudente y callado... ya me entiendes.

—Estáis entendido y no es preciso paséis adelante, mas dado caso de lograrse vuestro deseo, ¿será útil vuestra consulta y producirá felices resultados? Si es dura la medicina que aplique a vuestras llagas, ¿os hallaréis en disposición de admitirle? Porque yo soy testigo de la inutilidad de las aplicadas hasta aquí.

—Déjame y no me despedaces —gritó Ambrosio, agitado con estas últimas palabras de su criado. Calló algunos momentos y prosiguió como enajenado—: Dime, ¿sabes dónde paró?

—Pero ¿de quién habláis, señor?

—¿No te lo he dicho ya? ¿Dónde paró Gaudencio?

—Ignoro su paradero como también el de Stefanello y Volta desde que fueron despedidos.

—Bien, déjame solo.

—Mas, en fin, ¿qué decís sobre la diligencia de buscar un varón docto para desahogaros con él?

—¡Cenón! —exclamó Ambrosio como despertando de un profundo letargo—, ¿qué dices?

—Pienso se hallará sujeto a medida de vuestros deseos y capaz de consolaros y desengañaros.

—Y ¿quién es ése? —prosiguió Ambrosio como distraído.

—Es el ermitaño de Campione, llamado el padre Eusebio, tenido por santo en esta comarca y de quien cuentan hace milagros y adivina lo que ha de suceder.

—¿Y lo pasado también descubre?

—Creo será mucho más fácil, pues aún nosotros lo sabemos.

Calló Ambrosio y se mantuvo algún tiempo como indeciso. Finalmente dijo a Cenón:

—Es preciso vea yo a ese santo hombre y reciba de él, cuando no alivio a los tormentos, por lo menos consejo y dirección. Mañana sin más demora iremos a verle. ¿Dónde vive?

—Su ordinaria habitación es una de las muchas cavernas que hay en el territorio de Campione. Digo ordinaria porque algunas veces, aunque pocas, sale de su retiro para socorrer y aliviar a los infelices de aquel país. Su vida, según cuentan, es austera y penitente y la lleva hace más de cuarenta años. Hasta aquí había permanecido solo; mas vencido de las instancias de un joven deseoso de ser su discípulo, ha condescendido últimamente en admitirle en calidad de tal y el muchacho le cuida en cuanto puede porque el padre Eusebio es ya muy viejo. A su cueva no se puede llegar sino por agua; tiene la entrada a la parte del lago en una roca inaccesible por tierra y se cuentan maravillas de la bella distribución y arreglo de lo interior de esta cueva, abierta en peña viva y perfeccionada con ímprobo y no interrumpido trabajo por aquel santo varón durante muchos años. A nadie despiere de cuantos van a consultarle o a consolarse con él; todos son admitidos con la mayor caridad y los hace participantes con la más sincera cordialidad de las frugales provisiones, fruto de su trabajo, pues ha rehusado

constantemente aprovecharse de la devota liberalidad de los fieles que a porfía le regalaban. Pero él, agradeciendo la fineza, se ha cerrado en no aceptar, diciendo no quería ser gravoso a nadie y que se había retirado a aquel sitio para hacer vida penitente y no regalada. Por otra parte, su aspecto venerable y majestuoso infunde respeto, y sin querer inspira cierta reverencia y temor que hace suponer en él más de lo que aparenta.

—¿Luego tú le has visto?

—No una vez sola. Me he agregado a alguna comitiva cuando iban a visitarle y he tenido ocasión de verle.

—¿Cómo dijiste, pues, que se cuentan maravillas del arreglo interior de la caverna? ¿Acaso no lo viste tú?

—El ermitaño sólo recibe a las gentes en una pieza bastante capaz que forma la entrada de la cueva, pero lo interior nadie lo ha visto y todos hablan de oídas o por relación de quien habrá tenido ocasión de violar aquella clausura.

—Me has inspirado vivísimos deseos de ver por mis propios ojos lo que me refieres, y así ten prevenida la barca para mañana al romper el alba.

—Quedaréis servido, señor —respondió Cenón, y partió a dar las convenientes disposiciones.

En la ribera occidental del lago de Garda, a poca distancia de Saló, se halla el pequeño pueblo de Campione, cuyo territorio está lleno de cavernas, obra por la mayor parte de la naturaleza, aunque en algunas de ellas ha trabajado el arte para ahondarlas. Gran número de ellas se comunican por galerías subterráneas que forman una especie de laberinto y no pocas tienen salida a la flor del agua, de suerte que en tiempo de tempestades, muy frecuentes y terribles en el lago de Garda, inundan las olas y cubren la entrada de las cavernas. Mil caprichos de la naturaleza hacen deliciosa la vista de estas grutas: se disfruta desde ellas la perspectiva hermosa y encantadora del lago, unas veces como un cristal y lleno de barquillas cuyas nevadas velas y oscuro casco se retratan en la limpia y tranquila superficie; otras semejante a un mar agitado, levantando hasta las nubes sus espantosas olas y cubriendo de blanca espuma las rocas negruzcas o cubiertas de verde moho. Termina la perspectiva la ribera del lago perteneciente al territorio veronés y sus amenas poblaciones, contrastando lo blanco de los edificios con el oscuro verdor de los olivos y demás árboles que forman selvas a lo largo de las riberas.

Un elevado promontorio llamado de San Herculano domina el lago por la parte de Campione y este monte está casi taladrado por un sinnúmero de las cavernas dichas, siendo una de ellas la habitación del padre Eusebio. Sobre la punta más alta del promontorio descuella un pequeño templo dedicado a san Herculano, que da su nombre al monte*, y la piedad de los venecianos ha adornado con profusión esta casa, honrando la memoria del santo obispo de Brescia. Tal era el sitio adonde Ambrosio había determinado ir a buscar remedio a su despedazado corazón y tranquilidad a su dañada conciencia.

Amaneció el día siguiente y cuando el sol doraba con sus rayos benéficos las cumbres de los Alpes entraba el marqués de Scianella en una barca acompañado del fiel Cenón; soltaron la vela y poco a poco fueron dejando atrás la punta de San Firmo. De los dos marineros que gobernaban el barco, el más anciano al parecer era taciturno y algo melancólico, el más joven por el contrario era alegre y amigo de hablar: así luego que nuestros viajeros pusieron el pie en el barco, dirigió la palabra a Cenón quien le pareció más al propósito para departir con él.

—En verdad, amigo, os aseguro que en mucho tiempo no he hecho viaje tan divertido

como el presente, pues hace años que parece anden por el lago una legión de demonios (Dios nos libre) –y al decir esto se hizo la señal de la cruz y prosiguió–. Las borrascas se seguían unas a otras y nunca ha habido más desgracias en el lago. Sólo este año se cuentan mas de veinte muertes: dos en Garda, cinco en Rivoltella, tres estrellados contra la punta de San Firmo, uno en la boca del Sarca, tres juntos a Tórboli, cuatro en Saló y los demás los echaron las olas a la ribera. Pero más os pasmará lo que voy a deciros.

–Siempre te he dicho, Barreto –dijo entonces el marinero taciturno–, que tu lengua te ha de perder. Habla menos y trabaja más.

–Nada os importa si entretengo el trabajo del camino divirtiéndolo a los viajeros, y los señores me agradecerán la fineza. No hay hasta ahora quien no haya preferido ir en mi barca, sólo por oírme referir historias y cuentos, y más cequines me ha ganado mi labia que la fuerza de mi brazo.

–Cuidad no os gane algún golpe del cual no podáis curar tan fácilmente.

–Siempre son regañones los viejos y cuando no tienen a quién regañan hasta a su sombra; pero dejaos estar, que el nombre de Barreto es conocido asaz y saben todos que en hablar yo no hago mal a nadie; cada cual se amaña como puede y por el bendito san Herculano os juro que ocho años hace navego por el lago, amén de seis viajes que he hecho por el Adige de Trento a Ferrara y otros desde Venecia a Trieste, Capo d’Istria y Cefalonia; he tratado con moros, turcos, levantinos y toda casta de pájaros; a todos he divertido, a todos he aliviado con mis dichos el peso *della tasca*, y Barreto ha sido tan famoso en todo el golfo y señoría veneciana como el Taso y Ariosto. No os dé pena por cuanto dijere puesto que mis dichos a nadie rompen costillas.

Atentísimos estaban nuestros dos viajeros a las palabras del locuaz marinero, pronunciadas con increíble rapidez. Su atolondramiento e inconsideración le impidieron advertir la necedad de explicarse en aquellos términos con gente desconocida, pues tal eran para él Ambrosio y su criado. El primero llevaba un traje ordinario y un grande sombrero le cubría casi todo el rostro, manteniéndose en silencio sentado sobre el banco de popa. Cenón no había declarado a los marineros quién era su amo al tiempo del ajuste, y en el concepto de ambos pasaba por un particular deseoso de visitar por devoción la ermita de San Herculano y al santo padre Eusebio. Cenón seguía el diálogo con Barreto, quien le dejaba pocos momentos para hacer el papel de segundo interlocutor, pues las palabras se atropellaban en su boca y el dialecto veneciano comunicaba mayor flexibilidad a su lengua y mayor rapidez a las voces.

–Decía yo –continuó dirigiéndose a Cenón– que os pasmará más oír el motivo a que atribuyen tantas desgracias en este año. Motivo a la verdad poderoso y aún me admiro no se hayan desencadenado las aguas y sorbido el lago toda la ribera de Saló, y debe atribuirse a especial providencia de Madonna y protección de los benditos san Firmo y san Herculano quedar vivo uno solo de cuantos viven en ella. El caso no es para menos. ¿Visteis, *mio signore*, desde el lugar donde os habéis embarcado, aquel palacio que está en la montañuela? Pues aquélla es la habitación de los diablos (*Madonna mi servi*) y sólo se aguarda el día en que carguen con la casa y todos los que la habitan. Ya podéis entender, hablo del palacio de Scianella, donde desde la muerte del último marqués corre la voz que se han aposentado los duendes de todo el estado veneciano y tienen trato familiar con ese maldito... ya me comprendéis. Pues ahí es un grano de anís cuanto corre en boca de todos; si supieseis... temo fiarme de vos; pero en fin, parecéis honrado y no habrá peligro en descoserme. Con vos serán ya veinte los que lo han oído de mi boca y todos se hacían cruces de maldades tan horribles. Yo no digo sino cosas públicas, porque

debéis saber que a pocos días de la muerte del marqués...

—Mirad —dijo Cenón—, no erremos el camino; vaciad pronto, pues la lancha hace agua.

—No temáis naufragar —respondió Barreto, inclinándose a coger una vasija destinada a este efecto—, pues yo salgo con mi cabeza responsable de vuestra vida.

—Poco me importaría que os hiciesen añicos después de muerto yo —prosiguió Cenón, procurando desaguar al imprudente marinero por otro lado su flujo de historiar.

—No hay peligro, os repito; si no mirad si es posible haga mella un cañón de a veinte y cuatro en estas tablas de un palmo de recias. Barquilla es ésta que ha sabido resistir a toda una tempestad del lago de Garda. ¡No digo nada! Eso sí, volaba como si la soplasen con fuelles por la popa, y no queráis saber más, sino haber hecho en doce millas el viaje de Riva a Rivoltella. ¡Eh!, ¿digo algo?

—No decís poco ni tampoco mucho pues yo sé quién ha hecho dicho viaje en ocho millas.

—¡Voto a san Firmo! Eso es un solemnísimo embuste. ¡Cómo! ¿De Riva a Rivoltella? Amiguito, tenéis poco exacta la corredera y yo os haré ver...

Interrumpió el torrente de palabras de Barreto una ráfaga de viento, obligándole a entender la maniobra por algún tiempo; pero mientras ayudado del compañero dejaba corrientes las velas y cables, no cesaba de seguir en su impertinente conversación.

—Olvidábame ya de contaros la historia que os prometí y ya tenía comenzada; historia terrible, historia espantosa y según creo o ha dado o dará en qué entender a la justicia de Brecia. Como decía, el joven marqués de Scianella... ¿le conocéis?

—Como a mis manos —dijo Cenón impaciente.

—Tanto peor para vos, pues más os valiera conocer a Scoroncóncolo, que según dicen es pariente algo cercano de Barrabás, o a Messer Coscia que a Ambrosio. No he tenido más alegría que el día de la despedida de un pariente mío, desde muy atrás criado suyo. Sólo estar allí bastó para que yo no le saludase, pues temía me pegase con su aliento algún hechizo de los duendes de aquella casa. Varias veces le dije: «Gaudencio, ¿cómo no dejas esa casa encantada y te vas a vivir a otra parte? Porque yo tengo para mí que el día menos pensado llega una legión de demonios y se os lleva en volandas por esos aires». Pero él me respondía con mucha sorna: «Barreto, no hagas caso de necios, déjalos estar...», y con esto se quedaba. Finalmente, quiso Dios lo despidiesen de grado o por fuerza a pocos días de la muerte del viejo y, aunque no he sabido de él más siquiera, tengo el consuelo de saber ha salido de aquella casa de Satanás. Ahora, ¿quién sabe donde estará? ¿Habéis oído algo, *mio caro*?

Era tanta la precipitación y rapidez de su pronunciación que Cenón no podía cortarle, aunque varias veces lo intentó. Ambrosio permanecía en su profundo silencio, pero es fácil de concebir cuánto pasaría en su corazón oyendo las palabras del indiscreto marinero. Pero a la última pregunta dirigida a Cenón no fue ya dueño de sí mismo y, levantándose del banco con furor, con el movimiento cayó el sombrero que le cubría y dejó ver un rostro pálido y dos ojos centelleantes; sacó un puñal y se precipitó sobre Barreto para atravesarle, si no se pusieran por medio Cenón y el anciano marinero.

—Infame —dijo—, ¿conoces al marqués de Scianella? Ve al infierno a aguardarle y a disponerle la habitación —Barreto quedó como una piedra cuando vio al desconocido pugnando por desasirse de los dos que le detenían y conoció entonces toda su imprudencia; pero aterrado con la vista del puñal, se puso de rodillas y exclamó con el acento del miedo:

—*Mio signore pietosissimo e colendissimo*, perdonad a esta *cattiva* criatura lo sobrado

largo de su lengua. Ignoraba el honor que tenía de hablar con el excelentísimo, ilustrísimo y eminentísimo *signor* marqués de Scianella, conde de Cuatro Castelli y Barón de la Valsana. Perdonad a Barreto, así Madonna delle Grazie os lleve con bien al término de vuestro devotísimo viaje.

Permanecía diciendo esto arrodillado en la barca mientras Ambrosio vuelto a su ensimismamiento¹⁹ caló por segunda vez el sombrero y sentose en el banco de popa. Cenón hizo levantar a Barreto y le dijo atendiese a la maniobra con más diligencia. Hízolo con toda exactitud y en todo lo restante del viaje no desplegó sus labios, aunque en su corazón no dejaba santo a quien no se encomendase, dando de tiempo en tiempo algunas miradas de espanto y recelo al terrible desconocido y manteniéndose en la proa inmóvil, pues afortunadamente el anciano gobernaba el timón junto al cual iba sentado Ambrosio.

Llegaron finalmente a la vista del promontorio de San Herculano sin accidente particular, y Cenón dijo al viejo timonero dirigiese la barca a abordar a la playa, pues querían orar en la ermita algunos minutos antes de pasar a visitar al padre Eusebio. Obedeció a aquél sin dilación y en pocos minutos saltaron a la playa arenosa y emprendieron la subida a la capilla situada en la cumbre del promontorio. Vieron en efecto la falda de la montaña llena de agujeros, que eran bocas de las cavernas, unas accesibles por tierra y otras, entre las cuales se distinguía una por la entrada más ancha que las demás, sólo penetrables por agua. Quedaron los dueños de la barca en aguardar a que acabasen su oración los dos viajeros para conducirlos después a la boca de la cueva del padre Eusebio.

Vencida una tortuosa y enhiesta escalera abierta en la peña, llegaron el marqués y su criado a una explanada de bastante extensión desde donde se descubría la mayor parte del lago y poblaciones de la ribera. Era la ermita de elegante arquitectura y ocupaba la mayor parte de la explanada. Su fachada jónica tenía tres puertas, las dos colaterales daban entrada a la habitación de los dependientes de la capilla y a la de huéspedes y peregrinos, y la principal al templo. Éste, como dijimos, estaba ricamente adornado, con especialidad el retablo principal, donde se veía de mano diestra la estatua de san Herculano, titular de la capilla. El oro, plata, lapislázuli y otras piedras preciosas se veían con profusión distribuidos en lo interior de aquella preciosa fábrica. El templo estaba lleno de peregrinos atraídos de la devoción y aquel santuario resonaba con las alabanzas del Altísimo y con los suspiros de la compunción.

Entraron Ambrosio y Cenón, y se colocaron a orar en un rincón de la capilla por no atraerse demasiado las miradas de los curiosos, pues el marqués quería evitar le conociesen. Entre los particulares que había en aquel pequeño templo notaron una mujer vestida de blanco, cuyo rostro no pudieron ver por tenerlo cubierto con un velo y al parecer estaba sumergida en fervoroso recogimiento, porque permanecía inmóvil en medio del movimiento continuo que la rodeaba, y postrada ante el altar desahogaba con frecuentes suspiros las penas de su pecho, al parecer aquejado de alguna pena oculta y violenta.

Concluida la oración, dejó Ambrosio una limosna considerable en el sitio destinado a recogerlas y salió de la capilla. Mientras bajaban al monte para embarcarse otra vez:

—¿Has notado —preguntó a Cenón— a aquella desconocida colocada en el presbiterio de la iglesia?

—No sólo la he visto sino que también me ha sorprendido el traje y aún más su profundo recogimiento, y me han entrado vivos deseos de consolarla.

—Mas ¿quién te parece puede ser?

—Una de las muchas a quienes la devoción conduce a estos lugares. Eso es lo más verosímil. Mas yo me informaré para satisfacer vuestra curiosidad y la mía.

Cuando llegaron a la playa, Barreto había desaparecido y sólo quedaba en la barca el marinero anciano. Ambrosio no hizo alto en la falta de su panegirista, pero el compañero dijo a Cenón haberle sido imposible reducir a Barreto a volver con ellos a Scianella, a pesar de cuanto le puso por delante. Que había partido en otra lancha, diciendo que le aguardaría en Saló adonde debía ir a buscarle. No obstante, a la vuelta no faltaría otro marinero para la maniobra y él mismo se encargaba de buscarle durante su conferencia con el padre Eusebio. Diciendo esto ya habían entrado en el barco. A poco rato abordaban a la entrada de la caverna.

Salió a recibirles un ermitaño con la capucha calada, lo cual impedía reconocer sus facciones, y con urbanidad les preguntó el objeto de su viaje.

—Venimos —respondió Cenón— a tratar con el padre Eusebio algunos asuntos de entidad y deseamos saber si le incomodará nuestra visita.

—Aunque de algunos días a esta parte se halla bastante fatigado de dolores y postrado en el lecho, siendo necesaria su presencia a sus avisos para el consuelo de un afligido o corrección de un delincuente, jamás se niega la entrada. Pasad adelante.

Y dicho esto, quedose a la puerta de la caverna y comenzó a leer en un libro que llevaba en la mano mientras Ambrosio y Cenón entraban en aquel lugar de penitencia y soledad. Después de atravesar una especie de atrio o vestíbulo entraron en una pieza reducida adonde no penetraba otra luz que la de la puerta, y aunque escasa, era suficiente para distinguir con bastante dificultad cuanto en ella había. Era un cuadro pequeño. En un rincón se veía una mesita y sobre ella algunos libros, un crucifijo y un reloj de arena. Pendían de la pared varios instrumentos de penitencia y sólo se descubrían dos sillas de madera. Finalmente un ángulo lo ocupaba la pobre y estrecha camilla donde descansaba el solitario sobre una estera y las tablas desnudas, y en la pared opuesta a la entrada había una puerta cerrada, paso sin duda a habitaciones interiores. El padre Eusebio se mantenía recostado sobre una cabecera de madera, vestía una túnica de paño tosco ceñido con una cuerda áspera de esparto. Jamás se despojaba de este humilde traje ni aun con motivo de enfermedad; finalmente, todo respiraba mortificación y penitencia, y alejaba hasta la más pequeña idea de regalo y comodidad.

El padre Eusebio, luego que oyó entrar a los forasteros, se incorporó algún tanto sobre su humilde lecho y fijó la vista en la boca del aposentillo. Su semblante pálido y descarnado era vivo retrato del hombre penitente y enajenado ya de las cosas del mundo, y el verle recordaba la idea del varón prodigioso cuya fama volaba por toda Italia.

—Perdonad, reverendo y santo padre, si la necesidad nos obliga a seros molestos —dijo Cenón entrando en el aposento.

Seguíale Ambrosio trémulo y vacilante sin atreverse a desplegar sus labios, con el corazón oprimido de remordimientos y de temores sobre el éxito²⁰ de su visita.

—Acercaos, hijos —respondió con voz débil el solitario—, y sabed no incomodan las molestias corporales a quien le falta cuerpo para sentirlas. Sólo son capaces de hacer impresión en mi espíritu las necesidades y aflicciones de la humanidad. Cenón —prosiguió en voz más alta—, retiraos, y vos, Ambrosio, marqués de Scianella, venid.

Quede a la consideración del lector la admiración y pasmo de entrambos al oír estas palabras. Cenón, lleno de espanto y creyendo ver el oráculo del cielo hablando por boca del ermitaño, se retiró. A Ambrosio le parecía ver descender al ángel de la muerte a

revelar al anacoreta su conciencia y recorrer a sus puros ojos el negro velo que la cubría. Agobiado con el peso de esta reflexión, cayó sollozando a los pies de la cama del padre Eusebio sin poder articular palabra.

—¿Son estos sollozos el acento del delincuente arrepentido? —le dijo con voz dulce y suave el varón solitario—; marqués de Scianella, ¿qué decís?

—Veo —respondió con voces mal articuladas— que el cielo os ha manifestado el horror de mi situación, la resolución de venir a consolarme con vos. Decidme, supuesto que la completa noticia de mi vida me excusa el rubor de descubrirme y ofender vuestros oídos con la horrorosa historia, ¿qué debo hacer?

—No me ha revelado el cielo la disposición que traéis para aprovecharos de sus inspiraciones y voluntad declarada por el débil órgano de esta lengua pronta a consumirse en el seno de la tierra.

—Mandad y seréis obedecido. Mas ¡ay!, ¿cómo volverá la paz a este corazón delincuente?

—Ambrosio, os repito las palabras pronunciadas en otra ocasión por el ser misterioso destinado por el cielo a vivir con vos y velar sobre vos. No se logra el perdón de crímenes irremediables²¹ mientras no se cancelan los males que está en nuestra mano remediar. Sois criminal —prosiguió como inspirado y forzado de impulso superior—, me son patentes los senos de ese contaminado pecho, leo en los rasgos de ese rostro y los trazos de esa fisonomía me descubren cuanto deseo saber, veo esa mano... Los tormentos del infierno son más soportables que los de tu alma. Y ¿anhelas por la paz? ¿Quién te la prometerá? ¿Un arrepentimiento estéril y tal vez interesado? ¿Imploras la clemencia del cielo cuando lo ultrajas con la mayor maldad? ¿Cuando tiendes una mano suplicante mientras con la otra disparas el dardo contra él? Oyeme, oye el único medio de cicatrizar las llagas de tu corazón. Restituye a tu inocente esposa al goce de sus derechos, renuncia a una pasión criminal y origen de nuevos crímenes. La claridad con que veo lo recóndito de tu pecho debe servirte de confirmación para creer habla el cielo por mis labios. No esperes paz sin estas condiciones.

—Yo os lo juro —dijo Ambrosio anegado en llanto—, resarciré cuantos daños he causado; ojalá mi reparación sirva para aplacar la justicia celestial y mitigar la atrocidad de mis tormentos.

—Yo te lo prometo si cumples tu juramento —dijo con acento compasivo el padre Eusebio tendiéndole los brazos, en los cuales se precipitó sintiendo por la vez primera algo aliviado el corazón del enorme peso de sus remordimientos. ¡Efecto admirable de la resolución heroica de un corazón arrepentido! La virtud difunde hasta muy lejos la balsámica influencia de sus celestiales aromas, y a un pecho criminal, pero deseoso del remedio, basta el deseo para que brille en él si no el lleno de su resplandor cuando menos el dulce crepúsculo de la esperanza, anuncio feliz de la próxima llegada de la felicidad. Dio el santo varón algunos consejos al marqués, fortificándole en el propósito y resolución de restituir a su esposa y abandonar su criminal pasión a la desgraciada Mandina. Ambrosio no vuelto en sí del asombro de haber encontrado un profeta, a quien eran patentes sus secretos sin haberle visto antes, despidiose de él y salió a la puerta de la caverna.

Aguardábale Cenón: despidiéronse ambos del ermitaño, compañero del padre Eusebio. El barco aguardaba donde a Barreto había sustituido otro marinero. Subieron y un viento fresco hinchó la vela. Gobernaron hacia la punta de San Firmo. Ambrosio y Cenón permanecieron silenciosos todo el viaje. En breve tiempo dieron vista al palacio de

Scianella. Saltaron a tierra y, agradeciendo generosamente Cenón a los marineros su trabajo, se apartó de ellos y con su amo se dirigió al palacio cerca de anochecer.

Capítulo X

Las disposiciones para la virtud de un criminal endurecido son por lo común falibles, necesitan muchas pruebas para acreditarse de eficaces. Las del marqués de Scianella requerían otros medios para fortificarse. Desde luego el móvil principal de ellas era el deseo de descansar de sus continuos y terribles tormentos. Como dijimos, hallaba en la memoria y tenaz recuerdo de Mandina recursos para adormecer de cuando en cuando la acerbidad de sus penas. Falto por otra parte de consejos y destituido de un amigo virtuoso cuyo ascendiente le impusiese, hallábase como abandonado a sus fuerzas y luchaban en su corazón los hábitos y pasiones gigantes de muchos años con la débil virtud de un día. No era, pues, dudoso el éxito de la lucha.

Ambrosio comunicó a Cenón la resolución de volver a llamar a Lucrecia y resarcir con una deferencia y amor sin límites los agravios que le hiciera. Cenón alabó tan acertada medida y se ofreció a coadyuvar en cuanto pudiese a la ejecución de aquel propósito que tantos bienes prometía. Acalorado Ambrosio con el sentimiento pasajero inspirado por las palabras del solitario de san Herculano, resolvió a todo trance renunciar a Mandina y sacar a Lucrecia del encierro. No estando ya en poder de Coscia encargado de su custodia, aguardó con impaciencia a que viniese como acostumbraba a Scianella para ordenarle la buscase sin detención, y previno a Cenón se dispusiera a partir a buscarla en compañía del preceptor y la condujese a palacio. No se hizo Coscia mucho de aguardar. Pasados dos días desde el viaje del marqués a las cuevas de Campione, llegó a Scianella.

—¡Albricias! —exclamó al ver a su discípulo—, sabed que en breve va a recobrar Mandina su libertad. Dicen que la causa presenta buen aspecto y añaden aún que hay quien dice conocer al verdadero asesino de Camilo. Aunque éste ha desaparecido, faltan pruebas de la verdad, y así dentro de poco estará la rapaza a vuestra disposición.

Escuchaba Ambrosio a su preceptor con semblante taciturno y distraído, lo cual notado por éste:

—¡Cómo! —le dijo—, ¿no os alegran noticias tan lisonjeras? Y en lugar de las albricias ¿me recompensáis con mala cara?

—No estoy para chistes ni burlas y mi seriedad es preferible a cuantas alegrías pudiera tener en el mundo. Messer Coscia, os prohíbo hablar de Mandina de hoy en adelante y es indispensable que mi esposa vuelva cuanto antes a habitar y mandar en esta casa.

Coscia, con el aire de la incredulidad, miró al marqués cuando hubo hablado así y, no acabando de maravillarse, le dijo:

—Os pido, señor, me habléis con seriedad y deseo saber si debo tener por efecto de vuestro buen humor o del deseo de chancearos conmigo estas intimaciones.

—Os repito que no me chanco y disponeos a obedecerme y a buscarla. Mañana partiréis con Cenón, quien está encargado de conducir acá a mi esposa.

—Señor, me dejáis atónito. ¿Cuando no sólo me disponía a daros felices nuevas de la libertad de Mandina sino aún más felices de su inclinación a vos, salís con ésa?

—No tratéis de seducirme, pues demasiado caro me cuesta vuestro magisterio, y a terrible precio compré las lecciones dadas por vos en mis primeros años.

—No trato de seduciros, sino que me reservaba colmar vuestros deseos y regocijos

manifestándoos que Mandina, irritada contra Eugenio por haberle abandonado... Pero me canso en balde y es inútil mi celo. Disimulad y voy a obedeceros.

—No, Messer Coscia, proseguid: ¡conque en efecto Mandina...!

—Irritada, según dije, del abandono de Eugenio de quien nada ha oído y esperando más de vos para contribuir a su libertad, se ha declarado con Volta vuestro criado, quien después que le despedisteis logró el destino de carcelero en Mantua, donde se halla en la actualidad, y le ha manifestado cuán agradecida será si llega a deberos su libertad. Esto venía a deciros, pero vuestras recientes disposiciones inutilizan mis buenos deseos y las bien fundadas esperanzas de alcanzar la posesión del bien que anhelabais, y así no os hablaré más del asunto.

Conocía demasiado el perverso preceptor el temple del corazón de su discípulo y puso en movimiento los resortes que sabía no podían menos de surtir su efecto, como realmente lo produjeron. Ambrosio, paladeado con la idea lisonjera de su afecto correspondido y halagada su vanidad con la adulación sagaz y encubierta de Coscia, olvidó al instante su juramento y propósito y ya no vio en todo el mundo sino a Mandina.

—Aún tenía otra cosa que deciros —continuó el infame—, si no temiese incomodaros: bien es verdad no importa lo ignoréis, pues no merece la pena de saberse.

—Os digo no me ocultéis cosa alguna, pues no me gusta oír a medias.

—Enhorabuena; sabed, pues, que casualmente encontré a Asela en...

—¡A Asela...!, y ¿qué os dijo?

—Nada más sino manifestar su amargo pesar por haber condescendido en complacer a su señora en mengua y deshonor vuestra.

—¿Luego Lucrecia es delincuente? —esclamó Ambrosio como atónito y lleno de incertidumbre.

—Creí jamás habíais dudado de ello y me admira vuestra exclamación.

—Pero ¿cómo puede componerse esto con...? —y no se atrevió a pasar adelante. Conoció el astuto Coscia le ocultaba algún secreto.

—Señor marqués, respeto vuestros secretos, aunque injuriosos a mi celo y a la franqueza que forma mi carácter; pero ¿me permitiréis atribuir el motivo de vuestra mudanza a algún agente secreto de la marquesa?

—No, Messer Coscia, el cielo mismo sale garante y testigo de su inocencia.

—¡El cielo! Señor marqués, tranquilizad vuestra agitación y no hagáis caso de ilusiones.

Creyó Coscia ser las palabras de Ambrosio síntomas de una próxima accesión de la enfermedad melancólica y por eso trató de distraerle.

—¡Ilusiones! ¡Ilusiones! —repitió Ambrosio con énfasis—. ¿A qué llamáis ilusiones? ¿Es acaso a las repetidas intimaciones o incesantes cuidados de la benéfica Sílida? ¿Es por ventura a la prodigiosa y divina ciencia y penetración del solitario de san Herculano? Ved aquí las ilusiones que me seducen, he aquí los prestigios que me arrastran y los hechizos que me encantan.

—¡La Sílida! —dijo para sí Coscia—, ¡la Sílida! ¡El solitario de san Herculano! Por la Virgen de Loreto, ha perdido el seso.

Y se disponía a llamar a Cenón para socorrer a su amo, si advirtiéndolo éste no le detuviera, añadiendo:

—No extrañéis os haya hecho un misterio de sucesos que yo mismo tenía por efectos de superstición pueril y hasta ayer calificaba de ilusiones, y creed deben ser muy poderosas las razones capaces de hacerme parecer preocupado. ¿Sabeislas por ventura?

Coscia le miraba sin pestañear aguardando el fin de aquel exordio tan extraño; y aquél,

sin esperar respuesta, prosiguió:

—Mi propio criado Cenón es testigo de la verdad de mis relaciones; vais a saber los prodigios de que ha sido teatro este palacio en el tiempo de vuestra ausencia.

Contóle entonces por extenso las apariciones de la Sílfiga sin ocultarle la más mínima circunstancia de tan pasmoso suceso y sucesivamente su viaje a las cavernas de Campione, con el admirable resultado de su visita al prodigioso padre Eusebio y las resoluciones que en consecuencia había tomado de restituir a su esposa y renunciar a Mandina, recobrando a este precio la tranquilidad de su espíritu.

Tuvo motivo Coscia de felicitarse de sus falsedades cuando hubo escuchado la relación de su discípulo y, sospechando astuto había de por medio algún ser interesado en arrebatar de las uñas de las pasiones al infeliz marqués, se persuadió de la intervención de un agente misterioso cuyos pasos se proponía desde entonces seguir. Realmente, aunque no penetró la causa, conoció desde el principio de su conversación con Ambrosio la mudanza ocurrida en éste y, convencido de no poder ser otra sino la que dijese relación con su esposa o con Mandina, tuvo la precaución de disipar de antemano las preocupaciones del marqués, y fue acertada su malicia porque no se hicieran tan creíbles al infeliz Ambrosio los engaños del perverso si se los refiriera después de haberle él descubierto su pecho; y con razón pudiera temer los atribuyese al interés que tenía en destruir los efectos del oráculo de la Sílfiga y consejos del padre Eusebio, y de estorbar la conversión y arrepentimiento de su corazón.

Como quiera que fuese, cuanto refirió Coscia al marqués tocante a Mandina, y mucho más a su casual encuentro con Asela, fue todo una mera ficción y sólo era cierto que Volta, criado antiguo del marqués y uno de los que fueron despedidos a pocos días del fallecimiento del padre de Ambrosio, se retiró a Mantua, su patria, donde logró el destino de carcelero por influjo de algunos parientes. Éste fue el mismo a quien Eugenio y Claudio debieron tantas atenciones durante su prisión, pues al instante conoció al primero cuando los encargaron a su custodia, aunque no fue conocido de Eugenio, ya por la mudanza de traje o porque la aflicción y trastorno causados en su pecho por la ignominiosa desgracia no le dejaban atender ni pensar más que en sí propio.

Prosiguió Coscia en desvanecer con su perversa elocuencia y corrompida filosofía, y sofocar las semillas de virtud que la Sílfiga y el solitario habían derramado en Ambrosio.

—Creí —le decía con aire irónico— que estabais suficientemente escudado con mis primeras lecciones contra esas puerilidades y supersticiones de viejas, y no os queráis hacer risible al mundo con vuestras necedades.

—De otro cualquiera no sufriría tales reconvenciones; pero decidme: ¿a qué atribuíis las apariciones de la Sílfiga?

—A exaltación de vuestra fantasía.

—¿Y la penetración del padre Eusebio?

—No la llaméis penetración, sino prevención. No os persuadáis que hablase el solitario con tanta seguridad, si no estuviese instruido de antemano.

—Y ¿quién podía instruirle? Cenón, el único capaz de hacerlo, pues fue el único depositario de mi resolución, no se separó de mi lado. Además, si las palabras de la Sílfiga son ilusiones y efectos de exaltación de fantasía, ¿cómo estaba tan impuesto el ermitaño en este acaloramiento que penetró no sólo el acceso de frenesí, como vos decís, sino repitió hasta las mismas palabras que mi imaginación me habló en las fantásticas apariciones?

—A no ser que digamos, concediendo la realidad de esos oráculos, deberse atribuir no a

causa sobrenatural sino a algún pícaro interesado en haceros juguete de vuestra credulidad, y que este mismo se ha confabulado con el ermitaño para alucinaros, obligándoos a seguir su voluntad o más bien su capricho.

—Y ¿quién crees capaz de tratarme de ese modo?

—Señor, perdonad mi sospecha maliciosa, pero vuestra esposa...

—¿Lucrecia? Vos deliráis... ¿mi esposa...?

Aquí calló un momento como reflexionando y continuó con viveza:

—Mas es imposible. Mirad, las apariciones tuvieron principio un mes antes de su fuga; es en consecuencia absolutamente sin fundamento vuestra presunción. Mas concediéndoo que así fuese, siempre existe en pie la dificultad. Bien podía tener relaciones con el solitario o con cualquier otro, mas es cierto que sin espíritu de profecía no pudo éste conocernos a mí y a Cenón, pues nos presentamos a él sin pre venirle ni comunicar nuestra resolución a persona alguna.

Pensativo y abrumado quedó Coscia, no pudiendo desatar el convincente argumento de Ambrosio que en realidad no tenía réplica. Todas las soluciones posibles o verosímiles se estrellaban en el hecho incontestable de haber adivinado sin conocerlos quiénes eran y el objeto de su venida. Los únicos de quienes se podía temer engaño no se hallaban en estado de usar de él; y Coscia, a pesar de su depravación e impiedad, si no se atrevía a calificar estos sucesos de prodigios y efectos sobrenaturales, ignoraba a lo menos el camino de referirlos a accidentes puramente humanos, ya que las palabras del solitario destruían completamente la sospecha de ilusión en tener por ciertos los oráculos de la Sífida.

Dio a Ambrosio algunas respuestas vagas e incoherentes, nada a propósito para tranquilizarle, y le dejó para ir a tratar de averiguaciones importantes, pues se proponía nada menos que descorrer el velo impenetrable que cubría de tinieblas la vida triste y melancólica de Ambrosio. Éste, olvidando bien pronto sus protestas y juramentos, y enardecido con la idea del próximo logro de sus deseos, sintió resfriarse su ardor efímero con la misma facilidad con que había prendido en su corazón, y acabó de manifestar cuán incorregible y réprobo se hace el hombre cuando el peso de las maldades le abruma, y hace inútiles sus esfuerzos para echar de sí la enorme mole bajo la cual gime sin esperanza. Sus remordimientos no eran ya tan crueles e intolerables pero le agitaba el temor de que se descubriesen sus iniquidades, conociendo cuán presto las expiaría en un afrentoso patíbulo. Su vida misántropa y solitaria le impedía informarse de los rumores y hablillas del vulgo; creía ignoraban todos quién era, y vivía en una absoluta separación del mundo. El limitado círculo de sus relaciones se reducía a Coscia y sus pocos criados, entre quienes Cenón obtenía la preferencia y era como el favorito por haberse con su incansable celo hecho acreedor a la confianza del marqués. Pero no podía echar de sí las palabras del locuaz Barreto y de ellas infería no ser tan ocultos sus delitos como había supuesto hasta allí. En particular su parentesco con Gaudencio le hacía estremecer, pues tenía razones para suponer reclamarían de él este criado suyo, aunque según la voz común había sido despedido.

Hasta aquí un denso velo ha cubierto de misterios los pasos de casi todos los personajes principales que figuran en esta historia, y se hace indispensable aguardar a que los sucesos mismos vayan declarando y descubriendo los arcanos, cuyo desenlace se teme y espera con impaciencia.

No era menor la de Coscia en penetrar y sondear los senos del corazón de Ambrosio. No se le ocultaban los remordimientos de éste y su acerbidad bastante para trastornarle la

razón y exaltarle hasta el más espantoso delirio y frenesí; veía que algún crimen atroz era el principio y causa de sus accesos; casi la sospechaba, mas no podía asegurarlo y no dudó adquirir un ascendiente más despótico sobre el corazón de Ambrosio si conseguía apoderarse del terrible secreto. Desde entonces se dedicó a espiarle, ofreciéndole para esto la más bella ocasión el envite que aquél le hizo de venir a habitar en su compañía, pues ya se le hacía insoportable la soledad en aquel palacio. Aceptó con gusto una oferta tan conforme a sus intenciones y que le excusaba el trabajo de adelantarse a pretenderlo; y trasladando de Peschiera todos sus efectos al palacio de Scianella, fue desde entonces contado por uno de la familia.

Cuando Ambrosio le confió todas las prodigiosas palabras y apariciones de la Sílvida, se reservó sin embargo el terrible oráculo de un misterioso ser cuya fuerza le obligó a saltar del lecho despavorido y dando un alarido espantoso. Si Coscia oyera algunas palabras alusivas a la *urna sangrienta*, sacara sin duda ilaciones y éstas le condujeran o al término de sus indagaciones o cuando menos a punto de donde no le fuese ya difícil preverlo. Mas todo lo hacía inútil la reserva de Ambrosio. Tentó varios medios, ya valiéndose de la dulzura para inspirarle confianza y franqueza, ya refiriéndole él mismo delitos atroces, o verdaderos o fingidos que él mismo aseguraba haber cometido para incitarle a desahogarse con él, ya valiéndose de su funesto ascendiente y haciéndole temer no fuese su perdición la falta de franqueza si acaso algún malévolo trataba de perjudicarle, y él se hallaba aislado y falto de quien le diese consejo. Pero en todo esto siempre escondía su intención dañada, como el escorpión que oculta su cola envenenada hasta el momento de clavar a su salvo el aguijón. Todas las diligencias de Coscia fueron infructuosas y se estrellaron contra el obstinado silencio de Ambrosio, quien no dejó traslucir cosa capaz de imponer a su maestro en lo que era objeto de sus deseos.

Vio finalmente éste ser forzoso recurrir a medios más eficaces para descubrir el secreto, pues no eran pocas las ventajas que se proponía sacar de semejante descubrimiento, y la principal de todas acrecentar el ascendiente fatal sobre su discípulo, y tenerle, por decirlo así, encadenado y esclavo de su voluntad, viéndole poseedor de un secreto con el cual tenía en la mano su vida y su muerte. La prohibición de Ambrosio a sus criados en orden a seguirle en sus excursiones nocturnas, aunque severa y rigurosa y obedecida con exactitud de todos ellos, fue puntualmente el medio escogido por Coscia para recorrer el velo a los misterios de la iniquidad. Resolvió estar a la mira y aprovecharse de la primera ocasión en que Ambrosio, atacado de su dolencia habitual y melancólico delirio, recorriese de noche las habitaciones desiertas y subterráneos del palacio para seguirle con precaución, evitando ser notado, y a favor de este artificio arrancar a la demencia y furor un secreto que le era imposible arrancar a la tranquilidad y calma.

No tardaron muchos días en que Coscia, cuya habitación estaba contigua a la del marqués y por lo mismo tenía ocasión de velar más de cerca sobre sus pasos, oyó poco antes de medianoche un rumor, indicio cierto de haber llegado el momento de aclarar sus dudas y descubrir cuanto deseaba. Cenón dormía, según dijimos, en la misma pieza que el marqués desde las primeras apariciones de la Sílvida; pero en conformidad a sus órdenes se mantenía quieto, aunque le viese dejar el lecho y ausentarse, debiéndose únicamente extender su vigilancia y cuidado de su amo dentro del recinto del aposento. De aquí es que, aunque le oyó levantarse, permaneció inmóvil y silencioso y aguardó su vuelta sin moverse del aposento. No lo hizo así el perverso Coscia, quien al oír el estruendo se levantó y salió a la puerta de su habitación, a tiempo que el desgraciado Ambrosio atravesaba por delante de ella y se encaminaba en derechura a las desiertas

donde había vivido su padre. Coscia comenzó a seguirle a cierta distancia y fue testigo de cuanto ejecutó en el acceso de su delirio, y que sin duda no era sino repetición de lo que hacía cada vez.

Ambrosio entró en la alcoba donde murió su padre y donde se conservaba el lecho que recibió su último suspiro y el de la buena e inocente Gertrudis. Los retratos de ambos se dejaban ver en las paredes y, aunque mudos y silenciosos, no sólo miraban fijamente a su hijo sino le seguían con ojos penetrantes de cualquier punto que los mirase. Estremecido con la presencia de aquellos seres cuyas virtudes eran otras tantas voces para condenarle se precipitó sollozando contra el lecho y comenzó una larga oración, la cual duró por algunos minutos. Finalizada ésta, levantose más tranquilo pero murmurando voces broncas e ininteligibles; acercose a un bufete y, abriendo un escritorio, sacó de él una linterna y un puñal. Colocó en la primera una vela encendida que llevaba y, cogiéndola con la siniestra, empuñó con la derecha el horrible puñal cuya hoja se veía ensangrentada en algunos parajes y se alejó con paso precipitado de la habitación paterna. La sombra gigantesca y horrorosa dibujada en el techo y paredes de los anchurosos corredores y desiertas galerías de Scianella, los rayos pálidos y resplandor triangular de la linterna asemejaba al infeliz Ambrosio a un espectro del Tártaro, escapado de la cárcel infernal para difundir en las habitaciones de los mortales el pavor y el espanto.

Fue en derechura a la capilla del palacio y, postrado ante el altar, repitió sus oraciones interrumpidas de sollozos por largo espacio de tiempo; pero fue grande la admiración de Coscia cuando le vio, acabadas sus plegarias, dirigirse a una puerta colateral de la capilla que daba entrada al panteón. No le impidió su admiración el seguirle hasta apurar sus sospechas, y así continuó tras él y entró en la pieza colateral a tiempo que el infeliz demente se disponía a bajar la escalera de mármol negro y entrar en la morada de la muerte.

Después de un tramo de escalones bastante considerable que se iba ensanchando gradualmente se ofrecía un corredor angosto en cuya extremidad se hallaba el panteón, según lo describimos en otro lugar. Ambrosio, seguido de Concia a alguna distancia, continuó hacia el panteón; mas no se detuvo en él y pasó a la capilla subterránea, que según dijimos se mandaba con una de las habitaciones del palacio por el corredor por donde bajó Eugenio la noche misma de su maravillosa traslación de la cárcel de Mantua. Aún repitió sus plegarias ante el crucifijo de la capilla y, hecho esto, volvió a salir al panteón y a examinar detenidamente cada uno de los sepulcros, soltando de tiempo en tiempo carcajadas de risa insensata capaz de mover a error y compasión al corazón más insensible. Llegó finalmente al sepulcro de mármol blanco colocado junto a la puerta, leyó el epitafio grabado en él con letras doradas, hizo algunos movimientos convulsivos y exclamó:

—Así está bien —frotó ligeramente con la mano las manchas de sangre esparcidas por la urna sepulcral y arrimó a ella la moribunda linterna repetidas veces; finalmente, concluido su misterioso paseo, se alejó murmurando sin cesar entre dientes palabras oscuras e ininteligibles.

Cuando el desgraciado Ambrosio entró en la capilla subterránea, Coscia se colocó a un lado del panteón, cubierto con unos relieves de mármol que sobresalían en el muro, y aguardó la salida del marqués para colocarse tras él y arreglar sus observaciones, según lo que viese. Supo con destreza evitar el rayo de luz de la linterna, y apenas había Ambrosio abandonado la capilla a favor de la sombra, entró Coscia en ella y se situó en

la puerta, manteniéndose en observación mientras aquél recorría el circuito y examinaba las tumbas del panteón. Mas al ver a su discípulo azorarse y tomar su demencia un carácter más violento con la presencia de la urna ensangrentada, casi adivinó el motivo y creyó haber llegado al término de su curiosidad e indagaciones y a descorrer en parte el velo de tan horribles misterios.

Digo en parte y he aquí la razón. Figúrese Coscia ser la enajenación y delirio de Ambrosio efecto de algún delito horroroso cuyos remordimientos habían influido tanto en su sistema físico. Este delito no podía ser otro que haber contribuido de un modo muy directo a la muerte de su padre y suponía que le conducía frecuentemente su violenta demencia a contemplar, a pesar suyo, el lugar donde yacía la víctima de su horroroso crimen. No dudaba ser la *urna sangrienta* la que contenía las cenizas del anciano marqués de Scianella; pero si por esta parte se lisonjeaba haber adivinado la verdad, no alcanzaba por otra a concebir el origen de las manchas de sangre esparcidas por la lápida. No ignoraba que la muerte del marqués fue natural, a lo menos en apariencia, y desde luego no había en ella intervenido efusión de sangre. ¿Cómo, pues, era posible haberla derramado o por qué motivo en aquella terrible y pavorosa región, o qué mano no había temblado al derramarla en medio del imperio de la muerte y destrucción?

Tenía sin embargo bastante con lo visto para sacar de allí ilaciones y explicaciones, sondeando al marqués con indirectas para arrancarle todo el secreto. Entretanto permanecía espectador de la escena nocturna, aguardando se alejase para reconocer por sí mismo la *urna sangrienta*. Yendo provisto de instrumentos para encender lumbre, no bien se hubo ausentado Ambrosio cuando sacó otra linterna sorda y la encendió, yendo en seguida a reconocer la *urna sangrienta*. Fija ansioso la vista en la inscripción sepulcral casi sin dudar pero vio con pasmo indecible que en lugar de lo que esperaba, contenía la lápida el siguiente epitafio:

AQUÍ YACE FELICÍSIMO,
II MARQUÉS DE SCIANELLA.
AGUARDA TRANQUILO
LA RESURRECCIÓN FINAL.
MURIÓ EL AÑO 1438.

Dio Coscia un paso atrás al reconocer este epitafio. ¿Luego se había equivocado suponiendo ser aquel sepulcro el del último marqués, padre de Ambrosio? Y en consecuencia, ¿era también falsa su presunción creyendo haber éste sido el verdugo de su padre? No podía atinar el desenlace de tantos y tan incomprensibles misterios. Prosiguió mirando atentamente los demás sepulcros y halló en efecto el de Fabio, último marqués de Scianella y el de su esposa Gertrudis, pero intactos y sin manifestar señal alguna por donde pudiera sospecharse haber sido violados. Apenas daba Coscia crédito a su vista. ¿Qué relación tenía Ambrosio con aquel antiguo marqués o cómo se exaltaban sus remordimientos a la vista de un sepulcro donde yacía un sujeto muerto algunos siglos antes? ¿Quién inspiraba tan violento terror a Ambrosio con tan pocos visos de razón?

Inclinábase por el pronto a tener éstas por inconsecuencias de un delirio, mas no podía suponer falta de objeto una demencia tan constante en sus terribles aprensiones y concluyó finalmente que realmente existía un delito atroz cometido por el marqués; mas ignoraba cuál fuese éste. No le fue sin embargo inútil su excursión nocturna. Suponiendo que seguro el marqués de que se ignoraba su delito misterioso, no podía dejar de

conmoverle cualquier palabra alusiva a él o que indicase alguna sospecha de parte de Coscia, resolvió cuando se ofreciese la ocasión hablarle sin preámbulos y notar si sus repentinas palabras afectaban a su discípulo, indicio claro de ser ciertas sus sospechas.

Embebecido en tales reflexiones, salió del panteón y restituyose a su aposento, dejando para el día siguiente la averiguación de lo que tan vivamente interesaba su curiosidad. No se cuidó de seguir al infeliz marqués, teniendo suficiente con lo ya visto para prometerse grandes resultados de su perversa sagacidad y del aturdimiento de Ambrosio.

Amaneció el día siguiente y levantose el indigno Coscia para dar desde luego principio a sus maquinaciones diabólicas y, no sufriendole su impaciencia aguardar a que el marqués le llamase según costumbre, fue él mismo a verse con él. Mas al llegar a la puerta del aposento detúvole Cenón, quien le pidió no pasase adelante pues su amo descansaba hacía una hora, después de la noche más terrible que en mucho tiempo hubiese tenido. No quiso Coscia entrar en explicaciones inútiles con el criado y, aunque con disgusto y repugnancia, se retiró aguardando impaciente el momento de lograr el triunfo de su malvada curiosidad.

Sacole a poco rato de su zozobra e inquietud el mismo Cenón viniendo a llamarle de orden de su amo. Siguióle inmediatamente y entró en el aposento de Ambrosio, quien a consecuencia de la borrascosa noche, abatido en el cuerpo y en el espíritu, no se halló con fuerzas para dejar el lecho y llamaba a su maestro para consolarse con él.

La terrible mano de los remordimientos había trazado en el pálido y cadavérico rostro del infortunado Ambrosio los espantosos rasgos de una desesperación tranquila y concentrada. Los músculos de la cara, visiblemente contraídos, anunciaban la interna tortura de aquella alma abrumada con el peso del crimen. Sus ojos vagaban sin fijarse en objeto alguno por las órbitas desencajadas, y sus labios articulaban palabras insignificantes al parecer e ininteligibles. Bastara tan lastimoso espectáculo a conmover un alma menos dura y cruel que la de Coscia, pero ni siquiera le retrajo de su bárbara intención la idea de aumentar sin duda los tormentos de aquel infeliz con la ejecución de su infame plan.

—Disimuladme, Messer Coscia —dijo Ambrosio viendo entrar a su maestro—, de haber interrumpido vuestras ocupaciones...

—Decid más bien mis padecimientos y aflicción —contestó Coscia.

—¿Padecimientos? ¿Y quién los causa? ¿Puede alguno hablar de sufrimientos delante de mí?

—Serán sin duda acerbos los vuestros, mas los míos no ceden a alguno desde algún tiempo acá.

—Mala disposición traéis para consolarme y según veo va a ser inútil vuestra visita.

—No pienso de tal modo; antes por el contrario me siento más propenso a prodigaros consuelos, pues deben ser recompensa de los que vos mismo daréis a mi corazón.

Sorprendió a Ambrosio estilo tan nuevo en Coscia, poco acostumbrado a manifestar deferencia y sumisión a su discípulo, y la admiración y curiosidad de saber qué tendría que decirle suspendió algún tanto el curso de sus tormentos. Mirole fijamente esperando continuase, mas viéndole silencioso y al parecer aguardando a que él hablase, le respondió:

—No dudo que las penas comunicadas se alivian y espero será un completo remedio de ellas el efecto de nuestra mutua confianza, mas extraño oíros hablar de aflicciones cuando me consta haber en el mundo pocas cosas capaces de haceros afligir y de causar impresión la más ligera en vuestra alma.

—Esto mismo debe haceros suponer cuán poderoso será el motivo que ocasiona tan extraño trastorno en mi corazón. Mas temo no sean más infructuosos mis consuelos a vos, que los vuestros a mí.

—¿Qué os mueve a suponerlo?

—¿El saber no será mutua nuestra confianza?

—¿Y por qué no?

—Por mi parte os protesto lo es y sin reserva, mas ¿podéis hacer por la vuestra igual protesta o a lo menos con sinceridad?

—Mis palabras os lo acreditarán, pues me hallo agobiado y necesito desahogarme. Me es imposible regirme por mí solo.

—Aun cuando no sea así —dijo Coscia, alegre por la bella disposición que advertía en Ambrosio—, yo quiero ser franco por mi parte dejando a vuestro arbitrio fiaros después de mi celo o manteneros en vuestra reserva. ¿Creeríais que me he convertido en supersticioso y no puedo arrancar de mi alma ni alejar de mi imaginación ciertos temores vagos cuyo origen me es desconocido? Sabed, pues, que he tenido esta noche un sueño terrible cuyas circunstancias voy a referiros y oír vuestra opinión tocante a él.

A estas palabras de sueño terrible comenzó a temblar Ambrosio, lo cual notado por Coscia le animó a proseguir con mayor aliento su narración.

—Hallábame —continuó— en un vasto panteón circular donde se veían colocados por orden muchos sepulcros de mármol adornados con figuras y relieves y llenos de inscripciones. El pavor inspirado por aquella mansión lúgubre crecía al notar en cada tumba, junto con los trofeos de la grandeza humana, emblemas alusivos al sitio de eterno silencio y oscuridad. Iluminado débilmente aquel recinto por una lámpara sepulcral suspendida de la bóveda, hacía más sensible el horror de aquella morada de la muerte. Contemplaba yo atónito y con el corazón oprimido de pavor tan imponente espectáculo sin que interrumpiese mis reflexiones el menor estruendo, y parecíame estar hundido en el abismo de la aniquilación donde nada anuncia el menor sentimiento de la existencia.

»De repente me saca de aquella terrible apatía e insensibilidad la aparición de un hombre de estatura procera y gigantesca. Su figura presentaba un conjunto espantoso y lleno de misterios. Sus ojos hundidos y centelleantes taladraban a aquel sobre quien se fijaban; su cabello enmarañado y sombreando, su arrugada frente comunicaban a sus lívidas facciones la expresión del espanto y horror, y colocado en pie en el centro del panteón, tuviérale cualquiera por uno de los carceleros inexorables de la región del eterno llanto.

»A tan repentina y horrible aparición quedé como estúpido de pasmo; erizáronse mis cabellos, helóseme la sangre en las venas, quise huir y mis pies quedaron como petrificados, y entre indecibles agonías contemplaba a aquel ser misterioso, aguardando el fin de aquella escena.

»De repente da un paso hacia mí, dejando oír un acento ronco e inarticulado, parecido al retumbo de un trueno lejano, repetido en las concavidades de los peñascos en una tarde tempestuosa. «¿Qué miras?», gritó después de un instante de silencio. «¿Qué designio te ha conducido a esta mansión contaminada recientemente con el hálito infecto del crimen? ¿Ves aquella tumba? ¿Ves los soberbios y dorados jeroglíficos, recuerdo postrero de la grandeza de aquel cuyas cenizas y corrupción encubren? Pues ellos han presenciado... no el llanto piadoso del mortal que dirige aquí sus religiosos pasos a dar eterno reposo a los restos de un semejante suyo..., no los cánticos del dolor y las fervorosas plegarias exhaladas de lo profundo del corazón suplicante y dolorido..., han

presenciado el misterio de la iniquidad... una mano bárbara... ha vertido la sangre en este recinto. Mira esa urna sepulcral..., mira esas manchas rojas..., ellas son..., ¡ay de ti! ¡No quieras saber más! Mañana volveré y describiendo a tus atónitos ojos el terrible arcano vas a conocer el perverso que...» No concluyó la frase.

»Conmueven las tumbas; veo de cada una de ellas salir un espectro con semblante cárdeno y acercarse a mí... «Huye», me dijeron, «huye con nosotros y abandona esta infernal morada. La tumba ensangrentada ha bebido sangre, aún corre... nuestros sepulcros están salpicados de ella... huyamos, huyamos...». Decían esto mezclándose unos con otros y dando alaridos espantosos. El coloso permanecía pasivo espectador de aquella horrorosa escena hasta que finalmente dio en el suelo un golpe con el pie, a cuyo ruido, espantadas las sombras, se ocultaron de tropel en sus tumbas y el coloso desapareció. Quedé por segunda vez solo en aquel vasto recinto con el corazón oprimido de pavor, los cabellos erizados, la boca abierta y los ojos fijos a pesar mío en la tumba ensangrentada donde se ocultaba el misterio de la maldad.

»Un triste eco se dejó oír del fondo de aquel sepulcro, y un sordo estruendo precursor de la aparición de una nueva sombra que se colocó sobre el dragón de mármol que cubría la urna ensangrentada. Fijo ansiosamente la vista en aquel nuevo espectro. ¡Cielos! ¿Lo diré...? Era... era... vuestro padre...

Mientras hablaba Coscia, seguía con la vista los movimientos de su víctima complaciéndose en el efecto producido por su fingida relación, como el tigre oculto en el matorral acecha y sigue con sus encendidos ojos los movimientos del descuidado corzo que retoza sobre el verde suelo de la selva, para saltar sobre él y devorarlo.

Las convulsiones del infeliz marqués de Scianella iban progresivamente aumentándose. Quiso algunas veces interrumpir a Coscia, mas las palabras quedaban a medio pronunciar y la velocidad con que el malvado preceptor refería su historia no le dejaba espacio para hablar. Mas cuando llegó éste al fin de su relación no fue ya el marqués dueño de sí mismo. Agitado, trémulo y semejante al hombre puesto en tortura que intenta por una parte hacerse superior al dolor y por otra lo agudo de la pena le obliga mal su grado a hablar y arranca de su boca una confesión forzada, se incorpora con violencia sobre el lecho, tiende los brazos a Coscia:

—Yo soy, yo soy —exclama— el que... ¡Ah, venid, venid...! ¿Habéis alguna vez experimentado los tormentos del infierno...? Sí, ellos son delicias comparados con los míos. Mirad, mirad esa horrible sombra. Ella me persigue, no me deja un momento de reposo. Mirad esa otra que la acompaña; ese puñal ensangrentado... clávalo, clávalo en mi corazón; no me persigas... Yo soy... yo soy...

A pesar de su fría serenidad no podía Coscia dejar de horrorizarse al presenciar esta terrible lucha del crimen y remordimiento en el infeliz Ambrosio. Llegó casi a arrepentirse de haber puesto a su discípulo en la necesidad de recorrer el velo de sus delitos; pero su corazón duro, aunque susceptible de tal cual conmoción pasajera, no retrocedía con tanta facilidad del camino una vez comenzado. Estaba ya para tocar el fin de su insaciable y bárbara curiosidad cuando un imprevisto accidente frustró por entonces sus deseos e hizo inútil su visita y fingida relación, dispuesta con arte tan diabólico.

Llegó Cenón en el momento en que Ambrosio, víctima de su delirio y remordimientos, estaba a punto de hacerse traición y vender su secreto.

—Señor —dijo a Ambrosio, que no se hallaba en disposición de oírle—, una señora acaba de apearse en la puerta del palacio, y si no me engaño es la señora Olimpia Tosi.

Al oír el nombre de Olimpia, levantose Coscia presuroso y respondió a Cenón:

—Cuidad de vuestro señor mientras voy a recibir a la recién llegada —y sin aguardar más respuesta salió del aposento y se encaminó a la puerta del palacio a encontrar a Olimpia.

Aunque el perverso preceptor de Ambrosio mantenía relaciones no interrumpidas con esta señora desde su residencia en Scianella y frecuentemente recibía noticias de ella, ignoraba no obstante su próxima llegada a aquel palacio, y extrañó tanto más que le hubiese hecho un misterio de su repentino viaje cuanto eran más íntimas sus conexiones y más poderoso su ascendiente sobre el corazón de Olimpia, habiendo sabido seducirla y obligándola a olvidar los deberes de esposa, pues antes le había hecho olvidar los de mujer y de madre. No concebía, pues, el motivo de tan súbita llegada y desde luego se persuadió mediaba razón poderosa cuando sin prevenirle abandonaba su casa y familia.

Hacia Coscia estas reflexiones mientras bajaba la escalera a encontrar a Olimpia. Hallola en el patio que acababa de apearse del coche. El semblante de esta mujer, no obstante su aire de falsedad e indiferencia, era por entonces el espejo de un alma alterada por alguna causa grave. Vestía luto riguroso, circunstancia que alarmó y sorprendió a Coscia, quien no pudo menos de manifestarle su extrañeza y deseo de ser informado.

—Os participo, Messer Coscia —dijo Olimpia—, que mi esposo falleció hace cuatro días; ved el motivo de mi luto y sabed que lenguas malignas me señalan como sospechosa de su muerte. Por evitar ruidos y embrollos he preferido abandonar mi casa y vivir en vuestra compañía.

—Pero ¿con tanta precipitación? ¿Y qué providencia habéis dado sobre vuestros bienes y los de vuestro esposo?

—Han quedado en manos fieles y cuidadosas... Mas en todo caso no sería fuera de propósito ponernos en seguridad, por si las hablillas y mentiras del vulgo logran alarmar a la justicia. Así he venido a buscaros pero con resolución de no permanecer aquí sino un instante y llevaros conmigo.

—Por ahora, señora, me es imposible acceder a vuestro deseo pues el marqués de Scianella...

—¡Ingrato! ¿Así recompensáis mi amor, llevado por vos a tal exceso que os horrorizariais si...?

—Por Dios, señora, reflexionad no ser éste lugar de reconvenciones ni confidencias. Subamos arriba, allí se darán trazas de quedar todos satisfechos.

Dijo esto dando el brazo a Olimpia, quien apoyada en él subió la escalera y atravesando algunas piezas llegó al aposento del marqués.

La ausencia de Coscia, y los cuidados y celo del fiel Cenón disiparon algún tanto el furioso delirio de Ambrosio y serenaron su corazón; así cuando entró Olimpia, fácilmente la reconoció y pudo, aunque con dificultad, hacerle los cumplimientos que exigía la urbanidad.

—Os cumplo en parte la palabra de visitaros que os di no ha mucho tiempo. Digo en parte, pues mi esposo, que iba incluido en la promesa, se halla absuelto de su palabra. Murió hace pocos días.

—Yo os agradezco, señora, la escrupulosa exactitud en desempeñar vuestros lisonjeros ofrecimientos. Mas ¿de qué enfermedad ha fallecido vuestro esposo?

—De indigestión, no lo dudéis. No ignoráis cuán glotón e insaciable fue toda su vida. Era, pues, razón que su vicio dominante le acabase.

—Lo siento verdaderamente y os doy el pésame con toda la sinceridad debida a un hombre de bien en la muerte de su amigo.

—Admito vuestro cumplimento, mas sabed que además del objeto principal de mi visita,

que es ver al señor marqués, hay otro secundario y éste es llevarme a Messer Coscia esta misma tarde.

—Creedme, señor marqués, la señora Olimpia se chancea. No supongáis quiera privarnos tan pronto de su amable compañía.

—Vos —contestó Olimpia— no quedaréis ciertamente privado de ella pues os destino a ser mi *cavalier servente*.

—Os lo agradezco infinito —respondió Coscia, atónito con el descaro de esta mujer—; mas, aunque con sentimiento, me haré violencia en privarme de tan señalado favor por ahora.

—¡Por ahora! —repitió con énfasis Olimpia—, ¡por ahora! Es que cuando vos queráis, yo... —y no se atrevió a proseguir, pues en aquel instante vio su figura en un espejo que estaba enfrente.

Advirtió Coscia que si se alargaba la conversación no podía menos de resultar un rompimiento funesto para él, y aunque Olimpia por su edad y vicios no le inspiraba sino desprecio y repugnancia, fingió condescender a su demanda y prometió seguirla, resuelto no obstante a reducirla por algunos días a quedarse en Scianella y meditar durante aquel espacio el medio más al propósito para romper una cadena a la que sólo el temor le tenía amarrado.

Finalmente sus lisonjas y las instancias de Ambrosio la calmaron y redujeron a consentir en permanecer hasta el día siguiente en Scianella, dando el marqués al efecto las órdenes necesarias para obsequiarla con profusión y magnificencia.

Capítulo XI

La pasión dominante en Olimpia fue siempre una rencorosa venganza y una soberbia y altivez insufribles. Conservó este carácter hasta el fin de su vida, y el desprecio de Coscia la hirió tan vivamente que resolvió no dejarle gloriarse de sus picantes respuestas. Si le afectó, pues, con tal violencia un desprecio y desdén en una edad en que ella misma no podía menos de hacer justicia a su fealdad, fácil es de concebir cuánto debió serle sensible el formal desprecio del difunto marqués de Scianella en tiempo que sus gracias y juventud la persuadían deber ser todos los hombres otros tantos adoradores ante las aras de su belleza. Creció hasta lo sumo su rabia al ver prendado al marqués de una aldeana y hacerla señora de sus títulos y riquezas con exclusión de su persona y, abrasada de celos y sed de venganza, juró perseguir implacablemente y sin treguas durante su vida no sólo al marqués, sino a su esposa, hijos y a cuantos individuos perteneciesen por cualquier título a aquella desde entonces odiosa familia.

Cuando en su juventud pretendió la mano del marqués de Scianella, se hallaba viuda, como dijimos. Un caballero francés establecido en Brescia, viudo también y con una hija, prendado de la hermosura de Olimpia, ciego con su aparente dulzura y sin informarse más a fondo de su carácter, con sobrada ligereza insinuó pretensiones que no fueron desoídas. Olimpia había quedado huérfana de padre y madre en la edad de once años, y en poder de tutores, pero el deseo de salir cuanto antes del estado de dependencia y sujeción en que su edad la constituía la estimuló a prestar gratos oídos a la insinuación de Mr. Cubieres (tal era el nombre del caballero francés), de suerte que en pocos días se arregló la boda y, formados los contratos, madamisela Olimpia llegó a ser madama Cubieres.

No tardó el nuevo esposo en advertir y arrepentirse de su ligereza. Olimpia se dejó ver cual era en sí: su esposo trató aunque inútilmente de corregirla y remediar el mal. La perversa mujer montó en cólera, juró vengarse y en seis meses de pesadumbres y de continua guerra sucumbió el infeliz Cubieres, y murió dejando en poder de aquella furia a su tierna Mandina, niña de pocos años cuya suerte futura fue la idea única que acibaró sus últimos momentos.

No arredró a Olimpia la temprana muerte de su esposo porque su desarreglada conducta fue el efecto de una libertad suspirada tiempo antes y disfrutada con tal exceso que dio pábulo con demasiada razón a las murmuraciones del vulgo. Entonces fue cuando conoció por primera vez a Coscia. Gustole el genio de este malvado, juzgando ser materia apta a cuanto quisiese de él, como lograse envolverle en la red de sus atractivos. Coscia no desmintió la idea formada por Olimpia de su carácter y de la prontitud en rendirse a sus gracias. Las de una viuda joven y hermosa eran poderosas a inflamar cualquier corazón; así Coscia no resistió siquiera lo bastante para hacer más glorioso el triunfo de Olimpia y ésta, en medio de la satisfacción de haberle rendido, quedó con la mortificación de persuadirse que no sería más tardo en rendirse a otra mujer, si lo intentaba, que había sido en rendirse a ella.

No obstante lo cuantioso de su hacienda e inmensas posesiones, sus continuas prodigalidades y locuras llegaron a hacer sensible el menoscabo de sus caudales; mas no

le era tan fácil cercenar gastos inútiles y ceñirse a una prudente economía. Vio, pues, ser forzoso recurrir a otro medio que a un tiempo le aumentase los medios de brillar como hasta allí y no la expusiese a la dura necesidad de verse un día sujeta a una forzosa moderación. Pensó, pues, de acuerdo con Coscia volver a casarse con un caballero rico y noble cuyos haberes unidos a los suyos le quitasen el temor de llegar a una medianía, sumamente temible a su vanidad.

Puso los ojos desgraciadamente en el marqués de Scianella, a quien tuvo ocasión de ver en uno de los frecuentes viajes que éste hacia a Brescia, e informada de su carácter dulce y complaciente juzgó no poder aspirar a mayor ni mas dichosa suerte si lograba engañar a un hombre a quien fácilmente se proponía avasallar después del casamiento y conseguir de este modo su entera independencia y libertad, acompañadas de los recursos proporcionados por la opulencia de un esposo rico e ilustre.

Ya hemos visto el poco fruto que produjeron sus tentativas en el frío corazón del marqués y la venganza que juró tomar de su indiferencia, con especialidad después que se vio pospuesta a una simple aldeana de la Valtelina.

No fueron sus amenazas de venganza efectos de un furor efímero y pasajero, fueron las bárbaras ideas de un amor propio ultrajado en la mujer más altiva y la rabia de los celos en la mujer más celosa, viendo ocupado el tálamo y habitación de un hombre a quien pretendió por una humilde aldeana a quien apenas se dignara a honrar con una mirada de protección.

Comenzó a meditar detenidamente las trazas por donde llegar al término de su venganza y desahogo de su rabia, y concibió el perverso plan de envolver a un tiempo en su ruina al padre y a los hijos, y principalmente a la desgraciada Gertrudis, inocente ocasión de su furor. Consultó con el abate Coscia y éste le prometió coadyuvar a sus malvadas intenciones con todos los recursos de sus luces y depravación. No le fue difícil conseguirlo. Sabiendo que el marqués buscaba un ayo para su hijo, participó inmediatamente a Olimpia esta novedad, insinuándole ser aquélla la ocasión más oportuna de realizar sus intenciones, como lograrse fuese él admitido en calidad de ayo y preceptor del primogénito del marqués de Scianella.

Abrazó con indecible placer Olimpia tan bella coyuntura e, informada de que el marqués había encargado a un amigo suyo residente en Brescia la elección de maestro para su hijo, fue sin detención a hablarle y le supo pintar con tal destreza las supuestas cualidades brillantes que concurrían en Coscia, que el hombre sencillo, aunque no concibiese la más ventajosa idea de la recomendación e informes de una mujer con quien sólo mantenía relaciones de pura urbanidad, y no creyendo encerrasen sus elogios de Coscia tan siniestra y venenosa intención, se tuvo por contento de poder satisfacer a su amigo el marqués con poco trabajo, y sólo se tomó la molestia de repetir a éste los informes recibidos de Olimpia, con lo cual no dudó haber desempeñado su comisión de un modo satisfactorio.

Cayó en el lazo el incauto marqués de Scianella y fueron los frutos de su sencillez e impresión la total perversión del niño Ambrosio, en cuyo carácter turbulento y atolondrado halló el abate Coscia las más felices disposiciones y materia aptísima para imprimir cuanto quiso.

No se ocultaron a la penetración de Gertrudis las perversas cualidades de Coscia y conoció con horror el monstruo que abrigaba en su casa, pero el temor de disgustar a su débil y preocupado esposo, y la esperanza de estar siempre a la mira y precaver por este medio los funestos efectos de la malvada doctrina del infame preceptor, le sellaron los

labios para no manifestar sus recelos fundados de que la entrada de Coscia en su palacio fuese el principio de la ruina de su familia. ¡Presagio que por desgracia no fue sino muy cierto!

No tardaron los atractivos de la hermosa Gertrudis en despertar en el lascivo y depravado corazón del perverso Coscia una pasión bastarda y criminal y, sin respetar las leyes de la gratitud con una familia que le mantenía en su seno y le proporcionaba una vida descansada y honrosa, no se detuvo en procurar por todos los medios posibles llegar al colmo de sus adúlteros deseos.

La opinión que había formado de las mujeres en general le persuadía ser la honestidad una quimera y la fidelidad conyugal un ente ideal que jamás había existido en la realidad. Trató, pues, de aplicar a una descarada práctica su corrompida teórica en este particular con la honestísima señora y aventuró una declaración libre que llenó de horror a la virtuosa Gertrudis. Rechazó con tanta energía y fuerza la infame pretensión que Coscia quedó atónito, no pudiendo figurarse hubiera quien resistiese de un modo tan decisivo y heroico.

Pero su alma vil y traidora no digirió con facilidad el generoso desaire de la esposa del marqués y juró que no se vanagloriaría mucho tiempo de su triunfo: la prudente señora se abstuvo de atravesar el corazón de su esposo con la relación de un acaecimiento que ella misma proponía remediar en adelante y quitara a Coscia la ocasión de desmandarse.

A pocos días cayó enferma, y fue tan violento el mal que apenas dio treguas y en breve llegó a los últimos. En el terrible trance sólo insistió con su esposo en que despidiese sin detención al preceptor de Ambrosio, trayéndole para ello muchas razones y alegando motivos poderosos, mas sin mencionar el principal cuya declaración reservaba al parecer para cuando no fuesen suficientes los que le proponía. Así debía suceder, pues no dándose por vencido el marqués a las repetidas instancias de su moribunda esposa, ésta sin duda iba a revelar todo el secreto de la maldad de Coscia, cuando le sobrevino un parasismo del cual no volvió ya.

En los primeros capítulos de esta obra hemos referido los sucesos consiguientes a la muerte de la marquesa de Scianella y se ha visto ya cómo la debilidad del marqués se rindió a la caprichosa obstinación de su hijo, para la permanencia de Coscia en Scianella, hasta el tiempo en que, completada la educación o más bien corrupción del infeliz Ambrosio, se retiró el pérfido maestro a Brescia a dar cuenta a Olimpia del puntual y exacto desempeño de su comisión y recibir en los brazos de esta furia la recompensa de su horroroso delito.

Crecía entretanto a la vista de esta malvada mujer la tierna e interesante hija del malogrado Cubieres. No podía Olimpia amar a esta niña en quien veis brillar todos los atractivos de la juventud y de una hermosura nada común, y cuyas gracias preveía iban a oscurecer bien pronto las suyas, pues su edad lentamente declinaba al ocaso. Por esta razón se constituyó, más que madre y que madrastra, carcelera y verdugo de Mandina. Comenzó a tratarla con despotismo feroz, privándola hasta de las más inocentes diversiones, limitando el círculo de sus conocimientos o instrucción a sólo lo suficiente para que no le pudiesen echar en cara un abandono total de su hija y haberla sacrificado a la más profunda ignorancia. La tímida doncella, destituida de apoyo y a merced de su mayor enemigo, acostumbrada a temerla y a no ver en ella sino un censor rígido de sus menores acciones sin haber experimentado las caricias maternas, contrajo un genio tan encogido y apocado que apenas osaba respirar, y en su triste y aislada situación sólo la memoria de su padre y el deseo de hallar un corazón sensible con quien desahogarse eran

los sentimientos que interrumpían el curso a su dolor y melancolía.

Pero si logró su perversa madrastra formar una mujer tímida, encogida y al parecer ignorante y rústica, no logró sin embargo sofocar en ella las semillas de virtud echadas por su padre desde su más tierna edad en un corazón de las más felices disposiciones. Guardó en él la hermosa Mandina con tal constancia y tenacidad las sabias máximas y consejos aprendidos de su padre que no fueron parte para borrarlos ni la seducción del mal ejemplo que tenía siempre a la vista en Olimpia, ni la disoluta conducta de ésta ni cuantos obstáculos se opusieron en lo sucesivo a la conservación de su inocencia y candor.

Aunque la infame mujer conociese desde luego cuánto perjudicaba al concepto de sus gracias y juventud hacer pasar por hija suya a una joven de quince años como era Mandina, arrastró sin embargo este inconveniente tan fatal a su vanidad y presunción a trueque de tener un título más de que valerse para oprimir impunemente a la inocente hija de Cubieres. Con esta mira la acostumbró siempre a que la mirase y tratase como verdadera madre, de suerte que en la opinión pública pasaba por tal, con no poca mortificación suya, viéndose muchas veces en la dura alternativa o de confesar en sí una edad poco conveniente ya para inspirar pasiones, o de negar un título que tanto derecho le daba a su parecer para desfogar completamente su rabia contra la hija de un hombre cuya memoria aun después de muerto aborrecía.

No descuidó entretanto de llevar al cabo ni omitió cuantos medios estuvieron a su alcance para lograr su plan favorito de engañar a algún rico, y por medio de un enlace ventajoso hacerse dueña de su fortuna y poder seguir en su disipada y pródiga conducta. Verdaderamente manifiesta un carácter decidido y una travesura extraordinaria insistir en una resolución cuyo éxito parece no debía ser dudoso. Porque si en la flor de su juventud, y rodeada de todo el prestigio de la hermosura y riquezas, no fueron bastantes estos atractivos para inclinar la indiferencia del marqués de Scianella, menor esperanza le quedaba ahora de rendir la de cualquier otro hombre, pues su edad había pasado ya los umbrales de la juventud, y sus riquezas, aunque muchas, no soportaban ya aquel exceso de lujo y magnificencia de los primeros años.

Pero así como nunca faltan en el mundo hombres sensatos y que saben pesar en la balanza de la prudencia los resultados de una locura y los de una acción cuerda, tanto más siendo estos resultados de transcendencia, así hay también hombres fáciles de alucinar y seducir por las apariencias sin extender la vista más allá del limitado círculo de su pobre entendimiento. Uno de éstos fue el conde de Fachini, caballero veneciano residente en Brescia y uno de los muchos que frecuentaban la casa de Olimpia, la cual, siendo punto de reunión de jóvenes díscolos y desmoralizados, basta mencionar esta circunstancia para trazar de un rasgo su biografía. No queremos decir con eso que fuese un malvado de profesión, era malvado de rutina. Debiendo muy poco a la naturaleza en el repartimiento de dones naturales y mentales, era un estúpido sin consecuencia, malo sin convencimiento; en una palabra, una máquina secundaria que sólo se movía por impulso extraño, y obediente sólo a los movimientos que le imprimían cuantos le rodeaban, de suerte que con la misma facilidad hubiera practicado los ejercicios de la virtud más heroica si se hallase en un monasterio de austeros anacoretas. El único defecto que se le puede llamar propio era una insoportable ostentación de su nobleza y títulos ilustres de su cuna, de suerte que a cada paso debía sufrírsele la pesada y fastidiosa enumeración de su genealogía y pueblos de su dominio. Este defecto, y su crasa ignorancia y necedad, le hacían la risa de la concurrencia, que sin él estaba como

desairada y privada del principal papel.

Mas no miraba Olimpia como negocio de risa los treinta mil escudos de renta anual del conde de Fachini y creyó haber logrado el más completo triunfo si conseguía prender en la liga de sus gracias, ya bastantemente marchitas, y de su hermosura ajada por los desórdenes, a aquel infeliz necio y atarle al carro de sus victorias como último trofeo de sus conquistas. Puso efectivamente en acción todos los resortes de una astuta y refinada coquetería, y tanto hizo y tanto dijo que finalmente el conde se rindió a los esfuerzos de Olimpia, a quien costó más triunfar de la estupidez y necesidad del buen caballero que le costara triunfar de la malicia e ingenio del hombre más experimentado.

En pocos días se celebraron las bodas con general admiración de cuantos no estaban al alcance ni penetraban las miras de Olimpia en unirse a hombre tan ignorante y fastidioso. Continuó no obstante el matrimonio en ser el palacio de Fachini como antes el centro de la tertulia de Brescia más célebre por su disolución; ni los miramientos debidos al nuevo estado impidieron a Olimpia observar tal conducta, que suministró con razón materia suficiente a la mordacidad del maligno vulgo. El trato y comunicación íntima manifestaron a la nueva esposa los pequeños obstáculos que le quedaban por vencer para adquirir un absoluto dominio sobre el infeliz conde y, vencidos éstos con poca o ninguna dificultad, llegó a ser árbitra y señora de sus bienes y de los de su marido, que era el término de su ambición, sin que aquél, embrutecido e incapaz de elevarse sobre la baja esfera de su ignorancia, opusiese la más débil resistencia al tiránico proceder de la condesa. Ésta le miró ya desde entonces como a un esclavo, inspirándole tan alto desprecio cuanto era el fastidio y risa que causaba a los demás.

Por un efecto de esta misma sumisión y deferencia servil del conde a los caprichos de Olimpia, y por el hábito contraído de acomodarse en un todo a su imperiosa voluntad y de aprobar cuanto ella aprobaba y detestar cuanto aborrecía, fácil es de suponer no fue favorable a la infeliz Mandina este matrimonio que le ganaba en lugar de protector un enemigo cuyo odio no dudaba debía durar tanto como el de aquella que se lo inspiraba y a cuyos menores deseos estaba sujeto.

Mas ésta al parecer desgracia fue benéfica disposición de la Providencia, la cual quería por este medio proporcionar a la desgraciada joven un alivio en su infortunio y una compañía en su soledad. Entre los sirvientes del conde (pues Olimpia no permitió que despidiese a alguno, reuniendo de esta suerte la servidumbre de entrambos y satisfaciendo por este medio su insaciable fausto y vanidad) había una antigua ama de gobierno que vivía de muchos años atrás en la casa del conde, estimada de todos y respetada de los padres de éste por sus virtudes, fidelidad y celo en servirles. Mantúvose siempre en el mismo palacio, aun después de la muerte de aquéllos, pues el hijo, aunque necio e incapaz de conocer el mérito de la buena señora, la amaba porque se había criado en sus brazos y la conocía y había tratado desde sus más tiernos años.

Cuando Marcos (así se llamaba el joven conde) quedó dueño y heredero universal de los bienes y títulos de sus padres por el fallecimiento de éstos y comenzó a disipar su hacienda en el lujo y desórdenes, ayudándole a ello otros jóvenes, que conociendo su inexperiencia trataron de aprovecharse de ella en ventaja propia y con no poco perjuicio de los intereses del conde. La buena Cecilia, previendo con prudente temor los funestos resultados de los torcidos pasos de Marcos, se esforzó en desviarle de la senda del precipicio con insinuaciones y consejos amorosos, y procurando valerse a veces del ascendiente que le conciliaban su edad, sus virtudes y el cordial y afectuoso respeto que había merecido a los padres del conde. Mas tuvo el sentimiento de ver inútiles e

infructuosos sus cuidados y exhortaciones, no porque fuese malo el corazón del conde sino por defecto de alcances y conocimiento; pues viendo por una parte que se conformaba con su genio una vida alegre y relajada, cual le proponían sus compañeros, y repugnándole por otra los preceptos de una moral algo austera repetidos por la prudente ama de gobierno, no vaciló en dar la preferencia a la primera dejando la práctica de los segundos para cuando se hallaba en presencia de aquella mujer a quien no podía dejar de respetar.

Luego que Olimpia y Mandina pasaron a habitar el palacio del conde de Fachini, penetró Cecilia el carácter de la nueva señora y de la amable e infeliz Mandina. No fue necesario mucho estudio para conocer que no había en las dos sino un tirano implacable y una esclava casi envilecida. Tampoco se le ocultó cuánto debía temer de la imperiosa altivez de Olimpia, con cuyas ideas no podía conformarse ni adular su vanidad, y mucho menos contribuir con ella y con el conde a la opresión de aquella inocente criatura. No titubeó en la elección de partido. Resuelta a defender a todo trance a la juventud, candor e inocencia contra la envidia, malicia y despotismo, desde luego se constituyó protectora y amiga de Mandina y comenzó a manifestárselo, convidándola a desahogarse y dilatar su oprimido pecho, abriendo por la primera vez desde la muerte de Cubieres aquel tierno corazón a los dulces sentimientos del cariño y amistad que tan connaturales le eran, y los cuales había intentado sofocar la barbarie de su madrastra reemplazándolos con el envilecimiento y estupidez.

Declarose abiertamente y sin rebozo, manifestando al conde y a Olimpia cuánto debían interesarse en favor de aquella desgraciada muchacha, poniéndoles por delante la terrible responsabilidad que pesaba sobre ellos y los funestos efectos de su indiferencia y abandono para con una joven digna de todo su cariño y atenciones. Añadió que si las obligaciones anejas a su nuevo estado les hacían gravoso este indispensable cuidado, ni podían atender como quisieran a la instrucción de Mandina, ella cargaría desde luego con toda la responsabilidad y tomaría a su cuenta ser el aya y maestra de aquella niña en quien tan bellas disposiciones se notaban y cuyo corazón era tan dócil y amable. Dijo esto en tono de firmeza y superioridad capaz de imponer a la malvada Olimpia.

Ésta por el pronto, aunque sorprendida de verla desplegar los rasgos de un carácter decidido, del cual aunque tenía algunas no había experimentado hasta entonces tan evidentes pruebas, aparentó condescender con su demanda y conformarse con sus deseos, pero con la intención de impedir desempeñase por largo tiempo un magisterio tan contrario a sus intenciones respecto de Mandina y cuyos efectos preveía cuán fatales le habían de ser.

Trató, pues, de despedir a Cecilia, a cuyo fin tuvo por conveniente prevenir al conde, no porque dudase de su aprobación o creyese tener necesidad de ella, sino por mera ceremonia y cumplimiento. Pero llegó a lo sumo el asombro y admiración de esta indigna mujer, viendo al conde oponerse con la mayor energía y con una resolución poco común en él a una medida resuelta ya y a la que al parecer sólo faltaba realizarse. Respondióle el conde que era árbitra de disponer a su voluntad de los bienes y posesiones de la casa, pero que de ningún modo conseguiría se abrogase la facultad de admitir o despedir a la servidumbre, en especial si había pertenecido a la casa de Fachini; que si por mera complacencia accedía a la despedida de alguno de ellos, antes dejaría echar de casa a cuantos a la sazón tenía que hacer una notoria injusticia a una mujer que por tantos títulos debía serle amable, tanto más no concurriendo motivo que justificase un proceder tan irregular y poco delicado.

Hasta aquí se contuvo el conde en términos aunque fuertes, decorosos y modestos, pero replicándole Olimpia, que disimulaba su rabia con dificultad y se mordía los labios procurando impedir se echase de ver la cólera que la dominaba, que los motivos de su resentimiento contra Cecilia no eran sino muy fundados y la necesidad de separarla urgente e indispensable. Manifestó entonces el conde un rasgo de su carácter necio en la obstinada porfía con que se opuso el despotismo de su mujer, siendo en aquel momento casi meritoria su obstinación por el objeto que la motivaba, si fuera ella efecto de una virtud, y no de mero instinto de inclinación y amor pueril a una mujer a quien había conocido y con quien vivía desde sus primeros años. Acompañó su segunda réplica y desaprobación con tales sandeces y necedades y con tan picantes sarcasmos pronunciados quizá maquinalmente, o aprendidos de otros, pues de su estupidez difícilmente pudiera esperarse agudeza alguna, que la feroz y altanera Olimpia no fue dueña de sí misma. Rompiendo el dique de su furor represado por largo tiempo, se arrojó a maltratar al pobre conde, y lo ejecutara si entrando Coscia al mismo tiempo e informado de la ocasión de tan ruidosa desavenencia no tratara de apaciguarlos, como lo consiguió a duras penas en especial de parte de Olimpia, en quien la novedad de hallar tal resistencia en su marido hasta entonces tan sumiso y verdaderamente esclavo exaltó la irritación a un grado difícil de imaginar.

Finalmente tranquilizóla algún tanto las reflexiones de Coscia, quien le hizo conocer y la convenció de que poco o nada importaban ni eran temibles las consecuencias de la unión de Cecilia con Mandina, la primera vieja y áspera y la segunda muchacha débil y apocada. Que el ascendiente logrado sobre su hija era incapaz ya de perderse jamás, por lo tanto también lo sería que Cecilia sustituyese otro nuevo en oposición con el primero, y que de todos modos conservaba la superioridad en el corazón de su hija sin que ningún accidente le perjudicase en lo sucesivo. Aunque no quedase Olimpia del todo rendida a las reflexiones de Coscia, manifestó sin embargo con artificioso disimulo adherir a su opinión. Pero fácil es de suponer no le movió a esta aparente deferencia sino el deseo de vengar más a su salvo el ultraje de su marido.

Como quiera que sea, Cecilia quedó desde entonces por aya y directora de la condesita y esta infeliz, que estaba sobresaltada con el temor de perder un bien cuando apenas había empezado a gustarlo, vio finalmente satisfechos sus deseos y pudo entregarse con libertad a los impulsos de alegría producidos por la lisonjera idea de una felicidad que comenzaba ya a embellecer los días de su existencia. Entonces fue cuando se abandonó sin reserva a los más dulces sentimientos tan nuevos para ella, como conformes a su bello natural. No descuidó Cecilia de desempeñar con el celo y actividad más incansables el cargo de dirigir aquella tierna planta e ilustrar aquel entendimiento que tanto prometía con las luces y ramos de educación que forman la de una señorita bien nacida, y Mandina correspondió con tan feliz éxito a los desvelos de su tierna madre, más bien que aya y maestra, que en breve tiempo, además de las labores propias del sexo, aprendió los elementos de historia, geografía, cronología, pintura y música, ciencias todas que poseía Cecilia en un grado bastante eminente.

Mas los cuidados de esta buena señora se dirigieron principalmente a grabar en la memoria y corazón de su discípula las máximas de una sólida virtud y preservar su inocencia de los asaltos de la seducción, de la cual observaba que por desgracia tenía frecuentes ejemplos a la vista. La tierna edad de Mandina la defendió hasta entonces de los peligros ocasionados por la continua asistencia en su casa de una juventud loca y disipada, pero cuando el desarrollo de sus gracias y belleza llegó junto con la edad a

términos de fijar en ella miradas nada equívocas de algunos de los concurrentes, conoció la prudente Cecilia era preciso desviarla del inminente peligro sin que ella misma lo conociese. Y, echando mano de los medios que le sugirió su experiencia y cordura, logró finalmente vivir como aislada con sola su Mandina en una habitación del palacio de Fachini, apartada de las demás, no habiéndole sido difícil recabar de Olimpia esta separación, pues los celos y envidia le hacían insoportable el notar que algunos de los concurrentes, con poco disimulo, habían abandonado sus altares por ir a rendir homenaje y quemar incienso en las aras de aquella beldad naciente.

Tenía a la sazón Mandina pocos años y la naturaleza se había complacido en ser pródiga con ella de todos sus tesoros. Ya hicimos su descripción en los primeros capítulos de esta obra, y aquí sólo repetiremos que era un modelo de belleza y gracias, de candor, inocencia y dulzura, lo cual unido a un entendimiento claro y cultivado hacían de ella una prenda inapreciable.

Coscia seguía sin alteración en el plan de vida epicúreo e indolente que se había trazado, merced a las liberalidades del conde y criminal pasión de Olimpia, quien procuraba por todos medios tenerle contento y sujeto a su voluntad. Coscia, hombre poco escrupuloso, correspondía en la apariencia a los transportes de aquella mala mujer, pero con los años había desaparecido también el prestigio de su belleza y no era Coscia tal que se acomodase con los despojos de unas gracias que iban caminando a largos pasos hacia la vejez. Por lo mismo procuraba siempre que podía evitar la presencia de Olimpia, a cuyo efecto hacía frecuentes excursiones a las ciudades inmediatas, ya con pretexto de visitar a sus amigos, ya con el de ver a su discípulo, el primogénito del marqués de Scianella, aunque probablemente debieron ser falsos tales pretextos, pues como vimos al principio, aunque desde su despedida de Scianella mantuvo correspondencia no interrumpida por cartas con Ambrosio, sin embargo no volvió a verle desde su salida.

Pero estas excursiones cesaban ya de ser frecuentes desde que fijó la atención en los atractivos de la tierna hermosura que tenía a la vista. Su duro y perverso corazón fue concibiendo poco a poco un ardor violento y profano por devorar las gracias de la joven Mandina, aunque desde luego previó los obstáculos insuperables que debía vencer; tal se irrita el hambre feroz del lobo a la vista de la tímida cordera defendida por los cuidados del vigilante mastín. Mas no le desanimó esta reflexión e hizo propósito de no rendirse a cuantos contratiempos le sobreviniesen, y comenzó a poner en juego todas las máquinas de su perversidad. Desde luego conoció cuán poco hablaba su exterior en favor suyo, pues una fisonomía en que se veían pintados el crimen y la falsedad, una fisonomía sombreada con las arrugas de una vejez temprana e ignominiosa, no podía inspirar sino horror y repugnancia.

Vio, pues, ser forzoso recurrir a medios distintos de los que comúnmente se emplean y creyó por fin haber hallado alguno capaz de ocupar un lugar digno en los fastos de la seducción. Trató primeramente de ganarse la confianza de Cecilia, bien persuadido no sería difícil ganar en breve la de Mandina, que sólo vivía y respiraba por su aya. Dado este primer paso con felicidad, proponíase ofrecerse en calidad de maestro para instrucción de Mandina en alguna ciencia cuyos elementos no conociese Cecilia. De aquí iba deduciendo quiméricas consecuencias que lisonjeaban sobremanera su depravada pasión, hasta el punto en que, logrado sobre ambas un ascendiente cual se proponía, no le sería difícil hallar ocasión en que una soledad casual y un descuido confiado de parte de Cecilia hiciesen traición a Mandina, y cuando no ¡oh horror! se proponía vestir un

traje semejante al del aya, y bajo este p rfido disfraz consumir su crimen y la ignominia de aquella infeliz joven. Pero estos castillos aéreos se estrellaron contra la previsión y experiencia de la prudente Cecilia. A las insinuaciones que Coscia le hizo para ganarse su confianza, correspondió Cecilia con urbanidad fría y reservada, y no logró por entonces otro fruto de sus tentativas que el convencimiento íntimo de cuán desesperados estaban sus negocios y cuán incorruptible e infatigable el argos de la bella Mandina. Continuó no obstante sin desanimarse conforme su resolución, pero sus acometidas fueron otras tantas victorias para la virtud e inocencia y otras tantas derrotas para la altivez y perversidad. Viendo por último inútiles sus esfuerzos y fallidas sus esperanzas, irritado y furioso, juró emplear en proporcionarse el placer de una cruel venganza los cuidados y desvelos que empleara hasta entonces en la más infame seducción. No cumplió sino con mucha exactitud este horrible juramento y sus efectos fueron en realidad aciagos y terribles a Cecilia y Mandina.

Entretanto la vida de Olimpia era un combate continuo y encarnizado de las más violentas pasiones y con particularidad de la venganza, celos y soberbia. Bien se apercibió de la mudanza de Coscia en asistir con más frecuencia en su palacio y no ser tan continuas sus salidas de él. Pero su celosa penetración no llegó a sospechar siquiera el motivo de esta mudanza, porque Coscia, tan astuto como perverso, tuvo buen cuidado de evitar en presencia de Olimpia cuanto pudiera infundirle la más remota idea de su verdadero objeto ni alarmar su genio suspicaz y arrebatado. Por lo mismo se manifestaba más complaciente y afectuoso para con ella y multiplicaba sus obsequios con no poca sorpresa de Olimpia, quien, aunque sin concebir tan extraño proceder, no sentía ser agasajada de un hombre por quien realmente sentía una viva pasión. Dedicose no obstante a espiar sus pasos y observarle de cerca, pero todas sus diligencias e indagaciones se estrellaron contra la profunda disimulación y artificios de Coscia. Contribuyó también a no fijar mucho en este examen de su conducta a la perversa Olimpia, el fuego que encendía en su corazón la pasión de la venganza. Su pecho inaccesible ya a sentimientos dulces como los de amor y benevolencia, y desconfiando con rabia poderlos inspirar a otros, solamente se cebaba en sentimientos ruines y bajos y se empleaba únicamente en trazar planes de perturbar la felicidad de otros, ya que no podía labrarla en sí misma.

La memoria del marqués de Scianella se reproducía continuamente en su imaginación y, no olvidando el juramento que había hecho de perseguir sin treguas y con el encono mas implacable a aquella aborrecida familia, viendo ya en parte satisfechos sus deseos con la muerte de Gertrudis, pens  en añadir nuevas víctimas a la primera para que no pudiese el marqués gloriarse en sí ni en sus hijos de haber ultrajado sus gracias impunemente. Su maligna travesura e ingenio le proporcionó en Mandina la materia más apta para la ejecución de sus designios. Informada por relación de Coscia del genio turbulento y atolondrado de Ambrosio y del carácter tímido y encogido de Eugenio, creyó lograr el resultado más ventajoso a sus miras si por este medio introducía la discordia entre los dos hermanos cuyos caracteres presentaban ya oposición tan manifiesta.

Previ  como astuta que la presencia de Mandina inflamari a al instante a los hijos del marqués; al primero por estar ya iniciado en los misterios de la disolución y haber gustado la copa del venenoso placer; al segundo por el instinto natural que le arrastraría involuntariamente a amar un objeto hermoso, no olvidando que cuanto más inocente y pura, tanto mas violenta debía ser su pasión. Encendida de este modo la llama del amor

en los dos hermanos, la rivalidad debía producir necesariamente la discordia y odio mutuo, y así quedaba en parte realizado su plan. El marqués, hombre débil y complaciente, o debía declararse en favor de uno de los dos rivales, quedando expuesto al resentimiento del excluido, o contemporizar con entrambos sin dar la preferencia a alguno, y de todos modos conseguía indisponerlos entre sí y sembrar la división en la familia de Scianella. Si finalmente daba el marqués algún paso en favor de uno de los dos y se adelantaba a pedirle su hija, podría entonces gozar del triunfo de su venganza haciendo con una negativa más espantosa la discordia y más completo el desorden de aquella casa. Aunque insaciable en su pasión vengativa, pues no se contentaba con menos que con la destrucción total del padre y de los hijos, tuvo no obstante por suficiente aquel paso por entonces, viendo ya en perspectiva los efectos que necesariamente debían producir, bastantes para desfogar su rencorosa furia y que en su concepto le excusarían en lo porvenir el trabajo de renovar los golpes, siendo el que iba a dar golpe maestro, si salía bien en su diabólico plan.

Dispuesto todo lo necesario para el viaje que al efecto pensaba hacer al palacio de Scianella, resolvió que juntamente con Mandina le acompañase únicamente el conde su marido, no acomodándose a tener por compañeros de viaje y testigos de sus acciones a Cecilia y Coscia, que cada cual en su línea se le hacían sospechosos y temibles; Coscia por su malicia y perversidad, Cecilia por su virtud y entereza. Doró no obstante a Coscia el desaire en la exclusión de su compañía con dejarle dueño y árbitro del palacio durante su ausencia. No se creyó obligada a iguales atenciones con Cecilia, a quien insinuó sencillamente las disposiciones tomadas para el viaje y para llevar consigo a Mandina. Pero fue indecible el dolor y sentimiento de esta amable doncella al ver iba a separarse de su amada maestra, siendo sus ojos fuentes inagotables de llanto por más que el conde le dijo para acallarla ser la ausencia para pocos días. Finalmente, la necesidad acabó con ella se serenase algún tanto, mas no arrancó de su corazón el sentimiento de la separación y la imagen de su querida aya quedó profundamente grabada en él, mientras la del gallardo Eugenio no oscureció los trazos de la de Cecilia y mientras el amor no grabó su efigie sobre los caracteres de la amistad. Coscia quedó algo mortificado, aunque disminuyó la pena del desaire el contento por verse lejos de Olimpia, a quien ya aborrecía, y de Mandina, cuya soñada conquista y real e ignominioso vencimiento le transportaban hasta el más rabioso frenesí.

Aquí se hace preciso advertir que entre las relaciones de Coscia, mantenía ocultamente íntima familiaridad con un famoso bandido de aquella tierra llamado Scoroncóncolo, y tanto éste con su cuadrilla de facinerosos, como Coscia con sus avisos y consejos, se ayudaban mutuamente en la ejecución de sus malvados planes, robos y asesinatos, y en eludir las pesquisas y burlar la vigilancia de la justicia. Esta circunstancia servirá para aclarar en lo sucesivo algunos acaecimientos de la presente historia.

Partieron Olimpia, el conde y Mandina al palacio de Scianella adonde llegaron después de un día de camino y fueron recibidos, según vimos, por el marqués con todas las demostraciones del más fino afecto y cordialidad. Comenzó desde luego Olimpia a poner por obra su ideada venganza, y tuvo el bárbaro placer de mirar con sus propios ojos introducida la rivalidad y división entre los miembros de aquella tan unida familia.

A pocos días de la llegada de los huéspedes a Scianella, recibió Coscia una carta de Ambrosio, fecha en dicho palacio, cuyo tenor era el siguiente:

Mi apreciable maestro: la venida del conde, de su esposa e hija a esta casa ha sido tan

agradable a todos los demás como fatal a mí sólo. No he podido ver a Mandina sin conmoverme y desearía poseer a toda costa muchacha tan preciosa. No desconfiaba de lograrlo; mas la rusticidad y gazmoñería de Eugenio han chocado a la rapaza y, aunque veo la diferencia que hay de mi hermano a mí, no puede ocultarme mi amor propio ser él el preferido. Se hace, pues, indispensable para mi felicidad y logro de mis deseos, alejar de aquí a mi dichoso rival, y el medio de conseguirlo es el que voy a proponeros. Incluyo un modelo de letra suya para que, imitándola con la destreza que sabéis, escribáis una carta dirigida a Mandina y otra a mi padre según el original que acompaño.

Aquí insertaba los dos billetes que debían entregarse al marqués y a Mandina la noche misma en que desapareciese Eugenio, y continuaba sucesivamente dándole cuenta del modo con que pensaba obligar a Eugenio a una fuga arrebatada sin que pudiese advertir el origen del misterioso aviso. Suplicábale finalmente que le remitiese a la mayor brevedad los billetes que le pedía, añadiéndole mil protestas de reconocimiento y promesas de recompensarle sus servicios cuando se hallase en estado de poder hacerlo.

Leyó Coscia la carta de Ambrosio y quedó indeciso, dudando si le complacería o dejaría desairada su petición, pues no era muy de su gusto trabajar en favor de su discípulo contra sus propios intereses y darle armas para conquistar una fortaleza, de que él mismo pretendía ser dueño. Reflexionando no obstante que si Ambrosio lograba su intento le quedaban a él menos obstáculos que superar para conseguir el suyo, determinó complacerle en esta ocasión, y así, imitando según la letra de Eugenio la de los billetes que le remitió, volvió prontamente la contestación favorable acompañada de las pérfidias cartas que tan funestas debían ser a los dos apasionados amantes Eugenio y Mandina. La diabólica travesura del primogénito del marqués tuvo todo el suceso que podía prometerse: Eugenio desapareció y Mandina creyó ver en él un amante no sólo inconstante y cruel sino de poca delicadeza y de no buen corazón.

Mas no bastó la creída infidelidad de Eugenio para borrar del tierno corazón de Mandina las profundas huellas del primer amor; y aun cuando hubiera concebido alguna especie de inclinación hacia Ambrosio, fuera inútil, como realmente lo fue, pues habiéndose hecho la petición formal de la mano de Mandina por el heredero de Scianella, Olimpia que nada deseaba más que llevarlos a este punto, contestó fríamente tener ya miras ulteriores sobre su hija.

Despidiéronse los huéspedes dejando clavado el cuchillo en el corazón del padre y del hijo, de éste por la repulsa y desaire hecho a su pasión, de aquel por la fuga de Eugenio y obstinación de Olimpia en negar su hija al primogénito de su casa. Vueltos a Brescia, contó Olimpia todos los sucesos acaecidos en el tiempo de su demora en Scianella a Coscia, el cual aparentó ignorar lo que tan bien sabía, alabando la conducta de Olimpia y ponderándole cuán expuesto hubiera sido entregar a Mandina en manos de un joven como Ambrosio, quien gracias a su magisterio se hallaba en estado de figurar aún entre insignes perversos. Esto dijo ignorando la intención de Olimpia, que realmente era inspirar a los dos jóvenes hermanos por medio de Mandina una pasión violenta para tener después la vil complacencia de conducirlos por una insultante negativa a la discordia y desesperación.

Es de suponer que verdaderamente fue de la aprobación de Coscia el proceder de Olimpia; pues aunque ya detestaba a Mandina, quería no obstante proseguir en sus tentativas sólo por satisfacer su odio y vengar en ella sus burladas esperanzas del modo más ignominioso y cruel, ocasión de la cual seguramente le hubiera privado la

condescendencia de Olimpia con la pretensión del marqués y ardiente pasión de su hijo.

Mandina volvió a encontrar con el más puro placer en Cecilia a su querida madre y maestra, de quien la ausencia, aunque corta, le había dado a conocer el precio en la soledad y tristeza que padeció en Scianella, mientras la memoria de Eugenio no calmaba algún tanto las penas de su inocente corazón.

A poco tiempo recibió Olimpia y el conde su marido noticia de estar próximo a celebrarse el matrimonio entre Ambrosio, hijo mayor del marqués de Scianella, y Lucrecia Pompei, de una de las más distinguidas familias de Verona. Esta nueva alegró sobremanera a la feroz Olimpia, viendo que le proporcionaba ocasión de ejercitar sus diabólicos talentos y de proseguir su encarnizada e implacable venganza con la familia de Scianella. Llamó a Coscia y, haciéndole ver cuán a la mano tenían la proporción de satisfacer y vengar sus particulares resentimientos, le manifestó sus ideas dirigidas a introducir la guerra y división entre los nuevos esposos. Mas aunque el perverso abate fingió conformarse con las medidas propuestas por aquella furia del infierno, no eran por entonces éstas sus miras. Hacía tiempo que meditaba separarse de Olimpia, pues la detestaba íntimamente, y aunque preveía el alboroto y fieros de aquella mujer cuando le hubiese declarado sus intenciones, no era esto lo que principalmente le detenía en manifestarse. Dejando a Mandina en poder de Olimpia, perdía hasta las más remotas esperanzas de lograr la satisfacción de sus brutales deseos, porque le era imposible disponer los medios sin dar sospechas y celos a Olimpia, y no ignoraba cuánto debía temer de una mujer apasionada y celosa, y capaz de dejarse llevar hasta los últimos excesos.

Ocurriole, pues, si podría hallar modo de precisar a Mandina a huir de la casa de su madre, y no lo halló mejor que atizar en ésta la llama infernal de la envidia, haciéndole con afectado descuido elogios frecuentes de las gracias de su hija y añadiendo que, engreída ésta con sus atractivos y con los exagerados elogios que le prodigaba incesantemente aquella loca y necia vieja que parecía su sombra según la guardaba, había osado poner la boca en el conde y, lo que es más, en ella misma, manifestando despreciarla y soltando algunas amargas ironías alusivas a la decadencia de sus atractivos y a la madurez de su edad. Esta última circunstancia de la calumniosa relación expresada por Coscia con el más artificioso y afectado arrebató [22](#) hizo arder a Olimpia como la chispa eléctrica.

Llamó a la inocente Mandina, la cual bien ajena del tratamiento que le esperaba, se presentó a su verdugo con la serenidad y calma de un corazón puro y virtuoso. La vista de aquella beldad, reproduciendo con mayor viveza en la furiosa Olimpia la idea desesperada de su perdida hermosura y juventud, y el ultraje sangriento que se figuraba haber recibido de aquella infeliz y tímida niña, la sacaron de sí. Prorrumpió en un torrente de injurias y baldones los más amargos e insufribles contra aquel ángel y, olvidada del decoro y decencia propias de su carácter, se propasó a poner las manos y maltratar con inaudita barbarie a la infeliz hija de Cubieres. Felizmente llegó Cecilia atraída de los gritos y pudo a duras penas arrancar a su alumna de las uñas de aquella tigre sedienta de sangre. Pero desde aquel instante se sucedieron los malos tratamientos con tanta frecuencia y furor que Cecilia, convencida por una parte de que aquel monstruo no pararía hasta devorar a su presa, sabiendo por otra parte no ser Mandina hija de Olimpia como generalmente se creía y horrorizada de la escandalosa conducta de aquella infame mujer, trató de salvar a la pobre niña del abismo en que iba a hundirse y ya la tenía medio sumergida. Siendo Cecilia mujer de medianas conveniencias por

haberle dejado sus padres algunas tierras y otras fincas hubiera podido vivir con decencia por sí sola, si el afecto a la familia del conde de Fachini no la hubiera mantenido en su palacio desde muchos años atrás. Mas ahora las circunstancias imperiosas la persuadieron a creerse desobligada de guardar miramientos y atenciones con aquellos a quien tan pocos debía, y es preciso que fuese muy bárbaro el proceder de Olimpia contra Mandina para inspirarle una resolución que necesitaba ser mirada a todas luces para justificarse.

Pensó huir con Mandina ocultamente a Mantua, donde poseía una casa a cuyo abrigo y el de un nombre supuesto pensaba permanecer algún tiempo hasta que Olimpia se reconociese y resolviera tratar a su hija como tal y no como una esclava despreciable. No faltándole resolución ni actividad para ejecutar lo resuelto, dispuso con sigilo lo necesario para la partida; mas cuando trató de convencer a Mandina para que consintiese en la fuga premeditada, experimentó la más inesperada resistencia, porque aunque oprimida y ultrajada, conservaba la generosa joven un afecto indecible a aquella mujer que al fin había sido esposa de su padre y la mantenía en su casa en calidad de hija. Pero tantas cosas le dijo Cecilia y tantos motivos alegó, efecto todo el cariño que le tenía, que se rindió Mandina, dejándose totalmente en sus manos y fiándole su reputación y su vida. Aún no habían pasado tres días desde que Mandina se redujo seguir a su aya cuando ya ambas habían desaparecido del palacio de Fachini. Practicáronse las más escrupulosas y exquisitas diligencias para hallar rastro de los fugitivos, especialmente por Olimpia, quien rugía de furor al ver se le iba de las manos la víctima ya medio devorada, pero fueron tan inútiles sus pesquisas como sus furores y tuvo que aquietarse forzosamente, esperando que el tiempo le descubriría el retiro de Cecilia y Mandina.

No así Coscia, quien como caminaba sobre aviso y sabía que sus trazas debían producir el resultado que se prometía, notó con disimulado placer los pasos de Cecilia en los días precedentes a la fuga; pasos insignificantes para otros, pero cuyo verdadero objeto penetraba él sin manifestarlo. Apostó un hombre de su confianza en las cercanías del palacio para velar día y noche sobre cualquier novedad que ocurriese. Bien pronto notó éste en una de las noches inmediatas dos hombres observando cuidadosamente la puerta del jardín, y no necesitó más para confirmarse en la presunción de que se ejecutaba cuanto había previsto. A favor de la oscuridad pudo ser testigo de la furtiva salida de Cecilia y Mandina, a las que siguió a alguna distancia, no sólo hasta fuera de la ciudad, sino conforme a las instrucciones de Coscia prosiguió caminando sobre sus mismos pasos hasta informarse exactamente del lugar de su retiro. Así lo ejecutó y quedó Coscia con la satisfacción de ser depositario de un secreto que tanta utilidad se lisonjeaba debía acarrearle. Las dos fugitivas fijaron su domicilio en uno de los cuarteles más retirados de Mantua, no saliendo de su habitación sino lo meramente indispensable, y para mayor seguridad mudaron los nombres, tomando Cecilia el de Justina y Mandina el de Angélica.

Fiel Olimpia a sus intenciones y consecuente a sus ideas de rencor y venganza, comunicó con Coscia su nuevo plan de ataque contra el individuo recién entrado en la familia de Scianella. Consistía este plan en urdir una calumnia con el mayor artificio posible y despertar en el pecho de Ambrosio la furiosa pasión de los celos contra su virtuosa y amable esposa, así como despertó esta misma pasión contra su hermano por la joven Mandina. Pero, mientras madurado el proyecto sólo esperaba ocasión favorable para realizarlo, recibió la nueva de la muerte del anciano marqués de Scianella, inesperada y poco menos que repentina, pues aunque de tiempo atrás gozaba de poca

salud, no aparecían sin embargo síntomas de novedad más peligrosa. Cuando Lucrecia entró en el palacio de Scianella cautivó inmediatamente el corazón de su suegro, quien procuraba indemnizarse con las afectuosas atenciones de su amable nuera del mal trato y disgustos que le ocasionaba su ingrato hijo. En breve tiempo la hizo depositaria de todos sus secretos, confióle la historia de Eugenio y de Mandina, y Lucrecia, sabedora de antemano de las ventajosas y apreciables cualidades que resplandecían en estos desgraciados jóvenes, propuso en su corazón favorecer su mutuo afecto y emplear cuantos medios estuviesen a su alcance y le inspirase su carácter benéfico para coronar sus deseos.

Capítulo XII

Habían ya caído dos víctimas sacrificadas a los rencorosos celos de Olimpia, sin que el convencimiento de haber sido su verdugo despertase remordimientos en el alma de aquella mujer ni apagase la sed infernal que tenía de acabar con todo cuanto le recordase su desaire e ignominia. Recibió la noticia de la muerte del marqués con indiferencia y frialdad, y aunque retardó por algunos días la ejecución de sus designios, no los desbarató. Tuvo modo de corromper y seducir a una camarera de Lucrecia llamada Asela, muchacha sencilla y nada maliciosa, y con la promesa de crecida suma de dinero y efectiva entrega de considerable cantidad, la redujo a cooperar a la traición más negra e inaudita de que haya memoria. Valiéndose de la perversa habilidad de Coscia para fingir letras, escribió, imitando la de Lucrecia, una carta en la que manifestándose esta virtuosa señora apasionada y ciega por un amante desconocido, y aparentando detestar y querer sustraerse al tiránico despotismo de su marido, disponía con el incógnito huir de la casa en la primera ocasión. Coscia quedó encargado de entregar el billete a Asela, instruyéndola de cuanto debía practicar.

Llegó el perverso abate una tarde a las inmediaciones de Scianella montado en un ligero caballo; Asela, que ya le aguardaba, recibió el papel y las instrucciones, y quedaron convenidos en que la entrega de dicho billete se verificaría aquella misma noche; y a fin de poner a Asela a cubierto del primer ímpetu del furor de su amo, quien era natural quisiese castigarla, prometióle aguardarla en las cercanías del palacio en paraje señalado, después de haber representado el papel del amante desconocido, picando espuelas al caballo en el instante en que Ambrosio, alarmado por la lectura del billete, saliese a la puerta para verificar la certeza y verdad de la fuga premeditada. Todo salió a medida de sus deseos y, habiendo Coscia aguardado a la traidora criada en el sitio convenido, la obligó a refugiarse a un pueblecillo de las montañas del Milanés infundiéndole temor del castigo a que se exponía si llegaba a descubrirse su traición, y ofreciendo llevarle el complemento de su recompensa y el precio de su maldad; palabra que, como es de suponer, cuidó muy poco de cumplir en lo sucesivo.

Tan agitada y desastrosa vida había reducido a Coscia a un estado de salud muy quebrantado, e influido en su exterior con tanta fuerza que más parecía un esqueleto ambulante que un hombre vivo perteneciente a la especie de los mortales. Pero sus alteraciones físicas en nada mudaban la perversidad de su corazón. No había olvidado su objeto principal, que era la conquista de la joven Mandina, y a fin de atender con menos trabas y obstáculos al mejor desempeño de tan importante negocio, se decidió a separarse de Olimpia, paso premeditado desde mucho antes y cuya ejecución reservaba para después de haber servido a Olimpia en su malvada conjuración contra la inocente Lucrecia. No quiso exponerse al incierto resultado de una despedida en la que bien veía que Olimpia no había de consentir, y tuvo por más acertado imitar a Cecilia y Mandina y dejar al conde de Fachini por único consolador de la abandonada condesa.

Equipado de todo lo necesario y provisto de cuanto pudiera hacerle no sólo cómoda sino agradable a la oscuridad en que se proponía vivir, merced a las liberalidades de Olimpia y a su económico manejo de los caudales de la casa, especialmente en el tiempo

en que por ausencia de los señores quedó árbitro y administrador de todo, desapareció una noche, dejando cubierta de luto y desolación a su apasionada y enamorada Olimpia. Fijó su habitación en Peschiera, población que, aunque por inmediata a Brescia debía inspirarle recelo de que se descubriese su retiro, le proporcionaba no obstante sus ventajas en la proximidad a Scianella, con cuyo nuevo marqués, Ambrosio estrechaba cada día más las relaciones. Prueba de ello fue, como también de la confianza que mereció a su discípulo, el encargo que le hizo de ser el carcelero de su esposa, a quien había pensado encerrar en una casita que poseía en lo interior de un bosque de los Alpes. Envío Ambrosio a su criado Cenón para comunicar a Coscia sus intenciones, y éste que sólo persiguiendo y haciendo mal se hallaba en su elemento, aceptó con gusto la propuesta y se encargó de ser el carcelero de la inocente marquesa.

Habitaba la casita mencionada sólo en algunos tiempos del año un leñador destinado al corte de la madera para las fábricas y demás necesidades de la familia de Scianella, cuyo era el bosque²³, y en lo restante del año permanecía desierta o era por lo común guarida de los salteadores que infestaban aquella comarca, no siendo pocos los ejemplares de asesinatos cometidos en los infelices leñadores que la habitaban. La intención de Ambrosio era exponer a su esposa a una suerte semejante en aquel sitio inculto y salvaje, a cuyo fin una de las principales instrucciones comunicadas a Coscia era que le dejase la comida para algunos días y, encerrada, la abandonase de este modo a los peligros consiguientes a soledad y desamparo tan espantoso; y cuando esto no sucediese, esperaba que en breve tiempo las incomodidades de la prisión, las privaciones y los malos y duros tratamientos serían bastantes para consumirla y acabarla.

Coadyuvó Coscia a las bárbaras intenciones de Ambrosio del modo más satisfactorio, desempeñando el oficio de carcelero con toda la barbarie y crueldad propias de las gentes de su profesión, y aun si es posible se excedió en el cumplimiento de las órdenes recibidas. Trató a Lucrecia con tanta indignidad que sólo un alma como la suya pudo no enternecerse al aspecto de los sufrimientos y desolación de la virtuosa señora.

Mas para que no hubiese maldad ni atentado de que no fuese capaz el indigno abate, la soledad y belleza de su prisionera suavizaron algún tanto su ferocidad, pero despertando en su perverso corazón sentimientos bastardos cuya declaración horrorizó a la virtuosa y honesta señora. El cielo protegió a ésta contra los asaltos de su insaciable liviandad y sacó a la inocente víctima del poder de su malvado verdugo por los medios que en adelante se declararán.

En extremo mortificado y pesaroso quedó Coscia por habérsele ido de entre las manos la presa que estaba ya para devorar, pero se consoló de la inutilidad de sus tentativas en la casa del bosque con el partido que esperaba sacar de la disfrazada y fugitiva Mandina en su habitación de Mantua. Por lo tocante a Ambrosio, le fue fácil justificarse de la fuga de Lucrecia, pues ocultándole la circunstancia de su asiduidad e incesante asistencia en la prisión de la marquesa durante los últimos días, y mucho más la causa que le moviera a ello, le hizo creer que durante sus ausencias algunos bandidos, entrando según su costumbre en la casa abandonada, la habrían sin duda sacado de allí llevádosela consigo.

Persuadidas Cecilia y Mandina que todo el mundo ignoraba su retiro, vivían una vida, aunque oscura y desconocida, tranquila y envidiable; así fue indecible su sorpresa cuando, a poco tiempo de su llegada a Mantua, vieron entrar a un desconocido, quien les entregó una carta dirigida a Mandina y concebida en los términos siguientes:

Señorita: no extrañéis que los ojos del afecto y benevolencia sean más perspicaces que

los de la cautela y temor. El que tengo de ofenderos se desvanece al considerar la rectitud de mis intenciones, que no son otras sino pasar a manifestaros de boca los deseos que me animan de contribuir con vuestra digna compañera y maestra a haceros llevadero vuestro destierro, y, aun si queréis, poneros a cubierto de las persecuciones de vuestra madrastra. Si condescendéis en admitirme a vuestra presencia, mi adhesión os acreditará no habéis servido a un ingrato en...

Benito Coscia

Esta carta prueba que hasta los genios mas traviesos y astutos claudican haciéndose esclavos de una pasión violenta cual es la del amor, pues Coscia cuidó tan poco de encubrir el verdadero blanco de sus miras y no temió asustar la delicadeza y honestidad de una joven como Mandina, ni alarmar la vigilancia de una mujer como Cecilia. Asombradas entrambas, no menos de la descarada osadía del indigno abate que de la novedad de verse descubiertas, no supieron al pronto a qué partido aplicarse; mas vueltas en sí de la admiración y sorpresa, consultando sólo a su obligación y virtud, respondió Cecilia en nombre suyo y de Mandina en términos bastantes a quitar a Coscia hasta la más remota esperanza de salir con su intento. Dieron la respuesta al portador de la carta y aquel mismo día se trasladaron a vivir al barrio de la ciudad más distante del que habitaban entonces, para evitar por este medio nuevas tentativas de parte de Coscia. Pero fácil es de suponer no estuvo por largo tiempo ignorado su nuevo retiro. Resta ahora decir cuál quedó Coscia viendo escritos en el agua sus proyectos, sueños y quimeras, convirtiéndose en un tigre herido ardiendo en sed rabiosa de venganza, capaz sola de apagarse en la sangre de Mandina.

Ésta por su parte vivía cada día mas pesarosa y arrepentida del arrojado paso que le obligara a dar su aya, y prefiriera mil veces quedar expuesta al resentimiento y encarnizada persecución de su implacable madrastra a haber procedido con tanta precipitación y ligereza; y aunque su aya se empeñaba en consolarla, no lo lograba sino con harta dificultad.

Tuvo noticia el irritado Coscia de que un joven de la misma ciudad, llamado Camilo Salviati, tenía sus pretensiones al afecto y mano de Mandina, cuya casa frecuentaba con bastante asiduidad. Mas aunque no ignoraba el poco fruto de sus visitas (haciendo en esto justicia a la virtud de Mandina), le cobró tal odio que trató de envolverle en la ruidosa venganza que pensaba tomar de aquélla, a su parecer fiera e intratable beldad. Pensaba, dando celos a Camilo, obligarle a que la matase sabiendo que por menores motivos había cometido delitos iguales y aún mayores. A este fin, advertido de que Camilo rondaba de noche la casa de Mandina, dio en esconderse durante muchas noches en el zaguán de la misma y salir a deshora embozado para ser visto de él. Este misterio dio a entender a Camilo ser un rival desconocido la causa de los desdenes que también sufría, mas aguardó algunas noches para confirmarse en su presunción. Suponía Coscia que el violento y arrebatado carácter de Salviati iba a estallar desde el segundo día; mas viendo que se pasaban tres y cuatro, y no pudiendo sufrir una dilación tan contraria a su bárbara impaciencia, dirigió por otra parte sus tiros y concibió nueva idea para realizarla en el instante.

Aún no se habían recobrado las infelices fugitivas del terror ocasionado por la carta de Coscia, recibieron otra de letra diferente que les heló la sangre en las venas y dejó petrificadas. Decía así:

He descubierto por fin el paradero de una hija inobediente y perversa y de una vieja seductora y maligna. Los más severos castigos no bastarán a borrar la mancha indeleble y escandalosa que tan infame conducta ha echado en mi familia ni a expiar tamaño crimen. Consultando sólo al rigor y oyendo la voz de la justicia, pensé mandaros encarcelar, pero aún hay un lugar para la misericordia, y éste debe granjearle una absoluta e ilimitada sumisión. Dé en el momento Mandina la mano de esposa a Camilo Salviati, me basta saber que es digno. He aquí el medio único para aplacar mi justo enojo y evitar los efectos de la severidad de una madre ultrajada cuyos derechos aún no ha olvidado

Olimpia

Figúrese el lector el espantoso trastorno que produciría aquella imperiosa carta en la tímida y encogida Mandina. Desde luego se persuadieron, tanto ella como su aya, que, irritado Coscia por la última repulsa, las había vendido, descubriendo a Olimpia el lugar de su retiro; mas estaban muy lejos de la verdad. El mismo Coscia fue el autor de dicha carta, imitando la letra de Olimpia. Pero muy distantes ellas de sospechar este nuevo rasgo de perfidia, y viendo que su contenido no admitía réplica ni interpretación, resolvieron someterse, aunque con dolor, a la autoridad de Olimpia. Mandina para dar con ello una prueba de arrepentimiento de su fuga, y confiando desarmar con la sumisión la cólera de su madrastra; y Cecilia, temiéndolo todo de una mujer celosa y ofendida que tan pronto había conseguido descubrir el lugar de su habitación, si no se le complacía en esta absoluta y lacónica manifestación de su voluntad.

Pasaron no obstante toda la noche inmediata en llantos y gemidos sin acabar de resolverse, por más que Mandina se esforzaba en mirar su sacrificio por el lado más favorable, aunque la memoria de Eugenio hacía más dura y cruel la lucha entre la obligación y el amor. Decidieronse finalmente, y cuando a la mañana siguiente se presentó Camilo para improperar a Mandina o Angélica (que así se llamaba) su hipocresía y hablarle del supuesto rival, Cecilia, o la señora Justina, le anunció que habiendo cesado todos los inconvenientes, podía disponer de la mano de Angélica: noticia que oyó Camilo con no menor sorpresa que placer. Corrió inmediatamente a hacer los preparativos, enviando magníficos regalos y preciosas joyas a su futura esposa, la cual, aunque los admitió, no quiso en manera alguna adornarse con ellas.

Llegado el día destinado para la celebración del matrimonio, cuanto más se acercaba el terrible momento, tanto más sentía Angélica flaquear su constancia y titubear su resolución. Finalmente, pudo tanto con ella la exaltación de la fantasía a la vista del sacrificio que, no obstante estar reunida toda la comitiva para acompañarlos al templo y a punto de partir, llamó a Camilo a una pieza retirada para suplicarle en nombre de cuanto más sagrado tenía en el mundo no la redujese a la extrema desesperación, precisándola a consentir en un enlace forzado y obligarle a pronunciar un sí que su corazón repugnaba. Mas no tuvo tiempo la infeliz Angélica de manifestar a Camilo su pensamiento. Apenas había entrado en la pieza, dejando afuera toda la gente en expectación a causa de tan extraña novedad, ven con espanto salir de un retrete, donde había una escalerilla que se comunicaba con el jardín, dos hombres, de los cuales Angélica reconoció al primero con horror: era Coscia. El monstruo se arroja sobre la inocente joven y le pone un pañuelo a la boca para impedir que grite, mientras su compañero, armado de una daga, dio dos puñaladas a Camilo, una de ellas en la garganta, cogiéndole la acción antes que tuviese tiempo de rehacerse del pasmo y ponerse sobre la defensiva.

Ejecutose esta maldad con tanta rapidez que parece increíble. Al ver Angélica el ademán del asesino se precipitó a quitarle el puñal, sin que le fuese a Coscia posible impedir la acción de sus manos, pues tenía ocupadas las suyas en sujetar el pañuelo puesto sobre la boca de Angélica. Mas llegó tarde la generosa defensora y sólo a tiempo de arrebatarse el puñal ensangrentado, hundido ya en las venas del desventurado Salviati. Coscia, antes de partir, aseguró fuertemente el pañuelo de modo que no fuese posible a Angélica desembarazarse de él tan pronto; mas considerando que esto podía serle perjudicial y prueba de haber sido otro el asesino, volvió a desatarlo, diciéndole al mismo tiempo en tono amenazador estas palabras: «Mandina, tengo en mi poder a Eugenio; de tu silencio depende su vida». Dicho esto, huyeron por la escalerilla al jardín y de aquí a la calle, dejando a Camilo revolcándose en su sangre y a Angélica desmayada, con el puñal sangriento que había quitado al asesino y el vestido nupcial lleno de sangre.

Informado Coscia de las entradas y salidas y demás tránsitos de la casa, cuyas señas había aprendido perfectamente, se ocultó en el aposento destinado para habitación de los nuevos esposos, aguardando ocasión favorable de verlos reunidos o entre día o por la noche al retirarse. Espiando todas sus acciones y palabras, oyó las que Angélica dijo a Camilo suplicándole la escuchase aparte por un momento. Seguro de las precauciones tomadas para estorbarle gritar, conoció también que, aunque el asesinato produjese algún estruendo, el murmullo y alegre confusión de la comitiva reunida en la sala no dejarían percibirse, y todo se verificó según él había previsto. Ya vimos en el segundo capítulo de esta obra los acaecimientos que siguieron a esta catástrofe y a la muerte de Cecilia o Justina, en quien parece quiso la divina justicia vengar la fuga a que obligó a su alumna, sustrayéndola a la autoridad de una mujer que, aunque perversa, gozaba al fin de los derechos de madre y en ningún modo le era permitido a un particular despojarle de ellos, aun bajo el más plausible pretexto.

Libertada Angélica por el entusiasmo popular del inminente suplicio, fue conducida por segunda vez a la cárcel, habiendo la tropa, como ya se vio, dispersado los grupos del pueblo y apoderándose de nuevo de la hermosa prisionera. Al día siguiente de haber entrado por segunda vez en aquella mansión del crimen, en donde abandonada a su dolor y tristes memorias con dificultad podía consolarse de su lamentable situación con el recuerdo de Eugenio, por cuya salvación, aun creyéndole ingrato y desleal, había expuesto su vida al más afrentoso suplicio, vio entrar en su prisión, acompañada de algunas otras personas dependientes sin duda del tribunal, una señora joven y de hermosura más que mediana; pero de quien no se acordaba haber visto otra vez las facciones. La desconocida pidió a los circunstantes cortésmente se retirasen y, obtenido su deseo, acercose con dulzura a la afligida prisionera y le dijo:

—¿Me será permitido preguntaros si el tiempo y los padecimientos han ablandado vuestro corazón y héchoos más accesible a los consejos de los que miran vuestra salud como propia?

—Y ¿qué queréis decir con eso?

—Nada, sino únicamente el deseo de saber si insistís en no declarar el asesino de Camilo, ya que protestáis vuestra inocencia.

—Señora —contestó Angélica con entereza y resolución en medio del abatimiento en que se hallaba—, vuestra presencia me hizo formar al principio concepto muy diferente del que me inspiran vuestras palabras. Nada más tengo que deciros.

—Pues yo —respondió la desconocida acercándose a Angélica y echándole los brazos al cuello— vengo a castigaros por vuestra obstinación, y así es preciso salgáis en el momento

de esta cárcel.

—Me dejáis asombrada. ¿Quién sois y qué medio o autoridad tenéis para libramme?

—Nada os importa saber quién soy: oíd ahora el medio de que me valgo para libertaros, en la inteligencia de que la más mínima réplica u observación tocante a una resolución maduramente premeditada os expondría a todo mi resentimiento y a la muerte. Escoged, pues, entre la libertad para justificaros en paraje seguro o la ignominia y cadalso.

—¡Alma generosa! —exclamó Angélica, inundada en llanto—, vos acabáis de adquirir sobre la mía un ascendiente irresistible; disponed, mandad y seréis obedecida; sólo me queda el recelo de que mi libertad os sea funesta a vos misma.

—No os aflija ese recelo, pues mi seguridad es inseparable de la vuestra, y ahora sólo debemos tratar de no desperdiciar los momentos.

Dicho esto, manifestole su designio y alcanzó, aunque con suma repugnancia de Angélica, consintiese ésta en mudar el traje y vestir la ropa de la desconocida señora, la cual le prometió que al día siguiente volverían a verse y abrazarse en Verona. Dióle sus instrucciones y, echando sobre su hermoso rostro el velo que llevaba ella misma al entrar en la prisión, la dejó tan perfectamente disfrazada que era imposible advertir el cambio, contribuyendo a realzar la ficción la semejanza de entrambas en el talle y estatura. Diéronse un estrecho abrazo por despedida y Angélica, pro curando serenarse y haciéndose violencia para que no la vendiese su alteración, a favor del velo, salió sin novedad acompañada del carcelero y demás dependientes hasta la puerta de la cárcel, donde la aguardaba un coche en el que subió, habiendo primero agradecido generosamente a los que la acompañaron, pero sin hablarles palabra; bien que el carcelero nada quiso recibir. Encontró en el coche un hombre de aspecto afable y algo entrado en edad, pero cuyo traje manifestaba antes ser criado de la señora que de condición igual a ella. Dio la mano a Angélica para subir, y colocado enfrente de ella:

—Tengo orden —le dijo—, señorita, de llevaros a Verona, donde aguardaréis a mi señora, permaneciendo entretanto en su casa y disponiendo en ella como verdadero y absoluto dueño.

Contestole Angélica con las expresiones del más tierno agradecimiento, mientras rodando por las calles de Mantua se alejaba el coche conductor de la inocente prisionera de un sitio testigo de sus dolores y padecimientos. Aventuró algunas preguntas al desconocido durante el viaje sobre su libertadora, pero éste le suplicó excusase su silencio, si conforme a órdenes recibidas no podía satisfacerla.

Habrían caminado como unas seis leguas, cuando al llegar a un paraje solitario, por donde el camino hondo tenía una montaña a la derecha y una selva a la izquierda, asaltaron el coche seis hombres armados de pistolas y carabinas. Aun cuando hubiesen tenido pensamiento de resistir el desconocido compañero de Angélica y el lacayo y cochero, únicos conductores del carruaje, estorbáralo la falta de armas y la precipitación con que los salteadores los sorprendieron, no dejándoles tiempo para volver en sí del susto y apuntándoles al pecho las armas de fuego. Angélica cayó desmayada en brazos del desconocido, quien procuró defenderla contra los bandidos haciendo uso, aunque sin efecto, de un pistolete que acaso llevaba en el bolsillo. Mas desgraciadamente erró el tiro y, echándose aquellos malvados sobre él y sobre los demás, los maniataron y amarraron a unos árboles inmediatos al camino, después de haber robado cuanto dinero y joyas encontraron en el coche y en los tres hombres, pero sin usar de igual violencia con la desmayada doncella.

Viose con admiración ser ésta el único objeto de su asalto y agresión, pues

abandonando en medio del camino el coche y caballos a vista de los infelices maniatados, uno de ellos cargó en peso con la infortunada joven y, acomodándola sobre su caballo, partieron todos juntos internándose en el bosque que tenían a la vista. Prosiguieron su viaje durante algunas horas por sendas desconocidas hasta que llegaron a una casa aislada, situada en medio de un bosque, y de la cual tienen ya noticia los lectores por ser la misma donde la infeliz esposa de Ambrosio gimió encerrada durante algún tiempo y que fue teatro y altar de la reconciliación de Eugenio y su hermosa Mandina. Desmontaron todos y colocaron a la desgraciada prisionera, inútilmente arrancada de las manos de la justicia de Mantua, en el mismo aposentillo que sirviera de prisión a Lucrecia.

Contando Coscia con el feliz éxito de sus diabólicas tramas, y vengado de Camilo por rival, y de Angélica o Mandina* por desdenosa, creyó no le quedaba ya más que hacer, sino gozar el fruto de sus maldades e infamias con una vida bestial y epicúrea. Entonces fue cuando Ambrosio, ignorante de los ruidosos sucesos que acaecían en Mantua y ocupado solamente en sus delirios, y deseando y temiendo las apariciones de la Sífida, poco después de su visita al solitario de san Herculano, convidó a Coscia con su palacio, rogándole pasase a vivir en él y a ser tratado con las atenciones debidas al carácter de maestro y como su propia persona. Aceptó Coscia el convite sin vacilar porque, habiendo roto las cadenas con que Olimpia le tenía aprisionado, poco le importaba descubriese ésta el lugar de su retiro, pues estaba decidido a no volver a vivir con ella. Trasladó en efecto todos sus muebles a Scianella y desde entonces se dedicó, como dijimos, a recorrer el velo de los misterios de su discípulo, aunque con el poco fruto que se ha visto.

Entretanto rindiéndose a las instancias de Ambrosio, que sin cesar le importunaba pidiéndole noticias de Mandina; aunque había ya cesado de interesarse en la suerte dichosa o infeliz de esta pobre joven, procuró adquirir algunos pormenores y circunstancias relativas al proceso. Pero no fue poca su alteración y susto cuando, preguntando en cierta ocasión al marqués de Scianella si conocía a Angélica Latici, respondió había oído hablar de ella y conocer personalmente a Camilo Salviati y las causas y las circunstancias de su asesinato. La conciencia hizo estremecer por un instante al malvado Coscia, persuadiéndose estar ya descubierta su maldad, pero le tranquilizó bien pronto la explicación de Ambrosio y quedó asegurado de ser todavía un misterio su iniquidad. Aunque sin esperanza de resultado favorable a la pasión de Ambrosio, y meramente por complacer a éste, partió a Mantua, a fin de tomar noticias más exactas sobre la causa de Mandina. Vio que realmente presentaba mal aspecto, pero se dedicó a adular al marqués y lisonjearle con esperanzas que él mismo tenía por quimeras, pues no dudaba, según la voz pública, debía salir bien pronto al patíbulo la víctima de su horrible maldad.

No obstante, dejó en ausencia suya para velar e informarle de la marcha de los sucesos al sujeto de confianza de quien dijimos se había valido en otras ocasiones. Este sujeto fue Carloto, uno de los bandidos agregado a la gavilla de Scoroncónico, el cual ignoramos la causa de haber continuado en servirle después del asesinato de Camilo (pues Carloto fue quien le dio las puñaladas) porque, según las palabras mismas de Carloto, en el viaje que hicieron acompañando a Eugenio y Claudio a la casa del bosque, había sido recompensado de su trabajo muy escasamente por el avaro Coscia, a no ser que digamos aguardaba más generosa paga del nuevo servicio. Notó Carloto el interés que tomaba Mantua en la suerte de Mandina, cuya sentencia iba a fallarse dentro de poco. La fermentación del pueblo y otras señales le convencieron de la posibilidad de que

se arrojase a salvarla a viva fuerza y la arrancase de las manos del verdugo, y así partió sin detención a participar la novedad a Coscia.

Éste quedó sorprendido, pero reflexionando que Mandina, libre ya de la muerte, probablemente lo estaría pronto de la prisión. Aunque, mientras se mantuviese en ella, estaba seguro que no le descubriría, suponiendo a Eugenio en su poder, pensando no obstante cuán fácil era averiguar la verdad una vez que saliese de la cárcel, pensó apoderarse de su persona a todo trance si lograba su libertad, y ponerla en manos de Ambrosio, ya porque yendo de acuerdo con éste estaría mejor custodiada, ya también porque volviendo a revivir en su corrompido pecho sus criminales y lascivos deseos, esperaba sacar mejor partido de Mandina aislada y sin defensores que sacó de Mandina mientras permaneció a la sombra de Olimpia y Cecilia.

Presentose inmediatamente al marqués, refiriéndole la posibilidad de que saliese pronto de la cárcel, en cuyo caso no le sería difícil apoderarse de ella valiéndose de algunos esforzados caballeros que él tenía a su disposición, con tal de que la recompensa merecida siguiese inmediatamente a tan señalado servicio. No perdió tiempo el malvado Coscia. La partida de Scoroncóncolo, con quien él se entendía directamente, acampaba por lo común en las inmediaciones de Scianella. Expidió a Carloto con orden de que a la mayor brevedad posible se presentase Scoroncóncolo y algunos de su tropa a recibir órdenes del señor marqués de Scianella. Obedeció exactamente el jefe de aquella gente desalmada, y aquella misma noche se presentó con Carloto, Gottfried y cinco más a saber la voluntad de Ambrosio. Éste los recibió alegremente y dio parte a Scoroncóncolo de sus deseos, reducidos a apoderarse de la persona de Mandina por cualquier vía que fuese, si llegaba a escapar de su eminente suplicio, a cuyo fin era indispensable se apostasen algunos en las cercanías de Mantua mientras otros velaban de cerca sobre el resultado de la sentencia de la prisionera, prometiéndoles una crecida recompensa si el éxito correspondía a sus esperanzas.

Cumplió fielmente Scoroncóncolo las intenciones del marqués: envió dos de los suyos a Mantua con orden de avisarle a la menor novedad que ocurriese. Mezclados con la multitud presenciaron la libertad de Mandina y su vuelta a la cárcel. Permanecieron en expectación hasta el día siguiente, no perdiendo de vista a cuantos entraban o salían de aquel lugar, examinándolos con descuidada atención por si entre ellos veían salir a Mandina, cuyas facciones tenía bien impresas en la imaginación. Advirtieron en efecto parar un coche a la puerta de la prisión y apearse de él una señora cubierta con un velo, pero vislumbraron de sus facciones lo bastante para poder reconocer su identidad cuando saliese. Así es que cuando volvió a entrar en el coche, como iban sobre aviso, al instante conocieron no ser la misma persona que había entrado.

Corrieron inmediatamente a dar cuenta a Scoroncóncolo de su descubrimiento y sospechas, bien que asegurados antes del camino que había tomado. Scoroncóncolo no desperdició el aviso y, partiendo a galope con su tropa montados todos en buenos caballos, en breve descubrieron el coche, pero sin tratar de alcanzarlo salieron del camino y fueron a apostarse a la entrada del bosque, por cuya orilla debía pasar, y tuvieron la suerte, como dijimos arriba, de apoderarse de la desgraciada Mandina. Voló Scoroncóncolo anticipadamente a pedir albricias al marqués de la felicidad de su rapto, mas con gran sorpresa suya encontró el palacio desierto y abandonado. Creyendo que Ambrosio y Coscia le habían burlado, juró vengarse y precisar al primero de grado o por fuerza a recompensarle según su promesa, y con esta mira volvió a unirse con su tropa, dos de la cual destacó con orden de llevar a Mandina a la casa del bosque mientras él con

los demás se empleaba en buscar a Ambrosio. En este intermedio acaeció el encuentro con el infeliz amante de Antonia y con esta bella joven, a la cual después de haber dejado en compañía de Mandina en la casa del bosque, volvió a sus diligencias y tuvo la suerte de hallar a Eugenio, como referimos ya en la primera parte.

Seis días después de la entrevista del marqués con Carloto, recibió la inesperada visita de Olimpia. Aunque atormentado de sus delirios y remordimientos, en especial por la maligna curiosidad de Coscia, no dejó de procurar por todos los medios posibles obsequiar a la huésped con profusión y magnificencia. Mandó disponer un espléndido banquete y, haciendo violencia a su negra melancolía y reciente alteración, comenzó en compañía de Olimpia y Coscia a entregarse al placer de la mesa, aunque por otra parte bastante alterado por el trastorno de los elementos que en aquel día parece se habían desencadenado e influían en sus órganos conmovidos de un modo terrible. Hacía sin embargo los honores de la mesa y se sucedían los brindis al pavoroso estampido²⁴ del trueno y ronco estrépito de las ondas del lago.

Era ya bien entrada la noche y no pensaban abandonar tan pronto aquel lugar de placer y deleite cuando entró, repentinamente y sin preceder aviso, un hombre descolorido y trémulo, el cual, entregando a Ambrosio una carta cerrada, desapareció sin aguardar respuesta. Ábrela el marqués, pasa los ojos rápidamente por su contenido, levántase precipitadamente de la silla en que estaba sentado:

—Perdidos somos —exclama—. Huyamos al instante —y sin decir más sale corriendo de la sala y deja a los demás petrificados. Mas no duró mucho esta escena de estupidez y pasmo: Olimpia y Coscia, reconociendo sin duda cuánto debían temer, huyeron también, comunicando con su fuga tal desorden y confusión en los criados y demás gente del palacio que, como si viesan sobre sus cabezas amagando la espada para asesinarlos, salieron arrebatadamente de Scianella a pesar de la tempestad deshecha y horrible lobreguez que la acompañaba, sin acordarse de llevar cosa alguna consigo y conducidos únicamente del instinto natural de salvar la vida. No se supo adónde huyó Olimpia, ignorese también el paradero de sus criados y de los del marqués. Éste, enajenado, lleno de horror, de remordimientos, agitado de convulsiones y casi fuera de sí, salió de su palacio sin saber adónde huir. Encuentra a Coscia a la puerta de él preparado a montar en un caballo y evitar el peligro, que según el efecto producido por la carta del marqués debía ser inminentísimo. Vio Ambrosio a su preceptor, e incapaz ya de contenerse:

—Venid —le dijo— y salvadme, pues sólo vos podéis hacerlo.

Dicho esto, echole los brazos al cuello, aplicó la boca a su oído y supo Coscia en aquella espantosa noche, rodeado del furor de los elementos, el horroroso secreto, que por primera vez salía del corazón y boca de Ambrosio. Pidíole éste encarecidamente no le abandonase en tan apurado lance. Coscia vio que la perdición de Ambrosio era inseparable de la suya. Consintió, pues, en favorecerle. El palacio estaba ya desierto: en la sala del convite permanecían ardiendo todavía las luces en candeleros de oro y los manjares humeando. Ambrosio y Coscia volvieron a entrar en el palacio y, atravesando silenciosos los inmensos salones de Scianella, a fuer de espectros vagando por el país de las sombras, provistos de una linterna, un pico y una espuerta muy capaz, fueron en derechura a la capilla de donde tomaron las llaves del panteón.

Bajaron la escalera de éste, oyéndose solamente en los intermedios que dejaban los truenos el eco de sus pisadas y el apresurado y difícil resuello exhalado del oprimido y palpitante corazón de Ambrosio. Llegados al panteón, señala el discípulo al preceptor la *urna sangrienta*. Coscia se adelanta con paso firme y decidido como un malvado

inaccesible ya a los remordimientos y a los temores. Da algunos golpes con el pico y se entreabre la cubierta colocada sobre la tumba de mármol. Ambrosio tiene sobre su mano la espuerta y apenas la puede sostener. Coscia arrima a un lado la cubierta, saca del sepulcro un cadáver ya corrompido o más bien un esqueleto, pero que conservaba todavía parte de sus vestiduras. Vuelve a mirar al fondo del sepulcro, y dirigiéndose a Ambrosio le dice con horrorosa frialdad, rompiendo por primera vez aquel terrible silencio:

—Es imposible se conozca. Sólo quedan huesos.

Ambrosio, al oír esto, despidió un alarido espantoso. Su convulsión le hace involuntariamente tender a Coscia las manos ocupadas con la espuerta; Coscia, aunque aturdido del grito, creyendo no obstante que se la ofrecía para recibir el depósito de la misteriosa iniquidad, deja caer en ella el cadáver, y a este tiempo, brillando en la atmósfera una encendida exhalación acompañada del más espantoso trueno, penetrando su resplandor por las pintadas vidrieras de la cúpula de la capilla y pasando a iluminar con pálida claridad el panteón al través de una rejilla abierta en el pavimento de la misma, pareció la luz del astro maléfico que presidía aquella escena de horror y abominación.

Fue necesaria toda la fuerza persuasiva de Coscia para animar algún tanto el abatido y enajenado espíritu de Ambrosio, quien permanecía inmóvil y en pie, manteniendo a duras penas en sus trémulas manos el enorme peso de su crimen. Finalmente salieron ambos del panteón, después de haber vuelto a cubrir el sepulcro lo más disimuladamente que pudieron. Atravesaron por segunda vez apresuradamente los salones de Scianella, dando al paso Ambrosio una ojeada involuntaria y casi forzosa a los retratos de sus padres colocados en las paredes de una habitación. Dejaron últimamente el palacio sin cuidar de cerrar la puerta y bajaron la montañuela sobre la cual estaba situado, con intención de arrojar al lago de Garda el cadáver cuyo reposo y silencio acababan de perturbar sacrílegamente, desgajándose entretanto el cielo en torrentes de agua y bramando furiosamente los vientos, como indignados de presenciar la consumación del crimen y de dar respiración a los criminales.

Cuando he aquí que un nuevo susto los sobresalta y obliga a huir con el mayor desorden y confusión, como si vieran sobre sus cabezas al ángel de las venganzas blandiendo el acero destructor y pronto a exterminarlos. Oyen a poca distancia de sí pisadas de un caballo y, aterrados con el inesperado y extraño ruido en noche tan espantosa, no se les ocurrió podía ser alguno de los fugitivos del palacio de Scianella. Dejan caer en el suelo la espuerta que sostenían entre los dos, y agitados, Coscia con el temor de ser descubierto y Ambrosio aún más con el torcedor de su conciencia, no les bastó el ánimo para llegar a la orilla del lago y arrojar en él el cadáver metido en la espuerta, con una enorme piedra atada a él como habían ideado, para que más fácilmente se fuese al fondo.

Con la confusión y trastorno separáronse entrambos. Coscia tomó la dirección de la casa del bosque, adonde no llegó hasta pasados dos días, habiéndose extraviado y dado inmensos rodeos por los bosques y montes vecinos, evitando siempre el parecer en poblado por no ser conocido y exponerse al inminente riesgo que no dudaba le amenazaba. Ambrosio por su parte, arrebatado de un espantoso delirio y enajenada su fantasía con la terrible escena del panteón y suceso que le siguió, guiado meramente del maquinal instinto de la propia conservación, huyó a la ventura al través de los campos y valles; pero como si una fuerza irresistible le arrastrase mal su grado al lugar fatal, teatro de sus crímenes, no le fue posible alejarse demasiado de su palacio; y así, después de

haber andado vagando toda aquella noche y el día siguiente por los bosques inmediatos como demente, y sin tomar alimento alguno, volvió por segunda vez a Scianella ya bien entrada la noche. Entró por la puerta principal que permanecía aún abierta y al parecer en este estado desde el día anterior. Fue en derechura a su habitación, y estando todo sumergido en tinieblas, pues la luna despedía con dificultad su triste resplandor al través de un cielo encapotado y oscuro, encendió lumbre con una calma casi horrorosa, tomó según su costumbre la linterna y el puñal ensangrentado junto con las llaves del panteón al cual se dirigió solo, como hiciera la noche anterior en compañía de Coscia. Atravesó con rapidez aquella pieza circular y entró en la capilla subterránea, donde permaneció algunos instantes entregado en medio de su enajenamiento a las prácticas acostumbradas de su estéril y extravagante devoción. Sale, cumplidas éstas, al panteón y se pone a examinar con la linterna cada uno de los sepulcros, haciendo gestos de insensato, y abandonándose a una alegría frenética y a risas descompasadas, pronunciando entretanto mal articuladas las palabras de «lago», «tempestad», «Gaudencio»...

Un suspiro que suena a sus espaldas le saca de su enajenamiento: vuelve la cabeza para examinar el origen... ¡Cielos! ¡Qué pasmo...! Ve arrimado contra el sepulcro inmediato a la puerta un hombre. Fija en él sus ojos centelleantes, no le reconoce y vuelve fríamente a examinar las tumbas. Mas a pocos momentos, como si despertase de un sueño, vuélvese por segunda vez hacia el desconocido y con acento trémulo y amenazador:

—¿Quién eres? —le grita.

¡Gran Dios...! Era Eugenio... Era su hermano.

Reconócele Ambrosio:

—El infierno —prosigue furibundo— te pone en mis manos. Yo le doy gracias por ello. Eugenio, prepárate para morir.

Iba ya a colmar quizá la medida de sus delitos, si su hermano no pronunciara las fatídicas y misteriosas palabras que le enseñó la Sílfiga:

—*Acuérdate de la urna sangrienta.*

Tan poderosamente obró en Ambrosio la virtud de este talismán que, como herido de un rayo, se alejó dando alaridos pavorosos; y saliendo del panteón, huyó desatentado, sin parar hasta salir a la puerta y abandonar para siempre el misterioso palacio de Scianella. La violenta conmoción producida por tales horrores le agotó las fuerzas, y así cayó exánime al pie de un árbol a poca distancia de la casa que acababa de abandonar. La llegada del día le restituyó algún tanto las fuerzas del cuerpo y la serenidad del corazón, dejándole ver el peligro a que estaba expuesto con el recuerdo del billete y de la huida en compañía de Coscia, porque lo demás que siguió a esto lo tenía por sueño e ilusión más que por realidad. Parecía ser el mejor asilo por el pronto contra las pesquisas de la justicia, la casa del bosque, la cual sabía ser guarida ordinaria de la cuadrilla de Scoroncóncolo, y donde no desconfiaba hallar a Coscia, de quien esperaba consuelo y consejo de su apurada situación.

Con esta idea se dirigió a pie hacia aquel lugar y tuvo tal suerte que, a las dos horas de viaje, halló a su preceptor que llevaba el mismo camino, y o más medroso o más cauto había ido, según dijimos, dando rodeos y evitando los caminos reales. Fue indecible la alegría que causó a Ambrosio este encuentro, y Coscia por su parte manifestó igualmente grande satisfacción e hizo desde luego versar la conversación sobre materias alegres y festivas, a fin de distraer a Ambrosio, o impedir se desalentase y abatiese, por lo perjudicial que preveía había de ser a entrambos. Habló de Mandina y de las esperanzas de su próxima y anhelada posesión si, como era de esperar, Scoroncóncolo

había desempeñado su comisión felizmente. Propúsole los medios indispensables a su parecer, a fin de evitar en lo sucesivo cualquier peligro que les amenazase de parte de la justicia, sin recordarle no obstante cuán expuestos se hallaban en aquel momento, pues no había olvidado que la noche de su huida a Scianella habían dejado caer en el suelo el misterioso cadáver cuyo encuentro debía ser su más terrible acusador, permitiendo la divina justicia que el medio sugerido por su maldad e irreligión para salvarse fuese el instrumento de su perdición y ruina.

En ésta y otras conversaciones llegaron a la entrada del bosque, cuyas sendas tenía Coscia bien conocidas, cuando ya la noche había tendido su negro velo sobre la naturaleza. Pero quedaron sorprendidos cuando a pocos pasos oyeron pisadas de caballos y luego salirles al encuentro dos hombres, de los cuales el primero Coscia reconoció fácilmente por Carloto. Éste y su compañero apuntaron cada cual su pistola al pecho de los dos fugitivos, pero irritado Coscia le gritó en tono de impaciencia:

—Bribón, ¿que no me conoces? Yo te haré voltear de ese esqueleto espantadizo y poner en el suelo antes la cabeza que los pies.

Quedó pasmado Carloto y le contestó:

—¿Cómo podía figurarme, señor abate, que a estas horas anduvieseis por aquí? ¿Cómo es que no estáis en compañía del señor marqués?

—Voto a Dios —gritó Coscia enojado— que si no considerara te habrán puesto cataratas en los ojos los brindis que echas a menudo te los arrancara con mis uñas, pues tampoco te aprovechan. Dime, faquín, ¿los tienes en el colodrillo para no ver quién me acompaña?

—¿Quién os acompaña?

—Pícaro, ¿quieres precisarme a que te lo haga ver por vía de encantamiento?

Miró entonces Carloto con mayor atención a Ambrosio y se retiró haciendo sobre sí la señal de la cruz como si hubiese visto un espectro.

—¡Señor marqués! —gritó extrañamente sorprendido—. ¿Cómo es posible vengáis por ese camino de frente, acabándoos de dejar en la casucha del bosque que está a mis espaldas a todas vuestras anchuras en brazos de la rapaza y en compañía de vuestro criado y de la otra damisela?

Ambrosio y Coscia quedaron petrificados, pero al momento adivinaron la causa, y Ambrosio rugió de furor. Antes de las últimas palabras de Carloto, la idea que menos se le ocurriera hubiera sido la de que existiese alguno capaz de usurpar su nombre y proceder como tal; mas ahora su malicia le fijó en la suposición que por desgracia no era sino muy cierta.

Éste es el lugar de advertir una rara circunstancia, ocasión y origen de esta escena y de las que le precedieron en la casa del bosque. La naturaleza puso una semejanza tan asombrosa en el rostro, estatura, talle, en una palabra, en toda la configuración exterior de Ambrosio y su hermano Eugenio que no era suficiente verlos una vez ni aun muchas para distinguirlos entre sí; y cuando vivían juntos, los que les trataban más los diferenciaban por el traje que por la desemejanza de rostros que era ninguna. Esto motivó la equivocación de Scoroncóncolo y su tropa cuando salió Eugenio del palacio de Scianella, como queda referido. Pocas explicaciones bastaron para imponer mutuamente a Coscia y Carloto en la verdad, y así de común acuerdo resolvieron llamar a Scoroncóncolo y tratar de sorprender a Eugenio y a Claudio, y apoderarse por segunda vez de la infortunada Mandina.

Presentose en efecto Scoroncóncolo extrañamente maravillado y casi incrédulo, pero la

entrevista con Coscia le convenció de que realmente se había equivocado tomando a un hermano por otro. Ambrosio a todo esto permanecía taciturno y abismado en sus negros pensamientos, recordando como por sueños la escena del panteón cuya realidad no creía; mas cuando, dispuesto ya entre Coscia y Scoroncóncolo el plan de sorpresa, pasaron a la ejecución, convocando Scoroncóncolo algunos de su gente para la facción, Ambrosio se negó absolutamente a acompañarlos y prefirió aguardar el éxito en aquel mismo lugar en compañía de algunos de aquellos forajidos. No se opusieron a este capricho Coscia y Scoroncóncolo, y así partieron inmediatamente a ejecutar su hecho. En esto oyeron a poca distancia pisadas de caballos, mas no les paró esta novedad, suponiendo Scoroncóncolo ser algunos pasajeros que atravesaban el inmediato camino real y descansado enteramente en la vigilancia de su tropa distribuida por las avenidas del bosque.

Llegaron finalmente a la casita donde hallaron a Eugenio, Mandina, Antonia y Claudio a punto ya de marchar y muy ajenos del peligro y suerte que les aguardaba. Entra Coscia de repente seguido de toda la tropa; al verle Mandina y reconocerle, da un grito y cae desmayada. Los bárbaros se echan sobre los infelices amo y criado y los maniatan fuertemente; iban ya a tender sus impuras y crueles manos sobre la desmayada doncella y la joven y hermosa Antonia, próxima a caer en semejante estado, cuando, ¡oh providencia del cielo!, una descarga de fusilería resonando espantosamente en la plazuela inmediata interrumpe su infame ocupación y frustra sus bárbaras intenciones. Al mismo tiempo se oyen varias voces gritar:

—¡Somos vendidos! —y entre ellas gemidos lastimosos como de moribundos y heridos. Coscia y Scoroncóncolo abandonan su presa y salen azorados a la puerta a informarse de tan extraña novedad, mas los detienen algunos soldados que se presentan a la entrada apuntándoles al pecho las bayonetas e intimándoles se rindan a discreción. Los malvados, tan crueles como cobardes, se entregaron temblando, y la tropa, atándolos, los llevó a reunirlos con la demás gente de la gavilla, de la cual no quedaba ya alguno que no fuese o muerto o prisionero. Entraron en seguida soldados a registrar la casa, y con grande admiración y lástima hallaron a las dos jóvenes desmayadas y a Eugenio y Claudio agarrotados sin poder socorrerlas, y aguardando su infausta suerte con la aflicción consiguiente a tan fatal e inesperado suceso. Desataron a éstos y prestaron a aquéllas los auxilios que exigía su situación. Finalmente volvieron en sí y tuvieron la indecible satisfacción de oír estaban libres cuando se creían perdidas sin recurso. Quedaron estos soldados para escoltar y acompañar a los libertados prisioneros hasta donde fuese más de su agrado, mientras custodiados de la demás tropa caminaban Coscia, Scoroncóncolo y su gavilla hacia Verona, adonde llegaron dentro de pocas horas.

El encuentro de la espuerta que contenía el cadáver alarmó vivamente a la justicia de aquel territorio, y las atrocidades cometidas por aquellos facinerosos empeñaron al Podestá de Brescia, Saló y demás poblaciones de la ribera del lago a enviar algunas compañías de soldados para descubrir la guarida de aquellos bandidos y exterminar aquella maldita raza. Las frecuentes apariciones de Scoroncóncolo y algunos de los suyos en las inmediaciones de Scianella, con motivo de las diligencias de Ambrosio para el rapto de Mandina, proporcionaron la bella ocasión de espiarlos y llegar a descubrir las sendas y veredas que conducían a la casa del bosque, punto ordinario de su reunión. Con estas noticias se expidieron a la deshilada algunas compañías con orden de mantenerse ocultas en las inmediaciones del bosque y no salir hasta entrada la noche, procurando entonces sorprender las avanzadas y adelantarse hasta el foco de aquella infernal

conspiración. Así se ejecutó y, desempeñada por la tropa la comisión gloriosamente, cayeron en la red todos los facinerosos, quedó limpia de ellos la comarca y comenzó el proceso.

Capítulo XIII

Cuando Eugenio, leído el anónimo, se decidió a obedecer la orden que se le intimaba de huir y viajar por Alemania, no pensó por el pronto encaminarse en derechura a este país. Aunque confiaba en la verdad de dicho anónimo y estaba muy lejos de suponerlo escrito por un enemigo, temió sin embargo que los que le perseguían pudieran tener alguna noticia de su dirección y apostarse en el camino para sorprenderle y tal vez asesinarle. Por esta razón, en lugar de ir en derechura al Tirol, determinó atravesar el Genovesado y entrar en Francia por Niza, ya que la tranquilidad de este reino desgraciado comenzaba a asegurarse por la caída de Robespierre y los terroristas, y por las medidas enérgicas del Directorio, a fin de contener el impetuoso torrente de sangre que devastaba la Francia.

Llegado a Niza, encontró allí un borgoñés que, habiendo emigrado al principio de la revolución, se mantenía en aquella ciudad, donde a pesar de pertenecer a una familia de medianas conveniencias se hallaba casi en la última miseria, por habérsele confiscado todos los bienes y perecido casi toda su familia en el ordinario suplicio de la guillotina. A primera vista contentó su exterior a Eugenio, quien llevaba el fingido nombre de Antonio Pezzi para evitar más fácilmente ser reconocido. Pero habiendo hablado algunas palabras en la posada donde ambos paraban, advirtió el fugitivo Eugenio en Claudio Verville (que así se llamaba) un conjunto de las más bellas cualidades que pueden hacer recomendable a un hombre y conoció por fin cuánta sería su fortuna si le empeñaba en seguirle a sus viajes, más como amigo y compañero que en clase de criado. Propúsole su idea y Claudio, aunque le repugnaba ser gravoso a nadie, vencido de sus instancias, condescendió con su voluntad; y habiendo Eugenio comprado un caballo para su nuevo compañero, prosiguieron ambos su viaje y, recorrida parte de Francia, entraron en Alemania por Estrasburgo.

No se equivocó Eugenio en el ventajoso concepto que formara de Claudio, de suerte que a pocos días de un trato íntimo le juzgó acreedor a confiarle sus secretos, su verdadero nombre y el motivo de su viaje. Añadió su pensamiento de viajar solamente por las provincias de Alemania limítrofes a Italia, para estar más dispuesto y pronto a cualquier novedad o cambio favorable que tuviesen sus asuntos. Así anduvieron algún tiempo recorriendo la Carniola y el Tirol, sin que en todo él recibiese el desterrado Eugenio alguna aclaración sobre su suerte ni carta alguna del ser benéfico que creía se interesaba en su vida y en su felicidad. Hallándose en Inspruk²⁵ en una de las posadas menos concurridas de la ciudad, le entregó el dueño de la casa una carta dirigida a Eugenio Scianella, diciéndole que un sujeto desconocido se la acababa de presentar con orden de ponerla en sus manos. Quedó Eugenio sorprendido, mas disimulando su admiración, aparentó la mayor indiferencia y la tomó contestando al dueño que cuidaría de darle curso. Dijo estas últimas palabras porque, como dijimos, llamándose Antonio Pezzi según su nombre fingido, era descubrirse confesando ser él a quien iba dirigida la carta. Mas nada iguala a la impaciencia y ansia con que la abrió y devoró su contenido. Decía así:

Me consta vuestra ardiente y honesta pasión por Mandina. Sé que es inseparable la

felicidad de ambos y quiero cooperar a ella por cuantos medios estén a mi alcance. Partid al momento a Venecia: allí cobraréis una letra de cinco mil escudos para viajar con mayor comodidad. Procurad llegar a Roma la víspera de san Pedro. Allí se ordenará lo que debáis hacer y quizá os aguarda el descanso y la felicidad.

No iba firmada la carta, mas lo que acrecentó el pasmo de Eugenio fue su contenido. En él decía el autor que le constaba su pasión por Mandina, luego se había equivocado atribuyendo a esta amable joven el anónimo que le obligó a abandonar el palacio de Scianella. Mas, aunque lleno de incertidumbres y dudas, tomó pronto su partido y determinó obedecer la orden del anónimo y marchar a Roma sin detenerse. Pero, a fin de caminar más seguro por Italia y en especial por el estado veneciano donde corría más peligro de ser descubierto y reconocido por alguno de sus enemigos, se concertó con Claudio y dispuso que éste hiciese el papel de señor, vistiendo él mismo el traje de criado y portándose en todas partes como tal.

Llegaron de esta suerte a Venecia, mas la impaciencia de Eugenio no le permitía arrostrar hasta Roma la incertidumbre de su suerte y, con el objeto de tomar lengua y adquirir noticias sobre lo que tanto interesaba a su amor, dejó a Claudio la incumbencia de cobrar la letra, mandándole que cobrada partiese a Mantua, donde él le alcanzaría para continuar ambos su viaje a Roma; y él, montando a caballo, tomó el camino de Brescia para desde allí informarse de cuanto deseaba saber. Una súbita tempestad le sorprendió a poca distancia de aquella ciudad y, sobreviniendo la noche, se extravió y comenzó a andar errante, hasta que por el ruido de las olas conoció estar en la ribera del lago de Garda. Siguiendo la orilla de éste, divisó a la luz de los relámpagos la fachada de un edificio que reconoció ser el palacio de Scianella. Aunque receloso por una parte del recibimiento que pudiera tener de su hermano (pues en Alemania había ya sabido por la voz pública la muerte de su padre y casamiento de aquél con Lucrecia Pompei), ignorando no obstante ser su hermano aquel enemigo oculto y sediento de su sangre, fatigado y rendido del viaje y viendo el peligro inminente de perecer a que se exponía por la violencia de la tempestad, se decidió a llamar e implorar la hospitalidad como extranjero y desconocido, confiando mantenerse como tal a favor de la noche y de la alteración causada en sus facciones por los largos viajes hasta la mañana, que pensaba salir antes de amanecer e informarse en este tiempo de cuanto le interesaba. Hemos visto ya los maravillosos sucesos de que fue testigo en aquel desierto palacio, hasta que la Sílfida le despidió mandándole continuar su camino a Mantua.

Cuando Coscia y Ambrosio, azorados con las pisadas del caballo de Eugenio, abandonaron el cadáver que se disponían para arrojar en el lago, tomó el segundo una senda a la ventura y siguió la dirección que le ofrecía el instinto de su propia conservación; mas el primero, o menos tímido o más sereno, quiso antes averiguar el origen de aquella desusada novedad, anhelando saber quién era el que a aquellas horas y en semejante lugar tenía o precisión o gusto de caminar. Acercose, pues, con la mayor cautela posible, y a las voces que daba Eugenio en la puerta del palacio para que le abriesen, le reconoció sin la menor dificultad. Tembló por las consecuencias de su venida cuando tan distante estaba de creerlo posible, y no se le ocultó cuánto debía temer por sí y por Ambrosio mientras existiese un hombre capaz de descubrir sus perfidias y quizá impuesto en alguna de sus maldades o en todas ellas.

Resolvió, pues, estar a la mira y espiar el momento de su salida con ánimo de asesinarle, o en aquel mismo paraje o manteniéndose oculto en algún lugar solitario

donde pudiese a su salvo dar el golpe sin ser visto. Aguardó efectivamente hasta la mañana en que la salida de los aldeanos que iban a sus labores le hizo tener por aventurada más larga detención, y aun creerla inútil aunque saliese Eugenio, pues la presencia de la gente le impediría verificar su malvada intención. Pero, estando indeciso sobre el partido que debería tomar, he aquí que ve salir a su víctima del palacio y dirigirse a Peschiera. Siguióle a poca distancia, recorriendo con la vista el terreno por si hallaba en él sitio a propósito para emboscarse y salirle al encuentro. Pero la multitud de gentes que llenaba el camino hacía inútiles sus tentativas; y aunque vio que Eugenio continuaba por las orillas del Mincio con dirección a Mantua, no por eso dejó de perseguirle hasta que su instancia se hizo notable a éste y, apretando espuela al caballo, partió a galope.

Conoció Coscia con rabia haber sido descubierto, mas no por eso desistió, antes bien echó a correr para alcanzar al objeto de su odio y persecución hasta que, convencido del poco fruto de su fatiga, no pudo contenerse de gritarle que se detuviese, y cuando llegó cerca de él, con voz terrible y baja le dijo: «Anda, malvado, que pronto perecerás», y ocultándose en unos matorrales que guarnecían el camino desapareció. Su imaginación traviesa y fecunda le sugirió un medio a su parecer infalible para perder a Eugenio. Partió a Mantua, donde entró poco después que Eugenio. En la puerta de la ciudad se informó de la posada donde paraba, lo que le fuera fácil recorriéndolas todas, mas dando las señas no faltó quien le refiriese cuanto deseaba saber. Escribió un papel en forma de delación y contenía en sustancia lo siguiente:

El verdadero asesino de Camilo Salviati es Eugenio Scianella, hijo segundo del marqués de este nombre, y actualmente vive en Mantua, adonde acaba de llegar. La noche anterior la ha pasado en el palacio de su padre, conducido a él, o por acaso a por malicia, o precisado a ello por una tempestad. Esto sirve para reconocer la identidad de su persona. Lo demás él mismo lo descubrirá.

Escrito este infame papel, fue él en persona a entregarlo a uno de los dependientes del tribunal para que lo pusiese en manos del juez. Éste, aunque la declaración fuese anónima, no despreció el aviso y expidió orden de arresto contra la persona designada en el papel. En este tiempo acaeció la prisión de Eugenio y Claudio con motivo de la exclamación de Mandina cuando la conducían al suplicio, de suerte que los ministros destinados a prenderle hallaron ya ejecutada la orden por otros, aunque por distinto motivo. El cambio de papeles entre Eugenio y Claudio favoreció a éste maravillosamente; porque Coscia, por efecto de un descuido muy notable en él, omitió en la delación las señas personales de Eugenio. Así es que, tomando a su criado por él, fue primeramente destinado a sufrir el interrogatorio, y con razón suspendieron y pasmaron sus respuestas al juez y a todo el tribunal, pues todos le tenían realmente por el hijo del marqués de Scianella, no tanto en virtud del anónimo cuanto de las vehementes sospechas y presunciones que resultaban de la circunstancia de la exclamación de Mandina, unidas a la delación del incógnito. Cesó finalmente el interrogatorio de Claudio sin efecto alguno, pero tampoco lo pudo tener el del supuesto criado y verdadero Eugenio, por los motivos que pronto se aclararán.

En medio de la confusión que reinaba en la cuadrilla de Scoroncóncolo cuando los soldados sorprendieron la gente apostada en las avenidas del bosque, tuvo modo Ambrosio de ocultarse entre la multitud de los forajidos, y a favor de las sombras de la

noche despojarse de sus vestidos exteriores y cubrirse con el capote de uno de los heridos, no faltándole serenidad para conocer era perdido sin recurso si se daba a conocer por marqués de Scianella, y esperando salvar la vida cuando menos mientras no le tuviesen sino por uno de los agregados a la gavilla de aquel insigne malhechor. Así fue por entonces, pues, confundido entre los demás, nadie advirtió diferencia alguna entre él y los otros salteadores. Pasaron los prisioneros a poca distancia del palacio de Scianella, faltando dos horas para amanecer cuando un extraordinario y vivo resplandor, iluminando la atmósfera por aquella parte, les dio a entender ser producido por algún incendio. Para apagarlo y libertar lo que se pudiese de la voracidad de las llamas e impedir desórdenes, el comandante de la escolta se dirigió hacia allá, y entonces, tanto él como los prisioneros y la tropa fueron testigos del espectáculo más horroroso.

Una multitud de aldeanos semejantes en su figura y ademanes a los atormentadores del Tártaro, armados de teas ardiendo cuya luz humosa y rojiza comunicaba a sus facciones toscas cierto aire de ferocidad, era la que había pegado fuego al palacio y he aquí el motivo. Preocupada ya toda la comarca contra el marqués de Scianella desde la muerte de sus padres, y habiendo tomado cuerpo esta preocupación con la conducta misántropa y misteriosa del marqués, tenían a su palacio por habitación de espíritus infernales y a él mismo por uno de sus más íntimos y familiares amigos, en particular después del destierro de la esposa de Ambrosio, cuyas virtudes y bondad habían sabido apreciar, y del establecimiento de Coscia en el mismo palacio. No veían, pues, la hora de mirar arrasado por el suelo aquel edificio que llamaban comúnmente la cámara de Satanás. Pero lo que dio el último impulso a su furor fue el encuentro del cadáver abandonado por Ambrosio y Coscia. Comenzó a fermentar sordamente en los ánimos y a disponerlos a los mayores excesos. Fuéronse reuniendo algunos de los más arrojados, y convocando éstos a otros, fuese engrosando visiblemente la facción amotinada.

Capitaneados por Barreto, aquel marinero locuaz cuya imprudencia le expuso a ser víctima del furor de Ambrosio en medio del lago de Garda, y que no había olvidado aquel espantoso peligro, avanzan en actitud hostil contra el palacio de Scianella en la noche siguiente al segundo día después de la salida repentina de sus habitantes. Rodean el edificio y, violentando sus puertas y saltando las tapias del jardín, arriman combustibles en gran copia a todos los parajes donde pudiese prender la llama y le pegan fuego. En pocos momentos se vio arder aquella suntuosa fábrica, y el voraz elemento comenzó a espaciarse con libertad por los vastos salones y magníficas piezas de Scianella. El resplandor del fuego y el estrépito de los incendiarios atrajeron a aquel lugar innumerable gente, la cual, junto con la tropa que sobrevino a la sazón, fue suficiente para dispersar a los amotinados que con encarnizamiento seguían su obra, mas no para salvar de las llamas aquella casa convertida ya en un monte de ruinas y paredones ennegrecidos. Contentáronse, pues, con ser espectadores de aquel trágico y pavoroso espectáculo cuyo horror acrecentó la terrible escena que acompañó la caída del ala oriental del palacio, única que quedaba en pie.

Una mujer con el cabello suelto y medio abrasado, la boca abierta, los ojos orbiculares y espantados y los brazos tendidos con el ademán de la desesperación se asomó a una ventana implorando con agudos gritos y alaridos el socorro de los circunstantes. Aquella mujer era Olimpia. Después de haber andado errante por las inmediaciones de Scianella, escondiéndose por las breñas y matorrales, el hambre la obligó el segundo día a refugiarse en el palacio de Scianella, donde creía hallar alguno que la socorriese y medios para evitar su perdición. Mas la mano invisible de una Providencia vengadora la condujo

allí a fin de castigar con una muerte terrible los crímenes de aquella furia. Hallando el palacio desierto y aquejada de hambre, buscó con ansia el lugar de las provisiones y se entregó a satisfacer su necesidad con tal exceso en la bebida que su intemperancia le ocasionó un sueño profundísimo. Sólo fue bastante para sacarla de su vergonzoso letargo el calor de las llamas que la cercaban por todas las partes. Vuelve en sí, corre a la ventana, ve el palacio sitiado de gente manteniéndose a larga distancia sin osar acercarse, redobla sus gritos pidiendo auxilio, duda ya si se precipitará por la ventana. Viendo inútiles sus esfuerzos, y a este tiempo victorioso el fuego de cuantos obstáculos le detenían, hace crujir las maderas del pavimento y del techo del aposento donde la desesperada Olimpia bramaba de rabia y furor. Desplómase por fin también aquel ángulo del edificio, y envuelta en llamas y escombros pereció aquella desgraciada mujer. ¡Terrible ejemplo de los excesos a que conduce una pasión celosa y del desastrado fin que comúnmente les espera! Viendo el capitán de la escolta ser excusada su presencia, dejó algunos soldados para custodiar los efectos, si algunos podían desenterrarse de las ruinas, y él prosiguió su marcha a Brescia, conduciendo la cuadrilla de Scoroncòcolo. Apenas se habían alejado pocos pasos de aquel teatro de horror y destrucción cuando oyeron una voz gritar con el mayor esfuerzo:

—¡Salvad, salvad a la marquesa!

¡Cielos! ¡Qué voz! Ambrosio la había reconocido y era la de su fiel Cenón. Lucrecia sin duda había perecido también víctima de las llamas. ¡Qué peso de remordimientos recargaba sobre su corazón! Casi estuvo por descubrirse y pedir al capitán volviese a cerciorarse de la suerte de la infeliz Lucrecia, mas el temor le detuvo y pasó adelante. Llegados a la cárcel de Brescia, Ambrosio, Coscia, Scoroncòcolo y demás, los pusieron en distintos calabozos y se les tomó declaración por separado. Ambrosio y Coscia, al preguntarles por su nombre lo dieron fingido sin que lo advirtiesen los jueces, pues los creían individuos de la cuadrilla de Scoroncòcolo, el único conocido personalmente. Preguntáronles por las atrocidades cometidas y comunes a toda la gavilla, pero se mantuvieron constantes en la negativa. Por desgracia, uno de los acusadores que había sufrido algunas vejaciones de aquellos salteadores era Barreto, el cual por entonces se hallaba en Brescia llamado por el tribunal para dar sus deposiciones sobre otra causa ruidosa que seguía al mismo tiempo.

En la mañana siguiente a la noche del abandono del cadáver en la espuerta, dieron con él algunos aldeanos y, dando aviso a la justicia, se procedió inmediatamente a las diligencias acostumbradas en semejantes casos. Convocaron al reconocimiento del cadáver a cuantos pudiesen creerse con pruebas suficientes para deponer en juicio. Aunque casi en estado de esqueleto, conservaba no obstante alguna ropa y en ella se reconoció desde luego la librea de Scianella. Ya esta circunstancia producía vehementes presunciones contra el marqués, y unida la mala fama del mismo las hacía pasar a poco menos que evidencia. Barreto llegó oportunamente a agravar las sospechas. Como pariente de Gaudencio, depuso que, desde el día del fallecimiento del marqués de Scianella, nada había sabido de aquel criado cuando por noticias ulteriores constaba que Stefanello y Volta, dos criados despedidos con Gaudencio en un mismo día, el primero habitaba en la actualidad en Venecia y el segundo ejercía el oficio de carcelero en Mantua.

En vista de estas y otras deposiciones semejantes, juzgose conveniente ante todo asegurar la persona del marqués contra quien hacía ya días corrían voces nada favorables. No hallándole en su palacio los ministros enviados a prenderle, se expidieron

requisitorias por todas partes al mismo efecto. Entretanto, preso ya Scoroncóncolo y su facción, llamó el juez a Barreto y otros acusadores, a fin de carearlos con los bandidos y ver si por este medio los obligaba a confesar. Presentose efectivamente Barreto y fácilmente reconoció a uno de ellos que en cierta ocasión le había robado y maltratado, mas aunque vio a Ambrosio, fuese efecto de la mudanza del traje o quizá también por no tener muy presentes sus facciones, alteradas entonces por sus padecimientos, llevando cuando fue a visitar al solitario de san Herculano un sombrero de ala grande que impedía distinguir su fisonomía, no le conoció ni manifestó la menor sorpresa. En cuanto a Coscia quizá no le habría visto en toda su vida y así no es maravilla que no le conociese. Finalmente, del careo y deposiciones resultó tanta complicación de causas que el supremo tribunal de Venecia avocó ésta a sí, y en consecuencia fueron conducidos allá los presos a sufrir el juicio y sentencia del Senado.

En poco tiempo se pusieron en claro los negocios y, sin reconocer la identidad de las personas de Ambrosio y Coscia, tenidos solamente por malhechores de la facción de Scoroncóncolo, se les convenció de robos, muertes y otras atrocidades, y se falló contra ellos la justa sentencia condenándolos al último suplicio. En todo este tiempo Coscia se mantuvo en silencio y, con frialdad altanera y desdenosa, escuchó sin inmutarse la sentencia fulminada contra él, y al retirarse sólo dijo al juez estas palabras:

—No temo la muerte ni la vista del patíbulo será capaz de hacerme temblar, pero me avergüenzo de verme confundido con gente tan vil y despreciable. Yo no soy facineroso, no pertenezco a esa gavilla de forajidos, soy el preceptor del marqués de Scianella, soy el abate Benito Coscia; juzgadme como a tal y oiré sin temor la decisión de mi suerte.

Figúrese cada uno el pasmo y sorpresa del tribunal. Todos fijaron los ojos en aquel hombre fiero y altivo, cuya presencia aun maniatado inspiraba temor, mas a quien movieron con mayor violencia las expresiones de Coscia fue a su discípulo Ambrosio que estaba presente. Aunque lívido ya y descolorido con la presencia de la muerte, un resto de altanería estimulada con las palabras de su preceptor le hizo abrir sus labios pálidos y dirigir al juez estas lacónicas expresiones:

—Acabas de condenar al esposo de tu hermana: soy el marqués de Scianella.

Apenas pudo concluir, óyese un extraño ruido en la puerta del tribunal. Una mujer desfigurada, llena de vendajes y que apenas podía mantenerse en pie se presenta de repente en medio de los jueces; adelántase hacia Ambrosio y le echa los brazos al cuello. Atónito éste, con dificultad puede reconocerla: sus facciones estaban alteradas y llenas de llagas, mas el metal de su voz acabó de confirmarle en la verdad cuando, estrechándole contra su corazón, gritó extrañamente conmovida:

—Soy Lucrecia y vengo a perecer con vos.

Mas fácil es imaginar que pintar con palabras lo terrible y patético de esta escena. El juez que acababa de firmar la sentencia contra Ambrosio, Coscia, Scoroncóncolo y su cuadrilla era Pompeyo Pompei, hermano de Lucrecia, e ignorándolo había llevado al suplicio a su propio cuñado. Permanecía sentado en el sitial con los ojos fijos e inmóviles en un lugar, mientras Ambrosio, habiendo reconocido a su esposa, y preocupado con la idea de su creída infidelidad, correspondía con una indiferencia cruel y casi horrorosa a la efusión de aquella generosa mujer. Conoció ésta la causa y, volviéndose a otra joven que la seguía y en quien Ambrosio no había reparado, la toma de la mano y la presenta a su esposo.

—He aquí mi justificación —exclamó—: restituidme vuestro cariño y el lugar que debo ocupar en vuestro corazón y moriré contenta.

Ambrosio mira con atención a la joven y retrocede un paso como herido de un rayo. Ve y no acierta a creerlo; ve a Asela, camarera antigua de su esposa, y que seducida por las promesas y dádivas de Coscia había tan villanamente hecho traición a su señora, y ahora quería espiar su crimen confesándolo y dando un auténtico testimonio de la inocencia de Lucrecia.

—Señor —dijo a Ambrosio—, vuestra esposa es inocente: yo seducida por un hombre infernal, por el abate Coscia, tuve la culpable debilidad de servir de instrumento para cometer un delito. Mas ahora vengo a confesarlo y a someterme a la pena, la cual por más terrible que sea no igualará a los tormentos que desde entonces sufre mi corazón.

Habló Asela, y toda la asamblea horrorizada miró a Coscia, manteniéndose éste objeto de la curiosidad universal en una fiera tranquilidad. Ambrosio estrechó por fin contra su pecho a su inocente esposa tarde recobrada.

—Muero contento —exclamó— para satisfacer a la justicia del cielo y de la tierra, y llevaré al sepulcro la cruel certidumbre de haber sido indigno de esposa tan virtuosa. La justa sentencia que se acaba de fulminar contra mí no la rehúso, pues me acompaña en el suplicio el único autor de todos mis males —y volviéndose a Coscia—: tú —prosiguió furibundo—, a cuyo celo debo una vida llena de crímenes, disponte a acompañarme y a responder en el tribunal del juez inexorable de este corazón que tú formaste. Jueces —concluyó por fin vuelto al tribunal—, soy parricida: esta mano hundió en la tumba al autor de mis días; soy asesino. El sirviente que me ayudó en la ejecución de mi delito recibió el premio en dos puñaladas con que le atravesé el corazón; sí, Gaudencio murió a mis manos; no he sido fratricida por faltarme la ocasión, he sido adúltero, he infringido todas las leyes de la probidad, del honor, de la virtud. Coscia, he aquí tu obra, y sólo falta al complemento de ella que recibas de mi mano el premio reservado por la gratitud de un discípulo.

Dijo Ambrosio y, desasiéndose con violencia de los brazos de su esposa que aún se mantenía junto a él, sacó del seno una pequeña daga que llevaba oculta. Empuñóla con ambas manos sujetas con esposas, precipitose contra su preceptor que estaba inmediato y, antes que alguno pudiese socorrerle, la hundió dos veces en su pecho, dejándola clavada en él la segunda y, retirándose luego a colocarse en el lugar donde antes estaba, comenzó a girar sus ojos por la atónita asamblea con aire de indiferencia y desdén.

Cayó Coscia y vomitó entre ríos de negra sangre su inmunda alma, recibiendo el condigno castigo de sus delitos de la mano misma que él armara contra otros. Fue tan arrebatada la acción de Ambrosio que nadie pudo impedirla. La infeliz Lucrecia, ignorante de la condenación de su esposo, oyéndola ahora de boca del mismo, pesando con viveza la terrible circunstancia de ser condenado a muerte por su hermano, testigo de la confesión horrorosa de Ambrosio y del bárbaro asesinato con que vengó en Coscia las maldades de este perverso, Lucrecia, repito, no pudo soportar tal cúmulo de horrores y desgracias. Cayó muerta en los brazos de Asela y de su hermano, que inútilmente se esforzó en volverla a la vida; mientras Ambrosio, insensible al parecer a cuanto le rodeaba y entregado más que nunca a su delirio y enajenamiento, contemplaba distraídamente y sin inmutarse, ya el cadáver desfigurado y rostro aún amenazador de Coscia, ya el de su esposa. Finalmente desaparecieron de la sala del tribunal aquellos dos objetos de terror y compasión.

Pompeyo renunció a su cargo de juez, retirándose a Verona, donde empleó los pocos días que vivió después en llorar amargamente la temprana y funesta muerte de su malograda hermana.

Pero entretanto el cadalso reclamaba su presa y la majestad del Senado veneciano, ultrajada con el inaudito atentado de Ambrosio, exigía imperiosamente una satisfacción terrible.

Scoroncóncolo y sus compañeros, en la noche siguiente a su condenación, fueron arrojados en el canal de Orsano, sitio destinado a la ejecución de los reos condenados al suplicio del agua. La causa de Ambrosio se sustanció aparte y, habiendo confesado de plano todos sus delitos, que consistían en haber envenenado a su padre, asesinado a su criado Gaudencio y dado de puñaladas a Coscia, fue condenado al último suplicio, cuya ejecución debía verificarse en el lugar acostumbrado, entre las dos columnas de la plaza de San Marcos.

Capítulo XIV

Libres ya Eugenio y Mandina, Antonia y el fiel Claudio por la repentina llegada y valor de tropa destinada a la aprensión de Scoroncóncolo y sus compañeros, siguieron la dirección de éstos para caminar con seguridad el resto de la noche con intención de pasar a Verona, donde pensaba Eugenio resolver con madurez el partido que más le convendría y adquirir noticias del padre de Antonia. Era esta interesante joven francesa de nación; su padre fue proscripto por los monstruos que tiranizaban aquel país. Preso y condenado a muerte, halló modo de escaparse y emigrar a Italia, no habiendo desde aquel tiempo recibido noticias de él su desgraciada familia, compuesta de madre y dos hijos. Galanteaba a la mayor, que era Antonia, un joven bien nacido de la misma ciudad patria de entrambos, y con aprobación de sus padres estaba señalado el día para la celebración de la boda, que fue desgraciadamente el de la prisión del padre. En medio del espantoso desorden que reinaba en Francia, afligía igualmente a la madre de Antonia la desgracia de su esposo y la suerte futura de sus hijas. Resolvió, pues, aguardar el éxito de la causa de su marido, no cesando entretanto de hacerse oír en los tribunales en favor de aquél y emigrar después a un país extranjero donde pasar con menos zozobra y agonías el resto de su vida. Pero frustró estas medidas la desgracia compañera inseparable de aquella familia. La fuga de su esposo dio ocasión a que aquel gobierno tiránico y suspicaz la acusase de haber cooperado a la evasión del infeliz proscripto y, en consecuencia, fue condenada a perecer en la guillotina. Su hija menor murió de susto y la hermosa Antonia, la víspera de la muerte de su madre con consentimiento y orden expresa de ésta, casó con el joven, luciendo a un tiempo mismo en aquel terrible día las teas de himeneo y las hachas funerales, entregando aquella generosa madre su cuello a la sangrienta cuchilla, llena de consuelo por ver no dejaba abandonada en este mundo a su hija y a su esposo fuera de peligro.

Los nuevos consortes, detestando vivir en un país de horrores que les recordaba sin cesar la pérdida de sus más queridas prendas, pensaron marchar a Italia e ir en busca de su padre, cuyo retiro ignoraban absolutamente. Partieron en efecto, y llegados a las inmediaciones de Brescia tuvo la bella Antonia el golpe más sensible en la trágica y desastrada muerte de su esposo. Libre ya, como dijimos, y no pudiendo en parte alguna adquirir noticias de lo que tanto le interesaba, oyó finalmente decir que algunos de los solitarios que vivían en las cavernas de San Herculano eran emigrados franceses. No dilató un instante trasladarse allá en compañía de Eugenio y Mandina, palpitándole el corazón de temor y esperanza al divisar a lo lejos el elevado promontorio donde sin duda habitaba el autor de sus días. Pero la providencia la había destinado a apurar hasta las heces el cáliz de la desgracia. Ninguno de los solitarios a quienes se dirigió pudo darle razón ni satisfacción a sus deseos. Pasó finalmente a la caverna del P. Eusebio en compañía de sus amigos, y entonces fue cuando sintió todo el peso de su desventura.

Saliales a recibir un ermitaño con la capucha calada, que impedía reconocer sus facciones, contribuyendo a ello la falla de luz en la caverna. Saludáronle cortésmente y entonces él les preguntó con afabilidad el motivo de su visita. Cuando Mandina oyó hablar al solitario, le pareció haber escuchado en otra parte aquel metal de voz y entró en

vivas ansias de reconocerle, mas le fue imposible satisfacer su curiosidad. Antonia le hizo la pregunta sin manifestar ser ella la hija del emigrado caballero. El ermitaño, dando un suspiro:

—Ya no existe —exclamó—, hace un mes que rindió el tributo debido a la naturaleza después de haber asombrado todos estos contornos con su prodigiosa austeridad y rigor bajo el nombre del P. Eusebio.

—¡Cielos! —exclamó Mandina—, ¿será posible? ¿Aquel P. Eusebio cuya fama había llenado toda Italia era el padre de mi amiga?

Antonia no escuchó ya las últimas cláusulas del solitario. Cayó desmayada en los brazos de Mandina y, a fuerza de remedios y cuidados, con dificultad pudo volver en sí para oír los sucesos de su desgraciado padre. Éste, según se decía, lleno de remordimientos por haber sido causa de la muerte cruel de una persona querida, no pudiendo consolarse de la pérdida de dos hijas que tiernamente amaba, se entregó a los rigores de una penitencia tal que le acortó la vida, habiendo sido el ejemplo y edificación de todos aquellos contornos y el consuelo de cuantos infelices iban a implorar su socorro y a pedirle consejo.

Escuchó Antonia esta relación con los ojos enjutos. El exceso del dolor le había secado las lágrimas.

—El cielo —dijo al cabo de largo rato— me guarda para modelo de desgracia y yo debo manifestarme reconocida al duro privilegio que me concede.

Dicho esto, siguió manifestando a sus amigos la intención de retirarse a un convento a pasar los días que le quedaban de vida en la soledad y abstracción, y en rogar a Dios por el eterno descanso de su malogrado amante y de sus padres, víctimas del infortunio más obstinado. Fueron inútiles las razones con que Eugenio y Mandina procuraron disuadirla de su propósito. Mantúvose constante y, en efecto, de allí a pocos días fue admitida en uno de los monasterios más observantes de Verona, donde consumida del dolor y penitencias acabó en breve su corta vida, semejante a la flor que nace por la mañana y al rigor del viento abrasador que se marchita al mediodía.

No tardó mucho Eugenio, después de este suceso, en ser informado de la causa y prisión de su hermano y del ruidoso proceso seguido contra él. Voló sin detención a Venecia, donde empleó todo su influjo y medios para evitar a aquel desgraciado delincuente la suerte que le amenazaba. Pero el asesinato de Coscia y la renuncia del hermano de Lucrecia después de la trágica muerte de ésta, cuya historia ignoraba absolutamente, hicieron sin fruto su actividad y diligencias. Vio con horror aproximarse el día del terrible fallo y supo de boca de Cenón la prodigiosa historia de la Sílvida, que vamos a referir, la víspera misma del día en que Ambrosio fue sentenciado a muerte. Esta historia, por la íntima relación que tenía con los delitos del marqués de Scianella, fue insertada muy por extenso en el proceso y de él se formó el extracto siguiente:

Historia de la Sílvida

No pasaron muchos días después de la boda de Lucrecia Pompei con Ambrosio, primogénito del marqués de Scianella, sin que la joven señora se apercibiese de la desgraciada suerte que le había cabido con un esposo aturdido, desmoralizado, y cuyas corrompidas máximas la hicieron temblar. Aumentose su cuidado y temor cuando la

enfermedad de su suegro, el buen marqués de Scianella, le descubrió sin obstáculo todo el carácter de Ambrosio. Dotada de suma prudencia y sólida virtud, pensó emplear los medios de dulzura y amabilidad de que tan bien saben usar las mujeres para calmar las violentas pasiones de los hombres. Mas los cuidados indispensables con el moribundo anciano, abandonado de su ingrato hijo, suspendieron por entonces sus resoluciones. Bien notó en su esposo una melancolía y ensimismamiento que iban creciendo al mismo paso que se agravaba la enfermedad del marqués. Sobresaltola esta novedad y quiso espiarle para sorprenderle el secreto del cual estaba persuadida no le haría seguramente confianza. Entre los criados del marqués se distinguía por su fidelidad, celo y afecto a la familia el honrado Cenón, quien había merecido al anciano marqués un amor indecible y del cual le daban continuas pruebas. Lucrecia, informada de su bello carácter y prendas recomendables, le amaba también en extremo, encargándole el desempeño aun de asuntos delicados y de trascendencia. Cenón no exceptuaba de su afecto y cariño a alguno de la familia y por eso profesaba igual amor a Ambrosio, aunque éste se hacía odioso a los demás criados por su altanería, desapego y rigor con que los trataba.

El día de la muerte del anciano marqués se advirtieron en su hijo mayor (pues, según dijimos, Eugenio hacia tiempo que había desaparecido) tales síntomas, no sólo de agitación, sino de locura y enajenación mental, que vio Lucrecia no ser la causa de ellos la muerte de su padre, de quien tan poco caso hiciera hasta allí. Acabadas las exequias y recibido el pésame de los que asistieron a la fúnebre ceremonia, retiróse Ambrosio a la capilla y, con pretexto de que nadie turbase su recogimiento, dio orden expresa de que se abstuviesen todos de acercarse a aquel sitio mientras no fuesen llamados.

Obedecieron todos; mas Lucrecia, vivamente interesada en subir hasta el origen y causa de la melancólica distracción de su esposo para dedicarse a disiparla por todos los medios posibles, se creyó dispensada de esta orden general, y con precaución siguió a lo lejos a Ambrosio observando lo que iba a hacer. Éste, al entrar en la capilla, fue en derechura a la escalera del panteón que poco antes se acababa de cerrar, abrió la puerta con mano trémula y Lucrecia le vio hundirse en las tinieblas de aquella pavorosa mansión con una linterna sorda en la mano. Un horror involuntario sobrecoge a la infeliz Lucrecia: teme saber demasiado; pero, ¡ah!, aún más era lo que le aguardaba en aquella morada del crimen. Con indecible sorpresa advirtió que le aguardaba otro hombre en el panteón. Éste era Gaudencio, uno de los criados de confianza de Ambrosio, hombre de un carácter feroz y cruel, y dispuesto a cometer fríamente el mayor delito. Debió sin duda haberse introducido en el panteón por la escalera secreta que daba a uno de los aposentos del palacio, donde según dijimos estuvo encerrado Eugenio. Púsose a hablar con Ambrosio en voz baja, de suerte que fue incomprensible para Lucrecia aquella conferencia; pero el resultado de ella fue descubrir Ambrosio la linterna sorda, tomar Gaudencio un pico arrimado a la pared y dirigirse a uno de los sepulcros del panteón con el objeto sin duda de abrirlo. Así lo hizo, en efecto, y levantando la cubierta con ayuda de su amo, sacó del sepulcro un montón de huesos y los dejó sobre el pavimento. Algunos rayos de la moribunda luz de la linterna daban alternativamente en el rostro de Gaudencio y en el del marqués. Éste aparecía descolorido, y un sudor frío y mortal corría por sus mejillas. Aquél llevaba pintada la ferocidad y una indiferencia horrorosa al terrible espectáculo que le rodeaba.

Abierto el primer sepulcro, se encaminan entrambos a la tumba donde una hora antes se encerraran para descansar eternamente los restos del desgraciado marqués de Scianella. Disponíase Gaudencio a abrirla igualmente levantando el pico, cuando

Ambrosio con una voz agitada y trémula:

—Tente —le dijo—, me falta el valor.

—Y ¿cuándo? —respondió Gaudencio con risa insultante y cruel—, en el lance más crítico y en que debáis acreditar sois hombre y no niño.

Y sin aguardar a más, da un golpe con el pico en la tumba recientemente cerrada y a pocos esfuerzos cede la cubierta y se ofrece a los ojos de un hijo el cadáver desfigurado de su padre, a quien perseguía más allá de los confines de la muerte. Miró Lucrecia a su esposo en el momento de la fiera respuesta de Gaudencio y vio relucir en su mano un puñal. Llena de inexplicable agonía y sin fuerzas para moverse se hallaba como petrificada, y su situación era semejante a la de aquellos sueños espantosos en que la imaginación representa al hombre escenas horribles, y le tiene como encadenada y fija la vista en aquellos pavorosos objetos sin que le sea posible apartarla por más violencia y esfuerzos que haga.

Gaudencio, con increíble soltura e indiferencia, sacó de la tumba el cadáver del padre de Ambrosio mientras éste, vuelto los ojos a otra parte, tenía la linterna en la mano para alumbrarle, metiéndole en el primer sepulcro que descubrieron y lo trasladó inmediatamente al segundo, de donde extrajo al marqués el montón de huesos hacinado en el pavimento. Cubriólos entrambos y luego volvióse a Ambrosio todavía pensativo y taciturno:

—Esto está acabado —le dijo—. Dadme ahora la recompensa que me habéis prometido cumpliendo vuestra palabra, pues yo cumplí la mía.

—Tómala —dijo Ambrosio, dándole una puñalada en el corazón con tanta furia que le metió toda la hoja por el pecho.

Cayó el feroz criado contra la urna de mármol donde yacía el padre de Ambrosio. Toda ella quedó bañada en sangre y finalmente exhaló su infernal espíritu clavando una mirada mortal en su asesino. Éste, como si la vista de la sangre hubiese repentinamente disipado su terror y comunicado a su carácter un nuevo instinto de crueldad y barbarie, deja en el suelo la linterna, ase el pico, a pocos golpes levanta y arrima a un lado la cubierta y, ¡oh colmo del horror!, sobre el negro y envenenado cadáver del autor de sus días arroja el de su segunda víctima, que manando arroyos de sangre manchó, no sólo la ropa de su matador, sino también el rostro del difunto y el mármol del sepulcro. Corramos por un momento el velo a tan repugnantes escenas.

Ambrosio, que aborrecía a su padre y deseaba por otra parte sucederle en los títulos y en las riquezas, pervertido por Coscia, concibió el perverso proyecto de envenenarle y, no hallando sujeto más a propósito de quien fiarse que Gaudencio, cuya alma cruel e índole feroz le eran bien conocidas, le participó sus intenciones y le instigó a coadyuvar a ellas con la promesa de crecida suma de dinero. No le costó mucho trabajo rendirle a sus sugerencias, y el malvado propinó por su propia mano un veneno lento al anciano marqués entre las delicias de un convite.

Comenzó la ponzoña a hacer su efecto y en pocos días redujo a los últimos a la desgraciada víctima del execrable parricidio. Temblando Ambrosio con razón de las consecuencias de su delito y a fin de alejar hasta la más remota probabilidad de ser descubierto, o a lo menos convencido de su crimen con las pruebas que indudablemente podía suministrar al reconocimiento de un cadáver envenenado, trató con Gaudencio el medio de ocurrir a este inconveniente. De común acuerdo resolvieron, luego que muriese el marqués, sacar su cuerpo de la tumba y trasladarle a uno de los sepulcros donde yacía uno de sus más antiguos ascendientes, colocando los huesos de éste en el lugar preparado a su padre. Con esto creían alucinar a la justicia en caso de reconocimiento, pero la

intención depravada de Ambrosio se extendía a más porque pensaba deshacerse del único testigo y cómplice de su parricidio, completado que hubiese el servicio que exigía de él, y sepultar de este modo con su muerte el terrible secreto de que era el único depositario.

Así lo ejecutó, pero la turbación y desconcierto consiguientes a esta nueva atrocidad no le dejaron consumir tranquilamente su perverso hecho y, como perseguido de algún genio maléfico y vengador, con dificultad pudo cubrir el sepulcro donde yacían las dos víctimas, inocente y criminal, levantar del suelo la linterna y el puñal ensangrentado y alejarse de aquel teatro de abominación, dejando inundado de sangre el pavimento y la urna de mármol. A fuer de demente volvió a su aposento, ocultó con recato la linterna y el puñal sin acordarse de limpiar éste, y siendo ya de noche, agitado y hecho presa de las furias del averno, se tendió sobre el lecho donde inmediatamente fue atacado de un espantoso delirio.

Resta ahora decir cuál quedó Lucrecia, testigo de tantos horrores. Los rasgos más enérgicos no son bastantes a encarecer la tortura insufrible y dolorosa que experimentó la joven y virtuosa señora con la vista de escena tan infernal. Apenas tuvo valor para retirarse y no ser oída de Ambrosio. Comenzó su imaginación a representarle con tal viveza la enormidad de tales atentados que debe atribuirse a prodigio del cielo no haber sucumbido su espíritu a causa tan poderosa. Su virtud y valor la alentaron finalmente y, no pudiendo ya poner remedio al mal una vez ejecutado, trató cuando menos de impedir sus fatales consecuencias. No obstante, desde aquel día se dejó ver como asombrada, pálida y macilenta, efecto sin duda de lo que había sufrido su alma.

Para cubrir mejor la desaparición de Gaudencio, despidió Ambrosio en el mismo día dos criados más, llamados Stefanello y Volta; el primero entró a servir en una casa de las principales de Verona y el segundo obtuvo una plaza de carcelero en Mantua y favoreció mucho a Eugenio durante su prisión en esta ciudad, como luego veremos.

La misma noche de la trágica escena del panteón entró Lucrecia en el aposento de su esposo, quitole las ropas ensangrentadas, poniéndole otro vestido en su lugar, sin que él, entregado ya a un letargo espantoso y a un desenfrenado delirio, se apercibiese de semejante mudanza. Buscó también el puñal mas le fue imposible encontrarlo. Quedaban aún por sufrir a la desgraciada Lucrecia pesares mucho más sensibles. Ambrosio, no pudiendo hallar descanso ni felicidad, habiéndolo privado de todo su delito, pensó en acallar los gritos de su conciencia con distracciones tumultuosas y criminales. La llaga que abriera Mandina en su corazón no se había cicatrizado y creyó hallar en los brazos de esta inocente joven un alivio a sus incesantes tormentos. Práctico en las tramas de la seducción, no desconfió ablandar los desdenes de aquella rigurosa belleza y comunicó sus pensamientos a Cenón, su criado, de quien, aunque tan malvado, él hacia sin embargo confianza por conocerle muy afecto a su persona y muy al propósito para complacerle. Pero entretanto este honrado sirviente, no menos amante de su señor que de la virtuosa marquesa, ni menos deseoso que ella de la tranquilidad y paz de Ambrosio y de verle separado de una pasión capaz de ocasionarle sólo amarguras y delitos, iba realizando de acuerdo con su señora el plan más original, sugerido por el amor más ardiente y el cariño más acendrado de una esposa al compañero de su vida. No obstante, ignoraba el terrible secreto de la *urna sangrienta* y cooperaba con celo incansable a las intenciones de Lucrecia sin llegar a penetrar los motivos de su conducta.

La marquesa de Scianella vio claramente cuán arraigada estaba la perversidad en el corazón de su esposo. No se le ocultó que el mal era poco menos que irremediable y

concluyó que, para detener el curso al torrente de desgracias que amenazaban, se hacían indispensables remedios extraordinarios y violentos. Una circunstancia de que algunas veces en esta historia hemos hecho mención le suministró la idea e inspiró el pensamiento más original. Convencida por experiencia propia de que, por una contradicción muy común en los hombres, formaba su carácter la superstición más pueril unida a la irreligión más completa, fruto todo del magisterio de Coscia, pensó valerse de este flaco para sacar el partido posible. Quiso, pues, fingirse Sílvida, haciendo creer a Ambrosio era un ser sobrenatural e invisible destinado a velar sobre él y a librarle de todos los peligros, dándole la paz y tranquilidad si se mostraba dócil a sus consejos e inspiraciones. Si lograba por este medio algún ascendiente sobre el espíritu de su esposo, no desesperaba atraerle por fin al arrepentimiento y mudanza de conducta, siendo entonces verdaderamente el ángel tutelar de aquel hombre delincuente y desgraciado.

Para imitar la invisibilidad de la Sílvida, o ser aéreo, eran necesarias algunas medidas cuya ejecución salió con la mayor felicidad. Siendo las paredes de las habitaciones del palacio de bastante espesor, se trató de taladrarlas y formar un conducto angosto a lo largo de todas ellas, dentro del cual hablando una persona pareciese que su voz penetraba el muro y era el órgano de algún ser invisible y sobrenatural. Para que en algún modo fuera sensible su presencia al mortal a quien se dignaba comunicarse, las esencias y olores más exquisitos debían esparcirse en el momento por la habitación, lo cual no ofrecía dificultad alguna.

A medianoche entraban por la puerta falsa del jardín crecido número de trabajadores destinados al efecto y, subiendo por el ala oriental del palacio a las desiertas habitaciones del difunto marqués, empleaban una o dos horas en su tarea de taladrar el muro de algunas piezas principales hasta que en pocos días quedó corriente el conducto secreto para las misteriosas apariciones de la Sílvida. El estruendo ocasionado por los golpes de los trabajadores, aumentado con el silencio de la noche y con el eco sonoro de las inmensas piezas y las luces a cuyo favor trabajaban de noche fueron los que alarmaron y asustaron a los habitantes de Scianella, confirmando en su medrosa presunción el temor de su amo en apurar el prodigio aparente. Dispuesto ya todo e instruido Cenón de lo que debía hacer, sólo faltaba comenzar las misteriosas apariciones; pero sobrevino un accidente que por el pronto estuvo a pique de inutilizar tan bien concebido plan; no obstante, después no sirvió sino para realzar con más primor y felicidad la ficción.

Los celos y el rencor de Olimpia produjeron este incidente tan fatal a Lucrecia, pues en aquel tiempo sucedió puntualmente el lance de Asela, a quien sorprendió Ambrosio con el billete, de cuyas resultas irritado ciegamente condenó su esposa a ser confinada a la casa del bosque bajo el poder de Coscia. Partió en efecto acompañada de Cenón, a quien su amo había dado instrucciones las más duras y bárbaras para Coscia con respecto a su prisionera, y entre otras la de que no reparase en abandonarla en aquella soledad, contentándose de cuando en cuando con llevarle un escaso y desabrido alimento. Coscia lo cumplió al principio muy de su grado y en efecto la dejaba sola por algunos días; pero de este abandono se aprovechó junto con el fiel Cenón para dar principio con mayor seguridad e ilusión a sus misteriosas apariciones en Scianella. Las ausencias de Cenón no se hacían notables a Ambrosio, acostumbrado a verle salir con frecuencia por dependencias de la casa cuyos intereses manejaba; así pudo fácilmente sacar a Lucrecia de su prisión por un albañal medio cegado y de suficiente capacidad, abierto en un rincón del aposentillo que servía de prisión a Lucrecia; particularidad ignorada de Coscia y del mismo marqués pero sabida de Cenón como criado antiguo de la casa de Scianella.

Dicho albañal tenía el desagüe al bosque y por él salió Lucrecia, dejando cubierta la abertura con ramaje y malezas para evitar que alguno se apercibiese del engaño. Condujo Cenón a su señora a la grupa de un caballo y llegó al palacio ya algo entrada la noche en que debía representar la Sílfida su misterioso papel. En efecto, apenas Ambrosio se había tendido en el lecho y dispuesto a reposar, cuando movió Lucrecia un ligero ruido que sobresaltó al marqués. Preguntó éste quién era, suponiéndolo producido por algún criado; mas Lucrecia, a quien conmovió extrañamente la voz de su esposo junto con el recuerdo de los horrores que había visto, sólo contestó con un suspiro, y éste resonó junto al oído de Ambrosio por hallarse la Sílfida colocada en la parte del muro inmediata a la cabecera del lecho.

Sobresaltado con la novedad y temeroso, quiso que Cenón durmiese en su mismo aposento para descansar él con mayor tranquilidad; pero su pasmo y admiración llegaron a lo sumo cuando, habiéndose dejado oír primero un ligero estruendo y después la delicada voz de la Sílfida que le llamaba, y esparciéndose sucesivamente por la pieza una fragancia deliciosa, Cenón haciéndose de nuevas y manifestando extrañeza le aseguró con seriedad que ni oía el ruido ni percibía su olfato el menor olor. Éste fue el artificio de que se valió para alucinarle más, pues realmente oía el primero y percibía el segundo.

Continuó toda la escena referida en la primera parte de esta obra, y cuando Ambrosio pidió a aquel ser invisible una prueba de su virtud de mudar de sitio, pudo satisfacerle completamente alejándose a un extremo del conducto secreto y haciendo parecer de esta suerte la voz más distante como también al tiempo de despedirse exhalar tres ayes, cuyo eco, resonando en disminución gradual, produjese un efecto cual se deseaba. Díjole la Sílfida llamarse Celeste y, comenzando a usar del ascendiente y poder que creía haber logrado sobre el espíritu de su esposo y que le concedía al parecer su elevada naturaleza, comenzó a darle consejos y conducirlo a detestar sus excesos y prevaricación. Mas aquel corazón no era de carne, sino de piedra. No sólo no se rindió a la eficacia de las exhortaciones de Celeste, sino que aún osó poner en su boca criminal el nombre de Mandina. Afligida Lucrecia, quiso probar si surtiría efecto el terrible remedio reservado para el fin y, acercándose a su cabecera en tono irritado y amenazador, aunque en voz baja y sólo inteligible a él, le dijo: «Acuérdate de la escena del panteón y de la *urna sangrienta*», palabras que ocasionaron en Ambrosio el más súbito y espantoso trastorno físico, sin que ocasionasen el más leve en su corazón.

La Sílfida prosiguió sus amenazas y profecías con palabras cuyo sentido sólo era comprensible al marqués, pero tan inútiles como las anteriores. Continuó no obstante sus apariciones, interrumpiéndolas solamente la precisión en que se veía de volver a la casa del bosque cuando le informaba Cenón que Coscia iba a llevarle la comida; de suerte que Ambrosio reflexionó con acierto, aunque no con verdad, cuando manifestándole Coscia sus sospechas de que Lucrecia fuese la verdadera Sílfida, observó que no era posible, pues cuando principiaron las apariciones Lucrecia permanecía aún encerrada en la casa del bosque. Duraron estas interrupciones e idas y vueltas de la marquesa de Scianella hasta que la brutalidad y lascivia del perverso Coscia la precisaron a poner a salvo su honestidad contra los asaltos del infame libertino, evadiéndose por el albañal de donde la trasladó Cenón a una casita contigua al palacio, en la cual vivía disfrazada de aldeana y con nombre supuesto.

Ambrosio, cada vez más impaciente por saber de Mandina, escribió a Olimpia pidiéndole noticias; pero la venenosa y maligna respuesta de esta perversa mujer sólo sirvió para exasperarle y hacerle jurar la pérdida de su hermano Eugenio, sobre quien

Olimpia cargaba la sospecha de complicidad en la fuga de su hija. Por medio de Cenón supo Lucrecia esta novedad y se decidió desde luego a proteger en lo posible la honesta e inocente pasión de estos desgraciados jóvenes y defender a entrambos, y en especial a su cuñado de las asechanzas y encarnizado odio de su esposo.

Mas no cesaba éste y su conversión de ser el objeto principal de sus más tiernos cuidados y, habiendo sido inútiles sus primeras tentativas, consultó con Cenón y quedaron acordes en que éste propondría a su amo, a fin de encontrar algún alivio a sus tormentos, desahogarse con el solitario de san Herculano, cuya fama resonaba en todo el estado veneciano. Dio fácilmente Ambrosio su consentimiento y prestose sin detención a un consejo del cual esperaba sacar alguna utilidad. Lucrecia marchó inmediatamente a verse con el solitario y, fiada en su discreción y prudencia, le participó sus deseos informándole de las circunstancias, traje, día y hora de la venida de su esposo. Alabó el piadoso solitario el celo y virtud de la desgraciada señora, y consintió por los felices resultados que podía tener, en manifestarse dotado de espíritu profético con el cual debía conocer al marqués de Scianella antes que éste le hablase, y cooperar por tan extraño medio a la corrección y enmienda de un corazón poco menos que precito.

La misma Lucrecia durante la conferencia se mantenía postrada al pie del altar en la capilla de San Herculano, y ella fue la desconocida vestida de blanco a quien vieron Ambrosio y Cenón cuando subieron a orar por algunos instantes a aquel templo antes de entrar en la caverna del solitario. Mas no plugo al cielo prestar gratos oídos a las fervorosas súplicas de Lucrecia y era forzoso que el réprobo hallase en el total abandono de Dios la pena de su obstinación y endurecimiento. Consiguiente a sus benéficas intenciones, logró fácilmente la marquesa saber el retiro de Eugenio y el país por donde viajaba. Supo en efecto que se hallaba en Alemania y recorría el Tirol. Despachó inmediatamente a Cenón con una carta en la que le daba orden de trasladarse a Venecia, cobrar allí una letra y partir a Roma, donde debía llegar la víspera de San Pedro. Temerosa Lucrecia de la persecución y atentados de Ambrosio, y aún más de Coscia, pensó obligar a Eugenio a pasar a Roma donde le había recomendado al embajador de Nápoles, quien después de presentado el tributo anual de la hacanea²⁶, debía regresar a su corte y llevar a Eugenio en calidad de secretario. Con esto creyó ponerle en seguridad y tenía dispuesto, luego que descubriese el retiro de Mandina, enviarla a Nápoles y, mediante la autoridad del Papa, obtener el consentimiento de Olimpia para el enlace de entrambos.

Cenón llegó a Inspruk, y recorriendo todas las fondas y posadas finalmente dio con la habitación de Eugenio. Entregó la carta para que la pusiese en manos del caballero que le designó, pues le había visto el día antes en la calle e ignoraba por otra parte hubiese mudado de nombre. Obedeció Eugenio las órdenes del anónimo y salió aquel mismo día de la capital del Tirol. Cenón le vio partir pero quedó admirado al notar había trocado los vestidos con Claudio en criado y éste representaba el papel de amo. Mas penetró al instante el verdadero motivo y no dudó practicase esto a fin de caminar más seguro y menos expuesto a ser reconocido. Aunque Lucrecia ignoraba todavía el anónimo escrito por Coscia, ocasión principal de la desaparición de Eugenio del palacio de Scianella, no dudaba sin embargo atribuirle a algún rasgo de maldad suya o de celos de Ambrosio, y así creyó conveniente alejarle del peligro dándole el destino de que acabamos de hablar.

Algunos días después de las primeras relaciones de Ambrosio con Scoroncóncolo, supo éste que la justicia trataba de ir al palacio y prenderle por haber tomado cuerpo ciertas voces relativas a la desaparición de Gaudencio, fomentadas especialmente por Barreto,

que de ningún modo había podido digerir el duro trance en que le puso en el lago de Garda. Escribióle una carta y la remitió con uno de sus compañeros, encareciéndole el peligro con tal viveza que Ambrosio, a pesar de hallarse en el convite suntuoso que dio el día de la llegada de Olimpia, se levantó precipitadamente de la mesa y salió corriendo del palacio, cuya fuga arrastró tras sí a los demás y, como si se desplomase sobre ellos el edificio, lo abandonaron presurosamente, no obstante la furiosa tempestad y lluvia deshecha que caía a la sazón y dejaron la casa desierta.

Hallábase entonces Lucrecia dentro del palacio, como sucedía muchas veces, aunque invisible; y oculta en el hueco de la pared fue testigo de aquella confusión y fuga universal, cuya causa ignoraba, hasta que volvió Cenón, quien, aunque arrastrado por el torrente y huida de los demás, no quiso abandonar a su señora en aquella soledad, regresó de allí a poco y le refirió el motivo de aquel trastorno. Consultando lo que deberían hacer en semejante caso, resolvieron cerrar las puertas del palacio y aguardar a la mañana siguiente a recibir aclaraciones sobre tan extraño suceso. Mas apenas acababa Cenón de sacar la llave de la cerradura cuando oyeron fuertes golpes en la puerta. No juzgaron conveniente abrir por segunda vez, temerosos de algún peligro, mas a poco rato oyeron una voz que Cenón admirado reconoció por la de Eugenio. El pasmo de éste y de Lucrecia fue sin igual cuando le suponían camino de Roma y, no sabiendo a qué atribuir su venida, resolvieron permanecer ocultos pero franqueándole al mismo tiempo la hospitalidad.

La proximidad de los dos hermanos hizo temblar a Lucrecia por la vida de Eugenio y pensó en precaver las funestas consecuencias de un encuentro comunicando a su cuñado las misteriosas y terribles palabras alusivas al horroroso misterio de la *urna sangrienta*, las cuales sabía tener virtud irresistible para atemorizar y contener a Ambrosio, ya que no para convertirle. Entretanto, Cenón apagó las luces y deshizo todo el aparato del banquete cuando Eugenio, recorridos la primera vez aquellos salones desiertos y encantados, bajó al patio a descansar hasta que, atravesando Lucrecia por delante de él para llamarle la atención, siguióla y penetró por segunda vez en las habitaciones lóbregas y silenciosas. Sucedió entonces todo lo referido en el primer capítulo de esta obra, manifestando Lucrecia ser un espíritu invisible, no porque esperase sorprender la credulidad de Eugenio, sino para que la relación de sucesos que él sólo sabía, conciliase mayor autoridad a los oráculos de la Sífida. Así se le ofreció vestida de blanco, metiéndose en seguida por las aberturas del conducto practicado en el muro y, viendo la acción de Eugenio al disparar la pistola, le fue fácil huir el cuerpo al tiro, aunque con sumo riesgo, por no estar prevenida, como también hacer sonar la voz a sus espaldas, corriendo hasta el extremo opuesto por el hueco de la pared.

Aunque Eugenio extrañó advertir en un ser incorpóreo señales de aflicción propias solamente de la humanidad, y que la desgraciada Lucrecia no podía ocultar en manera alguna, sin embargo fue mayor el espanto que le causó la ciencia y penetración de la Sífida; y así cuando ésta le dijo: «Mañana parecerás lo que no eres y serás lo que no pareces», y más adelante, después de haberle comunicado las palabras fatídicas que debían servirle de talismán contra su oculto perseguidor, añadió: «Los muros de Mantua te aguardan, ve y espera en ellos la mudanza de tu suerte», quedó Eugenio fuera de sí sin atinar el modo con que eran patentes sus secretos a aquel ser misterioso e invisible.

Mas no le había sido dificultoso a Lucrecia ponerse al alcance de todos ellos. El sujeto residente en Venecia, de quien Eugenio debía cobrar la letra, escribió a la marquesa de Scianella el mismo día, del arribo de éste a aquella ciudad, participándole que en efecto

se había presentado; mas precisado de urgencias particulares e improrrogables, marchaba aquel mismo día encargando la diligencia del cobro a su criado Claudio Verville con orden de ir en derecha a Mantua y aguardarle allí. Sabedora Lucrecia de la circunstancia de la mudanza del traje, le dijo con verdad que al día siguiente parecería lo que no era; es decir, criado no siéndolo, y sería lo que no pareció, es decir, verdadero señor no pareciéndolo. Finalmente, al amanecer tomó Eugenio la vuelta de Mantua, y tras él salieron Cenón y Lucrecia disfrazados en demanda de Ambrosio y para aclarar si les era posible la novedad de la noche antecedente.

Pero otra mayor les hizo mudar de pensamiento por entonces. A poca distancia del palacio advirtieron un hombre de alta estatura a quien reconocieron al instante era Coscia, que según dijimos, viendo salir a Eugenio le persiguió hasta las puertas de Mantua, donde contribuyó a su prisión y trabajos con la delación anónima ya referida. Persuadidos Cenón y Lucrecia cuánto debían temer por la suerte de Eugenio, puesto a merced de hombre tan malvado, no se detuvieron en seguirle y, tomando un carruaje ligero de un pueblecillo que se hallaba al paso, entraron en Mantua poco después de Eugenio y cayeron en la misma compasiva admiración que éste con la noticia del inminente suplicio de Mandina, quien estaba muy lejos Lucrecia de creer fuera la destinada para esposa de su cuñado. No tuvo valor para verla, pero Cenón concurrió al funesto espectáculo y quedó petrificado al reconocer las facciones de la hija de Olimpia en la desventurada Angélica conducida a la muerte. Corre despavorido y trémulo a participarlo a su señora, ésta queda pensativa por un momento, levanta los ojos al cielo y toma su partido.

Va acompañada de Cenón a casa de un caballero de los principales de la ciudad y descúbrele quién es. En el momento fue informada de la libertad de Mandina y su vuelta a la cárcel, pero no obstante monta en una carroza y en compañía de su fiel criado se presenta en la puerta de la prisión. Mientras iban, instruyó a éste de su pensamiento, reducido a quedarse en ella en lugar de Mandina, de cuya inocencia no dudaba, ordenándole al mismo tiempo conducirla al lugar donde permaneciese en seguridad hasta su vuelta. Fue por entonces inútil su diligencia, pues, estando incomunicada Mandina no le fue posible entrar a verla hasta el día siguiente. Salió por fin libre, creyéndose todos ser la misma señora que había entrado, y el coche se alejó de Mantua hasta que fue asaltado por la gavilla de Scoroncóncolo y quedaron por aquella vez frustrados los benéficos deseos de Lucrecia.

Divulgada en la cárcel la evasión de Mandina, se trasladó a ella el juez inmediatamente a interrogar a la desconocida hallada en lugar de la fugitiva. El nombre de Lucrecia Pompei era célebre y respetado en toda Italia, no sólo por el esplendor de su nobleza, sino por su sabiduría, afabilidad y demás prendas que la hacían recomendable en grado eminente. El Senado de Venecia y hasta el mismo dux no se desdeñaban de consultarla en asuntos de entidad, en términos que Lucrecia era mirada como el oráculo de la república aun antes de ser marquesa de Scianella. El juez quedó atónito cuando al preguntarle quién era supo el distinguido personaje que tenía delante de sí. El valor y generosidad de aquella grande alma le sorprendieron extraordinariamente; y temiendo por otra parte atraerse algún disgusto si procedía contra señora tan distinguida y de influjo y relaciones tan altas, lejos de incomodarla, le pidió rendidamente perdón de la vejación y molestia involuntaria y, convocando a los circunstantes que aguardaban a la parte de afuera, ordenó obsequiasen a aquella señora acompañándola hasta la puerta de la cárcel y hasta donde fuese de su gusto, oferta que rehusó Lucrecia agradeciéndola con urbanas y

cortes expresiones.

Pasó en derechura a la casa de donde poco antes saliera en la carroza, y se disponía a tomar informes sobre el paradero de Eugenio y Claudio, de quienes nada sabía pues Cenón sólo había presenciado la libertad de Mandina por el arrojamiento del pueblo e ignoraba los acaecimientos posteriores. Cuando recibió la noticia de que Eugenio y su criado acababan de ser conducidos a la cárcel, acusados del asesinato de Camilo Salviati, voló Lucrecia a aquel lugar; mas halló la entrada imposible por estar los presos en rigurosa incomunicación hasta sufrir el interrogatorio. El carcelero que los custodiaba era un criado de la casa de Scianella a quien despidió Ambrosio el día de las exequias de su padre; llamábase Volta y cuando vio entrar a Eugenio, del cual no fue conocido, resolvió aliviarle en lo posible su penosa situación. Desde luego no le separó de Claudio hasta la mañana siguiente, y aunque se apercibió de la equivocación de los jueces en comenzar el interrogatorio por éste, teniéndole por el amo gracias a la ficción bien sostenida, se mantuvo en silencio y no quiso perjudicarlo. Mas siéndole imposible a Lucrecia ver por entonces a los presos, pidió por el alcaide, el cual salió luego y se reconocieron mutuamente con admiración. En breves palabras le dio cuenta de lo que deseaba, recomendándole encarecidamente la activa e incansable señora el buen tratamiento de los dos prisioneros hasta la decisión de su causa, que según creía presentaba aspecto favorable. Así fue, porque, después de las declaraciones tomadas a Claudio, se avistó Lucrecia con el juez, diole las pruebas de la inocencia de Eugenio, el cual en la época del asesinato de Camilo se hallaba en Francia, y, añadiendo otras razones poderosas, concluyó pidiendo y reclamando en nombre de la república el derecho de juzgar dos súbditos suyos, como eran Eugenio y su criado.

Intimidó al juez la entereza de Lucrecia y, rendido por otra parte a sus razones, condescendió en firmar su libertad, haciendo parecer obsequio a la recomendación de la marquesa, lo que era verdadero temor.

Alegre la marquesa de Scianella con la gracia conseguida, trató desde luego de hacerla útil a Eugenio y su criado impidiendo los funestos efectos que podía ocasionarles. No dudaba hallarse Coscia en Mantua y sospechábale autor de la delación anónima: temió en consecuencia, si sabía su libertad, que los espiaría y quedaban expuestos a los efectos de su furor, y le ocurrió la idea de ponerlos en salvo y deslumbrar a sus enemigos por un modo extraño.

Entretanto volvió Cenón afligidísimo con la noticia del rapto de Mandina, a quien le arrebató Scoroncóncolo en el camino. Lucrecia cayó en el mayor abatimiento, viendo la obstinación de la desgracia en desbaratar sus proyectos de beneficencia, mas no por eso se desanimó. Habló con Volta, que ya había recibido orden de poner en libertad a los dos presos. Este buen hombre, conforme a las instrucciones de su antigua señora, para alentarlos les dio algunas esperanzas con palabras que indicaban el buen suceso que se prometía; mas para refrenar su intempestiva alegría que pudiera serles perjudicial, usó con ellos aquella mezcla de dureza y blandura en las expresiones cuyo contraste no podían ellos comprender. Finalmente pasó a la cárcel de Claudio con el anuncio de estar libre, y aunque advirtió el descuido de éste en preguntar al instante por su amo, haciendo él mismo el papel de tal, y la prontitud y viveza con que reparó y disimuló su falta, aparentó no hacer alto en ello y le acompañó a la puerta de la calle. Seguía un hombre a quien el mismo Volta había dado un papel entregado por Lucrecia en que se le ordenaba marchar sin detención al palacio de Scianella. Creyendo que Claudio no ignoraría este lugar, no iban especificadas en él las señas; así hallóse éste perplejo, hasta

que resolvió informarse del primero con quien se encontrase. Éste fue por desgracia Gottfried, aquel compañero de Scoroncóncolo, quien a la sazón iba espiando por aquella parte la salida de Mantua y con quien pasó el diálogo ininteligible de entrambas partes. Por fin encontró el camino de Scianella y volvió a ver a su amo Eugenio.

Mas algunas horas antes que esto sucediese, se puso en ejecución el plan respecto a éste, cuyo peligro era más inminente estando rodeado de enemigos encarnizados. Pensó Lucrecia trasladarle a Scianella, cuya casa desierta le pareció lugar seguro hasta mejor ocasión. Mas la salida ofrecía nuevas dificultades, ya por parte de Eugenio que tal vez rehusaría cooperar a sus intenciones, ya por los emisarios de Ambrosio y Coscia que podían muy bien espiar la salida de todas las personas de la cárcel y reconocerle fácilmente. Sólo quedaba un medio, y éste lo adoptó con el acuerdo de Cenón y Volta. Mezcló en la bebida destinada a Eugenio para la cena una moderada dosis de un suave narcótico que hizo un efecto pronto y satisfactorio.

Observábalo Volta, y cuando le vio dormido, llamando a dos dependientes suyos bien pagados, le metió en una caja donde se acostumbraba llevar a enterrar a los que morían en la prisión. Colocado en ella le condujeron por las calles de Mantua camino del cementerio sin extrañarlo nadie por ser cosa ordinaria. Allí aguardábale Cenón y la misma Lucrecia en un coche dispuesto al efecto, los cuales le trasladaron de la caja a la carroza, habiéndose asegurado que nadie los observaba; y así debió ser, pues, si Coscia espió, no pudo sospechar el engaño con que le alucinaban. Era algo entrada la noche cuando partieron y llegaron mucho antes de amanecer a Scianella. Adelantose Cenón y registró el palacio y, no viendo cosa capaz de alarmarles, cargó con Eugenio y siguiéndole Lucrecia entró por la puerta del jardín. Para cortar por el pronto todo recelo o sorpresa, colocole en un lecho dispuesto brevemente en una pieza retiradísima donde estaba la puerta que conducía a los subterráneos y panteón de Scianella; pero cerrada y sin uso, dejándole allí con intención de sacarle poco antes del tiempo regular de la operación del narcótico. Dispuso Lucrecia saliese a explorar el terreno y oír lo que se decía del total abandono del palacio y avisase cualquier novedad. No bien se había ausentado el fiel sirviente cuando quedó petrificada Lucrecia viendo entrar a Ambrosio como demente y dirigirse hacia la capilla. No dudó que enajenado por su delirio volvía a renovar sus excursiones subterráneas; mas la sorpresa de verle en aquel lugar, cuando le creía muy distante, no impidió le siguiese hasta el panteón para remediar en algo, si pudiese, aquella terrible enfermedad. Estaba muy lejos de imaginarse ni prever la horrorosa escena que debía presenciar.

Entretanto Eugenio, fuese efecto de la tenue dosis del narcótico o de otra causa, despertó muy pronto y, creyendo hallarse aún en la cárcel de Mantua, procuró violentar la cerradura suponiendo lo abandonaban a morir de hambre, y lo consiguió, sucediendo inmediatamente el encuentro con su hermano en el panteón, no debiendo su vida sino a la presencia de ánimo y a las terribles palabras de la *urna sangrienta*.

Déjese a la consideración del lector el espanto de Lucrecia al ver a Eugenio en el panteón. Iba ya a precipitarse entre los dos hermanos y exponerse a una muerte cierta, cuando el eficaz recuerdo de Eugenio precisó a huir velozmente al infeliz parricida dando alaridos espantosos. Lucrecia quedó algún tiempo inmóvil de estupor y pasmo hasta que vio, desde el lugar donde permanecía oculta, caer desmayado a Eugenio en el suelo dejando de la mano la funesta linterna. Corrió a socorrerle y a este tiempo sobrevino Cenón, quien de vuelta de su excursión se encontró con Ambrosio saliendo del panteón, sin que éste lo conociese, entregado al furor de su delirio. No encontrando a su señora, y

sospechando lo que pudiera ser, bajó allá al tiempo que ésta se disponía a sacar al desmayado Eugenio de aquel lóbrego y funesto sitio. Levantole del suelo y le trasladó a su aposento, donde le puso en su propio lecho, quedando en vela mientras Lucrecia iba por espíritus para reanimarle.

En este instante se oyen golpes en la puerta que estaba cerrada, pues Ambrosio salió por la del jardín. Corrió Cenón a abrir, cuando conoció ser Claudio quien llamaba. Ocultose luego, y Lucrecia le llamó desde lo alto de la escalera. Obedeció, mas entrando en la primera pieza y no viendo a persona alguna, iba a retroceder cuando, escondida en el hueco del muro y dulcificando la voz, le convidó a pasar adelante, designándole la habitación donde descansaba Eugenio, previniéndole no lo despertase, y todo lo ejecutó puntualmente el fiel y celoso Verville.

Reunidos el amo y criado, se referían mutuamente sus sucesos cuando la vigilante Sílida vio entrar por la puerta del jardín aún abierta una mujer a quien conoció; era Olimpia. Creyó Lucrecia que la seguía Coscia; el peligro era inminente y sólo una pronta fuga podía librar a Eugenio de la muerte... Metida en el conducto, teatro ordinario de sus oráculos, interrumpió la conversación de éste con Claudio y le mandó huir al momento; orden que obedeció sin réplica, y a su fuga siguió el encuentro con Scoroncóncolo y demás sujetos referidos.

Mientras Cenón recorría los alrededores de Scianella adquiriendo noticias del giro que tomaban los negocios, Lucrecia permanecía invisible en el palacio vigilando los pasos de Olimpia. El incendio la sorprendió igualmente que a esta infame mujer mientras descansaba de sus pesares y fatigas. El tumulto llamó la atención de Cenón, y viendo arder al palacio, gritó: «¡Salvad, salvad a la marquesa!», palabras oídas por Ambrosio cuando le conducían preso con su preceptor y la gavilla de Scoroncóncolo.

Precipitose el fiel criado entre las llamas y logró sacar a su infeliz señora medio abrasada. Condújola a una casa vecina y después la hizo trasladar a Verona, donde paró poco tiempo, pues noticiosa de la prisión y mala causa de su esposo se hizo conducir a Venecia, donde llena de vendajes y heridas se presentó en el Senado a interceder por él. El cielo quería fuese mártir de la desgracia: allí presencié la última atrocidad de su opresor y verdugo más que esposo. No pudo resistir: cayó allí mismo sin vida. La muerte la libró de presenciar el suplicio de Ambrosio.

Conclusión

Éste oyó la sentencia de su muerte con risa convulsiva. Pidió la gracia de ser asistido en sus últimos momentos por el solitario de san Herculano, ignorando hubiese muerto. Concedida, enviáronle a llamar; vino, y entrando en la cárcel, al fijar los ojos en él el infeliz reo, quedó éste aterrado y retrocedió como si viese un espectro.

—¿Quién sois? —gritó temblando—: esas facciones... ese rostro... mas ya murió... ¡Qué pasmo! ¡Qué prodigios...!

El solitario de san Herculano era Camilo Salviati, el mismo que en el día de su boda con Mandina recibió dos puñaladas en la garganta y en el costado. Dio al pronto pocas o ninguna esperanza de vida; mas poco a poco fuese restableciendo, aunque pasó muchísimo tiempo antes que pudiese hablar. La mayor parte le suponían muerto, pues marchó fuera de Mantua a restablecerse; y entonces, sabiendo que estaba libre Mandina y los demás a quienes se atribuía la alevosía, se abstuvo de proceder criminalmente contra los verdaderos asesinos, pues ignoraba además quiénes fuesen; y finalmente recobrado del todo y arrepentido de su relajada vida, tocándole Dios el corazón, retiróse a hacer vida solitaria en una de las cavernas de San Herculano, de la cual, muerto el P. Eusebio, se trasladó a la de éste, donde vivió hasta que fue llamado a asistir y auxiliar al marqués de Scianella.

Pasados los primeros momentos de sorpresa y agitación, el P. Camilo comenzó a ejercer su ministerio y Ambrosio se prestó a sus fervorosas exhortaciones con bastante resignación. Llegó el día de la ejecución y un inmenso pueblo y un sinnúmero de góndolas ocupaban la plaza de San Marcos y lagunas vecinas. Ambrosio caminó con valor al suplicio: subió al cadalso apoyado en el brazo del P. Camilo, estremeciose involuntariamente al fijar los ojos por última vez en los espectadores; hubo un momento de silencio... y el ejecutor cumplió con su oficio.

Para satisfacción de los lectores, cuya curiosidad debe justamente interesarse en saber el paradero de Eugenio y Mandina, del cual no habla la historia, copiamos aquí una carta inserta al fin del manuscrito y es del tenor siguiente:

Filadelfia, 2 de julio de 1797

Mi amigo y dueño: el 3 del pasado, fondeó en el Delaware la fragata Isabela procedente de Venecia, a cuyo bordo venían los dos caballeros italianos de quienes me participabais la próxima salida para este puerto. Fui a recibirlos y obsequiarlos conforme a vuestras instrucciones; mas éstas fueron inútiles, pues la vista de los forasteros arrebató desde luego mi atención y cautivó mi afecto en términos que desde entonces fue éste el sólo móvil de mi conducta. El joven hijo del marqués de Scianella es el caballero más recomendable por sus prendas físicas y morales. Su esposa Mandina es un tesoro de amabilidad y hermosura, y a pesar de la tristeza y abatimiento que manifiestan, efecto sin duda de los desastres y tragedias de su familia, no dudamos que, cuando el tiempo haya dado algunas treguas a su dolor, sean el embeleso de esta ciudad. La casa de su

habitación es en extremo alegre y goza bellos puntos de vista; en una palabra, no he omitido ni omitiré en lo sucesivo cuanto crea capaz de contribuir al alivio y distracción de vuestros ilustres recomendados; obligación que me impone, además de mi afecto, el deseo de complacerlos que siempre es y será el principal cuidado de vuestro afectísimo y sincero amigo

Carlos Smith

Así concluye la carta, y un poco más abajo se ven escritas de distinta letra las palabras siguientes:

En la época que escribo esto (2 de septiembre de 1800) se han recibido noticias de Eugenio de Scianella, de Mandina su esposa y de Cenón y Claudio sus criados, que no quisieron desampararlos en su largo viaje y perpetuo destierro. El tiempo ha cicatrizado algún tanto sus llagas, y la vista de dos amables hijos, fruto de su enlace, disipa los amargos recuerdos de sus desgracias y de su país nativo. Sin embargo es imposible le olviden, pues es imposible dejen de pensar en el desgraciado Ambrosio y en la malograda e infeliz Lucrecia.

La nota siguiente añadió el inglés al fin del manuscrito, luego que lo hubo leído:

Nota. Ignoro el motivo que tuvo el franciscano para exagerar la antigüedad del presente manuscrito cuando de la última advertencia se infiere pueden vivir muy bien en el día los personajes que figuran en la historia. Si no es que digamos que el deseo de conciliarle mayor recomendación a mis ojos le haya obligado a calificar de antiguo un manuscrito cuya fecha no asciende más allá de la del presente siglo.

La curiosidad me estimuló hallándome en Verona a solicitar noticias sobre la familia de Scianella; pero, aunque me dirigí a sujetos cuyas relaciones en el país me prometían pronta satisfacción, nadie supo darme razón de lo que me interesaba, y esto me hace creer que el autor del manuscrito sustituyó al verdadero apellido de la familia el fingido de Scianella por respeto a los individuos de la misma que aún existen.

* Para una comprensión más exhaustiva de la vida y la obra del autor, véase *Biografía de Don Pascual Pérez y Rodríguez*, incluida como advertencia (1869: 5-13) en *Obras en prosa y en verso de D. Pascual Pérez Rodríguez*, publicado en Valencia (Imprenta de los Dos Reinos) tan sólo un año después de su muerte, en 1869.

* M. G. Lewis fue, junto con Ann Radcliffe, Charles Maturin y el iniciador del género Horace Walpole, una de las figuras más representativas de la novela gótica clásica u *original gothic*.

* Juzgamos no desagradará a los lectores la relación de un acontecimiento admirable y que prueba hasta dónde se extienden los recursos y cuán inagotable es el ingenio humano. Por los años de 1439 tenían sitiada la ciudad de Brescia las tropas de Felipe María Visconti, duque de Milán, estrechando el asedio en términos de quedar a la República de Venecia poca o ninguna esperanza de libertarla. Protestaban los capitanes de esta potencia ser imposible socorrer la sitiada ciudad, mientras no se desalojase el enemigo del lago de Garda; de lo contrario sería inútil cualquiera tentativa. Propúsose el parecer en el Consejo y se buscó el medio de introducir en el lago una armada; mas no hallándose en aquel terreno selvas ni ríos que pudiesen suministrar madera para la construcción, o facilitar el modo de conducir las naves, tenían por desesperado aquel partido. Un cierto Sórbolo, natural de Candía, que tenía bien vistos aquellos lugares y conocida la naturaleza del terreno, halló medio de ser presentado al Senado y aseguró intrépidamente que se obligaba a introducir una entera armada desde Venecia hasta el mismo lago. Al principio todos le creyeron demente; pero bien mirado vieron no ser lo que pensaban, sino hombre de perspicacísimo ingenio. Comenzaron a darle oídos, en particular cuando le vieron ratificarse en su promesa, y afirmar con valor que tenía ánimo para llevar al cabo la empresa, dando para ello razones eficacísimas.

En consecuencia, se expidió orden para que del público arsenal se le suministrase cuanto pidiera, imponiendo, además a las ciudades y pueblos a lo largo del Adige, y tierra adentro, que le obedeciesen, concediéndole autoridad ilimitada para servirse de cuantas personas y animales tuviese necesidad, y como quisiese. Dispuestas las naves, y equipadas de todo lo necesario, las condujo por el Adige hasta Pontone, y desde aquí con

mayor fatiga y peligro hasta la tierra de Mori, antiguamente de San Mauro. Allí las sacó del río y, colocadas las mayores sobre grandes cilindros o palos rollizos, para que fácilmente pudiesen deslizarse, hizo las arrastrasen muchos pares de bueyes, y de esta suerte llegaron felizmente al lago de San Andrés, distante seis millas.

Los buques menores fueron conducidos en carros hechos al intento. Constabla la armada de dos gruesas galeras, tres algo menores y veinticinco lanchas, que los venecianos llaman *copan* o *palischermi*. Mas se ofrecía una dificultad casi insuperable. El lago de San Andrés está rodeado de enormes rocas, que forman como especie de muralla y entonces estorbaban muchísimo la maniobra del cretense y el viaje de la armada. Por lo cual inmediatamente despachó buen número de gastadores, que en poco tiempo allanaron el camino y, sacados del agua los buques, comenzó a subirlos lentamente hacia la cumbre del monte. Mas como entre el lago de San Andrés y el de Garda, término del prodigioso viaje, había un riachuelo, que bajando del monte corría entre grandes y elevados peñascos, previendo el valiente Sórbolo la dificultad de la empresa, hizo con tierra, piedras y árboles de los contornos llenar el lecho o madre del riachuelo y hacer llano y practicable el sendero. De aquí con infinita fatiga, y mayor peligro que los pasados, condujo la armada a la cumbre del monte; después, al través de los barrancos y rocas, hízola descender lentamente hasta Tórboli con singularísimo artificio, donde, reparados los buques y acabados de equipar, completó su obra, los botó al agua y, con la gente y demás cosas necesarias, las llevó hasta la boca del río Sarca.

Cualquiera que atentamente mira los lugares por donde caminó la armada, la enhiesta y pendiente subida y los precipicios de la bajada, tendrá por imposible que fuerza o ingenio humano haya podido llegar a tanto. (*N. del A.*)

* De esta respuesta de Verville se infiere claramente que la época de este suceso, y en consecuencia la de toda la historia, debe fijarse en los años en que al reinado de terror y tiranía de Robespierre sucedió el gobierno algo más pacífico del Directorio. (*N. del A.*)

* Cornaro (Helena Piscopia), de la distinguida familia de los Cornaros de Venecia, donde nació en 1646. Su rara condición unida al conocimiento de las lenguas latina, griega, hebrea, española y francesa, le hubiera proporcionado un lugar distinguido entre los doctores de Teología de la Universidad de Padua, si el cardenal Barbárico, obispo de aquella diócesis, no hubiese creído conveniente oponerse a ello, contentándose con que se le diese el bonete de doctora en Filosofía, grado que recibió en la iglesia catedral, porque las salas del colegio no eran suficientes para el numeroso concurso que asistió al acto. Esta ilustrada veneciana fue admitida en muchas academias de Italia y compuso varias obras que fueron recopiladas y dadas a luz después de su muerte. (*N. del A.*)

* Así llaman por antonomasia a san Antonio en Padua y en su territorio. (*N. del A.*)

* De este templo sólo quedan al presente las ruinas. (*N. del A.*)

* Prevenimos a los lectores que en lo sucesivo nos valdremos ya para nombrar a Mandina o Angélica de su nombre propio, que es el primero. (*N. del A.*)

1 Traductor en España de una de las novelas góticas inglesas más célebres, *The Children of the Abbey* (1789), de Regina Maria Roche. Esta novela conoció hasta once ediciones a lo largo del siglo XIX en nuestro país.

2 El autor parece haberse olvidado del nombre de la protagonista a la que luego llamará Mandina.

3 Seudónimo que empleó Pascual Pérez y Rodríguez en su intento de lograr una edición de su novela sin sufrir la censura y el descrédito.

4 Más conocida como Sílfide, de Silfo. Se trata de una criatura mitológica de la tradición occidental, un ser fantástico o espíritu invisible del aire, muy de moda desde la primera mitad del siglo XVIII, cuando Galli de Bibbiéna escribió *La muñeca* (Mondadori, Barcelona 1992), con una Sílfide como protagonista.

5 Habladurías: rumor, cuento, mentira que corre en el vulgo.

6 Algún tipo de reconstituyente espirituoso.

7 En el original, «complicados».

8 Despertándole, en desuso.

9 En el original, «convirtió a él», expresión en desuso.

10 En el original, «recorrió».

[11](#) De arrayanes, arbusto que da como fruto arándanos.

[12](#) En español se reproduce el pronombre en función de complemento indirecto. En el original, «decidlo a ella».

[13](#) En el original, «elaboratorio», palabra en desuso.

[14](#) En el original, «Apenas tiene acción», posible expresión en desuso.

[15](#) Cequí. Moneda antigua de oro, acuñada en varios Estados de Europa, especialmente en Venecia, y que, admitida en el comercio de África, recibió de los árabes este nombre.

[16](#) En el original, «tracaleo». Posible palabra en desuso.

[17](#) En el original, «os acreditasteis de poco reconocido a sus favores».

[18](#) Que afecta devoción, escrúpulos y virtudes que no tiene. A veces torpe, apocado.

[19](#) En el original, «abismamiento».

[20](#) En el original, «éxcito». Posible error de imprenta.

[21](#) En el original, «irremediales». Posible error de imprenta.

[22](#) En el original, «recalcamiento». Sustantivación de «recalcar», posible palabra en desuso.

[23](#) Un claro exponente de galicismo, habitual de esa época.

[24](#) En el original, «estampido». Posible error de imprenta.

[25](#) Se refiere a Innsbruck, la capital del estado de Tirol.

[26](#) Jaca mayor de lo habitual, pero menor que el caballo y más apreciada que la normal.

Edición en formato digital: julio de 2010

© Del prólogo, Luis Alberto de Cuenca

© De la edición, introducción y notas, Miriam López Santos

© 2010, Ediciones Siruela
calle Almagro, 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-742-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Index

Cubierta	3
Portadilla	6
Tomo primero	19
Tomo segundo	88